

JAVIER ROMERO

perdido
en las olas



 GROUP EDITION
WORLD

* UN CORAZON SOLITARIO NO ES UN CORAZON *
ANTONIO MACHADO

©2018 JAVIER ROMERO

©2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo: (Group Edition World)

Dirección: www.groupeditionworld.com

Primera Edición. Junio de 2018

Isbn Digital: 978-84-17228-71-2

Diseño portada: Ediciones K

Maquetación: Designs

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*A todas esas personas que sufren o han sufrido maltrato y que sueñan con
una vida mejor
y, por encima de todo, a esos niños que son el daño colateral de un amor mal
entendido.*

Uno

Hoy puede ser un gran día...

Ya lo contó con pelos y señales Serrat en aquella canción que hablaba del optimismo y la esperanza dos valores de los que adolece la sociedad actual, y por los que yo intento luchar con denuedo y sin desfallecer. Hoy puede ser un gran día y el sol acompaña cada uno de mis movimientos creando bajo mis pies una sombra poderosa que muestra al hombre que está dispuesto a comerse el mundo; no sin antes ponérselo por montera.

Entro en la cafetería donde todas las mañanas tomo un café con leche y un simple cruasán con la vista puesta en la fachada rocambolesca del edificio que cada día me absorbe y me transforma en el periodista que puede con todo; el que se deja llevar por la noticia hasta el punto de crear el mejor artículo que nadie haya leído jamás, y que, para mi satisfacción y la de nadie más, va a ser portada de la revista el mes que viene. Una revista de tirada nacional dedicada a la investigación y que se ha convertido, en unos pocos años, en una de las más leídas tanto por jóvenes como por adultos.

El aroma del café recién molido despierta mis sentidos y me retrotrae del mundo de la ensoñación donde, de tanto en tanto, me permito descansar unos pocos segundos de la realidad que me imbuye y que me transforma en un ser implacable, en un cazador de la noticia; en el depredador con el que soñaba en la facultad cuando intentaba espantar mis peores fantasmas para poder dejar paso a la lógica mundana que intento que forme parte de mi ser. Fantasmas que me visitan de vez en cuando y dejan un poso de crudeza malsana, que se mantiene en mi interior hasta que logro vaporizarla con un atisbo de éxito o un pequeño resquicio de realidad. Hoy no es el día para jugar con mis fantasmas por que hoy puede ser un gran día... y lo sé.

Apuro el café de un solo trago y me entretengo con el cruasán que voy desmigajando poco a poco como si de un crucigrama mañanero se tratara y necesitara entretener mi nerviosismo con un juego de manos poco elaborado. Tomo de vez en cuando un bocado del dulce manjar, aunque no puedo dejar de mirar la ventana que cada mañana me conecta con el mundo mientras las

letras aparecen, como por arte de magia, en la pantalla de mi Mac; mi adorado y carísimo ordenador.

—¿Qué miras?

Me vuelvo con parsimonia al escuchar la voz más dulce que alguien puede escuchar a primera hora de la mañana y que debería ser Prime Time en cualquier emisora de radio que deseara obnubilar a sus radioyentes con el néctar de los dioses convertido en mujer. Una preciosa secretaria que coquetea conmigo una mañana sí y otra también, y por la que comienzo a replantearme mi heterosexualidad como una característica de mi yo perdida en el abismo de mis fantasmas. Cada vez me cuesta más relacionarme con el sexo opuesto, aquel que por error llaman débil, pero que logra mostrar la verdadera debilidad en mi carácter. Yo... un depredador, un cazador en ocasiones cazado; un hombre latino de los pies a la cabeza... ¿Deseo una relación? ¿Amanda, la dulce secretaria, es una buena opción? El cruasán, mi crucigrama desmigajado, tiene la respuesta. Agacho la cabeza algo avergonzado y rumió un «nada» con el que logro espantar la dulzura con tan solo un vocablo estúpido y vacío.

Ahora mismo volvería a gritar un «Dejadme en paz» como aquel que salió de mi garganta el peor día de mi vida, y con el que intentaba encontrar una paz perdida en la oscuridad de una habitación; en los lamentos de una mujer, en el sollozo de mi propia madre. Las migas del cruasán forman un corazón sin que yo haya sido consciente de su creación. Un corazón roto y, como el triste bollo, desmigajado y devorado por un personaje con el alma del payaso de sonrisa curvada y lágrima fácil. ¿Hoy puede ser un gran día? ¡A la mierda!

Me levanto con decisión y soplo con fuerza sobre el plato donde los restos del cruasán salen volando por los aires para mezclarse en el suelo con las inmundicias que el propio ser humano es capaz de crear a su alrededor. El corazón roto se recompone con un simple trozo de celofán y, tras salir de la cafetería y estrellarme con el gélido viento del mes de abril, corro como un adolescente hasta situarme junto a Amanda, muy pegados al semáforo que se interpone entre nosotros y el edificio de fachada rocambolesca con su decoración barroca y las estatuas de dioses griegos entremezcladas con unas pocas gárgolas al más puro estilo Notredamme.

—¿Qué piensas? —pregunto en un alarde de ingenio digno del peor de los bufones.

Amanda voltea su cabeza con una lentitud pasmosa tan solo para darme en

el hocico con la lección del día. Me enseña, agitando una zapatilla, como si yo fuera un cachorro desobediente, que me hace caso por lástima y no por un interés que yo he dejado escapar en mi humilde despliegue de estupidez humana.

—Nada.

Touché. La palabra con menos contenido del universo y con la que se puede espantar a un moscón o a un estúpido de la misma forma. No necesito mucho más para que el «*Hoy puede ser un gran día*» comience a resquebrajarse. Uno de esos momentos en la vida en los que deberíamos aprender a detenernos y a bajarnos de la rueda del hámster para huir de todo y desaparecer para, un largo tiempo después, renacer de nuestras cenizas. Muevo la cabeza de lado a lado, como un elefante camino del cementerio, y cruzo el paso de cebra con la mente en un lugar perdido en mi memoria y mi cuerpo flotando frente al parachoques de un vehículo que, como un arma justiciera, avanza en pos de cobrarse una víctima inocente y vacía. Siento un impacto en mi espalda y caigo de bruces en mitad de la vía pública con la cartera debajo de mi cuerpo y una diosa de voz de terciopelo sobre mi cuerpo. Me levanto como puedo a pesar de la rodilla magullada, musito un «gracias» con poco valor y me dejo engullir por el edificio de las gárgolas donde, sin mirar atrás, subo por las escaleras en la soledad de quien no quiere cruzar su mirada con una decena de desconocidos en la artificialidad de la cabina del ascensor acompañados por una musiquilla impersonal. En el tercer piso la rodilla comienza a doler más de lo esperado, en el cuarto piso la respiración se vuelve fatigosa; en el sexto maldigo mi decisión y me dejo caer en los escalones donde siento un reguero húmedo en mi mejilla al que deseo llamar «sudor» con miedo a equivocarme. Error. Una lágrima de rabia que va seguida de muchas otras las cuales crean un velo de oscuridad en el que se proyecta la imagen de mi hermano Santi, de un niño pequeño con mirada inocente y una sonrisa con la que podría haber conquistado el mundo. Golpeo con fuerza la barandilla y esta comienza a balancearse y a emitir un zumbido agudo que me arranca el velo de lágrimas y me devuelve a mi triste realidad. Hoy puede ser un gran día y lo va a ser.

Me pongo de nuevo en pie con el ánimo resquebrajado; pero con el valor a la altura de los plafones que iluminan la escalera, y abandono mi efímero refugio para sumarme de nuevo a la serie sin rostro de personas que avanzan hacia la cadena que los ate a la pata de una mesa de oficina durante la mayor

parte del día. Entro en las dependencias del periódico con la vista lo suficientemente elevada como para poder sostener, durante una fracción de segundo, la mirada dura y fría de Amanda acomodada tras el mostrador de recepción y con sus ojos parapetados tras unas gafas que aún la vuelven más bella. Rumio un «Buenos días» muy parecido al «Nada» de la cafetería, y me arrastro como una babosa hasta la mesa que ocupo desde hace más de dos años y que se ha convertido en mi balsa de salvación; el lugar en el que puedo dejar de ser yo para convertirme en un periodista de los pies a la cabeza con don de gentes y una labia que ya la querría para sí mismo el mejor de los *monologuistas* de turno. Me dejo caer con pesadez en el butacón, y enciendo mi ordenador que tarda poco más de un minuto en mostrarme una entrada en la agenda que me espera cada mañana y que me anuncia lo que me aguarda en el resto del día.

—Reunión con el jefe en diez minutos.

—¿Hablas solo?

Me vuelvo hacia la mesa más cercana donde Rubén, compañero de vida desde... desde siempre, me mira con el ceño fruncido. Un niño encerrado en el cuerpo de un hombre de más de treinta. Un chaval al que conocí cuando era tan solo un crío que perseguía las gaviotas a lo largo y ancho de la playa de la Barceloneta y creía que el mundo esperaba hasta que yo deseara subirme a él. Dos jóvenes adolescentes enamorados de la misma chica y que decidimos resolver a puñetazos lo que aún nos parece la tontería propia de una edad inocente y fútil. Dos hombres con el mundo recién encontrado de los adultos y matriculados en la misma facultad de periodismo donde, como un cruel chiste, volvimos a enamorarnos de la misma mujer y que nos obligó a separarnos. Dos personas trabajando codo con codo y con un único cerebro y un corazón partido en dos desde aquel día en el que, abrazados como uno solo, descubrimos lo duro que puede llegar a ser perder a un hermano.

—Tengo que ver a Adolfo dentro de diez minutos.

—¿Es por lo del artículo?

—Creo que sí. Estoy convencido de que esta vez voy a salir en primera plana.

El gesto de Rubén no deja lugar a ninguna duda. Esa mirada dirigida a ningún lugar en particular y una efímera contracción de los hombros como si los problemas pasaran de largo y no deseara impregnarse de ellos. Un gesto bien conocido y que, por alguna extraña razón, me cabrea.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—No crees que vayan a darme la portada.

Un nuevo encogimiento de hombros y yo gruño.

—Se rumorea que está a punto de sumarse al equipo el hijo de uno de los socios.

—¡No me jodas! ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

De nuevo una palabra vacía y sin ningún significado que, para mí, significa mucho más que para la mayoría de los mortales. Me dejo engullir por la butaca agotado como si la mañana no hubiera comenzado recientemente. Abro la carpeta de mi ordenador donde guardo todos los artículos publicados en el pasado y los que aún están por publicar, y me entretengo en leer uno en particular; aquel que sé que merece estar en el lugar más importante de la revista. Lo releo una vez más; esta vez de una forma algo más crítica. Un par de fallos que hubiera deseado corregir, pero que han llegado a manos del redactor jefe encargado de decidir mi futuro laboral y el de todos los que me rodean. Los minutos pasan con lentitud. Cuando la aguja grande del reloj de pared situado sobre la cabeza de Amanda tontea con un par de palitos de metal, me pongo en pie y, acompañado por la mirada de mi amigo Rubén, recorro el camino de miguitas hasta el despacho de Adolfo; cerrado, como siempre, a cal y canto. Un par de golpes decididos en la puerta y una entrada triunfal con la mejor de mis sonrisas que se evapora en un instante; lo mismo que tardo en encontrarme frente a un joven de unos *veintipocos* años que me mira con la suficiencia propia de quien muestra orgulloso en la frente el mismo lunar, del tamaño de una verruga, que uno de los más importantes socios del grupo editorial. Hoy puede ser un gran día...

Adolfo ni tan siquiera levanta la vista hacia mí, aunque no se molesta en regalarme una desazón que para mí hubiera supuesto un «Tierra trágame». Él busca un papel escondido en una columna jónica de artículos perdidos hasta que parece encontrar lo que andaba persiguiendo que no es otra cosa que mi artículo, mi adorado artículo sobre la Atlántida; aquel por el que perdí buena parte de mis horas de sueño y una gran cantidad de mis ahorros; aquel en el que he puesto todas mis expectativas y que acaba sobre la mesa tan solo iluminado por el brillo de la sonrisa del recién llegado.

—Éste es Borja, nuevo articulista. Comienza hoy.

Muy educado, como siempre he sido, me acerco a él con la mano extendida y él corresponde de la misma forma, pero con una altivez digna del mejor de los socios de la agencia. Muy hijo de su padre por no decir algo peor.

—Encantado de conocerte —saludo con voz falsa y una educación bien aprendida—. ¿Te han dado ya tema de investigación?

—De hecho... —Me vuelvo hacia Adolfo que toma las correspondientes cartas en el asunto y veo su «tierra trágame» reflejado en la mirada, pero que no dura más de lo estrictamente necesario—. Borja nos ha presentado un artículo muy bueno y va a ser portada el mes que viene.

Trago saliva un par de veces para evitar vomitar en la mesa de mi jefe, aunque creo que eso es lo que debería hacer. Intento articular palabra, pero la garganta se ha pegado a mi gástrico y el papel de lija absorbe cada sonido que intento pronunciar. Me apoyo en el respaldo de una silla de madera e intento ordenar mis ideas. Un millón de palabras recorren mi cerebro intentando formar una frase coherente que pueda reflejar cómo me siento; una serie de vocablos inconexos buscando el pegamento que los una en un pensamiento adulto y, por encima de todo, comedido. Los caminos de mi cerebro sufren un terremoto temperamental y las palabras funcionan por sí solas.

—Vete a la mierda, Adolfo.

—Pero ¿quién coño te crees que eres?

Saco mi dedo medio a relucir y, tras ese gesto propio de un bar de carretera, abandono el despacho del redactor con el brillo de la sonrisa del ladrón de portadas clavado en mi cogote, y el reproche de Adolfo como único compañero. Una vez fuera miro de reojo a Rubén y no necesita muchas explicaciones para saber que estoy cabreado. Por si mi rostro no fuera lo suficientemente revelador, Adolfo sale tras de mí con la mandíbula apretada y los puños formando dos bolas de acero.

—¡Oye, tú!

Lo ignoro y continuó mi camino hacia el baño de la oficina seguido por un par de decenas de ojos que noto divertidos al encontrarse, por sorpresa, con un espectáculo mañanero con el que yo también habría disfrutado.

—¡Te estoy hablando!

Tras el segundo aviso de mi jefe, hago lo peor que podría haber hecho. Me doy la vuelta en mitad de la oficina y me encaro con él. Veo que no se lo esperaba. Se detiene junto a la mesa de Amanda, y yo me envalentono como

un adolescente en el patio de un colegio. Me acerco a Adolfo y lo señalo con el dedo.

—Eres un cabrón. Esa portada era mía y tú le estás lamiendo las pelotas al hijo del jefe.

—Su artículo es bueno...

—Y a mí me importa una mierda. Como si es merecedor del Premio Pulitzer. Esa portada era mía.

Adolfo sonrío de medio lado, y en ese preciso instante me doy cuenta de que he perdido la batalla antes incluso de tener la oportunidad de blandir mi espada como un auténtico cruzado. Esa sonrisa dice mucho más que cualquier frase fuera de tono que Adolfo llegue a dirigirme. Amanda también sonrío y yo me enfado aún más. Les doy la espalda y me encierro en el baño donde abro el grifo del agua fría, lleno el cuenco formado por mis manos e intento refrescar mi rostro y mis ideas. Apoyo los codos en la encimera de mármol y resoplo con la vista fija en el remolino que el agua va formando antes de desaparecer por el desagüe como mi futuro profesional.

—Tendrás otra oportunidad.

Ni tan siquiera levanto la vista. La imagen de mi editor con su bigote poblado del color de la ceniza y el pelo peinado con raya al medio se abre paso en mi mente. No tengo nada en contra de Adolfo, pero me ha traicionado y no necesito mucho más para volver a estallar.

—Eres un puto cobarde y un lameculos.

—Y tú un imbécil ingrato con menos memoria que un jodido pez.

—¿Eso a qué viene?

—A que ya has olvidado quién te dio este puesto y quién ha publicado todos tus artículos.

—Y también quién me ha apuñalado por la espalda...

—Vete a la mierda.

La repetición del impropio logra que mis neuronas alcen sobre sus cabezas la espada de Damocles que yo no logré izar y, sin mi permiso, explotan de la misma forma que yo lo hice en su despacho. Me incorporo con lentitud y, sin dejar de mirar a Adolfo a través del espejo, lo fulminó con la mirada.

—Creía que éramos amigos y tú me has vendido. Pensaba que tú eras distinto.

—No te confundas. Tú y yo no somos amigos y nunca lo seremos. Pau,

me caes bien, pero no debes olvidar que yo soy tu jefe; nada más.

—Eso ya me lo has demostrado. No te preocupes. Está claro.

Adolfo abre de nuevo la puerta del baño, pero, antes de salir, se vuelve y me mira con dulzura. Ese gesto condescendiente logra enervarme y, antes de que pueda pronunciar palabra alguna, algo estalla en mi interior y mi puño impacta en el espejo. El cristal explota en mil pedazos y mis nudillos revientan al mismo tiempo. La sangre no tarda en caer sobre el lavabo al tiempo que mi respiración se vuelve fatigosa y mis ojos se vuelven del mismo color que el líquido que ahora empapa la encimera. Adolfo, en lugar de crisparse, suspira con fuerza.

—Estás jodido y eso no es culpa mía.

Con mucha parsimonia echa mano a su cartera y lo veo extraer de ella una de esas típicas tarjetas de visita que deja sobre la encimera a cierta distancia de donde yo me encuentro. Vuelve a la puerta y, desde allí, me mira de nuevo con cariño.

—Tienes problemas. Llámala.

Adolfo sale del baño, pero vuelve a entrar un instante después. Yo ya he bajado la cabeza y mis ojos se clavan en la sangre que comienza a escapar por el desagüe sin formar el tan hipnótico remolino. La voz de mi editor es comedida; cosa que, en lugar de tranquilizarme, me cabrea a aún más.

—Ese espejo te lo descontaré de tu sueldo. Tómate unos días libres.

Ahora abandona el baño definitivamente y yo me quedo allí parado, como una estatua de sal, con la vista nublada y los ojos vidriosos. Las lágrimas bailan una danza extraña con mi propia sangre mientras mis nudillos arden al más puro estilo hollywoodiense tras una pelea en cualquier bar de la ciudad. Agarro una de las toallas con el logo grabado de la editorial y la enrolló alrededor de mi mano antes de regresar al fragor de la tormenta. Me encamino hacia la puerta, pero una pequeña cartulina llama poderosamente mi atención. Tomo la tarjeta entre mis manos con la idea de encontrar en ella algún dibujo que me muestre algo de empatía; pero en ella tan solo hallo un nombre y una solitaria palabra que me lo dice todo.

—Psicóloga.

Pensar en ello no es lo mismo que pronunciarlo en voz alta. Un regusto amargo inunda mi garganta, y todo mi ser se pone en tensión al sentirse cuestionado; al verse enviado a galeras o, lo que es peor, al creer en un final feliz inexistente. Aprieto la tarjeta con fuerza, miro la papelera y hago el

movimiento de lanzar una bola de papel a la canasta de lo inservible, pero un último mandoble lanzado al aire acaba con mi mano sana en el bolsillo de los pantalones y con la tarjeta de Raquel Serna a buen recaudo. Me miro de nuevo en el espejo reventado del baño y una única idea aparece de súbito en mi cerebro. Jamás pondré mi presente y, sobre todo, mi triste pasado en manos de una psicóloga.

Dos

—¿Un partidito de squash?

—¿Tú crees que yo estoy para jugar al squash?

Miro mi mano de reojo y veo cómo Rubén dirige su vista al mismo lugar que yo. Los nudillos siguen ardiendo a pesar de la cura en el hospital. Por suerte para mí, no hay ninguna fractura, tan solo unos cortes y el orgullo herido y mancillado. Sentado en un banco en el vestuario del gimnasio me pregunto si todo aquello merece la pena. El esfuerzo para mantenerme en forma, para demostrar a los demás que sigo siendo joven a pesar de que los años pasan inexorablemente y los Borjas recién salidos de la facultad vienen pisando fuerte con sus pañales cargados de influencias con las que no podemos luchar. Me pongo en pie con cierto esfuerzo y con pereza, sobre todo con pereza.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Rubén como si no supiera moverse por el gimnasio si no va cogido de mi mano.

—Paso de las pesas; tampoco podría —respondo mirando de reojo la venda que cubre mis nudillos—. Haré algo de elíptica y piscina.

—Te acompaño en la máquina, pero el agua es para los peces.

Dejamos el vestuario y nos perdemos entre el bullicio de la sala de aeróbicos donde decenas de hombres y mujeres pierden parte de su vida en una lucha desenfrenada contra el paso del tiempo. Rubén y yo encontramos un par de elípticas vacías entre dos chicas de aspecto imponente a las que mi amigo no deja de mirar a pesar de que mi vista tan solo se concentra en el televisor que nos acompaña desde una esquina de la sala. Es un vicio. El canal veinticuatro horas de noticias lleva años acompañándome y, como buen periodista, no me gusta obviar ninguna posible noticia. Rubén es otro cantar. Lo veo sacudir la cabeza como hace siempre que intenta concentrar su mente en algo que no sea lo estrictamente visual.

—De verdad que te va a gustar.

—No me fio de ti.

—Ya conoces mi buen gusto por las mujeres.

—Ya, aunque a mí me toca una cita a ciegas con la hermana de la que te

gusta.

—Tienen los mismos genes.

Esa es la cruda y estúpida realidad. Mi amigo Rubén ha organizado una cita a dobles parejas, y a mí me toca entretener a la hermana pequeña de su supuesta novia; una joven a la que no conozco y que me recuerda que mi mejor amigo tiene demasiada imaginación.

—Seguro que es un cardo.

Rubén resopla una vez más, pero yo decido concentrarme en la pantalla del televisor a pesar de notar la mirada de una de nuestras compañeras de ejercicio clavada en mis bíceps. Creo que estoy madurando a pasos agigantados porque ni tan siquiera respondo a ese evidente gesto de coquetería. Continúo pedaleando en la máquina hasta que escucho a la chica resoplar antes de marcharse al vestuario —seguro que con la idea en la cabeza de haberse topado con una pareja de gays haciendo ejercicio—. Creo que mi heterosexualidad comienza a resentirse. O es eso, o que paso demasiado tiempo con Rubén. De hecho, unos años antes, hubiera aplaudido el hecho de tener una cita a ciegas con una mujer, pero, hoy en día, lo único que puedo experimentar es pereza, apatía, agotamiento... y eso me preocupa.

Tras una hora larga en la elíptica, regreso al vestuario donde decido, sobre la marcha, pasar de la piscina. Prefiero darme una reconfortante ducha de agua caliente. El chorro a presión choca con mis agarrotados músculos que, poco a poco, comienzan a destensarse tras el día agónico que yo me prometía como «Un gran día», que se convirtió en todo un fiasco nada más llegar al periódico. Rubén aparece un rato después y, tras ducharse a toda prisa, saca de la bolsa de deporte una camiseta de esas ajustadas que tanto le gustan y unos pantalones vaqueros del mismo estilo. Sé que con eso va a intentar parecer diez años más joven; pero, en realidad, lo que va a mostrar es una desesperada huida hacia la juventud perdida. Yo soy mucho más terrenal y una simple camisa de color negro aparece como por arte de magia para acompañar a unos sencillos pantalones vaqueros.

—¿Eso es lo que vas a ponerte? —me pregunta con ese gesto tan suyo de una ceja elevada hacia el techo y los labios curvados hacia un lado.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada si quieres parecer un tipo en el paro. No era lo que esperaba...

—¿Y qué esperabas? ¿Quieres que haga como tú y me vista como un crío de quince años?

Rubén baja la cabeza y me doy cuenta de que me he pasado, pero no me apetece pedir disculpas. Llevo años pidiéndole perdón a mis fantasmas como para tener que soportar una chiquillada como esta. Mi amigo se pone en pie nada más vestirse y se marcha a la zona de los lavabos para terminar de acicalarse. Yo me visto con lentitud deseada; con una parsimonia que me aleja de la perezosa situación en la que yo mismo me he metido de cabeza al no mandar a mi amigo, y a sus citas a ciegas, a la mierda. Me reúno con él frente a una fila de lavabos y allí me peino a lo loco con mis manos para, acto seguido, extender una moderada cantidad de gomina sobre mi pelo largo y oscuro. Unas gotas de Jean Paul Gaultier en el rostro; ahora parezco un hombre desenfadado, pero con un buen olor. Rubén resopla, aunque no tarda en sonreír.

—¿Qué tal la mano?

—Bien. Casi no me duele.

—Te has pasado un poco con Adolfo.

—¿Tú también? Ahora me vas a decir que tengo que alegrarme por el cabrón que me ha robado la portada.

—No. Solo te digo que no hay que morder la mano que te da de comer.

—Ya.

Paso de mirarlo y, sobre todo, paso de seguirle el juego. No me apetece escuchar charlas conciliadoras del tipo «Tienes que portarte mejor» o «hay que ser más responsable». Bastante hago con acompañarlo en la puñetera cita a ciegas como para reírle las gracias. Me mira una vez más y, al ver mi gesto contrariado, rumia una disculpa y continúa intentando peinar su pelo rebelde del color de la paja. Regreso al vestuario, guardo todas mis pertenencias en la bolsa de deporte y salgo a la sala de musculación que atravieso obviando a todos los jóvenes que inflan sus cuerpos sin moderación. Una vez en la cafetería, pido un zumo de tomate con una pizca de sal y espero con paciencia la aparición de mi amigo; el radiante Rubén.

Tres

Sentado en el coche de Rubén; sin un tema de conversación trascendental que ocupe nuestras mentes repletas de testosterona, me dejo llevar y unos pocos, y peligrosos, pensamientos atraviesan la barrera de coral que protege mi cerebro y que lo separa del infame baúl de los recuerdos que, de tanto en tanto, visito como quien acude al hogar de un amigo al que hace tiempo que no ve.

Las luces de La Gran Vía me transportan a una avenida de Barcelona parecida aunque treinta años atrás; cuando Santi aún vivía y que había convertido en una pesada carga que yo debía soportar un día sí y otro también. Paseábamos cogidos de la mano y yo, recién llegado a la barrera psicológica de la preadolescencia, me separé de mi hermano de malos modos como si fuera pecado que mi mano sostuviera la suya. Santi me miró de reojo y vi que sus pupilas se humedecían, pero no me importó. Realmente me regocijé en las emociones que podía crear en un ser vivo. Yo era cruel, pero aún no lo sabía, y mi hermano se convirtió, de la noche a la mañana, en el conejillo de Indias de todas esas sensaciones. Y él lo soportó estoicamente porque, aunque no lo supe en ese instante, le merecía la pena aguantarlo todo con tal de sentir que tenía un hermano. Y yo le fallé.

Sin darme cuenta suelto un suspiro y Rubén se vuelve hacia mí como si llevara instalado un resorte en el cuello. Casi tengo que darle las gracias por una reacción similar a las que dedica al sexo contrario.

—¿Qué te pasa? No me digas que estás en uno de esos días.

—¿Uno de esos días? No sé si te lo he dicho alguna vez, pero eres un auténtico gilipollas.

—Creo que no me lo has dicho, aunque seguro que lo has pensado. Ahora en serio, ¿qué te pasa?

—Estaba pensando en Santi.

Entre nosotros se levanta un silencio digno de cualquier cementerio; el mismo silencio que aparece cada vez que nombro a mi hermano. Supongo que la mente de Rubén se llena de los mismos recuerdos que ahora campan a sus anchas por el mío y, una vez más, me alegro de haber compartido

conmigo el peor de mis miedos.

—Aquello ocurrió y ya está. No le des más vueltas.

Un sabio consejo que ha utilizado un millar de veces, pero que yo siempre desoigo como si deseara martirizarme con la imagen alegre, pero triste, para mí de mi hermano; del único ser que ha dependido de mí y al que fallé.

—Ya lo sé, aunque esta ciudad es una trampa mortal.

—El recuerdo es el perfume del alma.

—¿Quién dijo eso?

—No tengo ni idea, pero es bonito.

Le doy un par de vueltas a ese pensamiento, y reconozco en mi interior que es especial, que supone mucho más de lo que parece a simple vista, pero soy incapaz de mostrarle a mi amigo del alma mi debilidad.

—Es una mariconada.

—Lo sé.

Ambos sonreímos al mismo tiempo y entre nosotros vuelve a crecer la complicidad entre dos hombres que han compartido toda una vida y que se han entregado mutuamente el alma con cada lágrima, con cada sonrisa, con cada aliento victorioso o suspiro sumido en la derrota. Dos amigos que han visto pasar el tiempo como un reloj atrevido y, en cierta manera, cínico que se resisten a dejarse llevar por sus vidas como entes individuales.

—Allí están las chicas.

Me admira pensar en mi mejor amigo como un hombre que logra que dos preciosas mujeres nos esperen en la calle en una noche fría, mientras nosotros nos permitimos el lujo de llegar tarde por entretenernos en el gimnasio como dos machos alfa. Y sí, la hermana de la cita de Rubén es una jovencita muy atractiva, de pecho generoso, mirada azul, pelo largo y rubio como a mí me gusta.

—¿A qué está buena? —pregunta al tiempo que se afana en aparcar su coche entre dos vehículos que no han tenido la decencia de ser aparcados pensando en un tercer automóvil.

Un minuto después bajamos del coche y Rubén me presenta a su amiga Tatiana y a la hermana pequeña de la que, por mucho que me pese, ni tan siquiera recuerdo su nombre unos segundos después. Un hándicap de la vida con el que he tenido que aprender a vivir. Nombres inútiles y banales que ni tan siquiera llegan a rozar una partícula de mi memoria. Lo único que recuerdo es un leve acento de las dos jóvenes que me muestran que no

pertenecen a nuestra madre patria. Intercambiamos los consabidos besos antes de entrar en el apartamento de Rubén donde, como por arte de magia, una mesa adornada con la precisión de un cirujano nos saluda desde el centro del salón de estilo modernista y pretencioso como su dueño.

—Seguro que os gusta la cena.

Yo me siento en el lugar donde me ordena mi amigo, y me sorprendo al imaginármelo cocinando como nunca ha hecho; aunque esa extravagante imagen se desvanece en el momento en el que suena el timbre de la puerta y aparece un servicio de catering al completo con dos empleadas sonrientes vestidas con una librea más propia de un servicio de comida rápida que de uno de eventos, pero que sirve para que las dos señoritas que nos acompañan comiencen a aplaudir como dos colegialas. Unos minutos después, nos deleitamos con unas exquisitas pechugas Villaroi en salsa de boletus; una ensalada de rulo de cabra con frambuesas y cebolla caramelizada, y unas tartaletas de foie de pato con confitura de naranja en una cama de patatas con nata. El vino elegido por Rubén es excelente y no tarda en subirse a la cabeza de nuestras acompañantes poco acostumbradas al ritmo de mi amigo. Hasta yo siento mi mente embotada por el vino y por el exceso de comida a la que no estoy acostumbrado. Acompañados por nuestras copas de vino trasladamos el centro de convenciones al inmenso sofá situado, con una inteligencia rayana en la perversión absoluta, sobre una alfombra de pelo de Vicuña frente a una chimenea de gas que imita a la perfección cualquier hogar con sus troncos recién cortados y el fuego prendido con un fósforo extraído de una caja tiznada.

—Por vosotras.

Mi amigo levanta su copa con solemnidad y los demás respondemos de la misma forma, aunque a mí me cuesta elevar el vino a la altura de mis ojos. No sé si será por el exceso de alcohol y comida o por el hecho de que no veo motivo para tamaña celebración. Corina, que es como se llama mi preciosa cita de ojos azules, me mira con fijeza y pega su cuerpo todo lo que puede al mío. Sus pechos se aplastan contra mi torso y yo me quedo expectante ante una reacción que no acaba por llegar y que me demuestra lo que yo más temía. Me encuentro sentado en un sofá, frente a una chimenea, con una mujer joven, atractiva y muy apetecible, y lo único que deseo es irme a casa. Mi heterosexualidad vuelve a verse resentida en un breve lapso como para que mi intelecto pueda llegar a asumir el hecho de que no me interesan las

mujeres, que me he cansado de saltar de flor en flor libando el néctar de las relaciones sin futuro y esperando convertir ese preciado bien en una miel dulce y apetecible con la que alimentar mi soledad. Pero la realidad es bien distinta y aquí me encuentro, de pie en mitad del salón con la vista de una jovencita clavada en mí y con el único deseo de marcharme a toda prisa.

—Lo siento. No puedo...

Es lo único que alcanzo a decir antes de dejar mi copa sobre la chimenea, despedirme de mi amigo de forma áspera y acelerada, y salir de su apartamento como alma que lleva el diablo. El elevador tarda algo más de la cuenta en llegar y eso da tiempo a que la puerta del apartamento se abra a mi espalda. Sin necesidad de darme la vuelta sé quién me observa con cierta condescendencia como quien contempla a un moribundo en su lecho de muerte. No puedo soportarlo.

—No me mires así.

—No puedes saber cómo te estoy mirando.

—Puedo saberlo porque nos conocemos muy bien. Me miras con lástima y no me gusta.

—Y a mí me la pela lo que te guste o no. Te miro como te mereces. No sé qué coño te pasa, pero me lo vas a contar ahora mismo.

Me doy la vuelta con lentitud y apoyo la espalda en la puerta del ascensor con la esperanza de que se abra en breve y me trague con furia para poder escapar de allí. Pero las cosas no suceden como uno necesita y el elevador decide por su cuenta dar un paseo a lo largo y alto de todo el edificio. No me queda otra que hablar con mi amigo y, como suele suceder entre nosotros, la realidad aparece nada más abrir nuestros labios.

—No me apetecía enrollarme con esa chica.

—Si no te conociera diría que has abandonado el armario para cruzar de acera y engancharte al primer marinero que vieras pasar —comenta mi amigo con su típica forma de decir lo que piensa antes de levantar la mano y señalar al interior de su apartamento—. ¡Joder, es una tía preciosa y que está dispuesta a acostarse contigo! ¿¡Qué más quieres!?

—Lo único que quiero es que me apetezca acostarme con ella.

Rubén resopla un par de veces antes de comenzar a caminar por el rellano de lado a lado.

—Esto es peor de lo que me imaginaba. Llevas meses deambulando de acá para allá como un alma en pena y yo he intentado tirar de ti, pero ya no puedo

más.

—Yo no te lo he pedido.

—Es que es una de esas cosas que no hay que pedir. Ves que tu mejor amigo, tu hermano está jodido y tú lo ayudas sin pedir nada a cambio. Ya no sé qué más puedo hacer porque no sé lo que te pasa.

—Lo único que me pasa es que quiero sentar la cabeza y formar una familia, pero no me atrevo. No puedo hacerlo. ¡No quiero crear algo parecido a lo que tuve!

La verdad explota en el rellano de la escalera de tal forma que parece un Hiroshima en miniatura que se alza entre nosotros y lo impregna todo como una radicación insana que se arrastra al tiempo que se introduce en nuestros pulmones y nos deja sin aliento. Rubén me mira, aunque no veo lástima en sus ojos sino comprensión. El único sentimiento que mi mejor amigo podía mostrarme y que yo podría soportar con la mínima entereza de un despojo de ser humano en pleno campo de batalla.

—Sé lo que quieres decir, pero tú no eres igual que tu padre. No tienes por qué crear algo igual ni remotamente parecido.

—Pero ¿y si lo hago?

—Eso es imposible. Él estaba perdido y lo mandó todo a la mierda, pero tú sabes lo que quieres. Lucha por ello.

—¿Y cómo lo hago?

—No tengo ni idea.

Rubén se acerca a mí y me abraza con fuerza como lleva haciéndolo desde la primera vez en que nos fundimos en un abrazo con el que las lágrimas por la pérdida de mi hermano cayeron en su hombro y mojaron su camiseta. Yo me dejo hacer hasta que él decide soltarme y sonreírme con la dulzura de quien comprende el dolor ajeno, aunque no pueda hacer nada por menguarlo. Me despido con un leve movimiento de la mano antes de esconderme en la cabina del elevador que, por avatares del destino, decide hacer una parada en el rellano de Rubén en el momento preciso, en ese instante en el que no tenemos nada más que decirnos, aunque mi amigo decida regalarme una última perla gracias a la cual sonrío con timidez y recobro parte de mi prestancia.

—Ahora no me queda otra que hacer un trío con las dos rusas. Te debo una, hermano.

Las puertas del ascensor se cierran frente a mí y levantan un muro que me

separa de mi mejor amigo, al que, como bien ha dicho él, considero como mi hermano del alma; aquel que estuvo a mi lado cuando todo mi mundo se desmoronaba y yo decidí atrochar por la calle de en medio y desaparecer. Siempre estuvo ahí y sigue haciéndolo. Apoyo mi espalda en el lateral de la cabina y giro mi cabeza para observar mi imagen proyectada en el espejo del ascensor. Tan solo veo al niño que intentó crecer demasiado rápido para huir de sus peores temores y, lo peor de todo, para abandonar a la única persona que hubiera dado la vida por él. Aquel joven se presenta ante mí y me mira con desdén como si deseara decirme lo que yo pienso, pero no quiero pronunciar en voz alta. Las palabras amargas revolotean en el interior de mi boca esperando salir como un enjambre de avispas. No puedo más. Mis pensamientos pugnan por abandonar mi cabeza y lanzarse al vacío como un paracaidista que necesita ese salto para reafirmarse como persona; para despojarse de sus miedos y sentirse una persona íntegra. Así soy yo y decido abrir los labios al tiempo que una lágrima rebelde resbala por mi mejilla para dar cabida a una frase efímera más propia de una novela rosa que de una realidad dura y resbaladiza.

—Lo siento. No quiero ser como vosotros.

Metó las manos en los bolsillos con la imagen de mis progenitores en el proyector de mi mente y mis dedos rozan una superficie acartonada y áspera. El índice y el corazón se cierran pinzando una tarjeta que aparece ante mis ojos como si de un mal truco de prestidigitador se tratara. El nombre de Raquel Serna brilla con fuerza en la cartulina sobre la única palabra que en ese momento llama poderosamente mi atención y que necesito, una vez más, pronunciar en voz alta para apoderarme de ella y hacerla mía.

—Psicóloga.

Cuatro

Por más que miro el portal una y otra vez no soy capaz de dar ese último paso. Observo la fachada del edificio, pero la sensación es la misma. Tan solo tengo que pulsar un botón y romperé una de las barreras más escabrosas de mi vida, aquella que me impide llevar una nueva existencia. Antes de que pueda llegar a decidirme, una señora con un abrigo de pieles elige por mí y abre la puerta del portal para sostenerla antes de marcharse.

—¿Va a entrar, joven?

Quizá sea una absurda señal o tan solo los avatares del destino; pero la voz dulce de esa señora y la mirada neutra que me dirige, me animan a dar ese último paso con el que abandono la ruidosa vía pública para dejarme tragar por el húmedo y lóbrego vestíbulo del edificio. Unos pocos pasos más hasta el elevador donde pulso el número dos para dejarme elevar mi cuerpo y mi espíritu en pos de esa ansiada y milagrosa recuperación en la que yo mismo no creo. Cuatro puertas donde elegir y solo una como decisión acertada que se abre, como por arte de magia, una vez llego al rellano y pongo mis pies en el felpudo. Me dejo caer en un sillón de cuero rodeado por otros pocos muebles insulsos y algún cuadro incomprensible con el que demostrar que las pobres víctimas acaban de mimetizarse con sus propios miedos en el centro de la ludopatía, la esquizofrenia y, en mi caso, la ira incontrolada y no sé cuántas patologías más. Por suerte para mí, no hay mirada que cruzar o vergüenza que tragar en un vestíbulo solitario donde tan solo yo rumio mi desgracia en espera de una llamada de auxilio en lugar de la consabida reclamación de socorro. Solo estoy yo con mis pensamientos, mis desgracias y mis miedos, cuando una joven de pelo corto, de piernas largas como una garza y delgada y grácil como una gacela aparece por el pasillo, me mira con seguridad y pronuncia mi nombre con voz fuerte y confiada.

—Pau Giménez.

Miro a uno y otro lado como si necesitara que un fantasma de mi pasado se levantara en lugar de tener que hacerlo yo; pero la suerte está echada de antemano y nada puedo hacer. Me pongo en pie con parsimonia, asiento mientras mi movimiento se vuelve aún más cadencioso y sigo a la joven de

pelo corto camino del matadero que no es nada más que un pequeño cuarto con una mesa, dos sillones y, como era previsible, un diván muy propio de la consulta de un psicólogo.

Raquel Serna me invita a sentarme con un gesto de la mano y yo obedezco cual perrito faldero. Abandono mi cansado cuerpo en una de las dos butacas y ella se parapeta tras su vacío escritorio. Se sienta en un sillón parecido al mío, coloca una libreta sobre sus rodillas y, tras quitarle la capucha a un bolígrafo Bic, me mira y, por primera vez, sonrío. Es bonita y ella lo sabe.

—Buenos días, Pau. Mi nombre es Raquel y, a partir de hoy, voy a ser tu psicóloga.

No añade nada más. Tan solo me ha saludado y ya está anotando en su libreta como un fiel escribano que tuviera la guillotina en su pluma y con la que puede llegar a cortar ilusiones y cercenar promesas de felicidad. No me gusta y ella lo nota.

—No pienses en la libreta como algo malo. Tan solo es... una buena compañera de trabajo.

Asiento con la cabeza e intento sonreír, aunque sé que la mueca que Raquel ha podido presenciar tiene de todo menos de alegría. Ella ladea la cabeza y clava sus ojos en mí.

—¿Por qué estás aquí?

—Adolfo, mi jefe, me dio tu tarjeta.

—Eso explica cómo me has encontrado, pero no por qué estás aquí.

Quizá ella necesite alimentar su ego y las palabras «necesito tu ayuda» puedan dar de mamar a su exagerado narcisismo; pero yo no estoy aquí para hacerla sentir mejor... o eso creo.

—Quizá no haya sido buena idea venir.

—¿Por qué no crees en los psicólogos?

Mi rostro, una vez más, responde por mí con la suficiente antelación como para que no tenga ni tan siquiera que abrir los labios. Raquel demuestra ser lo suficientemente inteligente como para interpretar mi gesto por lo que no espera mi respuesta y continúa hablando. Quizá necesite oírse para reforzar la sensación de poder.

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista.

—¿Eres buen periodista?

Esta vez sí que abro los labios, pero entre ellos no sale sonido alguno que

ponga en entredicho mi autoestima o aquello por lo que he luchado tantos años. Mis alarmas se encienden todas a una y mi cuerpo se tensa antes de contestar con una decisión mal fingida.

—Sí. Soy buen periodista.

—¿Y conoces alguno malo?

—Por supuesto.

—Yo también conozco psicólogos malos.

Supongo que es una buena estratagema y, lo peor de todo, da resultado. Ya no la veo como a una embaucadora o, más o menos, como una charlatana de feria que intenta venderme una pócima de amor que cura las heridas del corazón. Ahora solo es, ante mis ojos, una mujer normal, sin superpoderes; pero con la inefable capacidad de dejarme sin palabras; aunque, como buen periodista, pueda resultar paradójico. Ella no parece necesitar mi participación en esta extraña cita, ya que continúa su discurso con aún más ahínco.

—Tengo que saber algo de ti porque no eres transparente. Si has llegado a este lugar es porque necesitas ayuda. Lo más importante es que te dejes ayudar y, por encima de todo, que reconozcas que tienes un problema.

—¿Cómo un alcohólico?

—Como el cien por cien de la población. Todo el mundo tiene problemas. No es exclusividad tuya.

—Pero no todos necesitan a un psicólogo.

—Lo necesitan muchos más de los que piden ayuda; aunque no todos los problemas son iguales o de igual magnitud.

—¿Y el mío lo es?

—Aún no lo sé. Cuéntame.

Mi cuerpo vuelve a tensarse ante la inteligencia de mi psicóloga que me demuestra que, como ocurre en mi profesión, hay profesionales de la mente malos y otros que, quizá, no lo sean. Mi cabeza es un torbellino que se deja arrastrar por el miedo; aunque gire a una velocidad vertiginosa y amenace con destruirlo todo a su paso. Una fortaleza imaginaria que puede ser desintegrada con tan solo un soplo de cruda realidad. Los recuerdos se agolpan en mi mente y pugnan por abandonarme de una sola vez en pos de demandar esa ayuda que sé que necesito. Tartamudeo un par de veces antes de poder poner coherencia a mis palabras. Raquel espera pacientemente, y yo soy un torpe interlocutor con un millón de fantasmas revoloteando a mi

alrededor.

—Yo... no... No soy capaz de enamorarme.

Suelto todo el aire que retengo en mis pulmones y espero recibir a cambio una felicitación en forma de frase inteligente y tranquilizadora, pero la psicóloga me demuestra con su silencio que necesita mucho más que unas pequeñas migajas. Respiro hondo, cierro los ojos y dejo volar mi mente a la Barcelona de veintiocho años atrás, al hogar que nunca lo fue; al refugio que fue bombardeado aquella mañana del mes de abril por mis propios progenitores; a las palabras temblorosas de mi hermano Santi.

—No quiero que un crío pueda pasar por lo que yo pasé.

Abro los ojos, y Raquel me invita con un gesto de su mano a volver a cerrarlos. Obedezco con cierta reticencia, pero con el alivio de no contemplar la expresión de su rostro o el bolígrafo resbalando sobre el papel de su libreta.

—¿Qué es lo que ocurrió en tu infancia?

—No quiero hablar de eso.

—Pero tienes que hacerlo.

Aprieto los ojos con fuerza y los dientes con rabia hasta el punto de sentir mi mandíbula agarrotada; como si llevara mascando chicles media mañana. La imagen de mi hermano aparece ante mis ojos cerrados como si estuviera allí jugando conmigo, peleando conmigo, compartiendo su vida con la única persona que podría haberlo hecho feliz. Pero le fallé y ahora no está.

—Mi hermano Santi era más pequeño que yo —comienzo a relatar con un hilo de voz—. Recuerdo que le daba miedo casi todo y yo utilizaba su debilidad como divertimento. Fui cruel con él.

—Tan solo erais niños.

—Él era... como mi madre. Todo dulzura y bondad. Me reía de él, pero Santi me seguía a todos lados como si no le importaran mis burlas.

Una lágrima cae sobre la pernera de mi pantalón, pero ni tan siquiera soy consciente de haber comenzado a llorar al pensar en mi hermano. Trago saliva y continúo hablando, aunque estoy cansado y triste.

—Él tan solo quería estar conmigo en todo momento; pero yo era mayor que él y no... Podía haberle dedicado más tiempo.

—¿Sigues teniendo relación con él?

—Murió.

Raquel guarda silencio, y yo aprovecho para abrir de nuevo los párpados. Ella me mira con esos ojos neutros que aún no sé si me gustan o me

molestan. Quizá si me mirara con desencanto o complicidad podría llegar a empatizar con ella, pero de momento se comporta como un autómatas al que sé que no quiero volver a ver. Me pongo en pie ante la presencia tranquila de Raquel, dejo un billete de cincuenta euros sobre su mesa y salgo del despacho con la idea de no volver jamás. Llego al vestíbulo y me detengo ante la reproducción de un cuadro de Miró en el que veo varias arañas de patas grandes y un sinfín de colores sin ton ni son. Me siento como ese cuadro. Un batiburrillo de sensaciones que nació de la mente de un genio; de un hombre por el que nadie habría apostado pero que logró vencer a su propio yo y a todos los que no creían en él. Soplo con fuerza y deseo gritar con todas mis fuerzas, aunque no pueda hacerlo. Regreso al despacho y me planto ante Raquel con más miedo que vergüenza, aunque ella pareciera esperar mi regreso.

—Quiero verte de nuevo.

—El jueves a la misma hora.

—¿Dentro de dos días?

—Sí.

La decisión con la que me responde me impide verla como una embaucadora que tan solo busca billetes de fácil acceso que aterrizarían en la mesa de su despacho cada dos días. Asiento con la cabeza me dispongo a salir del despacho, pero su voz me detiene en el umbral.

—Quiero que comiences a escribir un diario.

Me doy la vuelta y, por la seriedad reflejada en su rostro, compruebo que no está bromeando y que de verdad me está pidiendo empezar a escribir como un crío sin preocupaciones reales escondido en un mundo en el que los adultos lidian con sus peores miedos. Pero yo no soy ese crío y no me veo capaz de escribir.

—¿Y de qué escribo?

—De lo que quieras. De ti, de tu hermano, de tus padres, de tus amigos, de tu trabajo... Tan solo escribe.

—No sé si podré hacerlo.

—Eres periodista. Lo harás bien.

Asiento con poco convencimiento y salgo de su despacho para darme de nuevo de bruces con el cuadro de Miró que ahora no me dice nada; tan solo me muestra los garabatos de una mente especial, de un hombre fuera de lo común. Salgo al rellano y mis pies me dirigen hacia el ascensor donde me

detengo. Ahora, el que se siente como un autómeta soy yo mismo. Necesito alejarme de allí, pero una parte de mi interior demanda volver a hablar con la psicóloga, con la única persona que sé que no me va a decir lo que quiero oír, que no va a regalar mis oídos con palabras inútiles o con mentiras saciadas de bondad. No es lo que demando escuchar y, tal y como me alejo del despacho de Raquel, la soledad va apoderándose de cada rincón de mi ser hasta coparlo todo como un monstruo que me estrangulara desde dentro y no me dejara respirar.

Ante la mirada incrédula de los transeúntes que a aquella hora matinal copan las calles de Barcelona, vomito el desayuno en el alcorque de un árbol. Me siento mareado y a duras penas logro llegar a un banco de madera donde me siento y cierro los ojos. Las sienes me palpitan y el corazón galopa en mi pecho como un caballo desbocado. Abro los ojos y me encuentro con la mirada curiosa de un niño que, sin saber por qué, me recuerda a mi hermano Santi. El niño, de grandes ojos azules y pelo negro y rizado, me mira fijamente y, al escuchar la voz de su madre, se acerca a mí, deja un pequeño objeto sobre el banco de madera y sale corriendo en pos de encontrarse con una mujer joven, y no muy agraciada, que acoge al niño en sus brazos y se marcha con él.

Tomo el objeto entre mis manos y lo miro con detenimiento. Tan solo es la figura de un pequeño murciélago de goma, pero para mí significa mucho más. Lo guardo con sumo cuidado en uno de los bolsillos de mi chaqueta, me pongo en pie y me alejo del despacho de mi psicóloga con el único deseo de volver a verla, pero con el miedo de mis propios fantasmas que comienzan a asomarse al balcón de mi mente.

Diario - 25 de abril

Apoyo mi bolígrafo en esta hoja pensando que es una tontería, que de nada me sirve escribir lo que siento, lo que pienso o todas esas cosas que me joden hasta el punto de querer olvidarme de todo y desaparecer de una vez. ¡Maldita loquera! ¡Maldito yo y mi debilidad!

Ahora estoy escribiendo un diario como un adolescente, como aquel chico que un día decidió plasmar sus pensamientos en una simple hoja de papel y no fue capaz. Aquella hoja de papel que fue arrastrada por el mar y se perdió en las olas al igual que le ocurrió al capitán de su alma y al dueño de su destino. Añoro el mar y el olor a... Nunca he tenido claro a qué huele el mar, pero sé que es algo especial, un aroma que se te incrusta en la piel, debajo de las uñas y, sobre todo, en el cerebro; en ese lugar donde se anclan los recuerdos buenos y malos, los que quieres que te acompañen toda la vida y aquellos que no se separan de ti, aunque quieras y necesites olvidarlos.

Tras una toma de contacto con mi psicóloga, mañana tengo la primera... cita o consulta, o lo que sea, y tengo claro que no va a servir para nada. Que tan solo me va a sacar los cuartos utilizando frases manidas muy del estilo de estos charlatanes de feria que se aprovechan del dolor ajeno y de la debilidad humana para llenarse los bolsillos con el sudor de la frente de sus pacientes. Cierto, no creo en los psicólogos y aquí estoy, escribiendo la carta emocional de los Reyes Magos donde pido que mi mente deje de torturarse, que mis pesadillas se conviertan en sus sueños y que mi corazón consiga latir al ritmo de otro corazón con los mismos problemas que yo o sin ellos, me da igual.

Tan solo necesito salir de esta espiral de noches sin sentido, escapadas fugaces a lugares opacos en los que da igual si el sol acaricia las montañas al amanecer o si la hierba brilla bajo el brillante rocío. Tan solo un hombre y una mujer con un sentimiento físico. Perdón, sin sentimiento. Un intercambio físico donde las almas se dejan aparcadas junto al todo terreno y los corazones dejan de latir durante algo más de una hora, o una noche entera si a la afortunada de mis desdichas no la espera un pulcro maridito en su hogar.

Por suerte para mí, estas páginas que voy a ir escribiendo, si mis fuerzas y mi autoestima me lo permiten, no van a ver la luz. Como bien dijo mi recién

hallada psicóloga, esto tan solo es un trozo de papel donde mi dolor puede garabatear una simple nota de socorro, o donde mi maltrecho corazón puede pedir ayuda al limbo de los desesperados. Estoy comenzando a preocuparme o a asustarme.

A pesar de mi condición de periodista, nunca he sido tan prolífico con mis pensamientos ni tan sincero con mis necesidades. Mi corazón y yo hemos caminado cogidos de la mano, pero sin mirarnos a los ojos ni una sola vez. Cada uno con sus cuitas y sufrimientos, aunque sin dignarse a pedir ayuda. Eso es. Muy dignos los dos. Muy dignos y estúpidos como lo son los enamorados que sufren por amor en lugar de disfrutar de él; como los condenados a muerte que se regocijan con una última cena sin saber que el placer es tan efímero como un suspiro y la noche oscura es eterna.

Ella no tiene que ver esto que escribo y puedo referirme a su persona como a un parásito de la sociedad que disfruta con el dolor ajeno al tiempo que aprovecha para deleitarse con cada euro que alimenta su imagen fría y déspota. Y, aun así, estoy deseando que llegue mañana para poder abrir la boca y dejar que mi mente confusa sea la que hablé por mí sin importarle ser juzgada o destruida por un pensamiento ajeno. Cuento las horas que faltan para mi encuentro con la mujer que se ha comprometido a estar ahí para lo que necesite. Y tengo que reconocerlo, tras esa frase tan cargada de intenciones, mi lívido ronroneó en mi interior y se imaginó un sinfín de situaciones morbosas en aquel despacho donde la frialdad se confundía con la profesionalidad y donde ella, sería e impertérrita, intentaba balancear inútilmente su corta melena en un gesto que yo, en mi línea banal y ligeramente misógina, interpreto como un cortejo de apareamiento, como esa berrea del ciervo en la que los machos se disputan a la hembra. Tan solo descompuesta mi teoría por la mirada dura de mi psicóloga al ver mi sonrisa irónica y los ojos de hombre desesperado que, según mi amigo Rubén, es mi carta de presentación allá donde vaya. Triste y patético devenir el del ateo de sentimientos y agnóstico en el amor.

El bolígrafo comienza a pesar en mi mano de tal forma que temo que vaya a caer en cualquier momento sobre esta hoja de papel emborronando mis pensamientos y los de mi corazón con los que no siempre estoy de acuerdo pero que, normalmente, suelen ser más inteligentes que los que dicta mi mente obtusa. Solo quedan unas pocas horas para que todo mi ser deje escapar pequeños fragmentos almacenados en aquel rincón oscuro donde los

recuerdos se anclan a uno para no dejarlo respirar o, en el mejor de los casos, para acariciarlo de vez en cuando con una imagen divertida o nostálgica. Unas pocas horas y prostituiré mi pasado en una cita o quedada o como quiera llamarlo con una mujer delgada y ligeramente andrógina que no me atrae lo más mínimo, pero con la que ya me he permitido el lujo de fantasear como con tantas otras. Mujeres que no forman parte de mí y nunca lo harán porque tan solo son eso, mujeres que quieren lo mismo que yo. Las otras, las que necesitan una relación estable, un te quiero después de despertar o una promesa de amor eterno no tienen cabida en mi vida y son las primeras en huir al ver lo que encierra la primera puerta, la que siempre eligen, aquella tras la que yo espero con mi sonrisa elocuente y la mirada que enamora y que muestra al niño que llevamos dentro, Frase magistral utilizada por Rubén y con la que se ligó a una mujer de cincuenta años que tan solo buscaba una aventura de una sola noche con alguien que deseara lo mismo y que huyera del compromiso como mi mejor amigo. Compromiso del que yo no me escapo de igual forma pero que me resulta esquivo y, de tanto en tanto, extraño como un lenguaje que no supiera interpretar, como una serie de pistas que no me dan la información suficiente para presumir de haber resuelto el acertijo.

El bolígrafo de gel azul —verde hubiera sido demasiado deprimente— amenaza con caer sobre el papel y creo que eso es lo que, en el fondo deseo, que todas estas palabras traicioneras desaparezcan del lienzo y caigan por el retrete de mis emociones donde cualquier atisbo de debilidad o empatía es arrastrado por el remolino de realidad. Soy un mierda. Lo sé. Un cobarde que lleva arrastrando su culo por el mundo como si la mochila que llevara sobre los hombros guardara todo el plomo que la Humanidad arrancara de las entrañas de la tierra para hacer su carga aún más pesada. Sí, soy un mierda y un cobarde. Por qué no decirlo. Por qué no gritarlo a los cuatro vientos, subirme a la estatua de Colón y, desde allí, soltar la cloaca que me acompaña desde que tomara la decisión más dura que un crío debe tomar, desde aquel día que dejé de ser un niño para convertirme en un cobarde y en un mierda. Y lo peor de todo es que lo sé.

Tan solo quedan unas horas para poder abrir mi alma y el bolígrafo de gel azul garabatea por sí solo estas últimas palabras sentado frente al mar imaginario que me vio crecer y, como si el tiempo no hubiera pasado, perdido en las mismas olas en las que intenté refugiarme, pero que solo me alejaron

de quien más quería.

Cinco

Aquel debería haber sido un día como cualquier otro; como cualquier viernes de un mes cualquiera de cualquier año, pero no fue así.

Nada de aquella soleada mañana hacía presagiar que fuera a suceder algo distinto que rompiera la monotonía de aquellos despertares invernales hasta que un pequeño detalle hizo que todo mi mundo adolescente se quebrase como un simple jarrón de loza estrellándose contra el suelo. Despertar a las siete de la mañana era un triunfo para mí y la gélida sensación de abandonar el cálido lecho para enfrentarme a la rutina de cada día, pesaba como una losa. Una hora intempestiva en la vida de un adolescente necesitado de horas de sueño para recuperar el hálito vital extinguido tras una larga jornada de juegos, risas y estudio lo que menos.

Sí, siempre a las siete de la mañana y esa hora parece que me ha seguido persiguiendo hasta el día de hoy en el que, con más de cuarenta años a mis espaldas, cada noche me obligo a activar la alarma del móvil para despertarme al día siguiente, como no, a las siete de la mañana. Siempre a esa hora. Una hora triste que zumba en mis oídos como un enjambre de avispas traicioneras.

Mi madre era mi despertador particular. No uno de esos artefactos ruidosos y traicioneros que rompen con malicia las horas Rem de la noche en las que la mente deja paso a los recuerdos y el subconsciente se activa para recordarnos que, a pesar de la inactividad, seguimos vivos. Ella era dulce como tiene que ser una madre y, lo más importante de todo, siempre aparecía con una preciosa sonrisa en el rostro que aquella mañana, de habernos despertado, habría dejado olvidada en la penumbra de su cuarto.

—Venga, dormilones, que el sol no espera a quién no madruga —nos decía con una sonrisa en los labios mientras con una mano tiraba de la ropa de mi cama y con la otra le hacía cosquillas en la nariz a mi hermano Santiago.

Pero aquella mañana soleada a la par que gélida del mes de febrero, mi madre no entró a las siete de la mañana a despertarnos inundando nuestro cuarto con todo el amor que era capaz de entregar con tan solo una sonrisa.

De hecho, yo no me enteré de que algo extraño ocurría hasta que mi hermano se subió, con su pequeño erizo rosa en brazos, encima de mí aún a sabiendas de que se jugaba un buen pescozón por despertarme de aquella manera tan... tan suya. Tan de un hermano pequeño que siente que la respiración que escucha a su lado durante la noche es lo único que lo protege de los temidos monstruos nocturnos que pueblan los sueños infantiles.

—Chacho, son casi las nueve de la mañana.

Como era de esperar en un adolescente perpetuamente agotado que odia madrugar, no hice ni caso de lo que mi hermano pequeño me decía. A sus ocho años, ya era un auténtico torbellino y a mí me tocaba hacer un supremo esfuerzo por mantenerlo en su sitio sin que absorbiera, como un agujero negro, todos y cada uno de los escasos centímetros cuadrados de mi espacio personal.

—¡Chacho, son casi las nueve!

Mi cerebro, aunque un poco tarde, comenzó a funcionar como una maquinaria sin engrasar, aunque lo suficientemente fiable como para darme cuenta de que algo raro estaba pasando. Mamá sí que era como una máquina perfecta y nunca se había olvidado de despertarnos. Sin saber muy bien por qué, un escalofrío me recorrió la columna vertebral haciendo que me encogiera aún más bajo las mantas de mi cálido refugio.

—¡Chacho!

Mi hermano comenzó a dar saltos sobre mi estómago como si de una cama elástica se tratara y me vi obligado a darle el tan esperado soplamocos por mucho que me pesara. Lo peor de todo, consiguió que fuera realmente consciente de que algo a nuestro alrededor fallaba.

—Vuelve otra vez a despertarme y eres hombre muerto —le dije repitiendo, con inocencia, las sórdidas palabras que un policía le había soltado a un compañero en la película que había estado viendo la tarde anterior en casa de Rubén, mi mejor amigo, y que no había dejado un buen poso en mi interior. Tan solo escenas violentas impropias de nuestra edad, pero que nos hacían sentir valientes ante un mundo que comenzaba a ganarnos terreno.

—Chacho, mamá no nos ha despertado —dijo mi hermano parapetado en su trinchera particular detrás de la cama—. ¿Tú crees que le habrá pasado algo?

—¿Tú eres tonto o qué?

Con esa edad, pensar en que a mi madre le pudiera llegar a pasar algo malo no entraba dentro de las posibilidades coherentes que un adolescente podía barajar. Para mí, ella no era una simple madre. Era MI madre y eso no se podía obviar.

—Entonces, ¿por qué no nos ha despertado?

Me quedé cavilando consciente de que mi hermano, agarrándose a la inocencia de la infancia, no veía a mamá de la misma forma. Él aún temía que pudiera desaparecer de la noche a la mañana como si aquello fuera una de esas películas de Disney que tanto gustaban a Santiago y en las que una bruja malvada podía lanzar un sortilegio que hiciera desaparecer de la faz de la tierra a todas y cada una de las madres. Pero para mí, la mía era la mejor, la única, la súper madre. Y no había más que hablar. No podía haberle pasado nada.

—No sé, Santi. Quizá se haya dormido.

Lo vi entrecerrar los ojos como hacía siempre que algo le preocupaba.

—Chacho, ¿por qué no vas a ver si le pasa algo? —me preguntó con voz temblorosa. Era evidente que estaba asustado y yo, a pesar de estarlo también, era el hermano mayor y aquel era un cargo de mucha responsabilidad.

—Voy. Ya verás como no ocurre nada. Ya sabes que llega tarde de trabajar y muy cansada. Seguro que está durmiendo.

Lo que no me quedaba claro era si esas palabras las decía para tranquilizar a mi hermano o para tranquilizarme a mí mismo. Supongo que daba lo mismo porque sentí mi respiración entrecortada y cómo el valor comenzaba a abandonar mi cuerpo encogido de miedo y frío.

Abrí la puerta de la habitación y me asomé al pasillo notando en mi rostro el cambio de temperatura. Mamá siempre se preocupaba de que nuestro cuarto tuviera la temperatura perfecta; aunque yo ya tenía edad suficiente para saber que mis padres no andaban precisamente sobrados de dinero como para malgastar unos pocos euros en mantener toda la casa caliente. Cosas de padres que tan solo llegamos a entender cuando ascendemos en la escala familiar y sucumbimos ante la temida paternidad.

No se escuchaba ningún ruido. Llegué hasta el salón con los brazos cruzados sobre el pecho para intentar mantener, sin mucho éxito, el calor que me habían proporcionado las dos mantas con las que me cubría durante la noche. Comencé a tiritar sin poder hacer nada por remediarlo y me enfadé

conmigo mismo porque no tenía muy claro que aquel movimiento convulso estuviera provocado por el frío. Miré a uno y otro lado, pero allí no había nadie. Con la poca inocencia que aún borboteaba en mis venas a pesar de mis catorce años, me asomé detrás del apoyabrazos del sofá conteniendo el aliento y esperando encontrar a mi madre allí agazapada jugando al escondite o algo por el estilo. Pero, con el paso de los años, uno aprende a base de golpes y frustraciones que la realidad suele ser un triste reflejo de los deseos, los anhelos y la más variopinta variedad de necesidades no cubiertas. Suena crudo, pero es así. Los cuentos de hadas no existen excepto en los libros que mi madre le leía a Santiago antes de dormir. Si la pasada noche había sido igual que siempre, ¿por qué la mañana se presentaba tan distinta, tan incoherente, tan vacía de lo que cada día nos daba la seguridad basada en la rutina? ¿Es tan difícil de entender? Todas esas inquietudes que nos absorben y nos dominan como adultos no existen en la infancia. Un adolescente como yo y un niño como mi hermano tan solo necesitábamos la misma rutina de siempre para ser felices, aunque aquel día todo se desmoronó como un castillo de naipes.

Continué de puntillas hasta la cocina donde cada mañana me esperaba un gran tazón de humeante cacao y una tostada con su mantequilla y su mermelada. Siempre de fresa. Hay cosas que no es preciso cambiar y la rutina, tan temida por los adultos, volvía a hacer acto de presencia. Allí también reinaba el silencio más absoluto. Mi corazón comenzaba a encogerse a cada paso. Sin darme cuenta de lo que realmente hacía, había dejado para el final el lugar donde, con más probabilidad, pudiera encontrar a mi madre. ¿Por qué hice eso? Ahora que han pasado tantos años desde aquella insufrible mañana, quiero pensar que tan solo me protegía; que tenía claro que algo malo había ocurrido y posponía el momento de enfrentarme a la verdad, a la cruda realidad. A lo largo de los años, he escuchado infinidad de veces la frase «un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer». ¿Y un niño? ¿Qué se supone que tiene que hacer alguien que aún no ha aprendido a vivir? ¿Cómo se supone que debe reaccionar un chiquillo al que aún no le ha sido arrebatada en su totalidad la inocencia infantil? Sigo sin tener respuesta. Lo único que sé es que, sin ser un hombre, hice lo que tuve que hacer.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de mis padres tiritaba como nunca lo había hecho y mi pecho subía y bajaba como si buscara aire donde no lo había; como si precisara cada movimiento para insuflarme el valor que

estaba comenzando a faltarme. Respiré hondo un par de veces mientras notaba la sangre palpitando en mis sienes y coloqué la mano derecha cerrada a tan solo un par de centímetros de la puerta.

—Vamos, no pasa nada —me dije necesitando ese pequeño empujón para golpear antes de entrar como bien nos habían enseñado nuestros progenitores—. Todo va bien. No hay nada que temer.

Pero antes de poder mover un músculo de mi cuerpo, un leve sonido llegó a mis oídos desde el otro lado de la fina plancha de contrachapado que me separaba de todos mis temores. Lo tuve claro al instante. Era un lamento, un sollozo, un alma que escapaba para dejar un vacío inmenso. Se me partió el corazón en mil pedazos.

En mis pocos años de vida jamás había escuchado llorar a mi madre. ¡Por Dios, las madres no lloran! Ellas son las que enjugan nuestras lágrimas, pero, de la misma forma, están exentas de verterlas. Qué triste desconocimiento el que nos brinda la pubertad. Creemos saberlo todo; pensamos que poseemos la verdad absoluta y que nada puede llegar a sorprendernos. Aquel viernes me gradué *suma cum laude* en la dura universidad de la vida, en aquella que ofrecía, muy de tarde en tarde, un curso acelerado y muy poco gratificante de madurez. Las madres no sufren; las madres no lloran; las madres no sienten. Vil mentira que descubrí en aquel preciso instante...

—¿Qué pasa, Chacho? —me preguntó mi hermano también en el pasillo y logrando que mi corazón latiera aún más rápido si cabe—. ¿Dónde está mamá?

—Vuelve a la habitación, Santiago —le ordené con toda la suavidad con la que fui capaz de dirigirme a él. Fui consciente de ello. Normalmente solía ser bastante más rudo y aquel hecho hizo que se me encogiera aún más el alma—. Aquí hace frío.

Lo vi dudar, aunque, ante la firmeza de mi mirada, suspiró y volvió a entrar en nuestro refugio, en nuestro reino de ilusiones. Los ojos se me llenaron de lágrimas y sentí, por primera vez en mi vida, un inmenso cariño por ese pequeñajo que siempre me seguía a todas partes.

—Lo hace porque eres un referente para él —me dijo un día mi padre tras regañarme por decirle a Santiago que me dejara en paz.

—¿Qué es un referente, papá?

Mi padre, normalmente un hombre duro y no muy dado a las muestras de cariño, me puso la mano en la cabeza y me revolvió el cabello. Esa fue una de

las pocas señales de amor que fue capaz de trasmitirme. Un triste bagaje.

—Un referente es un ejemplo a seguir —me aclaró mientras separaba su mano y se la metía en el bolsillo como si aquel gesto tuviera que ser olvidado de inmediato y mantuviera en su embalaje la fecha de caducidad—. Tu hermano te adora y quiere ser como tú.

Bufé al escuchar las palabras de mi padre y abandoné aquella conversación en el desván de mis recuerdos junto con aquella escueta y efímera muestra de cariño. Pero aquel viernes muchas cosas cambiaron en mi vida y en la de mi hermano. Por primera vez, tuve la sensación de que Santiago dependía de mí tanto como de mis padres y, en aquel preciso instante, comprendí las palabras sabias de mi progenitor. Aquel crío, que me había hecho la vida imposible durante los últimos nueve años y que hizo lo propio arrebatándome de un plumazo la supremacía en la vida de mis padres, dependía de mí; de mi fuerza, de mi entereza. Dependía de su hermano mayor, pero yo no estaba preparado.

En cuanto Santiago hubo cerrado la puerta de la habitación y olvidando las enseñanzas de mis padres, coloqué la mano en la manija de la puerta y la bajé con mucho cuidado. El leve sollozo que me había inundado los tímpanos un minuto antes se desvaneció ante mi presencia, pero dejó una estela que me impregnó hasta el último poro de mi piel.

—¿Mamá? —pregunté a la oscuridad sin saber si deseaba tener respuesta o prefería continuar con la inocencia que pugnaban por arrebatarme sin previo aviso.

Ningún sonido. Nada de nada. Tan solo oscuridad y un suave halo de luz entrando por una rendija de la persiana. Antes de escuchar el triste sonido de un suspiro comencé a vislumbrar entre la penumbra la forma redondeada e inmóvil de mi madre.

—Estoy bien, cariño —me susurró con un hilo de voz que se me enredó en la garganta asfixiándome hasta sentirme morir frente a aquel atisbo de lo que para mí representaba aquella valiente mujer.

Poco a poco, segundo a segundo, suspiro a suspiro, mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad reinante en la habitación. Pude aproximarme a la cama, cobijo inútil del alma herida de la que, hasta aquel día, fue para mí el peñón en el que agarrarme en los días de tormenta, el tejado en el que cobijarme cuando la lluvia amenazaba con llevarse todos mis sueños, el muro infranqueable tras el que parapetarme cuando, en cualquier noche oscura y

lúgubre, los truenos pugnaban por reventar mis delicados oídos y los relámpagos dañaban mis inocentes pupilas. Para mí, era todo eso y mucho más, pero aquel triste día sentí, por primera vez, que los niños no teníamos la exclusividad de la indefensión y el miedo. Sentí cómo sus oídos también sufrían al escuchar mi débil voz suplicándole que volviera a ser mamá y cómo sus pupilas brillaban en la oscuridad refugiando todas y cada una de las lágrimas que no se atrevía a verter en mi presencia. La dignidad que siempre había mostrado delante de sus hijos se hizo añicos como un cristal aquella mañana de un viernes cualquiera.

—Mamá, ¿qué te pasa? —le pregunté sentado junto a ella y devorando el aroma a lavanda que envolvía todo su ser y que me hacía sentir que aquella figura desmadejada seguía siendo la mujer que me había dado la vida.

—No pasa nada, mi amor —me respondió mientras me acariciaba la mejilla con suavidad. Me estremecí al notar sus dedos fríos sobre mi piel—. Me he quedado dormida.

Yo sabía que aquello no era del todo verdad. Mi madre nunca se hubiera quedado dormida un día de colegio. Tenía que ser realista, aquella mujer era distinta a mi madre. Era frágil, era débil, era..., era... Mi madre.

Y me eché a llorar entre sus brazos sin saber si podía tener motivos para ello. Tan solo sentía que todo mi ser necesitaba abrir la presa del corazón y soltar por una de sus compuertas todo el dolor y la angustia que me corroía hasta las entrañas.

Y lo hice.

Mi madre me mantuvo entre sus brazos como siempre había hecho inundándome de besos y, sobre todo y en total silencio, comprendiendo. Sé que ella fue consciente, en aquel preciso instante, de que yo sufría por ella; de que yo sufría con ella.

Pasados unos minutos en los que el lazo invisible que siempre nos había unido se sintió levemente reforzado, me apartó suavemente de su regazo, se levantó de la cama y, con paso vacilante, se acercó a la ventana para subir unos centímetros la persiana dejando entrar un esperanzador rayo de sol que iluminó el rostro delicado de mi madre. A la luz del astro rey, me pareció un ángel de ojos brillantes y mejillas sonrosadas. ¡Qué volátil es la mente de un joven de mi edad! Anclado en mi fútil inocencia, no fui capaz de interpretar esa belleza serena y sobria que me brindaba y la malinterpreté como suelen hacer los niños cuando desean algo de todo corazón. El brillo de sus ojos

estaba provocado por las lágrimas y el rubor de sus mejillas por la rabia que sentía y de la que pude ser testigo en infinidad de ocasiones a partir de aquel oscuro viernes en el que perdí toda mi infancia y gran parte de la feliz juventud que, hasta ese momento, había devorado como un reo, condenado a muerte, deglute con fruición su última cena. Como he dicho antes, me gradué en la universidad de la vida en las especialidades más duras y menos deseadas: la soledad y el dolor.

—Pau, tienes que ir al instituto, aunque sea tarde —me anunció mi madre al tiempo que intentaba recoger todas y cada una de las lágrimas sin verter para guardarlas, como aquel día comprendí, en algún rincón oscuro de su alma.

—Pero ¿me van a castigar por llegar tarde?

—El lunes llevas un justificante. Anda, no me hagas enfadar.

¿Egoísta? Supongo que sería una buena palabra para definir mi comportamiento en ese momento, aunque no podía entender por qué mi madre iba a elegir, precisamente, el día en el que me había fallado por primera vez para enfadarse conmigo. ¿Egoísta? Lo fui. Mi única disculpa: todos los adolescentes de catorce años lo son, pero era una excusa tan banal como insensible ante la mujer que lo era todo para mí.

—¿Y mi desayuno? —le inquirí con toda la ira que fui capaz de almacenar en esa simple pregunta.

—Cariño, coge un bollo y un zumo de la nevera —respondió con la suavidad que una madre, en su infinita paciencia, pone en todo lo que hace, en cada frase, en cada mirada, en cada caricia. Pero yo, *ombligista* a más no poder, ni tan siquiera sentí que el mundo bajo sus pies había comenzado a desintegrarse. Y allí estaba yo, pidiendo el desayuno. ¡Egoísta, egoísta, egoísta!

Salí de la habitación de mis padres enfadado con ella, enojado con el mundo y poniéndome la ira por montera. Me dejé llevar por la frustración y, por qué no decirlo, por el miedo e hice lo peor que un hijo puede hacer. Sí, ignoré a mi madre cuando ella me reclamaba; cuando ella, una vez más con dulzura y poniendo en cada palabra un trocito de su corazón, me pidió disculpas desde el pasillo. Pero yo ya había cerrado la puerta de mi habitación e hice oídos sordos a las súplicas de la única persona en el mundo que no podía ni debía pedir perdón.

—¿Qué pasa, Chacho? —me preguntó mi hermano con un reflejo en su

pequeño rostro similar al que, con toda seguridad, se podía percibir en el mío.

Y, una vez más, fui egoísta y me traicioné a mí mismo y a lo que mi conciencia y mi alma me dictaban.

—¡Déjame en paz, idiota!

Santiago se encogió sobre sí mismo y se metió debajo de las sábanas como siempre había hecho cuando algo lo aterrizzaba. Yo, que debía velar por él; yo, que tenía que haberlo protegido; yo, que tan solo con una suave palabra o un gesto medido podría haberlo tranquilizado, le grité; lo insulté.

La rabia se iba a apoderando de todo mi ser y se incrementó cuando mi madre dejó de suplicarme que le abriera la puerta. Una vez más, fui egoísta. Necesitaba sentir que ella seguiría luchando por mí y que una simple puerta no podría detenerla, pero no conté con un simple hecho: mi madre ni tan siquiera tenía fuerzas para luchar por sí misma. Y me sentí abandonado, solo, triste, perdido...

Necesitaba huir de todo. Gritarle a los cuatro vientos que no necesitaba el cariño ni el amor de una madre, que podía valerme por mí mismo y que no precisaba de caricias, besos o abrazos porque ya no era ningún crío. Necesitaba lanzar al infinito un grito de libertad que me hiciera sentir mejor sin pensar en que lo único que mi madre hubiera precisado oír para sentir que su vida seguía teniendo algún sentido era un simple «te quiero».

Pero no fue así. Abrí la puerta de mi habitación, salí al pasillo, tomé todo el aire que mis jóvenes pulmones fueron capaces de almacenar y grité tres palabras que, con toda seguridad, debieron clavarse en el corazón de mi pobre madre como si de tres saetas envenenadas se trataran.

—¡Déjame en paz!

Seis

—¿Y qué es lo que te animó a venir a verme?

—Podría decirte que fue la esperanza de una pronta recuperación o la sonrisa feliz de un niño en un parque, pero no. Estuve tentado de partirle la cara a mi jefe, pero elegí como sparring al espejo del baño de la oficina.

Raquel me mira con cierto interés, aunque su vista desciende casi al instante hacia mi mano vendada y no puedo evitar ruborizarme como un crío pillado en una de sus travesuras. No dice nada. Tan solo agacha la cabeza y garabatea de nuevo en su cuaderno. Yo no puedo evitar soltar la primera gilipollez que pasa por mi cabeza.

—Lo sé. El miedo lleva a la ira, la ira lleva al odio, el odio al sufrimiento, el sufrimiento al lado oscuro.

Tras soltarle la famosa frase que Yoda recitó en la Guerra de las Galaxias que tantas veces he visto junto a Rubén, mi psicóloga mueve la cabeza de lado a lado antes de volver a abrir los labios con su voz neutra.

—Entonces, ¿qué es lo que hizo que vinieras a verme.

Intento no sonreír al ver su rostro serio y poco dado a las bromas, pero la profundidad de la cuestión es tal que no puedo evitar el meditar durante un instante buscando entre mis ideas una de las que me muestren como alguien interesante y no como un estúpido con frases hechas en el cerebro como la que acabo de mostrar. Una de esas ideas que me resulte la idónea, la indicada, la que me dé fuerzas para continuar escarbando en mi triste adolescencia.

—No sé. No sabría decirte...

Mi escueta contestación se queda revoloteando sobre mí como un pajarillo que no sabe adónde ir y que no encuentra consuelo en ningún lugar. Al final y a pesar de todo, me siento estúpido.

—A ver, Pau, es importante que sepas por qué quieres ponerte en manos de un psicólogo —me explica la terapeuta con parsimonia, con respeto, dando la sensación de que realmente le importa mi vida, mi pasado, mi presente y, sobre todo, mi futuro—. Ayer empezaste a escribir lo que yo llamo un diario de emociones y hoy me has hablado de uno de los momentos más duros de tu vida. ¿Por qué?

Por un instante consigue que me relaje y que mi mente comience a funcionar, pero, casi al momento, los recuerdos que revolotean de mi madre crean un lazo que aprieta mi garganta y me impide hablar. No me queda otra que luchar con mis recuerdos si quiero llegar a algo a pesar de sentirme cuestionado por una desconocida.

—¡Buf! Esto no es fácil para mí —replico intentando sincerarme con el alter ego de mis sentimientos. La verdad de nuevo fluye en mi cerebro y lo abandona a tal velocidad que no me veo con fuerzas para detenerla— La verdad es que no creo en los psicólogos.

Raquel, para mi sorpresa, me mira con seriedad, aunque, un instante después, sonrío ante mi comentario. No me gusta su gesto y me hace sentir aún más incómodo de lo que ya estoy.

—¿Por qué sonrías? —preguntó indignado—. ¿He dicho algo gracioso?

Y ella, comprendiendo mi desazón, se sincera también conmigo haciendo que las brumas de mi conciencia se disipen y logrando lo que nunca pensé que nadie pudiera llegar a conseguir.

—Sonrío porque no es la primera vez que escucho esa frase. De hecho, casi todo el mundo que acude por primera vez a un terapeuta lo hace más por desesperación que por convencimiento y es evidente que tu caso no es una excepción.

Me mira y me percato de que se queda en absoluto silencio esperando ver mi reacción a su explicación. Algo en mi interior se desata como un riachuelo que, poco a poco, crece convirtiéndose en un torrente que lo arrastra todo a su paso. Y, en ese preciso momento, siento la imperiosa necesidad de soltar todo lo que llevo dentro; ese lastre que me ha estado hundiendo en la miseria desde hace más de veinticinco años y que me ha convertido en un ser solitario y amargado, tan solo alimentado por el amor de una habitación de hotel.

—He venido porque no puedo más. Mi vida es una mierda.

Esta vez no sonrío, pero, llegados a tal punto, sus emociones han quedado en un plano inferior para mí.

—Es una buena descripción, pero necesito que seas un poco más... profundo.

La miro y compruebo que la mirada neutra deja lugar a una efímera comprensión que, tal como ha aparecido, desaparece a la misma velocidad. Esa seriedad me gusta y me tranquiliza hasta tal punto que, cuando la veo

bajar la cabeza y comenzar a garabatear en el cuaderno, reflejo de mis emociones, nada me molesta y mis labios se separan como si ella no existiera, como si tan solo hablara para mí, para permitir la huida de todo lo que me atenaza.

—Me siento solo. No soporto compartir mi vida con una mujer, pero me siento terriblemente solo. ¿No es incongruente?

La psicóloga toma notas en la libreta que descansa sobre sus rodillas y siento que esa pluma que acaricia el papel está comenzando a rasgarlo con trazos de mi vida, de mi duro pasado y de mi triste presente.

—Eso es algo que tendremos que averiguar sobre la marcha.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Ahora sí que sonrío, esta vez es una sonrisa franca, sin tapujos, sin dar sensación de suficiencia o superioridad. Me hace sentir bien.

—Por supuesto. Puedes preguntar lo que quieras...

—... que tú responderás lo que te dé la gana —completo la frase sin pararme a pensar en mis palabras.

—No es así como funciona —comenta un poco más seria, pero sin perder la compostura ni ese halo de tranquilidad que emana de sus ojos. Una mirada franca y sincera que me recuerda a los ojos de la mujer por la que cambié mi vida—. Es normal que estés a la defensiva. Tú cuenta lo que quieras y pregunta lo que te apetezca. A lo que no pueda contestar, no lo haré, pero te explicaré el porqué. ¿Te parece?

—Me parece.

Vuelve a sonreír como si aquella mueca le perteneciera por derecho propio y no fuera un gesto aprendido.

—¿Y tu pregunta?

—Tengo curiosidad por saber por qué me has pedido que te cuente un momento triste de mi infancia nada más entrar en tu despacho. No sé... Tengo la sensación de que me conoces y sabes mucho más de mí de lo que realmente quieres reconocer.

Raquel se rebulle en su asiento y mira su cuaderno como si necesitara repasar alguna de sus notas antes de contestar. Por fin, levanta la cabeza y me mira con seriedad.

—Es muy sencillo. No hay nada raro detrás de esto ni te conozco de otra vida o algo parecido. —Ahora sonrío con tranquilidad, sin la necesidad de hacerlo, pero con un resultado a la altura de las expectativas—. Creo que ese

primer recuerdo que te viene a la mente es el comienzo de todos tus problemas. No hay teorías que apoyen este método, aunque yo creo que funciona. Para mí es evidente que tu miedo al compromiso tiene mucho que ver con aquellos años que viviste a partir de aquel viernes.

—Aquellos años...

Me quedo rumiando la respuesta de mi psicóloga y comienzo a sentir un nudo en la garganta que amenaza con estrangular cada una de las palabras con las que podría llegar a plasmar el dolor, la desesperanza y la soledad que un crío de catorce años pudo llegar a experimentar el día en el que todo su mundo se quebró cuando más precisaba sentir una seguridad que anhelaba, que necesitaba.

—Pau, sé que todo esto resulta muy duro para ti, pero no hay otra forma de hacerlo. Si no te ves capaz...

En ese preciso instante, la imagen de mi madre acurrucada en la cama en la penumbra de su habitación vino a mi mente arrancándome un pedacito de mi maltrecho corazón.

—Fue un día que nunca podré olvidar...

Siete

Salí de mi casa como alma que lleva el diablo dejando tras de mí tan solo el retumbar de la puerta al cerrarse. Sentía los ojos anegados en lágrimas, pero no quería mirar atrás, hacia el fantasma de mis miedos y de mi inseguridad. Y no lo hice cuando escuché a mi madre abrir el portal y llamarme a gritos con cierta desesperación.

—¡Pau!

Seguí corriendo como si mi vida me fuera en ello, como si necesitara huir de aquello que me perforaba el alma y que me hacía sentir vacío y triste. Y no dejé de correr, aunque mi corazón me pedía parar y mirar atrás.

—¡Pau!

Cuando llegué a la puerta del instituto tuve que pararme a recuperar el aliento. El frío del invierno me golpeaba el rostro y se fundía en mis lágrimas haciéndome sentir como si llevara en mi interior un témpano de hielo que se fundía en mis entrañas congelándolo todo a su alrededor. Noté el regusto agrio de una arcada que pugnaba por vaciar mi estómago ya vacío de por sí.

Cuando pude sacar fuerzas de donde creía que no las tendría, me incorporé y me quedé contemplando el sucio y desangelado edificio de ladrillo en el que me había refugiado con mis compañeros de la realidad de un mundo que hasta aquel día no había ido conmigo. Muchas horas de juegos, aventuras, fugaces enamoramientos adolescentes y, por qué no decirlo, también de estudio y dedicación aún más fugaz. Ese edificio que había representado para mí el pilar en el que sustentar horas y horas de mi corta vida se me reflejaba ahora como un lugar extraño e inhóspito que no formaba parte de mi yo, de mi esencia.

Respiré hondo un par de veces y, sin pensarlo más de la cuenta, me di la vuelta y dejé que mis pasos me guiaran hacia el único lugar en el que sabía que podía sentir un leve atisbo de paz y de equilibrio. Mi cabeza era un auténtico torbellino de desesperación. Un millón de ideas, algunas oscuras, otras un poco más benignas, pasaron por mi mente como un calidoscopio de formas y colores en el que algunas imágenes tomaban fuerza para luego desaparecer en la nada más desesperante. Me sentí perdido y vacío y mis pies

hicieron el resto.

Unos minutos después saltaba la valla de piedra que separaba la dura realidad de la gran ciudad del equilibrio y la magnificencia de aquella superficie de arena, jardín de mis ilusiones infantiles y vergel secreto de mis primeros asomos a la adolescencia. Allí, junto a una de aquellas rocas creé mi primer barco pirata; junto a una fuente perdida en algún lugar de la playa escondí mi más valioso tesoro; resguardado en la penumbra derramada por el murete de piedra caliza di mi primer beso, mi primer beso verdadero, mi primer beso de amor.

Me detuve en mitad de la estrecha senda de tablones de madera tantas veces recorrida y me quedé absorto en mis pensamientos mientras el viento jugueteaba con mi cabello y los tibios rayos de sol, que luchaban por dejarse ver entre las nubes, acariciaban mi sereno rostro. Sí, había dejado de llorar; había dejado de compadecerme; había dejado de sentir. Mi corazón dañado se detuvo al cruzar aquel muro y se quedó esperando alguna señal que le indicara que debía seguir latiendo, que debía seguir luchando. Pero no se la envié; no le permití vivir de esa forma. Mi corazón se congeló al igual que lo habían hecho las lágrimas vertidas durante la carrera que me había alejado de mi hogar; que me había separado de mi madre.

Pero no lloré más. Tan solo me dejé llevar por lo que mis piernas decidían y, paso tras paso, llegué hasta el fuerte donde Rubén y yo habíamos luchado infinidad de veces, codo con codo, con un millar de pieles rojas que deseaban a toda costa cortarnos nuestras jóvenes cabelleras. Sin ser consciente de lo que hacía, escalé aquel promontorio donde las olas se estrellaban y me senté acurrucado en un rincón mientras me abrazaba las rodillas y metía la cabeza entre las piernas. Mis sentidos dejaron de pertenecerme y me dejé conducir hasta ese mundo donde la triste realidad desaparece para dejar paso a una fantasía tanto tiempo aparcada en mi memoria y que ahora me servía como el mejor de los refugios. Me dejé arrastrar a ese lugar, cerré los ojos y, por primera vez en toda la mañana, sonreí levemente.

Cerré los ojos y me quedé dormido.

Ocho

—¿Por qué no entraste al instituto?

—No se me había perdido nada allí dentro.

—Pero tu madre te había dicho que tenías que ir a clase.

Me quedo mirando fijamente a Raquel y sonrío para mis adentros. Aún no me veo capaz de mostrarle todos y cada uno de mis pensamientos. A ella no parece importarle y no ahonda mucho más de lo necesario, aunque la veo dudar.

—No me apetecía entrar.

—Pau, antes de proseguir con la sesión quiero comentarte algo.

—Tú dirás.

Sé que, en ocasiones, puedo resultar un poco frío y cortante y mi respuesta ha resultado un calco de mi forma de ser; esa es una de las quejas de mi amigo Rubén que me conoce desde que éramos críos y que sigue luchando con denuedo por convertirme en una persona mejor. Una de esas marionetas con las que convivo cada día; con las que me cruzó en la calle o con los que converso en la redacción, aunque que son incapaces de entregarme nada más que una frase insustancial o una mirada pobre y sin vida. Raquel vuelve a demostrarme que está por encima de todo esto.

—No quiero que me lo cuentes todo. No tienes que mostrarme tu alma; tan solo tienes que dejarte llevar y contarme lo que necesites soltar.

—¿Así que nada de electroshock ni potros de tortura?

Sonríe levemente.

—Tan solo hablar. De verdad. Pero necesito que hagas un pequeño esfuerzo para sacar de tu interior esos pequeños detalles que a ti te pueden resultar insignificantes, aunque que a mí me dejarían buscar una respuesta.

—No te entiendo.

Vuelve a bajar la mirada y anota algo en su libreta con la pluma mágica que recoge todas mis emociones, miedos y deseos en un simple trozo de papel; su mano vuela sobre el cuaderno y yo me siento perdido y abandonado en ese preciso instante en el que sus ojos desconectan de mi mirada. Algo se quiebra en mi interior y, para mi sorpresa, vuelvo a sentir la necesidad de

abrir la compuerta de mis recuerdos.

—No tengo claro por qué no entré en el instituto. Tan solo recuerdo que sentí que nada de lo que allí dentro me esperaba podía sanar mis heridas. — Raquel, al escuchar mis palabras, levanta la cabeza y me mira mientras mordisquea su pluma—. Presentí que entre aquellos muros me iba a encontrar encerrado mientras mi corazón tan solo me pedía alejarme de allí y volver al único lugar en el que siempre me había sentido a salvo.

—Es evidente que, en aquel momento, nada ni nadie podría haberte ayudado.

—La única persona con la que yo quería estar me había fallado.

—Lo sé.

Vuelve a agachar la cabeza y las letras aparecen una vez más en el papel como por arte de magia. Deseo saber lo que aquella mujer escribe, pero también siento miedo; miedo de descubrir que no puede hacer nada por mí, que soy un caso perdido, que todos esos meses luchando por levantar la cabeza y por recuperarme de la enésima ruptura sentimental no han servido para nada.

—¿Qué pasó después? ¿Cuánto tiempo estuviste en la playa?

Entorno los ojos intentando trasladarme a aquel rincón de mi memoria donde almacené, hace un millón de años, aquellos dolorosos recuerdos y me sorprendo al descubrir que ya no están tan guardados, que no me cuesta tanto trabajo llegar a ellos. No sé si eso es bueno o malo, pero, por lo menos, no me hace sentirme incómodo.

—No sabría decirte. Quizá una hora o quizá tres. Lo único que sé es que me desperté al escuchar la voz de mi madre.

—¿Y qué sentiste en ese momento?

¿Que qué sentí? ¿Qué se puede sentir cuando toda tu vida se tambalea? ¿Cuando te sientes perdido y aun así desearías perderte todavía más?

—No lo tengo claro. Quizá alivio o angustia. No lo sé. Lo que sí recuerdo es que no me alegré de ver a mi madre. Me quedé esperando que apareciera mi padre, pero no lo hizo.

—¿Tu padre te hubiera tratado mejor que tu madre?

Sonríó cínicamente al escuchar la pregunta y soy consciente de que mi gesto no pasa desapercibido para la psicóloga.

—Mi padre me hubiera castigado con severidad y, casi con toda seguridad, me hubiera gritado y amenazado.

—¿Te hubiera pegado?

La mujer que ahora se sienta frente a mí se torna en alguien en quién debo confiar; en alguien que sé que puede ayudarme; en alguien que necesito a mi lado. Una lágrima rebelde resbala por mi mejilla y se funde con el cuello de mi camisa.

—Seguro. No hubiera sido la primera vez.

Raquel deja volar la pluma sobre su cuaderno de notas y yo me estremezco una vez más al sentirme analizado y quién sabe qué más.

—Bueno, volveremos a eso después. ¿Por qué anhelaste encontrarte con tu padre si sabías lo que podías recibir de él?

—No quería ver a mi madre. Me había defraudado.

No tengo mucho más que añadir. Podría intentar rascar en mi subconsciente buscando un porqué más elaborado, aunque sé que no existe, que nada podría encontrar que justificara mi comportamiento.

—¿Qué ocurrió cuando llegó tu madre?

—Me abrazó y se echó a llorar.

—¿Nada más?

Dudo un instante. Pienso en aquella fría mañana y descubro más de lo que había llegado a percibir durante todos estos años. Mi madre no hizo nada más. Tan solo se echó a llorar. Ni una regañina, ni un «prométeme que no lo harás más». Nada de nada. Solo lágrimas y todo el amor que pudo entregarme en un simple abrazo y que yo no quise aceptar.

—Nada más. Solo eso.

Raquel me mira durante unos segundos y entorna los ojos como si intentará ver más allá de mi regio y, por qué no decirlo, adusto gesto. Ladea la cabeza observando de reojo sus anotaciones y suelta todo el aire en un suspiro que a mí me resulta extraño.

—Bueno, creo que por hoy hemos terminado.

Respiro aliviado, aunque también con un ligero sentimiento de abandonado. Estoy agotado y mis pulmones se expanden con cierta dificultad. A pesar de todo, tan solo es una visita a la semana y sé que podré soportarlo. Pero mis efímeras ilusiones duran lo que tarda ella en volver a abrir la boca.

—¿Te parece que las primeras semanas nos veamos dos días en lugar de uno?

Me cambia la cara al escuchar sus palabras y ella lo percibe. Sonríe y deja

el cuaderno sobre la mesa.

—No sé —le contesto sin tenerlo claro; sin saber si podré soportar aquellas sesiones tan continuadas— Es... es...

—No te preocupes. Sé cómo te sientes. Es importante que al principio nos veamos más a menudo para no dejar enfriar todos esos recuerdos. Poco a poco iremos espaciando las sesiones.

Supongo que no puedo negarme y que debo ser consciente de que todo es por mi bien; de que yo tomé la decisión de acudir a terapia; de la desesperación con la que acudí a ver a aquella mujer.

—Muy bien.

—Perfecto. Entonces, te veo el jueves a la misma hora.

Me levanto de la butaca y, musitando una breve frase de despedida, salgo del despacho de la psicóloga con un millón de sensaciones rondando por mi cabeza como una bandada de pájaros que no encuentran un lugar donde posarse. Revolotean y revolotean sin cesar a cada paso que doy sin detenerse ni un instante. Me paro en mitad de la calle, cierro los ojos y sacudo la cabeza como si con ese movimiento pudiera espantar la imagen de mi madre acurrucada sobre la cama. Mi respiración se agita y me noto mareado. A pesar de ello, respiro hondo y continuó caminando, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha y todos esos pájaros revoloteando sobre mí; dándome a entender que, después de tantos años, el cajón de los recuerdos ha sido abierto y sin saber si algún día podré volver a cerrarlo.

Nueve

—¿Entonces, vienes o no vienes?

—No seas plasta, Rubén. No quiero volver a quedar con la rusa. Me da igual si hiciste un trío o no.

—Pero esto ya no es ninguna cita a ciegas porque ya la conoces. Vamos a cenar y luego a tomar algo. No te va a pasar nada por relacionarte un poco.

Bufo con todas mis fuerzas, pero, un instante después, sonrío. No puedo enfadarme con Rubén. Él ha sido como un hermano para mí, como ese hermano del que no pude disfrutar y al que no sé si llegué a echar de menos tanto como ahora. Tras el cruel accidente que me arrebató a Santiago siendo aún un niño busqué consuelo en la compañía del que siempre consideré mi mejor amigo desde que coincidimos en tercero de EGB, tras el traslado de mis padres a Barcelona. Nos hicimos uña y carne y no volvimos a separarnos jamás a pesar del paso de los años. Por eso y por un millón de cosas más, no puedo enfadarme con él.

—No voy a quedar. Me voy un par de días.

Casi soy capaz de ver el rostro descompuesto de Rubén a través del teléfono. Lo conozco tan bien como él me conoce a mí. Como si hubiéramos vivido más de una vida, codo con codo, disfrutando de los mejores y de los peores momentos que dos personas pueden llegar a compartir. Como dos hermanos.

—¿Y para qué coño te vas?

Me quedo cavilando. Ni yo mismo lo tengo claro, aunque una vaga idea cruza mi mente de forma fugaz. Desde la ruptura con Andrea no he vuelto a salir con nadie y mi corazón no galopa como debería hacerlo ante la posibilidad de una cita con una mujer preciosa. Tan solo se arrastra como un caracol tras un día de tormenta y eso me hace sentir como lo que soy, como un hombre con los sentimientos congelados y el alma perdida en algún lugar de mi ser.

—Necesito salir de Madrid. Me voy el fin de semana a la playa.

—No seas capullo. ¿Para qué quieres ir a la playa? Solo hay arena.

—No insistas.

Sin tan siquiera darle la oportunidad de réplica a Rubén cuelgo el móvil y lo dejo sobre la encimera de la cocina mientras veo cómo la bandeja del microondas da vueltas con un plato de comida precocinada en su interior. No puedo evitar sonreír al pensar en lo que mi madre me diría si me viera alimentarme de esa forma y una sonrisa fugaz aparece en mi rostro, pero desaparece a la misma velocidad.

Mi madre... Tantos recuerdos agolpados sin orden ni concierto en mi interior que ahora pugnan por salir sembrando el caos en su camino. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Acaso es necesario pasar por todo esto? ¿Tan malo es sentirse solo y percibir que nadie puede hacerme feliz? ¿Por qué ninguna mujer ha conseguido conquistar mi corazón ni ha logrado hacerme olvidar todo lo ocurrido hace veintiocho años?

Aunque intento controlarme, mis lágrimas comienzan a regar el suelo de la cocina mientras mi corazón se resquebraja aún más al notar el vacío que ocupa todo mi ser; ese vacío que comenzó a fraguarse aquella mañana de viernes cuando mi madre intentó, con todo el cariño que fue capaz de poner en cada una de sus palabras, explicarme por qué mi vida no iba a ser igual a partir de aquel terrible día en el que perdí mi inocencia y mis ganas de vivir.

Diario - 28 de abril

Un café en vaso con la leche templada, un cruasán sin mantequilla o mermelada y un cigarrillo al que debería haber abandonado hace mucho tiempo. El único vicio que me permito y que me recuerda a cada calada que mi vida se esfuma como una simple colilla. El sol brilla en la superficie de mi mesa y me obliga a esforzarme para fijar mis ojos en estas líneas que debo escribir antes de regresar al único lugar que ocupa mi mente desde que lo visitara hace tan solo dos días. Sigo pensando que los psicólogos son vendedores de humo, aunque ese pensamiento parece resquebrajarse con una sutileza que me abruma.

He tenido que abandonar este duro y extraño ejercicio de autocomplacencia al encontrarme con la mirada atrevida de una joven que observaba mi mesa con cierta curiosidad. No tendría más de veinte años, aunque la seguridad que mostraban sus ojos me ha desconcertado. Ni tan siquiera estaba sentada en el café, pero, con todo el descaro que permitía una adultez recién hallada, me contemplaba desde el paseo marítimo, desde el lugar donde los patinadores se confunden con las almas perdidas y que sirve de frontera para los sueños de libertad más banales. Podría haber sostenido su mirada con el mismo descaro, aunque las fuerzas me han abandonado y, una vez más, la apatía ha vencido al deseo. Unos segundos después, la joven había desaparecido y con ella mi redención.

Mi cabeza se ha convertido en un extraño para mí, en una imagen difuminada de lo que fui en otro tiempo. No un mujeriego sin escrúpulos con el don innato de jugar con las ilusiones de otros seres sino un hombre sencillo

con el apetito carnal a flor de piel y la puerta del corazón abierta de par en par al amor. Bueno, de par en par no lo creo, pero no me habría importado dejar una pequeña rendija por la improbable llegada a mi vida de la mujer perfecta, aquella que sepa entenderme hasta el punto de no preguntar más allá de lo razonable y correcto. Una mujer con el alma encadenada a la mía y que me acompañe en mis silencios aunque que deje volar la imaginación para crear conmigo mundos mágicos que recorrer cogidos de la mano.

El bolígrafo sigue rasgando el papel y la tinta se está volviendo de un verde sospechoso tendiendo a una actitud deprimente y rayana en la hipocresía más absurda. Tengo todo lo que un hombre puede desear menos aquello que no se puede comprar con dinero. Miento, Una vez más, mi subconsciente se permite una mentira indulgente. Hay algo gratuito que me acompaña a cada segundo que paso en mi escapada y no es otra cosa que la soledad. Al igual que el amor, no se compra con dinero. Al contrario, Hay que pagar con tu propia alma, con las veinte monedas de Judas que el corazón entrega con cada traición.

El sol se eleva como si temiera apagarse por el contacto con el agua del mar y huye de esa asociación interespecífica con la misma desesperación que muestro en mi propia escapada. Un pequeño pueblecito en la costa, el único lugar al que acudir y donde los recuerdos se agolpan en mi mente de tal forma que me recuerda a una presa rebosante a punto de resquebrajarse por el empuje del agua. Un pueblo que sirvió de refugio adolescente para un crío con el corazón destrozado y el alma reconcomida por la culpa. Ahora, varios lustros después, regreso al lugar del que partí nada más cumplir los dieciocho años y abandoné a la única persona que de verdad me ha amado y a la que temo volver a ver después de cinco años de dolorosa separación.

Debo hacerlo. No me queda otra. El papel es testigo mudo de mi desesperación, aunque el único que puede lograr avanzar en la insufrible búsqueda de la felicidad soy yo mismo. Tan solo deseo que estas páginas terminen lamidas por las llamas de una hoguera de San Juan o perdidas en las olas que tanto consuelo me reportaron en aquellos aciagos días.

Diez

Tras dar buena cuenta del desayuno sentado en la terraza de una de las pocas cafeterías existentes en el pequeño pueblo costero, me pongo en pie con cierta dificultad. Las piernas tiemblan a cada paso y no me queda otra que sentarme en uno de los bancos de piedra y cerámica del paseo marítimo que bordea la playa para intentar tranquilizarme. El sol está alto y calienta de una forma inusual para el mes de abril, pero logra reconfortar mi espíritu y templar mi alma. Apoyo la espalda en el respaldo del banco y clavo la mirada en el horizonte, allá donde las velas de una embarcación se contornean en el azul del cielo. En cierta manera, siento envidia de esas personas que, sin más preocupación que lograr un viento que los aleje de tierra firme, zozobran sobre la superficie aterciopelada del mar mientras sus vidas permanecen en un sosiego absoluto. Yo no necesito el azote de las olas para que mi vida se tambalee y ahora, precisamente ahora, estoy a punto de recorrer los cientos de metros que me separan de la tempestad emocional que amenaza con estallar en mi interior. Un par de críos pasan patinando por delante del banco que yo ocupé y percibo la tranquilidad en sus ojos. La conversación trivial, aunque cargada de contrasentidos que vuelven la adolescencia un océano de turbulencias emocionales llega a mis oídos y los acaricia como la más bella de las melodías. Sin preocupaciones como aquellos dos jóvenes que huyeron de la cruda y amarga realidad tan solo con sendas mochilas a la espalda y la ilusión como única brújula. Han pasado más de veinticinco años y todavía recuerdo, como si fuera ayer, la sonrisa de Rubén al escuchar mis planes de fuga. Una aventura que nos condujo al cuartelillo de la Guardia Civil donde yo debería haber recibido una buena regañina por parte de mi madre de no haber sido porque las pocas fuerzas que le quedaban por aquel entonces debía destinarlas, sin remisión, al simple hecho de levantarse cada mañana y respirar. La ausencia de mi hermano me catapultó al lugar miserable que ocupan los despojos que no nos queda más remedio que aprovechar si no queremos morir de hambre. Eso fue para mi madre. El despojo que quedó tras la muerte de Santi y con el que ella no tenía más remedio que convivir como si una pesada carga se hubiera instalado entre aquellas cuatro paredes que no

logré llamar hogar.

Consigo ponerme en pie con cierto esfuerzo y camino con parsimonia entre las palmeras y el murete de piedra que separa el paseo marítimo de la playa donde unos pocos atrevidos toman el sol mientras que los más audaces se bañan en pleno mes de abril. Me detengo y doy la vuelta para contemplar la iglesia una vez más desde la lejanía. Unas escalinatas que conducían al vetusto edificio y donde di mi segundo beso de amor a una cría de poco más de catorce años que dejó que mis labios acariciaran los suyos con la misma inocencia con la que un niño pide un helado de chocolate. Sonrío con desdén al recordar al joven desgarrado, con los dientes ligeramente separados que ni tan siquiera tuvo la oportunidad de lucir unos *braquets* que ahora están de moda y parecen gustar a los adolescentes, aunque que, por aquel entonces, suponían la marginación social.

Suspiro con fuerza y dejo que mis pies caminen solos con el acompañamiento de un cuerpo sin la energía vital que me permita disfrutar del precioso lugar que me vio crecer y convertirme en un adulto con todo lo que ello conllevaba tras una infancia plagada de ilusiones y juegos y una adolescencia quebrada por los trágicos avatares del destino. Llego al final del paseo marítimo donde unas pocas gaviotas juegan con los moluscos adheridos en las rocas desde las que, en mi adolescencia, observaba el mar y acompañaba ese gesto con los sueños de cruzar la vasta extensión de agua y escapar de la vida que me había tocado vivir.

Giro tras el último chalé vacío hasta la llegada del verano y recorro un camino de tierra apisonada que me conduce al final del pueblo, a los límites de la pequeña población donde los verdes prados se confunden con las vides, alineadas a lo largo del camino que conduce a una casa de madera con columnas sustentando un pequeño porche y donde la pintura blanca de la fachada se ve descolorida por aquí y descascarillada por allá. Comienzo la última etapa del viaje, aunque no puedo obviar detenerme en la fuente de piedra que, junto al camino, servía de refresco a mis andanzas adolescentes y de refugio cuando la presencia de mi madre se volvía incómoda para mí. Dejo caer mi agotado cuerpo en un banco de madera que acompaña a la gran fuente de dos caños y cuerpo de piedra y clavo la vista en la puerta tachonada del caserío donde mi madre continuó viviendo su amarga existencia sin nadie a quien cuidar y sin otra compañía que la de sus tristes recuerdos. Siento una punzada en el pecho y reconozco los insufribles remordimientos que me

vienen acompañando desde que la enjuta figura de mi madre volviera a ocupar mis pensamientos.

Escucho un golpe proveniente del caserón donde vive mi madre y la puerta tachonada se abre de par en par. Como si de un juego de críos se tratara, me pongo en pie a toda velocidad y me escondo tras el murete de piedra de la fuente, una vez más refugio de mis escaramuzas, para ver salir del chalé a mi madre con una bolsa en la mano y acompañada por una joven de pelo negro y ojos claros como el día. Desde donde me encuentro puedo ver su rostro sereno y perfilado. No es una de esas mujeres a las que me tiene acostumbrado Rubén, aunque en mi interior reconozco una belleza equilibrada en una joven sonriente y visiblemente encantadora. Acompaña a mi madre y charla con ella mientras la mujer que me dio la vida camina en completo silencio con la vista perdida en el horizonte y el rictus quebrado de quien lo ha perdido todo y tan solo le quedan sus recuerdos.

Debería abandonar mi escondite, echar a correr tras ella y abrazarla con todas mis fuerzas, pero no soy capaz. Las frases de disculpa y comprensión se pierden con el viento de levante y, una vez más, me comporto como ese adolescente egoísta que no supo ver más allá de sus narices y al que me gustaría dar una patada en el culo antes de decirle que no todo giraba en torno a su ombligo. Pero yo soy igual que el pequeño Pau, igual que aquel chiquillo perdido en las olas que hicieron zozobrar su vida como al velero del horizonte. Soy un cobarde y aquella mañana vuelvo a demostrarlo ante el monumento de piedra que me sirve de parapeto y de muestra de mi vergüenza al no ser capaz de enfrentarme a mis peores miedos. Observo el cuerpo enjuto de mi madre que se pierde al final del camino que conduce al pueblo y las lágrimas afloran como un torrente que amenaza con destruirlo todo a su paso. Camino tras ellas dos a cierta distancia hasta que llego de nuevo al paseo marítimo donde me abandono en uno de los bancos y llevo las manos al rostro para que nadie me vea llorar, pero sin percatarme de que ese «nadie» tan solo es un reflejo de mi verdadera realidad, de mi auténtico yo. En mi vida no hay «nadies» de los que esconderse sino un vacío inmenso que me acompaña y que me recuerda a cada momento que mi lugar debería haber sido otro, mucho más lejos de mis sueños y más cerca de los de mi madre. Pero ya no hay marcha atrás y la culpa deja paso al dolor y, lo peor de todo, el dolor deja paso a la soledad. Enjugo mis lágrimas con el dorso de mi mano y me pongo en pie de nuevo para regresar al paseo marítimo donde me dejo

acariciar por los rayos del sol. Sentado en un poyete de piedra, me quito los zapatos y los calcetines y juego con la arena de la playa que calienta la planta de mis pies y me hace sentir vivo. Observo el vaivén hipnótico de las olas y me abandono en ellas hasta el punto de no sentir el agua rodear mis extremidades. Continúo caminando hasta que el líquido elemento me cubre las rodillas y es entonces cuando despierto de mi ensoñación y logró escapar de esas olas que forman parte de mí como el respirar.

Vuelvo a la orilla y, por primera vez en lo que llevo de escapada, me siento en paz con el mundo, aunque no conmigo mismo. Giro en dirección al pueblo, pero no me veo con fuerzas para encontrarme con mi madre por lo que dedico una triste mirada a la iglesia, testigo de mi amor adolescente, y me dejo arrastrar de nuevo a mi solitaria vida.

Once

—¿Y por qué no diste ese paso?

—No lo sé. Me daba miedo encontrarme con mi madre.

—¿Hace mucho que no la ves?

—Cinco años.

Me quedo esperando la reacción de Raquel, pero, una vez más, muestra una frialdad propia de la profesional a la que representa y que logra desconcertarme. No comenta ni expone ninguna idea basada en sus estudios o en su experiencia y consigue que me sienta vacío mientras garabatea en su cuaderno. Resoplo de mala gana y ella levanta la vista y me mira con curiosidad.

—¿Crees que ella es la culpable de cómo te sientes?

Mis labios se separan imperceptiblemente al escuchar la pregunta, aunque ningún sonido abandona mi cuerpo. Una pregunta sencilla y con una única respuesta que no logro hallar en mi interior y que daría luz a la oscuridad que se cierne a mi alrededor. ¿Mi madre tiene la culpa de lo que soy? Ni tan siquiera yo lo sé, aunque es una idea, en principio descabellada, que no consigo descartar por absurdo que parezca. Ella se agarró al recuerdo de mi hermano y fue la encargada de crear un fantasma que no dejó de revolotear a mi alrededor hasta que hui de su lado y cree mi otro yo, aquel que me ha acompañado desde entonces y que no se ha permitido el lujo de dejarse arrastrar por el cieno creado por los insanos recuerdos de mi niñez.

—Puede ser. Yo era un niño normal y después de lo que ocurrió...

—¿Quieres hablar de eso?

—No lo sé.

Raquel medita un instante mientras mordisquea el bolígrafo y mira por encima de mí. Desde que hemos comenzado la sesión no ha sonreído ni un instante y ahora me percató de que lo echo de menos. Añoro una reacción humana por su parte, aunque pueda resultar condescendiente. Ella deja el bolígrafo sobre la mesa, se recuesta en el sillón y cruza las piernas.

—¿Qué tal la cita a ciegas?

Sonríó levemente, aunque en mi interior me arrepiento de habérselo

comentado. Siento vergüenza por lo que estuve a punto de hacer con una perfecta desconocida, aunque aún me ruboriza más lo que no pude hacer.

—Un desastre. Mi cita era una mujer joven y preciosa que quería... pasar un buen rato. No fui capaz.

—¿Algo físico?

—No, no, no. —Me echo a reír al tiempo que muevo las manos intentando espantar la imagen de impotente que Raquel ha creado con una única frase—. No me apetecía hacer nada con esa mujer. Nada más.

—¿Es la primera vez que te pasa?

Asiento con cierta desazón y dejo que ella continúe elucubrando. Necesito una de esas frases mágicas con las que un buen psicólogo puede regalar los oídos de un paciente desesperado que no encuentra sentido a sus propios actos y pensamientos.

—Creo que no tienes que darle más importancia que la que tiene.

De nuevo guarda silencio y vuelve a garabatear.

—¿Eso es todo? —pregunto algo enfadado por su escasa competencia y, por encima de todo, por la lastimosa necesidad de una frase explosiva que no llega—. ¿No vas a decirme nada más?

—¿Cómo qué?

—Como por qué me ha pasado lo que me ha pasado y por qué me siento como una mierda por ello.

—Tendremos que encontrar una respuesta a todo eso, aunque no va a ser hoy.

La decepción se refleja en mi rostro y ella lo percibe al instante y, por primera vez en lo que va de sesión, sonrío y me muestra una preciosa dentadura.

—Necesito ayuda.

—Y estamos en ello, aunque debes ser paciente. ¿Qué ocurrió después de quedarte dormido en la playa?

Mi mente vuelve a viajar al pasado. Hasta el momento en el que escapé del instituto y me refugié en el fuerte creado por Rubén y por mí. Aquel día en el que dejé de ser un niño y recibí un curso acelerado de madurez que yo no había pedido y que no me correspondía. El momento en el que desperté de mi plácido sueño y descubrí que el mundo onírico de Morfeo es cruel al crear expectativas que no se pueden cumplir. Soñé que me escapaba en un velero y que las olas mecían la embarcación con tal suavidad que volví a dormirme en

el sueño para despertar poco después y encontrarme acompañado de mi madre y de mi hermano, dos personas a las que iba a perder de forma diferente. El sueño se volvió pesadilla.

Doce

—¿Estás bien, cariño?

No quería abrir los ojos. No deseaba entrelazar mi mirada con la de mi madre. Ni tan siquiera necesitaba seguir respirando porque el aire que llenaba mis pulmones lo sentía viciado. Aun así, levanté mis párpados y, con los ojos vidriosos, miré a mi madre que lloraba como nunca la había visto llorar.

—¿Por qué te has ido? —me preguntó con un hilo de voz.

Abrí los labios para contestar, pero ni un solo sonido salió de mi boca. Aún me sentía herido. Aún estaba peleado con el mundo y el mundo parecía desear que yo me bajara y continuara mi caminar en otra dimensión.

—¿El chico está bien? —preguntó un hombre de voz grave a espaldas de mi madre. Deseé con todas mis fuerzas que fuera mi padre, aunque temiera la consabida reacción de mi progenitor, aunque no era él. Tan solo era el conserje del instituto—. ¿Estás bien, chico?

Mi madre me miraba con ojos dulces y con una sonrisa cariñosa en los labios que contrastaba con las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Está bien, Fermín —contestó mi madre sin tan siquiera esperar mi respuesta o quizá sabiendo de antemano que esta no llegaría—. Ya lo llevo yo a casa. Gracias por todo.

No quería que él se fuera. No deseaba quedarme a solas con mi madre y no sabía por qué. Pero se marchó. Es evidente que las necesidades de un adolescente de catorce años suelen pasar a segundo plano en situaciones como aquella.

—Anda, vamos a casa. Tenemos que hablar.

Aquellas palabras, pronunciadas por mi madre y dichas con todo el amor que se puede entregar en una sola frase, hicieron que un escalofrío recorriera todo mi ser dejándome helado, pegado a aquella roca, anclado a mi pasado inocente.

—No quiero.

Esa fue mi escueta e inocente respuesta. Mi madre, lejos de obligarme a levantarme, se sentó junto a mí y me rodeó los hombros con su brazo. Yo me desasí de su agarré y me separé unos centímetros de donde ella estaba

sentada. No necesitaba su compasión. Tan solo deseaba que aquel momento pasara y se fuera como un tren de mercancías sin destino. Que nunca hubiera ocurrido y que mi madre no tuviera que «hablar conmigo». Tan solo eso. Que aquella mañana desapareciera de nuestras mentes y no existiera el hoy sino tan solo el ayer y el mañana. Pero no fue así. Mi madre habló conmigo y me ayudó a graduarme en una de aquellas tristes asignaturas.

—Pau, algunas cosas van a cambiar en nuestras vidas a partir de hoy.

No quería escuchar. Instintivamente, me tapé los oídos con las manos, aunque mi madre continuó hablando a pesar de todo.

—Yo no quería que tu hermano y tú pasarais por esto. De verdad.

—¿Dónde está papá? —pregunté intentando perder el hilo de la conversación, pero fue peor el remedio que la enfermedad.

—Papá va a pasar unos días fuera de casa.

Alcé la mirada y comprobé, con todo el dolor de mi corazón, que mi madre continuaba llorando. Sentí pena por ella, por Santiago, por mí. Aunque lo intenté con todas mis fuerzas, no sentí pena por mi padre como si ya supiera de antemano que todo era culpa suya.

—¿Qué ha pasado, mamá? —Una entereza extraña para mí se apoderó de todo mi ser y me ayudó a tomar las riendas de la situación. Supongo que aquello significó un alivio para mi madre.

—Ya eres mayor para saberlo. Tu padre me dijo ayer que está con otra persona.

No lo entendí. Los adolescentes siempre creen conocer todas las verdades del universo... ¡Qué dulce ignorancia y que amarga realidad!

—¿Cómo que está con otra persona?

Mi madre tomó aire un par de veces como si necesitara de todo el oxígeno existente en el parque, el cual había supuesto mi refugio durante años, para poder continuar hablando. En ese instante pude percibir, por primera vez, el contraté de la palidez de su rostro con el púrpura alojado bajo sus tristes ojos.

—Tu padre lleva mucho tiempo viéndose con otra mujer. Me lo dijo anoche.

El velo inocente que hasta ese momento había cubierto mis ojos y mi corazón cayó como si hubiera recibido un manotazo dado sin escrúpulos por las palabras de mi madre.

—Pero..., pero ¿ya no te quiere? ¿Ya no nos quiere?

Mi madre se acercó a mí y volvió a ponerme el brazo sobre los hombros.

Esta vez no me retiré.

—Vuestro padre siempre será vuestro padre y siempre os querrá, aunque nosotros no podemos seguir juntos.

—¿Y qué va a pasar con Santi y conmigo?

Mi madre suspiró y, como un resorte, se levantó y me tendió la mano para que yo hiciera lo mismo.

—Son muchas preguntas, cariño, y de la mayoría no tengo respuesta aún. Anda, vamos para casa.

Nos pusimos en marcha caminando uno al lado del otro sin pronunciar palabra. Quise pensar que si mi mente era como una montaña rusa, la de mi madre debía ser algo parecido. Así que mantuve silencio, aunque me permití mirarla de reojo de vez en cuando para obligarme a darme cuenta de que aquella mujer seguía siendo mi madre. Sentí su mano buscando la mía y no pude negarme a ese gesto cargado de amor que yo necesitaba recibir y ella precisaba entregar. La miré una vez más de reojo y suspiré al encontrarme con la mirada vacía de una mujer destrozada que lo había dado todo por un hombre que no merecía ni su cariño ni mi compasión. Y, sin darme cuenta de ello, dejé de culparla y dirigí mi ira y mi odio hacia la persona que había destrozado de un plumazo todo mi mundo. Y, con ello, condené el futuro de mi madre, el de mi hermano y el mío.

Trece

—¿Qué ocurrió entonces?

Vuelvo a la realidad tras el cruel viaje por mis recuerdos y me encuentro con la mirada anhelante de Raquel que espera la continuidad de mi relato como quien necesita, con urgencia, el siguiente capítulo de su serie favorita tras un final sin resolver.

—Ocurrió lo peor que podía pasar. Creo que tanto ella como yo estábamos convencidos de que no íbamos a ver a mi padre en mucho tiempo, pero no fue así.

—¿Regreso?

—Sí. Y lo hizo borracho como no lo había visto nunca. Fue... fue... Estoy cansado.

Bajo la cabeza apesadumbrado y espero la insistencia en la voz de mi terapeuta, aunque, una vez más, mis anhelos se confunden con la cruda realidad. La miro de reojo y ella tan solo garabatea unas pocas frases en su cuaderno antes de ponerse en pie, acercarse a la librería situada a mi espalda y tomar un libro que deja sobre la mesa. Nada más observar la portada sobria con la imagen de un hombre y un niño en actitud cómplice junto a un castillo de piedra, siento un vacío inmenso en mi interior.

—Quiero que leas este libro para la siguiente sesión. ¿Te gusta leer?

Me encojo de hombros antes de agarrar con una mano mis deberes de la semana, despedirme con la otra y salir del despacho sumido en mis tristes pensamientos. Siento la mirada de Raquel clavada en mi espalda, aunque no deseo volverme para cruzar un gesto cómplice con quien aún no ha logrado ayudarme. Quizá sea una reacción algo infantil como tantas otras que tuve con mi madre en el pasado, pero no me siento mucho más maduro que aquel crío que confundió la justicia con la crueldad y que no fue capaz de distinguir el dolor que inundaba el corazón de la única mujer que lo había amado incondicionalmente. Llego a la vía pública y el calor de finales del mes de abril me abofetea el rostro ya perlado por unas pocas gotas de sudor fruto del ambiente húmedo de la ciudad de Barcelona. No me alejo de aquel lugar. Me dejo caer en un banco cercano y abro el libro que mi terapeuta me ha instado

a leer. Es una lectura ágil y agradable y me transporta a un mundo donde un padre debe luchar para conocer a su hijo autista, para crear un puente que los una cuando un abismo los separa. La vida de aquel hombre no difiere de la mía, aunque él lucha por algo tangible y yo, tan solo, por encontrar mi propio camino. Antes de que me dé cuenta he devorado casi un tercio del libro y descubro que hay muchas maneras de llegar al corazón de un niño, aunque la que elijamos no nos parezca la más apropiada. Tan solo hay que tantear el camino hasta encontrar la senda apropiada.

Cuando me estoy planteando abandonar la lectura, recibo un mensaje de Rubén en el que tan solo comenta que tiene una emergencia y que lo espere en la cafetería situada frente a la redacción, aquel lugar donde se supone que trabajo, aunque ahora mismo pueda ser considerado persona «non grata». Las pocas energías retenidas tras la reunión con mi terapeuta se relegan a un rincón de mi alma mientras mi cabeza en un torbellino de ideas y sensaciones malsanas con las que intento regodearme como tantas veces hice en el pasado. La imagen de mi hermano Santi aquel día en el parque aparece de nuevo en Cinemascope y no me abandona hasta que, caminando, llego a la cafetería donde me siento en una de las pocas mesas libres en la terraza soleada a esperar a Rubén. Para mi desgracia, la primera en aparecer, escupida por la mole de hormigón y vidrio, es Amanda que, nada más verme allí sentado, me mira con desdén y pasa junto a mí sin tan siquiera molestarse en saludarme. Noto su mirada clavada en mi espalda e intento mostrarme firme y seguro, aunque la visión plomiza de aquella mujer ha terminado por desintegrar las pocas energías restantes. Bebo de un trago el café recién servido y, tras dejar el dinero de la consumición sobre la mesa, me pongo en pie para marcharme aunque con ello deje tirado a mi mejor amigo.

—Hola, Pau.

Me vuelvo al escuchar mi nombre y me doy de bruces con una mirada triste de ojos azules que podría rivalizar con la de cualquier estrella de cine. La mujer rubia y alta, de escultural figura y labios carnosos, espera de pie junto a un niño con su mismo pelo del color de la paja, aunque la mirada risueña y angelical de su padre. Diana, la explosiva exmujer de mi amigo Rubén, coincide conmigo frente a la redacción de la revista y no tengo que ser muy inteligente para darme cuenta de que no me encuentro ante una de esas malditas casualidades inventadas por Edward Murphy y que se carcajean de nuestro día a día convirtiéndolo en un absoluto infierno de equivocaciones

y desequilibrio.

—Hola, Diana. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, lo mejor que se puede estar hoy en día.

Hago caso omiso de la frase cargada de negatividad y acaricio el pelo de Roberto esperando una reacción defensiva por parte del chaval de ocho años, pero él me mira con recelo, aunque no mueve ni un músculo, algo bastante intrigante e inesperado para un niño con un TDAH declarado y al que le cuesta un mundo mantenerse quieto. Lo observa todo con tal detenimiento que no puedo dejar de verlo como un auténtico prodigio que, de explotar, podría llenar todo lo que le rodea de datos inútiles recabados desde que tiene uso de razón.

—Hola, Roberto.

—Hola, Pau. ¿Puedo pedir una coca cola, mamá?

—Claro, cariño.

El niño sale corriendo hacia la barra donde se encarama con cierto esfuerzo y no tarda en pedir el refresco a voz en grito a pesar de que el único camarero tiene cosas más importantes que hacer que atender a un niño de ocho años. A Roberto no parece importarle y regresa junto a su madre con una sonrisa de oreja a oreja. No tarda en soltar su mano para sentarse en la misma silla que yo ocupaba unos segundos antes de decidir huir de aquel lugar. Miro de reojo y compruebo que Amanda me mira con curiosidad.

—¿Nos sentamos? —pregunta Diana al tiempo que coge una de las sillas y toma asiento sin esperar mi respuesta—. Ya veo que Rubén ha pedido refuerzos.

—¿Refuerzos para qué?

Mi pregunta queda sin respuesta ante la llegada a la carrera de mi amigo y el saludo frío y distante dedicado a su exmujer que no me resulta tan extraño a estas alturas. Tras un matrimonio de diez años con un sinfín de altibajos, Rubén y Diana decidieron separarse de mutuo acuerdo y lo más amistosamente posible, hecho que quedó relegado a un segundo plano en el primer momento en el que mi amigo decidió que no se veía preparado para cuidar de un niño con trastorno por déficit de atención. Diana se pone de nuevo en pie, deja una mochila a los pies de Rubén y, sin añadir nada más, le da un beso a su hijo y desaparece calle abajo. Mi amigo se queda contemplando la fuga de su exmujer con el rostro desencajado y yo tan solo pienso «tierra trágame» cuando Rubén vuelve su cabeza hacia mí y me mira

como un cordero a medio degollar.

—¿Qué ocurre?

—Hoy me toca quedarme con Roberto, pero tengo que trabajar.

—¿Cómo que tienes que trabajar?

Rubén se encoge de hombros y ambos miramos a la vez al pequeño de pelo rubio que sonrío feliz al encontrarse frente a él una lata de refresco conseguida con el esfuerzo imberbe de un simple crío de ocho años. Los pelos de la nuca se me erizan.

—¿No querrás que cuide de Roberto?

—Pues, sí. Pero solo hasta las ocho.

Miro mi reloj de pulsera y confirmo la peor de mis sospechas. La aguja pequeña acaricia el número cinco y no tengo que ser muy espabilado para darme cuenta de que tengo que cuidar a un niño hiperactivo durante tres horas con todo lo que ello conlleva. Mi mente repasa de forma fugaz todas aquellas actividades que me entretenían cuando era crío y descarto de un plumazo el cien por cien de las que conllevan interactuar con otros niños. Roberto no es un niño travieso, tan solo no tiene consciencia de lo que significa empatizar con otros críos o, por lo menos, no pisotearlos o empujarlos cuando se interponen en su camino. También descarto ver una película infantil en un cine donde no podría soportar una hora y media sentado en el mismo lugar sin echar a correr en dirección a la gran pantalla. No me quedan muchas opciones y esa es la peor realidad con la que me puedo encontrar.

—No me hagas esto.

—No me queda otra. A las ocho estoy en tu casa.

Rubén se levanta de un salto, se despide de su hijo de la misma forma que Diana y se deja engullir de nuevo por el edificio de hormigón. Amanda se pone en pie en ese mismo instante y, tras dirigirme una mirada curiosa, recorre el mismo camino que Rubén y me deja solo en la terraza con un crío de ocho años que lo mira todo con avidez mientras sus pies no dejan de golpear la pata de la mesa y la silla se balancea peligrosamente adelante y atrás.

—Bueno, nos hemos quedado solos.

—¿Qué vamos a hacer, tío Pau? —me pregunta con total inocencia al tiempo que se lleva la lata de refresco a los labios y yo me estremezco al pensar en la cantidad de cafeína ingerida por su pequeño cuerpo.

Mi mente empieza a trabajar como un engranaje oxidado y comienzo a desechar unas cuantas posibilidades hasta que solo puedo hallar una con la que me sienta algo seguro.

—Vamos a ir a mi casa. Allí veremos lo que hacemos.

Pago el refresco de Roberto y los dos nos ponemos de pie a la vez. Me echo la mochila al hombro y respiro hondo para ayudarme a asumir que estoy a punto de pasar una de las peores tardes de toda mi vida. No tardamos en llegar a mi casa a paso brioso cosa que no supone ningún problema cuando caminas junto a un niño que no sabe andar sin echar a correr a cada paso. Los semáforos en rojo se convierten en un peligro real y los pasos de cebra inexistentes. En una ocasión no me queda otra que echar a correr detrás de Roberto para detenerlo de malos modos antes de que cruce una calle en el momento en el que una ambulancia cruza frente a nuestros ojos sin miramientos. Roberto, lejos de enfadarse, me mira y se echa a reír tras mi placaje de rugby.

Logramos llegar a mi casa poco después y, una vez refugiados tras la puerta blindada, consigo respirar aliviado y, por primera vez desde que la conozco, admiro a la exmujer de mi amigo. De la misma forma, logro entender por qué Rubén tiene un miedo atroz de cuidar de su hijo y huye de su responsabilidad como alma que lleva el diablo.

—¿Qué vamos a hacer, tío Pau?

Una pregunta cargada de dobles sentidos y con las mismas respuestas que yo desconozco y que me han convertido en el responsable del aburrimiento obligado de un crío de ocho años. Mi cerebro vuelve a trabajar a toda velocidad, aunque Roberto muestra a ser mucho más operativo que yo y desaparece en la habitación que yo llamo de los trastos. No tardo ni cinco segundos en plantarme en mitad del pequeño cuarto donde guardo infinidad de cosas inútiles y Roberto ya ha hecho de las suyas. Ha volcado una caja de cartón marcada con un enorme «juguetes» con la tinta negra e inconfundible de los rotuladores Edding y echa por los aires un peluche con la forma de un erizo de color rosa. Mi corazón da un vuelco y tengo que morderme los labios para no gritarle que deje de jugar con el peluche favorito de mi hermano Santi. Una lágrima rebelde recorre mi mejilla y, antes de hacer algo de lo que me arrepiento, doy media vuelta y regreso al salón donde me dejo caer en el sofá destrozado por los recuerdos. Una mañana triste en la que Santi se levantó antes que yo y, con el peluche entre sus brazos, me despertó para

informarme de que algo estaba ocurriendo. Escucho unos pasos tras de mí y Roberto no tarda en sentarse a mi lado con el peluche en una de sus manos y una expresión triste en la cara. Me ve llorar y suspiro.

—¿Estás triste, tío Pau?

Trago saliva antes de contestar y mi corazón se ralentiza lo suficiente como para dedicarle mi atención sin perder los estribos, sin dejarme llevar por la rabia que un instante antes ha copado todo mi ser.

—Echo de menos a alguien.

—¿Es por el tío Santi?

Doy un respingo en el sofá y me vuelvo hacia Roberto sin saber qué pensar. Su rostro es una mezcla de dulzura y preocupación sincera con el que logra que me enterezca. Escuchar el nombre de mi hermano de los labios de un niño de ocho años que ni tan siquiera lo conoció me hace darme cuenta de lo frívola que es la vida, de lo poco que aprendemos en el camino y de lo mucho de lo que nos arrepentimos. Me acerco a él y lo abrazo, pero no tarda ni un segundo en empujarme con la mano como si el contacto le molestara o necesitara un espacio vital que acabo de restringirle.

—¿Quién te ha hablado del tío Santi?

—Mi papá. Me ha contado que era tu hermano pequeño, aunque murió hace mucho tiempo.

Ya no tengo claro si se me eriza el vello de la nuca al escuchar hablar de mi hermano, por el hecho de que Rubén le haya contado lo que pasó a su hijo o porque tenga tan claro el significado de la muerte. Una vez más, presiento que la situación me supera y que no voy a poder compartir una tarde entera con un niño de ocho años hiperactivo. Roberto me muestra en un instante que todo es mucho más sencillo de lo que los adultos imaginamos. Que tan solo tienes que saltar sobre el sofá con el peluche de un erizo entre los brazos para sentirte feliz. Que esa sensación no tiene que ser algo extraño para nosotros porque vive en nuestro interior y se alimenta de nuestros sueños cumplidos, de nuestras ilusiones puestas sobre la mesa y, por encima de todo, de nuestra propia felicidad. Viendo a Roberto riendo a carcajadas me siento de nuevo como un niño que desea comerse el mundo y que tiene mucho que ofrecer a pesar de todo. Para mi sorpresa y para la de mi sobrino adoptivo, me pongo en pie de un salto y me lanzo a por él que no tarda en subirse a mi espalda para cabalgar por todo el salón. Dejo que clave espuelas en mis costados y que me agarre del pelo y no tardamos en compartir una pelea al más puro

estilo *wrestling* con unas máscaras de carnaval a modo de personaje y los músculos inflados gracias a varias camisetas introducidas estratégicamente bajo la ropa. Roberto grita emocionado y mucho más cuando saco varias sábanas de uno de los armarios del pasillo, agarro un montón de pinzas del tendedero y regreso con todo ello al salón.

—¿Para qué es eso, tío Pau?

—Vamos a hacer un castillo. A tu tío Santi le gustaban mucho.

Por primera vez en muchos años, logro hablar de mi hermano sin que un nudo aprisione mi garganta. Con la naturalidad de quien no ha perdido a un ser querido y que habla de él porque aún puede escuchar su voz o percibir su caricia. La sensación de tener a Santi entre nosotros es tan fuerte que no tardo en arrodillarme junto a Roberto para colocar todas las sillas de forma circular con idea de cubrirlas con las sábanas antes de afianzar la construcción con las pinzas de la ropa. En un santiamén tenemos construido nuestro castillo, aunque a primera vista pueda parecer la carpa de un circo. Salimos a toda velocidad, regresamos al cuarto de los trastos y agarramos todos los juguetes que tiempo atrás compartí con mi hermano Santi. Dejamos todo nuestro tesoro dentro del castillo y decidimos por unanimidad que necesitamos un túnel que conduzca a la catedral sin el peligro de sufrir las mordeduras de los zombis que campan a sus anchas por el salón. Roberto no para ni un instante y yo intento seguirle el ritmo, aunque, cuando le digo que necesitamos muchas más sábanas, se encoge en una esquina de nuestro castillo y se niega a acompañarme.

—Vengo en un instante. Vigila la entrada.

Le tiendo una de las dos espadas de plástico que hemos encontrado en la caja de los juguetes y yo tomo la otra, la que creo que era mía, y comienzo a blandirla delante de mi rostro antes de abandonar nuestro refugio y aventurarme en la tierra de los dragones. Ni tan siquiera me doy cuenta de que entro en mi habitación mirando a uno y otro lado como si realmente pudiera ser atacado por una criatura del Averno. En unos pocos segundos he logrado encontrar todas las sábanas y mantas que, por extraño que pueda parecer, un hombre soltero ha ido acumulando a lo largo de los años. Entro en la cocina y de un cajón saco un paquete de pinzas de la ropa sin empezar. Con la espada en alto de nuevo regreso al salón y me lanzo de cabeza al interior del castillo donde Roberto me espera con gesto preocupado.

—Ya podemos hacer el túnel.

El crío suelta la espada, comienza a aplaudir de alegría y yo me siento orgulloso de mi gesta, de haber conseguido regresar sano y salvo con unas pocas sábanas y un paquete de pinzas de la ropa sin haber sido atacado por un ente maligno en el interior de mi piso en plena Gran Vía. Todo me da igual y mi imaginación, chirriante tras años de inactividad, fluye como un río en la montaña. Con la ayuda de Roberto, no tardamos en construir un túnel con las sábanas que une nuestro castillo con la catedral formada por los dos sofás de piel y la mesa de centro que convertimos, de la noche a la mañana, en un altar improvisado. Cubrimos toda la zona con varias mantas que unen los sofás con el mueble alto de la televisión y nos dejamos caer sobre los cojines con los que he cubierto el suelo de nuestra improvisada catedral. Escucho un rugido muy cerca de donde me encuentro y miro el reloj de pulsera antes de confirmar la procedencia del sonido. No me lo puedo creer. Son más de las siete de la tarde y el tiempo ha pasado como un suspiro.

—¿Tienes hambre? —pregunto para confirmar que el rugido provenía del estómago de Roberto.

—Sí.

—Vale, voy a la taberna a por unos sándwiches.

Roberto asiente conforme y yo recorro el túnel de sábanas hasta encontrarme de nuevo en el castillo desde donde puedo salir para dirigirme a la cocina.

—¡Ten cuidado con los zombis, tío!

Asiento y levanto el dedo índice para indicarle que todo está bien, que no tiene de qué preocuparse. En unos pocos minutos regreso con media docena de sándwiches variados y un par de vasos de limonada. Logro entrar en el castillo con las viandas y recorro el túnel de conexión con la catedral con una bandeja en la mano y un paquete de galletas en el bolsillo. Me encuentro a Roberto absorto mirando la televisión que ha puesto en marcha dentro de nuestro refugio y donde una especie de roedor azul con una enorme cabeza habla con un niño con pinta de estúpido. Le doy uno de los sándwiches de jamón y queso y lo devora absorto en los dibujos animados. Me siento junto a él y doy buena cuenta de un bocadillo de Nocilla mientras él come otro de queso, aunque ahora con más tranquilidad. No aparta la vista de la pantalla de la televisión ni para agarrar el vaso que le tiendo y que no acaba volcado encima de la alfombra de puro milagro. Para mi sorpresa y desconcierto, no me importa en absoluto lo que pueda pasarle a la alfombra. Termino mi

bocadillo y, mientras saboreo otro de paté, observo a Roberto y su mirada angelical. Un rostro que bien podría ser similar al de Santi, con unos ojos cargados de vida y una sonrisa, con los dientes ligeramente separados como a mí me ocurría, que muestra que es un niño feliz y que, o no es consciente del TDAH diagnosticado o le da igual y vive la vida como lo que es, un crío con todo el futuro por delante y unos padres que lo adoran, aunque mi amigo lo disimule bastante bien. Terminamos los bocadillos y el paquete de galletas se convierte en la recompensa a nuestro esfuerzo. Por un instante, Roberto gira la cabeza hacia mí y me mira con los ojos brillantes. Espero un «gracias» que no llega, aunque, en su lugar, aprendo una valiosa lección. No hay que agradecer aquello que se hace con el corazón y mucho menos cuando la tarde que se presumía como una de las peores de mi vida se ha convertido, por arte de magia, en una de las veladas vespertinas más divertidas de los últimos años. Hemos saltado en el sofá, peleado como auténticos luchadores de la WWE, construido un castillo, un túnel y una catedral, peleado con zombis y arañas enormes y peludas; y todo eso sin salir de casa y sin buscar la diversión en una triste copa de *whisky* o en algún rincón plagado de testosterona del gimnasio. Un niño ha logrado entregarme en un suspiro y con toda la inocencia del mundo un futuro cargado de expectativas e ilusiones. En un súbito espasmo de mi brazo, saco el móvil del bolsillo, abro la aplicación de contactos y busco el número de teléfono de mi madre, pero, en el último momento, cambio de opinión y vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo.

—Roberto, ahora vengo. Voy a devolver todo esto a la taberna.

—Vale, tío Pau.

Sonríó al ver que no aparta la vista de la televisión pero que, por lo menos, interactúa conmigo y regreso a la cocina siguiendo las pautas y el recorrido de la última visita a la taberna de nuestro mundo imaginario. Lavo los platos y los vasos y los dejo en el escurridor antes de pasar un paño por la bandeja y depositarla sobre la encimera en uno de los laterales. Salgo a la terraza de la cocina y enciendo un cigarro apoyado en la barandilla mientras observo el parque situado muy cerca de la Gran Vía y donde varios niños pelean por el mismo juguete mientras sus padres charlan de forma descuidada sentados en uno de los bancos de madera de la avenida. La imagen de Santi en el parque, pocos minutos antes de que muriera, llega a mi mente con fuerza, aunque, por primera vez desde que ocurriera, tan solo observo el rostro feliz de mi hermano dando vueltas y más vueltas en una noria de hierro de la que,

irremisiblemente, bajábamos mareados y con ganas de vomitar. Una diversión extraña que tan solo puede comprender un crío al que le encanten las cosquillas y se ríe al dar vueltas sobre sí mismo para comprobar que pueda darse de bruces contra el suelo nada más detenerse. Vuelvo a sacar el móvil del bolsillo, pero esta vez tengo claro que no deseo llamar a mi madre, sino que necesito mucho más. Con una sonrisa en los labios apago el cigarrillo, me lavo las manos en el fregadero y regreso al salón para entrar de nuevo en nuestro castillo. Recorro el túnel hasta la catedral y mi corazón da un vuelco al no ver a Roberto sentado sobre los cojines.

—Mierda —maldigo en voz baja al comprender mi torpeza al dejar solo a un niño que no puede estar parado más que unos pocos minutos.

Doy media vuelta para salir de la catedral con el riesgo de romper nuestra construcción, aunque, en el último momento, escucho un leve suspiro a mi espalda. Vuelvo a agacharme y recorro de rodillas la distancia que me separa de los cojines para encontrarme entre ellos el cuerpecito de Roberto que duerme feliz y tranquilo en nuestro refugio. Con mucho cuidado agarro una de las pocas mantas que no han formado parte de la construcción y cubro al hijo de mi mejor amigo al tiempo que me aseguro de que acomodarlo sobre los cojines y ponerle uno más bajo su pequeña cabeza. Me quedo un rato mirándolo, aunque el sonido de unos golpes en la puerta me despierta de mi ensoñación. Salgo del castillo por la puerta principal y me acerco a la entrada de mi piso para abrir la puerta. Me encuentro a Rubén frente a mí, con gesto cansado y los hombros caídos a los costados del cuerpo.

—Estoy destrozado —comenta antes de empujarme literalmente y entrar en mi piso—. ¿Cómo está Roberto?

Una vez en el interior se queda plantado en mitad del salón con la vista fija en la montaña de sábanas que lo recorren de parte a parte.

—Es nuestro castillo. Anda, ven.

Me arrodillo frente a la entrada formada por las sábanas y Rubén hace lo mismo que yo. Una vez en el interior de la construcción, mira a su alrededor y emite un sonido de sorpresa.

—¿Lo habéis hecho vosotros?

—Claro. Y también un túnel que conecta con la catedral. Vamos.

De rodillas avanzamos como dos niños pequeños hasta llegar a nuestro segundo refugio donde Roberto duerme el sueño de los justos tras una tarde que lo ha dejado exhausto, aunque esté acostumbrado al ritmo acelerado que

le marca su cerebro. Rubén ve a su hijo dormido sobre los cojines, se acerca a él y le planta un beso en la frente.

—¿Cómo se ha portado?

—Genial. Es un gran chico.

—Yo... yo... siento haberte dejado con este marrón.

—Yo lo siento por ti, no por mí.

Rubén me mira con una ceja levantada y yo reconozco esa expresión como si la viera cada mañana en mi propio rostro. No esperaba mi frase condescendiente y lo ha desubicado.

—Ya sabes que te quiero como a un hermano, aunque la estás cagando con tu hijo.

—¿Qué quieres decir?

Tomo aire antes de continuar porque sé que estoy atravesando un campo lleno de espinas y donde puedo acabar ensartado a pesar de mi inocencia. Quizá mi amigo no esté preparado para escuchar lo que tengo que decirle, pero creo que ambos nos merecemos sinceridad después de todo lo que hemos vivido, compartido y sufrido.

—Tienes un hijo maravilloso y te lo estás perdiendo.

—Es complicado. El TDAH...

—Eso tan solo es una excusa. Él es... especial, aunque es tu hijo e irradia felicidad. Tan solo debes... comprenderlo.

Rubén agacha la cabeza con una evidente sensación de culpabilidad y yo soy consciente de haber atravesado por completo el campo de espinos sin pincharme.

—Aunque no lo creas, he pasado una de las mejores tardes de los últimos años. Todas esas fiestas, las mujeres, el alcohol... No lo necesito para ser feliz. He vivido mucho más en tres horas con tu hijo que en diez años a tu lado. Y no lo tomes a mal.

—¿Y qué puedo hacer?

—Dejar de ser un egoísta y ponerte de rodillas junto a tu hijo para contemplar el mundo desde sus ojos. Verás que no tiene ninguna enfermedad mental, tan solo avanza más deprisa que los demás. Eso es todo.

Rubén mira de nuevo a su hijo para después volver su cabeza hacia mí. Me palmea el brazo con cariño antes de ponerse en pie para marcharse. Yo desmonto una pequeña parte de nuestra catedral para franquearle el paso y él toma a su hijo en brazos con mucho cuidado. Roberto se abraza a su padre en

sueños y apoya la cabeza en su hombro antes de emitir un suave suspiro que llega a nuestros oídos como el sonido más maravilloso que el ser humano puede crear. Ni la más bella melodía puede compararse con el suspiro de un niño. Guardo unas pocas cosas en la mochila de Roberto y se la pongo en el hombro a Rubén. Los acompaño hasta la puerta para despedirlos, pero, un poco antes de llegar, mi amigo se da la vuelta y observa el salón donde parece que haya caído una bomba atómica.

—Siento todo este desastre. ¿Quieres que te ayude a recoger?

—Ni de coña. No voy a destruir nuestro castillo de momento.

Rubén sonrío y, sin añadir nada más, sale de mi piso y se pierde en el interior del ascensor con su hijo en brazos. En el último momento puedo ver la expresión feliz en el rostro de Roberto y me pregunto qué estará soñando. Quizá esté viviendo una aventura en la que se enfrenta a zombis y arañas gigantes, aunque, por la expresión de su rostro, seguro que se encuentra en el interior de un castillo imaginario a salvo de todos sus miedos. La televisión sigue en marcha, aunque el sonido que llega a mis oídos desde el interior de la catedral es bien distinto. Me pongo de rodillas de nuevo, coloco otra vez las sábanas sobre mi cabeza y las afianzo con las pinzas de la ropa antes de sentarme sobre la montaña de cojines donde unos minutos antes dormía plácidamente Roberto. Cambio de canal y pongo las noticias. Miro a mi alrededor, cojo un par de galletas del paquete que veo sobre el altar y las disfruto mientras mis ojos se dejan llevar por las imágenes crudas de las noticias y mi mente revolotea sobre unos campos de vides y se imagina a una mujer sentada en el porche de una casita pintada de blanco esperando la llegada de algún ser querido que mitigue su soledad.

Diario - 3 de mayo

Las olas se estrellan contras las rocas y el sonido hipnótico llega a mis oídos y regala un recuerdo sensorial más allá de lo que un hombre en su sano juicio puede soportar. Los recuerdos se agolpan en mi mente y ahora dudo de lo que está bien o está mal. La tristeza se ha unido a mí como una segunda piel y no logro abandonar el sentimiento de culpa que me reconcome por dentro.

Un niño juega en la playa persiguiendo a una gaviota mientras su padre camina muy cerca con el móvil en la mano y la seguridad de quién sabe que su mundo no es un frágil cristal a punto de quebrarse bajo sus pies. Tan solo alguna advertencia de vez en cuando dirigida al tierno infante que hace caso omiso como deben hacer los niños. Su única obligación es la de comportarse como un crío y nadie tiene el derecho de privarle de esa sensación que puede esfumarse en un instante, en un estridente chirrido de neumáticos. Santi regresa a mi mente una vez más aunque no como un fantasma traicionero sino como lo que siempre fue para mí, mi hermano pequeño, el cómplice de mis juegos y, en ocasiones, un estorbo en mis fugas adolescentes para buscar una efímera aventura junto a Rubén. Todo se quebró aquel día, pero hoy me doy cuenta de que los trozos han seguido en el desván de mis recuerdos esperando a ser recompuestos para crear una imagen clara y esperanzadora.

No sé si algún día este diario llegara a manos de alguien que se atreva a perder el tiempo en su lectura, aunque tengo claro que, de ocurrir, el lector se imaginara tras el bolígrafo a un hombre descompuesto y sin alma con un lastre atado a uno de sus tobillos que le impide avanzar y mirar hacia delante. Un ente corpóreo con la única esperanza de respirar cada día y con el futuro lúgubre de un espíritu atormentado. Doy pena. Lo sé.

El niño ha desaparecido tras unas rocas y el padre no ha tardado ni un segundo en acelerar su paso para asegurarse del bienestar de su retoño. Una vez sobre el rompiente, ha respirado aliviado antes de volver a dirigir su vista hacia la pantalla del móvil. Sonríó al igual que hace él y siento que todo puede ser distinto. Que no fue culpa mía lo que ocurrió porque no era mi responsabilidad, ya que cuando uno es padre debe responsabilizarse de la

vida que ha creado sin importar el cuándo, el cómo o el porqué. Ha llegado el momento de enfrentarme a mis peores temores, el instante en el que dejo atrás cinco años de separación para volver a reencontrarme con mi pasado. Ha llegado el momento.

Catorce

Las piedras del camino se clavan en la suela de mis zapatos como una serie de agujas que me recuerdan a cada paso que el camino que recorro no es sencillo y puede resultar mucho más espinoso de lo que mi mente pueda llegar a imaginar. Regresar a la casa que fue muy hogar durante cinco largos y tristes años en los que mi madre intentó esconder su dolor entre esas cuatro paredes mientras yo me marchitaba como la flor que nunca llegó a crecer junto a mí. A pesar del aire fresco de comienzos de mayo, me cuesta respirar y el aire parece tan viciado como el de la ciudad de la que provengo y a dónde hui de aquel pueblo pequeño y descorazonador cuando Rubén me ofreció la aventura más maravillosa que un chaval con su mayoría de edad recién estrenada podía soñar. Los dos escapamos a Madrid donde comenzamos a trabajar lavando platos en un restaurante con el único refugio de una habitación sucia y maloliente en un piso de estudiantes. Tanto Rubén como yo fuimos lo suficientemente listos como para ahorrar con idea de poder estudiar en la universidad. Lo logramos sin la ayuda de nadie, sin que sus padres o mi madre pudieran convencernos de que aquella era una idea desastrosa propia de la mente de un joven desquiciado como era yo o la de un soñador como mi mejor amigo. Nos dio todo igual y comenzamos a comernos el mundo a bocados sin importarnos lo que dejábamos atrás. Sin pensar en que el dolor nunca se abandona como una mala colonia, sino que se adhiere a nosotros y se convierte en el peor de los perfumes. Rubén comenzó a salir con Diana y no tardaron en casarse. A partir de ahí su vida se convirtió en un infierno y la mía en un páramo desolado. La llegada de Roberto fue como un bálsamo para nosotros hasta que el niño comenzó a mostrar los primeros síntomas del TDAH y Rubén no tardó en agobiarse de tal forma que dejó de ejercer como padre a tiempo total para refugiarse en el trabajo, los amigos y, en más ocasiones de las que a mí me hubiera gustado, en los brazos de mujeres anónimas de las que ni siquiera llegaba a conocer su nombre. Yo, por mi parte, huía de ellas como alma que lleva el diablo hasta el punto de llegar a dudar de mi heterosexualidad, aunque, por una tranquilidad obtusa y retrógrada, tampoco sentía el mayor interés por los hombres. Tan solo estaba

cansado todo el día y no me veía con fuerzas para mantener una relación. Esa es la excusa que me repetí durante años para auto convencerme de que el problema no era yo sino el mundo que me rodeaba que giraba demasiado rápido y no me permitía detenerme para disfrutar de una relación. Ahora sé que todo aquello fue una burda mentira que mi mente creo para protegerme de una dura reflexión que no me había permitido el lujo de hacer. Tenía miedo a una relación. No quería enfrentarme a lo que supone tener responsabilidades hacia otras personas, a lo que significa entregar tu alma a otro ser y que ella sea capaz de poner su vida en tus manos si fuera preciso. Demasiada carga para una persona incapaz de retener a su lado a sus seres queridos y que avanzaba hacia la soledad con la decisión de un reo conducido al cadalso.

Sacudo la cabeza para espantar todos esos malos presagios y me detengo de nuevo junto a la fuente de piedra donde me refugié de manera cobarde la última vez que pensé en visitar a mi madre. Bebo un largo trago de agua fresca y recuerdo la cantidad de veces que mi amigo y yo nos detuvimos en aquel lugar para recuperar fuerzas tras un largo día plagado de aventuras con las que yo intentaba evadirme de mi día a día y Rubén llevaba a cabo para demostrarse a sí mismo que había algo distinto más allá de las pocas casas del pueblo. Un alma alada y con los sueños a flor de piel que no tardaron en buscar un lugar donde convertirse en realidad. Yo me dejé arrastrar por él como ahora me dejo llevar por mis pies y mi corazón mientras mi cabeza me pide a gritos que salga corriendo de allí y que regrese a Madrid donde mi vida aburrida puede verse mínimamente revolucionada por un niño de ocho años.

Pero no lo hago y regreso al camino con la misma decisión con la que llegué al pueblo: ninguna. Me pongo en marcha mucho antes de que lo haga mi alma que intenta aferrarse a los recuerdos de una adolescencia perdida en lugar de enfrentarse a los fantasmas del presente. A unos cuantos pasos de la casa me detengo y veo a una figura sentada en una mecedora con la vista fija en el mar. No tarda en volverse hacia mí y siento una presión en el pecho al tiempo que los latidos de mi corazón se aceleran. Mi madre se pone en pie con cierta dificultad y yo camino despacio hacia ella. Una de esas paradojas de la vida es la imagen que queda grabada en nuestra mente de cuando somos niños y cualquier madre es la mujer más poderosa del mundo aunque que, con el paso del tiempo, parece menguar a la misma velocidad que nosotros nos volvemos más y más egoístas.

Mi madre camina despacio hacia el borde del porche y observa con mucho detenimiento al recién llegado al que aún parece no reconocer. No me había percatado unos días antes de que su pelo se está volviendo blanco y que un sinfín de arrugas han hecho acto de presencia allá donde antes solo había una piel tersa de porcelana. Su sonrisa no tarda en aparecer al reconocirme y sus brazos se abren como un puerto en un día de tormenta. Recorro la breve distancia que me separa de ella y, sin atreverme a pisar el porche, me dejo acunar por su frágil cuerpo mientras un aroma a lavanda atraviesa mis recuerdos de parte a parte. Me mece mientras me atusa el cabello y yo no puedo dejar de pensar en la sensación incómoda que recorre todo mi ser y que convierte aquella muestra de amor en un escaparate al público de quien quiera ver la hipocresía de un niño hecho hombre de mala manera. Me separo de ella y veo que está llorando, aunque de una forma tranquila. Con la misma serenidad que me mostró aquella mañana en que la encontré en la oscuridad de su habitación, sin reaccionar, como un pajarillo bajo la lluvia en un día de tormenta. No soporto que no sea capaz de mostrar algo más allá que unas simples lágrimas y, antes de cruzar la puerta del umbral, ya estoy deseando marcharme y mucho más cuando encuentro en el recibidor un santuario de lo que fue su vida, un reflejo de un niño que no supo ser nada más y otro al que le cortaron las alas y no le permitieron volar. La imagen de mi hermano Santi aparece en todas las paredes que, cuando yo habitaba esa casa, tan solo soportaban imágenes de lugares pintorescos de la región. Ahora me recuerda al altar de una familia mejicana en un día de difuntos, pero con la excepción de las velas humeantes y los tribales de colores chillones. Mi madre, a mi lado, detecta al instante mi desconcierto, pero parece obviarlo.

—Vamos a la cocina. Tengo café recién hecho.

No me apetece tomar nada porque siento un nudo en el estómago que advierte de que en cualquier momento puedo vomitar el desayuno y buena parte de la cena del día anterior. A pesar de todo, no la contradigo y la sigo hasta la cocina donde me dejo caer en la silla de color blanco que durante años me perteneció por derecho propio. Allí nada ha cambiado y logro serenarme.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bueno, con los achaques de la edad, aunque, ahora que estás aquí, me siento como una jovencita.

Mi madre sonrío con franqueza y yo intento responder de la misma

manera, pero tan solo consigo mostrar una mueca nerviosa que ella pasa por alto antes de volver a enfrascarse en la sencilla tarea de llenar un par de tazas de café y cortar sendos trozos de bizcocho como el que tantas veces merendé de adolescente. Coloca la taza y el postre frente a mí y, con el primer bocado, un sinfín de imágenes vuelven a mi mente. Me veo a mí mismo como un chiquillo intentando mantener una conversación con mi madre mientras ella tan solo puede asentir con la cabeza como si todo le diera igual y mi vida hubiera desaparecido junto con la de Santi. Me encantaría gritarle que, mientras ella lloraba la memoria de un fantasma, yo seguía necesitando una madre que me consolara y me diera todo ese amor que parece que dejó esparcido en el asfalto que vio morir a mi hermano.

—Me alegro mucho de que hayas venido. ¿Vas a quedarte?

Niego con la cabeza y ella me muestra su desdicha con unos labios curvados y un brillo casi imperceptibles en sus ojos. Siento que mis defensas comienzan a desmoronarse y es mucho más de lo que puedo llegar a soportar. Me pongo en pie dispuesto a marcharme, pero en ese preciso instante, como si los hados se conjugaran para divertirse con mi alma, escucho la puerta de la entrada cerrarse y unos pasos avanzando hacia la cocina. La joven de pelo oscuro y ojos claros hace acto de presencia y yo, en contra de cualquier norma de cortesía, me siento de nuevo en la silla y la observo con curiosidad. Ella me mira y carraspea muy seria.

—¿Molesto?

Mi madre niega con la cabeza y yo tan solo puedo mirar al suelo sin atreverme a levantar la vista hacia la recién llegada que sé que me observa con curiosidad. Ahora tengo claro que este viaje ha sido un error y que, tras haberme convertido en un mono de feria, puedo volver con el rabo entre las piernas para no regresar jamás, por mucho que me pese. Me pongo en pie y salgo de la cocina ante la atenta mirada de las dos mujeres. Llego al vestíbulo para marcharme de la que fue mi casa durante mi adolescencia, pero mis pies se convierten en mis peores enemigos y en desdichados cómplices de la mujer que me trajo al mundo. Subo las escaleras con lentitud y, ya en el piso de arriba, me detengo ante una plancha de madera de cartel blanco con una pizarra de pequeño tamaño donde reza una única frase lapidaria: «Prohibido el paso». Letras temblorosas de un crío que quería jugar a ser grande para poder escaparse mar adentro en un velero realmente llamado Libertad, aunque que no pudo, o no supo, ver más allá de sus narices. Ese adolescente

que escribió una frase de advertencia para la única persona que hubiera dado la vida por él aunque, por aquel entonces, ni tan siquiera era dueña de la suya. Con los dedos fríos y el corazón encogido abro la puerta y desde la entrada puedo observar el segundo santuario de la casa. Si el primero me había provocado un total desequilibrio, el segundo logra romperme el alma. Todo continúa igual que el día en el que decidí meter algo de ropa en una mochila y, con el poco dinero que había logrado ahorrar, escapé como un ladrón para comenzar una nueva andadura lejos de mis recuerdos.

—Es la primera vez que veo esta puerta abierta.

Me giro al escuchar la dulce y juvenil voz, pero intento no dejarme arrastrar al abismo de las miradas del color del mar y el dulce canto de las sirenas. Mi dolor es demasiado tangible como para dejarlo aparcado con la vanidad de quien no mira más allá de sus propios deseos mundanos. Entro en la habitación y me dejo caer en la cama que chirría bajo mi peso. Ella me observa, pero yo intento obviar ese hecho y centrarme en mi desazón, en lo que siento al encontrarme de nuevo en el cuarto que me vio crecer y encogerme al mismo tiempo. Todo continúa donde yo lo dejé. Los pósteres con los futbolistas de la época, las maquetas de barcos que construía mientras me imaginaba navegando allende de los mares, la hucha rota encima del escritorio de donde rescaté mis escasos ahorros. Abro el cajón de la mesita y saco una fotografía ajada por el paso del tiempo y por las noches que dormí abrazado a ella. La imagen de Santi con el peluche del erizo rosa me atraviesa hasta lo más hondo y no puedo evitar que una lágrima furtiva sea la portadora de mi dolor. Levanto la vista y espero hallarme solo con mi desgracia, pero ella sigue junto a la puerta y me observa con un claro gesto de dolor que no comprendo y que me irrita mucho más de lo que logra conmoverme. Ella no estuvo allí, ella no es nadie para comprender el dolor que inundó mi corazón, ella tan solo es un adorno más en el camino de la existencia de mi madre, aunque no en el mío. Me pongo en pie y, con la rabia copando cada poro de mi ser y la fotografía de Santi en mi mano, la aparto de mala manera y vuelvo a salir al pasillo. Escucho los pasos tras de mí en la escalera, pero intento ignorarla. Me cruzo con mi madre que me espera en el vestíbulo como si supiera que no iba a tardar demasiado tiempo en marcharme.

—¿Ya te vas? —pregunta con la voz quebrada y las manos entrelazadas delante del pecho como si rezara.

—Sí. No puedo quedarme más.

—¿Ni tan siquiera a comer? Iba a hacer galets rellanos con bechamel. Son tus favoritos.

Muevo la cabeza de lado a lado y salgo de la casa sin tan siquiera darle un beso de despedida. Al llegar al porche, me detengo, me apoyo en uno de los pilares de madera y suspiro con fuerza.

—Lo siento, mamá. Siento... todo.

Doy un suave golpe en la columna con la palma de la mano y bajo los escalones de un solo salto. Tal como voy caminando hacia los campos de vides se escuchatan solo el gorjeo de los pájaros y el agua de la fuente, pero unos pasos suenan a mi espalda y, antes de llegar a la altura del pequeño monumento acuático tras el que me escondí en mi última visita, me detengo y me enfrento a la joven que acompaña a mi madre.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tan solo quiero decirte que tu madre te echa mucho de menos y que estaría bien que vinieras a verla más a menudo o, por lo menos, que la llamas.

—Creo que te estás metiendo en lo que no te llaman.

—Ella es mi amiga.

—Y mi madre.

No espero a continuar con una conversación que no me apetece mantener y con la que no creo poder llegar a ninguna parte. Me doy la vuelta y continúo mi caminar para regresar al pueblo y a mi vida lejos de aquel lugar, pero ella parece no rendirse.

—Esta fuente es un buen lugar para esconderse. —Me doy la vuelta y la atravieso con la mirada—. Cuando era una niña y venía a coger uvas, me escondía detrás del muro de piedra.

—¿Y eso a qué viene?

—Quizá yo no sea la única que utiliza esta fuente para esconderse.

—¿Me viste?

Se encoge de hombros como una niña buena y la veo más atractiva que nunca. Es una mujer preciosa, pero que parece cuestionarme. No soporto que la gente se entrometa en los asuntos que no le pertenecen y ella, sin ninguna duda, parece disfrutar con su intromisión.

—De verdad. No te metas en esto.

—Tu madre está triste y necesita a su hijo. Tan solo una llamada de vez en cuando...

Resoplo ante la insistencia de la joven e intento sonreír, aunque ese gesto desapareció de mi repertorio en cuanto puse los pies en la casa de mi madre. Saludo con la mano y doy media vuelta con la idea de no volverme pase lo que pase o diga lo que diga.

—Puedo ser muy insistente si me obligan a ello.

Continúo caminando y me repito la orden una y otra vez. Me niego a mostrar una debilidad que no se merece por mucha sonrisa que muestra o ese canto de sirenas logre enredar mi entendimiento. Intento silbar una ligera tonadilla, pero la joven de pelo negro y ojos del color del mar no pierde baza.

—¡No podrás resistirte!

Todas mis barreras caen como un castillo de naipes, giro la cabeza y miro a la joven preciosa con el pelo ondeando al viento, unas piernas fuertes que se adivinan bajo los pantalones del chándal y un pecho acorde con el resto del conjunto que logra fundir el hielo de mi corazón. Sonrío y ella lo hace a su vez. Saludo con la mano y desaparezco con la promesa resquebrajada de no volver jamás.

Quince

—Le dijiste a tu madre que lo sentías todo. ¿Qué era lo que sentías?

El interrogatorio comienza con fuerza y me veo ante la luz potente de la Schutzstaffel nazi mientras uno de sus miembros expulsa el humo de su cigarro en mi rostro. Quizá sea un poco exagerado, aunque ahora me siento como si el tercer grado emocional estuviera a punto de comenzar. El viaje en el AVE repitiendo una y otra vez que todo había sido una tontería y que debía pensar en mí mismo había quedado desintegrado con tan solo una pregunta de mi terapeuta. Una frase inquisitiva con la que yo debía mostrar una seguridad y un aplomo que no poseía. Las dudas afloraban en mi corazón y ahora no tenía claro lo que estaba bien y lo que estaba mal. Una huida no premeditada, aunque necesaria, que en este preciso instante se me mostraba como un gesto cobarde y egoísta hacia mi madre, hacia la única persona que nunca se había portado así conmigo. Me sentía como un desecho en mitad de un río de mierda y nada ni nadie podía cambiar esa sensación. Tragué saliva y me supo a una rebeldía mal entendida.

—No lo sé. Quizá sentía el no haber ido a verla más a menudo o, simplemente, el no llamarla de vez en cuando.

—¿Estás seguro?

—No.

Mi respuesta no puede ser más sincera. Ahora mismo no sé por qué le pedí perdón a mi madre, aunque el bagaje que cargo a mis espaldas me da para un mar de disculpas. Un adolescente cobarde dejó paso a un joven díscolo que cedió su terreno a un hombre temeroso de su pasado y en lucha consigo mismo. ¿Pedir perdón? Quizá tan solo sea por el mero hecho de existir. No sé qué habría pasado si yo no hubiera nacido, si ese varón fruto de un encuentro fortuito en las fiestas de un pueblo de la costa no hubiera nacido. Sí. Lo sé. Yo no fui un hijo deseado y mi padre no tuvo ningún reparo en gritarlo a los cuatro vientos en una de sus innumerables visitas hediendo a *whisky* barato y a fulana del mismo precio. Un poso fruto de un amargo café.

—¿Por qué fuiste a verla?

—Yo... —No quiero volver a decir que no lo sé porque tengo una ligera

sospecha de lo que me incitó a tomar esa decisión—. Tuve que cuidar del hijo de mi mejor amigo y me lo pasé muy bien con él. Me recordó a mi hermano Santi.

—¿Te removi6 por dentro?

—Mucho m6s de lo que yo hubiera querido. Necesit6 contarle todas esas sensaciones a mi madre, pero...

Guardo silencio un instante y Raquel respeta el tiempo que necesito para ordenar mi cabeza y para no espetar un sinf6n de ideas descabelladas y sin sentido. La necesidad de ver a mi madre y la temida ruta hacia el caj6n de la mesita de noche. Nada de eso fue premeditado, pero ¿realmente lo necesitaba? ¿Precisaba regresar al punto del que part6 para reencontrarme con los fantasmas del pasado? Creo que nunca lo sabr6.

—Cuando llegu6 all6 me di de bruces con fotograf6as que llevaba muchos a6os sin ver. Fue demasiado para m6.

—¿Qu6 tipo de fotograf6as?

—De mi hermano Santi y m6as. Aquello era como un santuario del dolor de mi madre.

—Y del tuyo.

—Supongo que s6.

Tocado, hundido y rematado por si hab6a alguna duda. Mi psic6loga tiene la suficiente punter6a como para acertar de lleno en la diana de mis sentimientos. Una bala de cruda realidad que atraviesa de parte a parte mi alma y lo destroza todo a su paso. Aun as6, me recompongo y continu6 con mis recuerdos.

—La joven que la cuida me pidi6 que tuviera m6s contacto con ella.

—Supongo que eso ser6 inc6modo para ti.

—Lo peor de todo es que me sent6 atra6do por esa mujer. No tiene sentido.

—O s6.

Me quedo callado y espero una explicaci6n a la 6ltima afirmaci6n, aunque no es el caso. Raquel agacha de nuevo la cabeza y continu6 escribiendo en el cuaderno donde plasma mis miedos y mis temores, esas hojas que no s6 si merecen recibir tanta informaci6n cuando no son capaces de pagar el tributo a cambio de toda esa desdicha.

—Pau, nadie dice que una mujer no pueda gustarte. Tu miedo no es a estar con una mujer sino al compromiso.

—¿Al compromiso?

—Es lo que creo, aunque todavía no tengo todas las piezas para aventurarme a jugarme el todo a una única carta.

—¿Entonces?

Una vez más espero una frase mágica que arregle la maquinaria estropeada de mi alma, aunque la ansiedad es menor a la experimentada en las primeras sesiones. Ya sé que todo lleva su tiempo y que más de treinta años de desdichas no puedes solucionarse con una sucesión de palabras encadenadas por la varita de un mago.

—Necesito algo más. Tengo que llegar al fondo del único tema que parece rodear todo tu pasado y no es otro que la relación entre tu padre y tu madre.

Me muevo incómodo en el sofá porque sé lo que está a punto de llegar. Raquel me está insinuando que necesita conocer qué ocurrió después de aquel primer hallazgo tétrico para un niño de catorce años. Me pide que rasque en el interior de mi desván y desentierre recuerdos que llevan ahí escondidos muchos años y a los que ni tan siquiera me he atrevido a acercarme en este tiempo. Tomo aire un par de veces, llevó el brazo al respaldo del sillón y cruzo y descruzo las piernas de forma nerviosa. Las imágenes más duras de mi vida están a punto de ver la luz de nuevo y no tengo muy claro si estoy preparado para accionar el botón del reproductor de vídeo de mi alma. Busco el correspondiente interruptor y, al pulsarlo, sé que nada volverá a ser como antes.

—Todo fue culpa mía...

Dieciséis

—Todo fue culpa mía...

Aquella tarde debí haberme dado cuenta de que algo no iba bien, aunque la adolescencia es un periodo en la vida de una persona en la que las necesidades dejan paso a los impulsos. Mi madre había sido muy clara y me había advertido en repetidas ocasiones que debía ir a merendar a casa de mi amigo Rubén, aunque, una vez más, mi mente me jugó una mala pasada y, al salir de clase, eché a correr sin mirar atrás en dirección a mi casa. Tan solo el pensamiento de una tarde de pan con chocolate y televisión copaba todo mi ser. Por alguna extraña razón que yo no llegaba a comprender, Santi no regresaba a casa conmigo, sino que iba a pasar la tarde en casa de una amiga del cole. No me importaba. De hecho, me alegré de no tener que compartir a mi madre con él y de poder disfrutar de una tarde tranquila sin el incordio de un hermano pequeño y sus insufribles preguntas sin fin. Nada más girar la esquina para enfilar mi calle supe que algo no iba bien. La furgoneta de mi padre estaba parada en la puerta de nuestra casa a pesar de lo que nuestra madre nos había contado de la separación y lo poco que logré comprender. Mis pies se detuvieron al instante y mi respiración se agitó al igual que mi corazón. Los últimos metros los recorrí con tal tranquilidad y parsimonia que, por momentos, pensé que me alejaba de mi destino. Al llegar al portal introduje la llave en la cerradura y giré con mucho cuidado al igual que hice en la puerta de mi casa como si tuviera la necesidad de entrar a hurtadillas en mi propio hogar. La luz que entraba por la ventana del salón iluminaba toda la estancia y las motas de polvo se veían como una cortina decorativa. Quizá ese sea el último recuerdo sereno que tengo de aquella tarde. Escuché un lamento al fondo del pasillo y supe que se trataba de mi madre. La lentitud que mostré en la calle se transformó, en tan solo un suspiro, en una carrera desesperada hacia el dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y lo que vi en su cuarto me heló la sangre. Mi madre permanecía acurrucada sobre la cama con las rodillas encogidas delante del pecho y los brazos cruzados sobre ellas. Tenía un ojo amoratado y casi cerrado y un hilo de sangre manaba de uno de sus labios y caía sobre la colcha de color blanco

inmaculado. Mi padre, con el rostro congestionado por la ira, sacaba los cajones de la cómoda y volcaba su contenido encima de la cama y en el suelo.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó con los dientes apretados y sin percatarse de mi presencia.

Mi madre vio un movimiento casi imperceptible en la puerta de su cuarto y, al verme allí plantado, su rostro mutó a una mueca de pavor que no pasó desapercibida para mi padre que, al ver ese gesto, se volvió hacia mí y apretó los puños al igual que ya había hecho con su mandíbula.

—Maldito crío.

—No toques a mamá.

Al escuchar mi advertencia, dio un par de pasos en mi dirección, pero mi madre dejó su refugio y se lanzó sobre él al tiempo que lo golpeaba con los puños en la espalda. Mi padre agarró con fuerza una de las puertas del armario y la abrió con una violencia inusitada. La hoja de madera golpeó en el rostro de mi madre que cayó inerte sobre la cama con un corte bastante profundo en el puente de la nariz. No me lo pensé dos veces. Regresé a mi habitación y cogí el bate de béisbol que mi padre me había regalado años atrás y que yo guardaba detrás de la puerta. Siempre presumía delante de mi hermano del arma que utilizaría para proteger a mi familia y el cruel destino quiso que lo utilizara para defender a mi madre de mi propio padre. Crucé el pasillo de nuevo y me lancé a golpear la cabeza de mi progenitor sin pensar en si lo que hacía estaba bien o mal. Tan solo quería proteger a mi madre, aunque lo único que recibí fue un manotazo a mano abierta que logró que me ardiera la mejilla mientras el labio superior explotaba como el de mi progenitora. Lo último que pude ver antes de que las lágrimas inundaran mis ojos fue la imagen de mi padre con el bate en una de sus manos y una sonrisa irónica en los labios. En ese momento pude percibir el aroma dulzón del alcohol barato y supe que mi madre estaba en peligro. Con el rostro arrebatado por la vergüenza, la ira y el dolor, salté sobre el cuerpo de mi madre y esperé a recibir el golpe de gracia por ella, aunque mi padre se rio en voz alta, dejó caer el bate sobre la cama y se marchó por donde había venido.

Miré a mi alrededor y, con la inocencia de un crío, comprendí que el interés de mi madre en mantenernos a mi hermano y a mí alejados aquella tarde tenía mucho que ver con la presencia de mi padre. Con el miedo como único compañero me cercioré de que mi madre respiraba y esperé a su lado

hasta que uno de sus ojos se abrió, el único que no había recibido la ira de mi padre. Le mojé el rostro con una toalla humedecida en el lavabo del baño y la ayudé a incorporarse. Poco a poco dejé de sentir el lado izquierdo de mi rostro y la visión se nubló, aunque la preocupación que sentía por el estado de mi madre estaba muy por encima de mi propio bienestar. Una de las pocas lecciones de altruismo que pude mostrarle a una gran mujer que intentó mantenernos alejados, aunque sabía que, con ello, se mostraba indefensa ante un maltratador.

—¿Es... estás bien, Pau?

—Estoy bien, mamá. Tenemos que ir al hospital.

—No quiero que nadie me vea así.

Asentí disconforme, pero con la comprensión de quien se ha enfrentado al terror de frente y sin pestañear. Me convertí en tan solo un instante en un adulto con poder para tomar decisiones y con el miedo por bandera. Ayudé a mi madre a incorporarse y la sentí más pequeña que nunca entre mis brazos. La mujer que todo lo podía y que manejaba el mundo como quien rema en una barca con el destino marcado a fuego en su brújula se veía como un ser indefenso y frágil. Atrás quedó la recriminación por un simple desayuno sin servir o por la falta de un beso de buenos días. El monstruo en el que se había convertido mi padre había logrado darle prioridad a lo que se preveía innato en un hogar sencillo como el nuestro. Tan solo queríamos ser felices aunque mi progenitor se veía como un ser con las armas necesarias para romper con un solo gesto nuestro equilibrio y la paz que dos adolescentes precisan en sus vidas para crecer. Me prometí a mí mismo ocultar a Santi aquel escenario de terror para que no tuviera que ser partícipe de aquella debacle familiar, del campo de batalla en el que se había convertido el hogar del que nosotros dependíamos.

—¿Qué hago, mamá?

—Avisa a la vecina.

No tuve que esperar ninguna indicación más por parte de mi madre. Eché a correr pasillo adelante, pero, una vez en el salón, volví a la habitación y observé a mi madre una vez más. Miraba al más allá, a algún lugar perdido en el interior de su alma quebrada y yo me sentí más solo e indefenso de lo que nunca me había sentido. Suspiré con fuerza antes de salir corriendo de nuestra casa para tocar el timbre de la vecina. Josefina era una mujer de pueblo que se había trasladado a Barcelona con su marido desde una masía

cercana con el sueño de quien no puede trabajar en los campos, pero encuentra una colocación en una de las muchas fábricas que se habían levantado en Cataluña en esa década, pero su marido había fallecido poco tiempo después y ella no había querido regresar al pueblo que había abandonado años atrás. Era una mujer fuerte y poco dada a muestra de cariño. En cuanto le conté lo ocurrido, sin añadir ningún comentario barato, se puso una chaqueta sobre la bata y me acompañó al piso. Me quedé en el pasillo mientras Josefina atendía a mi madre y le lavaba las heridas con la boca cerrada y el gesto serio. Casi una hora después salió al pasillo, me puso una mano en el hombro y me llevó hasta el salón donde, con toda la seriedad propia de su persona, me invitó a acompañarla a su casa para cenar.

—Quiero quedarme con mi madre.

—Eso no puede ser.

No sé si fue mi gesto contrariado o la frialdad de mi mirada, aunque ella se encogió de hombros y, tras comentarme que la llamara si necesitábamos algo, salió del piso y me dejó solo en el salón con la sensación de quien se ve perdido en mitad del desierto sin un odre de agua con el que saciar su sed. Aunque nunca había pisado la cocina para otra cosa que no fuera dar buena cuenta del desayuno o de la merienda, coloqué un cazo en el fuego, calenté algo de agua y preparé una taza de manzanilla que llevé a la habitación de mi madre. Ella permanecía en la misma posición, aunque, al verme allí parado con el tazón en las manos, abrió los brazos y dejó que me acurrucara entre ellos como un niño pequeño. Como aquel adolescente que abandoné esa misma tarde en el pasillo y que mutó a un ser bien distinto mientras mis manos se aferraban al bate de béisbol que ahora parecía carcajearse de mí desde el frío suelo.

—Tienes que llamar a Olga para preguntarle si Santi puede quedarse a dormir en su casa.

—Santi dormirá en su cama. Voy a buscarlo.

Mi madre sonrió con cierto esfuerzo y me revolvió el cabello con un gesto dirigido a un tierno infante sin percatarse de que, quien lo había recibido, acababa de abandonar la infancia de forma violenta y desnaturalizada. Santiago era mi responsabilidad y no quería imaginarlo lejos de un hogar destruido por un hombre indeseable que no merecía más de lo que ahora poseía. Mi verdadero padre se había despertado para dejar bien atrás a un hombre que nunca había existido y del que me avergonzaba de tal forma que

deseaba no ser hijo suyo. El tazón de manzanilla humeaba sobre la mesita de noche y mi madre, tras cogerlo con mucho cuidado, se lo llevó a los labios. Volvió a sonreírme con mucha tristeza, aunque me miro con orgullo y sin atreverse a decirme que no le había puesto azúcar a la infusión. Mi gesto estaba mucho más allá de lo meramente culinario y ella deseaba quedarse con ello. Yo sonreí también orgulloso de mí mismo y, tras enviarle un beso lanzado al aire viciado de la habitación, me puse de nuevo el abrigo y salí en busca de Santiago. Necesitaba sentirlo cerca y quería que mi hogar recobrara lo más pronto posible la estabilidad que dos críos necesitan para ser felices. La imagen del labio partido de mi madre, su ojo amoratado o la nariz abierta pasaron a un segundo plano y, en un gesto de supervivencia, me quedé tan solo con su sonrisa, una triste sonrisa que lo significaba todo. Maldije a mi padre por lo bajo para, nada más llegar a la playa de la Barceloneta, gritarlo a los cuatro vientos.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Necesitaba repetirlo un millón de veces para sentir que lo lanzaba lejos, que sacaba lo poco que había de él en mi interior y que podía convertirme algún día en la escoria que él significaba para mí. Grité hasta quedarme ronco y después lloré con amargura, aunque debía estar al lado de mi hermano Santi. Él y mi madre me necesitaban y las lágrimas tan solo eran el reflejo de una realidad que debíamos intentar evaporar. Me enfadé conmigo por mi debilidad, me estiré todo lo que pude y no dejé que las olas arrastraran mi alma hasta el lugar lejano que ansiaba visitar. Había dejado de existir para convertirme en otro ser, en alguien diferente y más maduro. Mi padre había desintegrado al niño que había en mí.

Diario - 4 de mayo

Me siento vacío. Tras contarle a Raquel lo ocurrido aquella tarde en que descubrí la parte violenta de mi padre, noto una pesadez en mis extremidades y hasta sujetar el bolígrafo entre los dedos supone un suplicio. Ni tan siquiera he esperado a sentarme en una terraza con un café humeante para calentar mi espíritu. Es tal la sensación de desasosiego que me he dejado caer en un banco frente al portal que una de cada tres tardes me devora para escupirme poco después sin energía vital y con la percepción de un paso desandado hacia la tan ansiada recuperación, De verdad que intento creer en Raquel, pero todo avanza demasiado lento y ya no me quedan fuerzas. Necesito un abracadabra salir de una chistera para continuar con mi vida.

Cada vez tengo más claro que las visitas a mi madre devoran parte de mi interior hasta tal punto que me cuesta moverme y respirar. El recuerdo de lo ocurrido se vuelve tan real que algunas noches me despierto con la imagen de mi hermano frente a mí. Hace dos noches me incorporé con el brazo extendido y a punto de rozar el rostro de Santi. Fue tal la frustración al descubrir que todo había sido un maldito sueño que me eché a llorar y no pude parar hasta que me vi obligado a poner un pie fuera de la cama y a no dejarme arrastrar por la melancolía.

No tengo ni idea de si servirá para algo este ejercicio sistemático llevado a cabo en el cuaderno, pero me siento mejor cuando puedo plasmar todo lo que pienso en una hoja de papel sin ser juzgado por mis sentimientos o ridiculizado por la sensibilidad a flor de piel que ni yo mismo conocía.

Una niña acaba de detenerse junto al banco y me ha mostrado una muñeca con la cabeza muy grande como si con ese gesto quisiera invitarme a entrar en su mundo para compartir un sinfín de aventuras repletas de fantasía y emoción. Por un instante echo de menos al hijo de mi buen amigo Rubén. La tarde que compartimos se transformó en un verdadero cuento de hadas en el que pude dejar rienda suelta a mi imaginación y donde pude convertirme por unas horas en el infante que dejé mucho tiempo atrás y al que ya creía olvidado. No me gustan especialmente los niños, pero adoro su pureza y la falta de madurez y responsabilidad que los convierte en seres únicos e

irrepetibles muy lejanos de los adultos vacíos y grises en los que nos convertimos con el paso del tiempo cuando nos dejamos arrastrar a la rueda del hámster donde tan solo podemos girar y girar sin que nos sea permitido soñar un futuro mejor.

Quizá por eso añoro tener una relación estable donde pueda plantearme mucho más. Encontrar una mujer con la que pasar el resto de mis días y envejecer a su lado sin importar el cómo, el cuándo o el dónde. Pero también siento miedo por no poder satisfacer a una persona que, en cierta medida, dependa de mí emocionalmente. Es demasiada responsabilidad y quizá no esté preparado para esa carga.

Recuerdo a mi madre colmando de besos a mi padre mientras él la apartaba por si alguien podía ver un mínimo gesto cariñoso por su parte. La trataba con tal frialdad que nunca comprendí por qué seguían juntos cuando, con toda seguridad, él no estaba enamorado de ella y mi madre tan solo dependía de mi padre como un yonqui que teme no poder conseguir la dosis siguiente. Mi madre se convirtió con el paso del tiempo en un pelele a manos de mi padre que supo jugar con ella hasta el extremo de anularla como persona y convertirla en su esclava.

Pero un día, ella se rebeló y yo llegué a mi casa en el momento en el que mi padre arreglaba cuentas con la mujer que lo había dado todo por él y que se había abandonado por cumplir unas expectativas que nunca habían sido suficientes. Todo fue culpa mía. De haber seguido con Rubén aquella tarde quizá... Nunca lo sabré. No sabré si mi padre no hubiera continuado pegando a mi madre de no haber tenido un espectador, aunque cada vez tengo más claro que todo fue culpa mía.

Raquel ni tan siquiera me ha preguntado por mis sentimientos tras lo que le he contado. Se ha quedado pensando unos segundos, ha anotado algo en su cuaderno y me ha citado para dentro de tres días. Podría contentarme con algo así pero hoy no... Hoy necesitaba algo más.

Diecisiete

—¿Puedo hablar contigo?

—Estoy con otro paciente.

—Solo será un instante.

El gesto de Raquel no deja lugar a ninguna duda. Supongo que a una profesional como ella no le debe hacer mucha gracia cortar una sesión con un paciente para atender a otro que acaba de marcharse. Debo repetirme un par de veces lo que necesito de mi psicóloga para no tener la sensación de ocupar un lugar que no me pertenece. Raquel se disculpa con su paciente, que es un chico joven al que ya he visto más de una vez en la sala de espera, se pone en pie y sale del despacho. Me acompaña a una pequeña salita puerta con puerta y allí se sienta con los brazos cruzados. Antes de sentarme frente a ella echo un rápido vistazo a sus piernas largas y esbeltas. Ella sigue mi mirada, aunque no parece sentirse incómoda.

—¿Y bien?

—Siento mucho la interrupción, pero necesito algo más.

—¿Algo más?

—Te he contado un aspecto muy importante de mi vida del que no he hablado nadie y tú tan solo te has limitado a anotar algo en tu cuaderno para después echarme.

Raquel, en lugar de mostrarse incómoda o enfadada, sonrío con franqueza, descruza los brazos y se acerca un poco más a mí. Me pone una mano sobre la mía y la aprieta con un cariño poco adecuado para nuestras reuniones en su despacho, pero quizá permitido en este momento. Por lo que sea, no me hace sentir mal.

—¿Has escrito algo nada más salir de aquí?

Asiento como un tonto al verme descubierta y al comprobar que o yo soy mucho más transparente de lo que creo o ella es más intuitiva de lo que me había imaginado.

—¿Y te has echado la culpa de lo que ocurrió entre tus padres?

Vuelvo a asentir, pero ahora me percató de que la opción válida es una mezcla de las dos que yo había imaginado. No es que yo sea transparente,

sino que mi historia no es original para ella y, seguro que, con algunas diferencias y pequeños matices, la ha escuchado en otras ocasiones salir de boca de otro paciente incapaz de dejarse llevar por la inocencia del amor sin mirar más allá de lo que el corazón precisa para seguir latiendo con fuerza.

—No te voy a preguntar nada más de lo que has escrito porque es personal, aunque creo que has llegado a un punto muy importante en tu recuperación y quería que te dieras cuenta por ti mismo.

—¿Y qué punto es ese?

—En el que te culpas de todo. Ya sabemos por qué no puedes tener una relación estable con una mujer. Ahora debemos trabajar sobre ello.

Abro la boca para protestar. Para decirle que está equivocada y que hay mucho más por lo que no puedo enamorarme, aunque mis propias palabras significan una mentira que no quiero escuchar. Ahora tengo la certeza de que mis pensamientos no estaban muy alejados de mis miedos, de todos los fantasmas que han ido revoloteando a mi alrededor año tras año sin dejarme avanzar, sin permitirme ser feliz. Mi padre me arrebató la juventud y yo mismo me estoy cavando mi propia tumba.

Raquel se pone en pie, me acaricia el hombro con su mano y sale de la pequeña sala de reuniones sin añadir nada más pero también sin cuestionar por qué he vuelto a su consulta para entorpecer una de sus sesiones sin importarme la persona sentada en el cadalso que yo ocupé dos veces por semana. El egoísmo que rodea a las personas con problemas inunda todo mi ser y me convierte en un superviviente en una isla desierta donde no hay reglas, donde todo vale para mantenerse con vida. Abandono el despacho de mi psicóloga con la cabeza embotada y ganas de vomitar. La realidad palpable de algo tan evidente para mí, pero que había escondido en lo más profundo de mi ser se hace tan tangible que es superior a lo que puedo soportar. En el descansillo de la escalera no me queda otra que inclinarme sobre una de las macetas y soltar parte del almuerzo.

Me incorporo con esfuerzo y salgo a la calle donde, al ver el sol brillar y la gente pasear a mi alrededor, me maldigo por la sensibilidad que parece aflorar cuando menos la necesito. El mundo sigue girando a mi alrededor y yo estoy deseando apearme en marcha de un tren que no deseé coger, pero que ahora me arrastra a un cruel destino. Un crío de unos diez años corre por la acera con una pelota en una mano y la mochila en la espalda y lo veo feliz. Tan feliz como lo éramos mi hermano y yo antes de que nuestra existencia se

quebrara. Una oleada de envidia recorre todo mi ser y deja paso a la imagen de un niño feliz rodeado de unas pocas sábanas con la fantasía como una herramienta y la ilusión como sustento. Uno de los pocos momentos en los que me he considerado dichoso en los últimos tiempos y deseo regresar a ese instante en el que floté por encima de mis problemas y pude verlos en la distancia desde donde conseguí racionalizarlos sin dejarme llevar por todos estos sentimientos que me inundan hasta el punto de asfixiarme. Necesito regresar a esas horas, que pasaron como un suspiro, y donde pude ser yo mismo gracias a un crío de ocho años al que no quiso cuidar su padre por miedo al fracaso. Una idea loca cruza mi mente, aunque sé que esas locuras son las que pueden separar una vida infeliz y sin sustancia de una cargada de reflexiones y con el interruptor de puesta en marcha a punto para ser conectado. No me lo pienso dos veces y, tras mirar el reloj de pulsera, detengo a un taxi y en él me alejo de mi terapeuta para intentar acercarme a la única persona con la que sé que puedo buscar ese equilibrio, por extraño que pueda parecer.

El taxi se detiene veinte minutos después frente a uno de los múltiples colegios públicos que adornan la zona y, nada más poner pie en tierra, me doy cuenta de mi error al ver de lejos a Diana, la ex mujer de Rubén, con la vista fija en el móvil y un gesto preocupado en el rostro. No tengo ninguna explicación para mi presencia allí y, teniendo en cuenta de Diana conoce la historia de mi niñez, supongo que el conflicto está servido. Nada más sonar un timbre estridente en la lejanía del patio del colegio, una tromba de críos atraviesa la puerta del edificio y se lanzan a por sus padres que, casi en su totalidad, los esperan con los brazos abiertos. Yo me acerco con lentitud y me apoyo en el tronco de un árbol a cierta distancia para ver salir a Roberto que, al ver a su madre, acelera el paso para detenerse delante de ella, aunque sin esperar ninguna muestra de cariño. Diana levanta la cabeza y, sin dejar de mirar de reojo el móvil, comienza a caminar hacia el todo terreno aparcado malamente frente a la puerta del colegio.

—¡Tío Pau!

El cuerpito de Roberto se convierte en un amasijo de nervios en cuanto se percata de mi presencia y echa a correr hacia donde yo me encuentro sin que su madre pueda detenerlo. A pocos pasos de él me pongo en cuclillas y hago lo que he visto hacer a la mayoría de los padres y que no es otra cosa que esperar al crío con los brazos abiertos. Roberto, con la energía que lo

caracteriza, salta un metro antes de llegar a mi posición y cae sobre mí con la energía propia de un chaval. Los dos rodamos por la hierba y, antes de que yo pueda darme cuenta, Roberto se echa a reír a carcajadas y yo me encuentro con la mirada fría y reprobadora de Diana que me observa con cara de pocos amigos.

—Hola, Pau.

—Hola, cuñ... Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... eh... He venido a ver a Roberto.

El rostro de Diana muestra tal desconcierto al escuchar mi revelación que no puedo evitar sonreír con cierto nerviosismo. Yo mismo me he sentido raro al decir en voz alta algo que no se me hubiera pasado por la cabeza unos días antes. Lo malo es que no me queda otra que cubrir a Rubén.

—El otro día estuve con él un ratito mientras lo cuidaba Rubén.

Diana abandona su gesto de desconcierto para fruncir el ceño justo antes de suavizar su imagen y, por extraño que pueda parecer, sonreír levemente como hacía años que no veía. Aprovecho para levantarme, me sacudo la ropa y el hijo de Rubén me da la mano y se queda tranquilo, aunque sus pies no dejan de jugar con la hierba.

—Roberto me ha contado lo que hicisteis el otro día.

—Yo no...

—No pasa nada. Yo ya sabía que Rubén no quería pasar tiempo con su hijo, aunque no podía imaginar que te pasaría la patata caliente.

—No es una patata caliente. Me lo pasé muy bien con él.

Diana sonrío ahora con franqueza, aunque veo en su rostro que no me cree. Me da igual lo que piense o deje de pensar, pero su actitud hace que me relaje y, sobre todo, que me atreva a pedirle algo impensable pero que ahora necesito.

—Tenemos que irnos. Tengo mucho trabajo y lo voy a dejar con una cuidadora.

—¿Y por qué no me lo llevo yo? Tengo un amigo en el Parque de Atracciones.

—¡Sí, sí, sí! ¡Quiero ir al parque! —Rubén se gira hacia su madre y pone cara de bueno, aunque no deje de mover los pies ni un instante—. ¿Puedo, mamá?

—No sé. Yo...

Ahora, el que pone cara de bueno soy yo y logró desmontar todas sus defensas de una en una hasta que no le queda ningún argumento para castrarme como tío postizo. Diana se acerca a su todoterreno, saca una bolsa del asiento trasero y me la tiende, aunque yo rehúso con un gesto de la mano. No necesito accesorios para entretener a Roberto, tan solo debo ser yo mismo y dejarme llevar por el alma infantil de un crío de ocho años.

—Cómo me gustaría que Rubén pusiera la mitad de interés.

—Para él no es fácil.

—Lo fue cuando decidió largarse de casa y abandonar a su hijo. Sé que la situación lo superó, pero a mí también y yo seguí al pie del cañón.

—No lo crucifiques todavía.

Diana menea la cabeza como si con ello deseara espantar a unos cuantos fantasmas del pasado que, sin pedir permiso, se han colado en su cabeza. De nuevo me regala una efímera sonrisa antes de rodear su coche y abrir la puerta del conductor.

—A las ocho en casa. Hay que bañarse y cenar.

—A las ocho en punto.

Diana suspira con fuerza antes de subir a su coche y desaparecer. Supongo que he logrado tranquilizarla en lo que a su trabajo se refiere, aunque ahora los nervios estarán provocados por una situación que ella es incapaz de controlar y de la que yo mismo dudo. Sin pensarlo dos veces para no echar a correr detrás del coche de Diana con idea de decirle que todo era una broma, agarro la mano de Roberto y vuelvo a detener a un taxi para ir al Parque de Atracciones. Roberto no deja de tocar todos los botones de las ventanillas y yo aprovecho que parece entretenido y que el conductor aún no se ha percatado de la hiperactividad de uno de sus pasajeros para llamar a Rubén.

—Hola, amigo.

—¿Qué tal, Pau? ¡Qué sorpresa!

—Ya ves. Voy camino del Parque de Atracciones.

—¿Y eso?

Guardo silencio un instante y maldigo en voz baja mi impetuosidad al llamar a mi amigo sin tener ningún plan. Supongo que los hombres somos tan básicos que tan solo hace falta un buen cebo enganchado a un anzuelo para pescar a nuestro objetivo. Lanzo la caña y espero.

—Voy con alguien.

—¿Tienes una cita? ¡Qué cabrón!

—Algo así. ¿Te apuntas?

—¿Necesitas ayuda?

—No me vendría mal.

Rubén, como buen pescadito, asiente al escuchar mi ofrecimiento y no tarda ni dos segundos en colgarme para ponerse en marcha. Cuando nuestro taxi llega al aparcamiento del Parque de Atracciones, Rubén ya está allí esperando tan elegante como siempre que hay mujeres de por medio. Roberto, al ver a su padre en la puerta del parque, sale del taxi a toda velocidad y corre hacia él. Por suerte para el traje de mi amigo es menos impetuoso que conmigo y tan solo se abraza a sus piernas mientras su padre le acaricia la cabeza y me mira con gesto adusto.

—¿Esto qué es? ¿Una encerrona?

—¡Por el amor de Dios! Es tu hijo.

Rubén refunfuña por lo bajo, aunque su rostro no tarda en serenarse al darse cuenta de la profundidad de mis palabras. Una frase escueta y de tan solo tres palabras que cala hasta lo más hondo de su ser. Una lágrima rebelde resbala por su mejilla y aterriza en el pelo ensortijado de su hijo. Rubén mira más allá del velo de sus ojos y sonrío al tiempo que un recuerdo atraviesa su mente.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí?

—Claro que me acuerdo. Ahora no tiene por qué ser distinto.

—No sé si voy a poder.

—Tan solo tienes que ponerte a su altura y olvidarte por unas horas de que eres un adulto.

—No va a ser fácil.

Yo me encojo de hombros y Rubén le tiende la mano a su hijo que no tarda en agarrarla con su manita. La otra la extiende hacia mí y los tres formamos una bonita estampa que no podríamos haber imaginado ni en nuestros más extraños sueños. Pregunto por mi amigo en taquilla, pero ni tan siquiera lo conocen por lo que compro las tres entradas y Rubén, nada más atravesar la puerta, se suelta de su padre y echa a correr.

—¡Roberto, para!

—Déjale que se divierta. Relájate un poco.

Rubén resopla, aunque me hace caso. Roberto no para de correr de un lado a otro, pero ambos nos damos cuenta de que mira para atrás muy a menudo y que tiene muy claro que no puede perdernos de vista. Mi amigo parece

relajarse, el que no está dispuesto a perderse nada de la tarde soy yo, así que, para sorpresa de Rubén, lo agarro del brazo y echo a correr detrás de Roberto que, al verme perseguirlo, acelera el paso y no se detiene hasta llegar a la noria.

—Quiero subir.

—Tengo vértigo.

—No seas marica.

Vuelvo a arrastrar a Rubén de nuevo y los tres nos acomodamos en una de las cestas de la atracción como tres amigos que disfrutan de un día maravilloso en el Parque de Atracciones.

—Tío Pau...

—Dime, Roberto.

—Has dicho una palabrota.

—No la has dicho.

—¿Cómo qué no? Me has llamado marica.

—Yo no...

—Papi, has dicho una palabrota.

Al ver mi desconcierto, Rubén comienza a reír a carcajadas y no deja de hacerlo hasta que la cabina se pone en marcha y lo veo agarrarse a los laterales de nuestra improvisada lanzadera con los dientes apretados y el cuerpo en tensión. Roberto se acurruca a su lado y mi amigo, ahora para mi sorpresa, suelta la cabina y abraza a su hijo a pesar del pánico que siente. Yo le guiño un ojo y él se encoge de hombros. Cuando bajamos de la atracción unos minutos después, el rostro de mi amigo es como el de un fantasma, aunque Roberto, nada más poner pie en tierra, echa a correr de nuevo y no tenemos tiempo para lamentaciones. La montaña rusa, una atracción que te pone de cabeza y se te caen las monedas y las llaves del bolsillo, otra en la que te tapan la cabeza con una lona hasta que te mareas, varias que tan solo son un buen motivo para besar el suelo nada más poner los pies de nuevo en él. Tras dos horas sin parar de una atracción a otra no tenemos más remedio que detenernos para tomar un respiro y un refresco con el que intentar asentar el estómago. La tarde ha sido una frenética carrera detrás de Roberto, aunque el rostro de mi amigo es lo más parecido al de un padre feliz acompañado de su hijo al que adora. No sé si habrá servido como lección, aunque estoy seguro de haber conseguido que mi amigo se relaje y que no vea a su propio hijo como a un estorbo. Tan solo debes saber qué hacer con él y tener claro

que su ritmo es su ritmo y no debes intentar cambiarlo. Hasta yo, que no he sido padre, sé que los hijos te absorben hasta tal punto que dejas de sentirte persona, pero es tal la compensación que merece la pena dejar de ser un ente individual para descubrir lo que se siente dando tu vida por otra persona. Y, para ello, hay que dejar de tener miedo a vivir.

Ese último pensamiento llega a mí como una explosión en mi cerebro. Como una bomba que hubiera detonado junto a mi cabeza cuando lo que yo esperaba escuchar era el melódico timbre de mi despertador. Una revelación. Eso es lo que es y no voy a dejar que se escape de entre mis dedos. Sin saber bien por qué, siento la necesidad de hablarle a Raquel del episodio de mi vida que me dio la vuelta como a un calcetín viejo y que me convirtió en lo que soy. Necesito contarle lo que ocurrió la tarde en que Santi murió. Pero aún faltan un par de días para verla y eso tendrá que esperar. Despierto de mi ensoñación y miro el reloj de pulsera.

—Mierda, tenemos que dejar a Roberto a las ocho.

Lo primero que temo es la protesta del hijo de Rubén, pero, en cuanto escucha que tiene que llegar a su casa a una hora determinada, sale corriendo hacia la puerta del Parque de Atracciones y nosotros dos lo imitamos. Unos minutos después volamos en el coche de Rubén hacia la casa donde había vivido los últimos diez años con Diana hasta que, tras la última discusión, decidieran de mutuo acuerdo separarse. Cuando llegamos a nuestro destino, su exmujer ya nos está esperando en la calle y, al ver el coche de mi amigo, su rostro se endurece de tal modo que Rubén se encoge en el asiento.

—¿Por qué no te acercas tú?

—Porque es tu hijo y tu exmujer.

Rubén refunfuña como un niño pequeño, aunque obedece a regañadientes y sale del vehículo con su hijo cogido de la mano. Atraviesan la calzada y veo cómo Roberto abraza a su madre y, tras darle un beso a su padre, desaparece en el interior de la vivienda. Los dos adultos intercambian unas pocas palabras y Rubén regresa al coche con el rostro serio.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto una vez se acomoda junto a mí.

—Que la próxima vez la avise de que yo también voy a estar.

—¿Y qué le has respondido?

—Que es mi hijo y que no tengo que decirle nada si quiero compartir una tarde con él.

Vuelvo a mirar hacia delante y me arrepiento de la encerrona. No es que la

relación con su exmujer fuera una balsa de aceite, pero quizá haya logrado enranciar más una situación de por sí complicada. Rubén arranca el coche, pone las manos en el volante y resopla.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes lo que ha hecho cuando le he dicho lo de compartir mi tiempo con Roberto?

—Sorpréndeme.

—Ha sonreído.

Le doy un golpe cariñoso a mi amigo en el hombro y me relajo en el asiento con la sensación de haber tomado la decisión correcta. Rubén no deja de mirar a la carretera y, desde donde estoy, escucho rechinar su cerebro. Supongo que ha sido demasiado para él y, en algún momento, la tomará conmigo.

—Eres un cabrón. ¿Lo sabías?

Veo que sonrío levemente antes de pisar el acelerador. Yo no puedo evitar sonreír y, por primera vez en años, me siento cerca de mi amigo como lo estuve cuando parecía que mi mundo se resquebrajaba como un cristal.

—Rubén, has dicho una palabrota.

Diario - 9 de mayo

Hoy me despertado con la sensación efímera de un atisbo de felicidad que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Subir la persiana y no dejarme arrastrar a un inframundo de soledad buscada es un grato avance. Sentado en la terraza de una cafetería céntrica y deleitándome con esas pequeñas cosas que en el día a día nos pasan inadvertidas pero que en un todo se transforman en el alimento para nuestra alma. Quizá me esté poniendo demasiado sentimental y el corazón se esté adueñando de mi cabeza, aunque siento mi interior removido por un tornado que amenaza con destruirlo todo a su paso, aunque del que me estoy aprovechando para hacer una limpieza interna de primavera a lo grande. Abrir las ventanas de mi alma para que vuelen las polillas de los recuerdos insanos, sacudir las alfombras del sótano de mis recuerdos donde el polvo parece cubrir mis mejores sueños mientras las pesadillas campan impolutas a mi alrededor y, por encima de todo, dejar que un soplo de aire fresco acaricie mi corazón y lo anime a latir con mayor alegría.

No sé por qué me da por escribir todo esto cuando tan solo he tenido unas pocas charlas con mi psicóloga y he pasado dos tardes con el hijo de mi mejor amigo. ¿Ha sido eso? ¿Abandonar mi caparazón para enfrentarme al mundo real? ¿Volver a sentirme como un niño con la inocencia de quién cree que lo sabe todo, aunque desconoce lo más obvio? ¿Dejar salir mis peores recuerdos y compartirlos con alguien que no se permite el lujo de juzgarme? Quizá se trate de un compendio de todas estas realidades lo que me hace sentir esta ligera sensación de libertad emocional.

Soy capaz de disfrutar del trino de los pájaros, del corretear de los niños pequeños que juegan con sus padres, de la charla de quien se sienta a mi lado en la terraza sin desear que todos ellos desaparezcan para seguir regocijándome en mi desgracia como un cerdo se revuelca en sus propios excrementos. Puede ser que algún día este diario sirva de libro de autoayuda para aquellos a quienes la soledad se ha pegado como una segunda piel y no les deja respirar. Una carga pesada sobre los hombros que tan solo hay que estar dispuesto a llevar si sabemos que, en caso de desfallecer, un sinfín de

manos amigas pueden servirnos de sustento. Pero ese no es mi caso y no hay auxilio posible a mi desdicha que no nazca de mí. Sé que todo comienza y finaliza en mi persona y tan solo mi fuerza y determinación me pueden permitir abandonar este pozo en el que me encuentro y al que salté sin que nadie me empujara muchos años atrás.

Roberto es un niño maravilloso y me recuerda a mi hermano Santi. Quizá quiera pasar tiempo con él para alimentar mi egoísmo o paliar la sed de mis remordimientos. No tengo claro si eso no debería importarme. Lo que sí sé es que Rubén y su hijo estuvieron más cerca ayer de lo que han estado en mucho tiempo. ¿Culpa mía? Ni tan siquiera puedo asegurar que haya culpables en esta situación, pero, de haberlos, me apunto al cadalso de los condenados a muerte si con ello he logrado reencontrar a mi mejor amigo con su hijo. ¡Quién sabe!

Deseo hablar de lo que le pasó a mi hermano Santi y hoy es el día. Me siento preparado y más que dispuesto. La adrenalina corre por cada rincón de mi cuerpo porque llevo muchos años sin permitirle a mi imaginación volar hacia aquella aciaga mañana en la que perdí mi inocencia

Dieciocho

La veía marchitarse como una rosa en otoño y no podía hacer nada para regar un alma sin vida. Tan solo tenía catorce años y era demasiado para mí que no sabía que un cuerpo pudiera mancillarse de aquella manera ante los ojos atónitos de un adolescente ávido de felicidad. Por suerte para todos, Santi parecía vivir una realidad paralela en la que mi madre tan solo era una mujer frágil y torpe que se golpeaba de forma reiterada con casi todo lo habido y por haber en nuestra casa. Yo escuchaba los golpes nocturnos y temía recibir el castigo merecido por compartir con ella su dolor. Tanía miedo de mi padre y ese miedo me atenazaba de tal forma que me convirtió en un adolescente cobarde por la noche y en un crío que veía los moretones y las heridas en el rostro de mi madre que se las veía para ocultar el fruto de un amor perdido en el olvido, si algún día existió.

Aquella tarde parecía brillar el sol de una forma especial y ella fue la primera en abrir las persianas para que el astro rey bañara nuestra triste morada con sus rayos. Con un ojo hinchado y una cicatriz en el labio superior entró en nuestra habitación y dejó que fuera bañada por la cálida luz amarillenta.

—Despertad, dormilones. Desayunamos y vamos al parque.

Santi se levantó de un salto, pero yo fui mucho más perezoso. Tras la última visita inesperada de mi padre yo me había refugiado debajo de las sábanas mientras mi hermano dormía el sueño de los justos y yo me escondía del peor de mis miedos. Cuando a las dos de la mañana escuché la puerta de nuestra casa cerrarse, me levanté con temor, atravesé el pasillo y, sin llamar, abrí la puerta de la habitación de mi madre. Tan solo podía distinguir un bulto tendido en la cama y no me atreví a acercarme.

—¿Por qué viene papá? Te hace daño.

—Esta es su casa —contestó mi madre con la voz quebrada—. No puedo impedirle entrar.

—Pero yo sí puedo —repliqué en un alarde de madurez y valor que no me correspondía.

—Tú no vas a hacer nada. Acuéstate.

Regresé a mi refugio y cerré los ojos intentando dormir, aunque era tal la rabia que sentía recorriendo mis venas que juré en silencio una venganza que nunca llevaría a cabo. Pasados unos minutos me quedé dormido y dejé paso a mis peores pesadillas, aquellas que me acompañaban por la noche y me convertían en un ser aún más cobarde de lo que ya me sentía.

Por la mañana no había quién me levantara. Estaba de mal humor y ese estado de ánimo lo pagué primero con mi hermano y después con mi madre a la que no soportaba ver con las pruebas en el rostro de la última visita de mi progenitor como si ella tuviera culpa del ojo amoratado o el labio partido. ¡Bendita inocencia la de los niños! Santi creyó a pies juntillas la excusa que mi madre le ofreció y se dejó llevar al mundo de los tiernos infantes sin más preocupación que sentir el estómago lleno y el amor de su madre rondando a su alrededor. Yo precisaba mucho más que todo eso para sentir un equilibrio que había desaparecido de un plumazo. Ver a mi madre encogerse de dolor al tiempo que llevaba una de sus manos a las costillas hizo que mi alma gritara a quién quisiera brindar auxilio a un adolescente perdido en las olas del océano de la madurez tanto tiempo deseada y ahora odiada con todo mi ser.

Dimos cuenta del desayuno con una solemnidad tan solo rota por la verborrea de mi hermano que, como todos los sábados, disfrutaba la sensación de libertad que ofrecía el no tener que acudir al colegio. La visita matinal al parque situado entre nuestra casa y la playa de la Barceloneta suponía para él una gran aventura a la altura de las imaginadas por Julio Verne y que yo ya había devorado con ansiedad. La arena del parque se convertía con tan solo un movimiento de varita en la isla del tesoro y los animales enterrados bajo la cálida superficie aparecían recién llegados del centro de la tierra. Mi madre metió un par de botellas de agua en una bolsa de plástico y guardó en ella unas pocas servilletas de papel y una caja de tiritas de esas marrones que todos los críos disfrutábamos cuando aún no se habían inventado las adornadas con los dibujos de moda. Una herida en una rodilla significaba la prueba palpable de que habías vivido una intensa aventura y la mía comenzó en el momento en el que cruzamos la calle y me encontré a Rubén esperándome junto a los columpios.

—Ya era hora, tío.

No teníamos que darnos un abrazo o entrechocar las manos para mostrar que éramos como uña y carne. Él se había peleado por mí en más de una ocasión y yo le correspondía con trabajos para el instituto o deberes que él no

podía o sabía hacer. Como dos hermanos que esa misma tarde sintieron quebrarse su corazón como si de uno solo se tratara. Santi se cogió de mi mano para cruzar la calle y tardó tan solo unos pocos segundos en comenzar a mover su pala de plástico con absoluto frenesí. Rubén y yo nos sentamos en los columpios para charlar de nuestras cosas sin percatarnos de la presencia de un hombre que, con paso decidido, se acercaba a mi madre. Los gritos del borracho explotaron en mi oído.

—¡Quiero que firmes esos papeles, puta!

—Mi abogado me ha dicho que no lo haga.

—¡Seguro que te acuestas con él!

Mi madre se volvió hacia donde yo me encontraba y pude ver el miedo reflejado en su rostro. Mi padre, ante mi atónita mirada, levantó el puño e impactó con él en la cabeza de mi madre que cayó al suelo con los ojos en blanco. Intentó levantarse a duras penas, pero el borracho que se hacía llamar padre levantó una de sus piernas e impactó con su pie en las costillas de mi madre. Ya no sé si el grito que escuché salió de mis propios labios o de los de mi amigo Rubén; aunque ambos echamos a correr al mismo tiempo. Atravesamos la calle y yo sentía el sabor amargo de las lágrimas que me impedían ver con claridad. Ni tan siquiera escuché mi nombre pronunciado con dulzura por mi hermano que, al vernos correr, dejó su pala clavada en la arena y nos siguió a la velocidad que le permitían sus pequeñas piernas.

Yo me lancé a por mi padre, pero lo que recibí fue un manotazo que me lanzó por los aires y me hizo aterrizar en la acera. De reojo vi a mi amigo Rubén dispuesto a romper de nuevo una lanza por mí, pero lo que se rompió en aquel instante fueron nuestras almas acompañadas por el chirriar de unos neumáticos. Escuchamos el golpe como si lo hubiéramos recibido nosotros mismos y los cuatro nos lanzamos como uno solo hacia la vía pública donde nos dimos de bruces con el cuerpo desmadejado de mi hermano Santi. Un charco de sangre enmarcaba su diminuto cuerpo y el grito horrorizado del conductor que había puesto fin a su carrera taladró nuestros tímpanos. Mi madre se arrodilló junto a Santi, lo acunó entre sus brazos y comenzó una letanía que yo no era capaz de comprender. Mi padre se trastabilló al intentar acercarse a mi hermano, aunque no tardó en dar media vuelta y desaparecer tal y como había llegado. Unos segundos después escuché un aullido desgarrador que provenía del lugar por donde había desaparecido mi progenitor. Yo ni tan siquiera fui capaz de moverme. Contemplé la escena

como si se tratara de una película en la televisión y no fui consciente de lo sucedido con mi hermano hasta que en el hospital me invitaron a entrar a la habitación para despedirme de él.

Mi madre permanecía sentada junto a él que, con la cabeza vendada y los ojos cerrados, parecía mucho más pequeño. Di un par de pasos, aunque, a mitad de camino, sentí la necesidad de huir de allí y refugiarme de nuevo bajo las sábanas de mi escondite. Antes de salir de la habitación le dediqué una última mirada a mi hermano y me marché de allí acompañado por el sonido de un pitido constante que daba a entender que Santi, mi hermano, al que yo había fallado una y otra vez, ya no se encontraba entre nosotros. Ni tan siquiera escuché el llanto de mi madre y la deje sola una vez más para refugiarme en la soledad. Abandoné el hospital y no dejé de correr hasta que llegué a la playa más cercana donde me senté en unas rocas a la vez que mis lágrimas saladas se unían al agua del mar donde tantas y tantas veces me había bañado con mi hermano. Deseé gritar con todas mis fuerzas, pero no quería parecerme a mi padre, al que detestaba como si se tratara de mi peor enemigo. Me dejé acariciar por las olas y me imaginé viajando allende de los mares en una pequeña embarcación sin tener que mirar atrás y perdiéndome en mis pensamientos, aunque sin abandonarme a mis miedos y pesadillas. Me vi perdido en las olas, pero con mi hermano a mi lado y, por primera vez, fui consciente de su adiós.

Diecinueve

—Es difícil levantarse después de algo así.

—¿Lo dices por mi madre?

—Y también por ti.

Raquel agacha la cabeza y lleva la punta del bolígrafo hasta rozar una de las hojas de papel del cuaderno, aunque se detiene antes de comenzar a garabatear. Deja el bolígrafo sobre la mesa y, con el cuaderno sobre las rodillas, cruza los brazos por delante del pecho.

—No puedo creer que tu padre se fuera dejando a tu hermano allí tirado.

—Me hubiera gustado contarte otra cosa, pero... es lo que hay.

—Pero él... no sé. No parecía tener nada en contra de tu hermano, aunque se comportó como si no le importara.

—A él no le importábamos una mierda. Era un alcohólico y un maltratador.

Raquel resopla de forma instintiva y noto que no es un gesto premeditado porque una de sus cejas se eleva imperceptiblemente para alguien que no se encontrara a la defensiva como yo. Observar cada uno de sus movimientos me sirve para saber cuándo soy juzgado o cuándo alguien me comprende. No es la primera vez que utilizo esa herramienta, pero lo que no podía llegar a imaginar es que Raquel también iba por delante de mí en ello.

—Me observas con detenimiento y esperas mis reacciones. ¿Qué ocurre?

—Que no me fío de nadie. Siento ser tan franco.

—No te preocupes. Es normal que no te fíes de mí. Todo llegará y la confianza también.

—O no.

—Tienes razón. O no. —Raquel sonrío un segundo antes de mostrarse seria de nuevo. Vuelve a coger el bolígrafo y a clavar su mirada en mí.

—¿Tu padre nunca se explicó? Me parece mentira que una persona pueda vivir con algo así.

—Por eso se suicidó un par de días más tarde.

Por muy profesional que sea, Raquel no puede evitar mostrar su asombro ante mi revelación. Saber que mi padre se quitó la vida al poco tiempo

después de la muerte de mi hermano supone un antes y un después en nuestras sesiones. Ella, que creía saberlo todo y que parecía tener la sartén cogida por el mango, se ve desequilibrada por uno de sus pacientes. Supongo que debería sentirme orgulloso de haber logrado tamaño hito, pero tan solo me siento vacío y agotado. Narrar lo ocurrido con mi hermano ha sido el mayor esfuerzo que he tenido que realizar en muchos años. Contar lo de mi padre hubiera sido un alivio innecesario como homenaje a un hombre que no merecía vivir y que hizo lo único que podía con un atisbo de dignidad.

—¿No pudo con los remordimientos?

—Me imagino. Lo hizo delante de mí. No sé lo que pasó por su mente.

—Y tú cómo te sentiste.

—Supongo que liberado, aunque ver a mi madre como un vegetal y sentir la soledad y el silencio que había inundado mi casa no ayudaba. Solo quería escapar de allí pero no podía.

—¿Qué ocurrió después?

—Tras unos meses en los que mi madre no dejó de llorar, vendió la casa y nos mudamos a un pueblecito de la costa. Yo tuve que alejarme de mi casa y de Rubén y nunca se lo perdoné a mi madre. Me convertí en un chaval problemático y supongo que eso es lo que ella no necesitaba en ese momento.

—¿Y qué tal te fue en el nuevo hogar?

Intento hacer un esfuerzo para recordar algo positivo de los años que viví en la nueva casa, aunque lo único que logra hacerme sonreír es recordar cada instante que Rubén pasó conmigo cuando sus padres le permitían visitarme en vacaciones o en algún fin de semana. Una trastada tras otra que no me granjeó una buena reputación en el pueblo.

—Todo lo bien que se podía esperar. Varias veces acabé en comisaría por romper mobiliario urbano. Incluso, en una ocasión, entré en el colegio y me dediqué a adornarlo con papel higiénico.

—Eso es una chiquillada.

—Le prendí fuego antes de irme.

Raquel vuelve a abrir la boca, aunque no añade nada más. Supongo que la imagen que tenía de mí como adolescente díscolo y rebelde tenía mucho más que ver con una cazadora vaquera y un tupé que lo que la realidad escondía. No sé si se siente decepcionada conmigo y aburrida, pero su rostro parece tornarse en una máscara de indiferencia que no pasa desapercibida para mí hasta el punto de molestarme.

—¿No te ha gustado mi historia de niño rebelde?

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Yo no estoy aquí para juzgarte. Tan solo es que... creo que tratas todo con mucha ligereza y eso no me permite profundizar.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que me cuentes cómo te sentiste y no lo que hiciste.

—¿Y eso de qué serviría?

—Me ayudaría a comprenderte.

Tomo aire antes de proseguir porque estoy comenzando a enfadarme de verdad y no quiero saltar. Supongo que la única intención de mi terapeuta es la de ayudarme, pero no me gusta cómo intenta hacerlo.

—¿Quieres que te diga que no volví a dormir más de dos horas seguidas porque echaba de menos la respiración de mi hermano? ¿Qué por las mañanas lo escuchaba despertarme y que sentía su cuerpo encima del mío aunque que, cuando abría los ojos, veía que todo era un sueño y se me rompía el alma? ¿Qué oía llorar a mi madre cada noche y que no podía hacer nada para consolarla? ¿Qué varias tardes me quedaba en la puerta del colegio esperando a Santi y lloraba cuando el último de los niños desaparecía con su madre y tenía que volver a casa solo? No sé si quieres que te cuente el circo en el que se convirtió mi vida, aunque te aseguro que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Tuve que guardar cada uno de los juguetes de Santi en una caja y lo sentía a mi lado llorando amargamente por una infancia perdida, por una vida que no podría vivir. Llevamos su ropa a la iglesia y aquel día mi madre y yo nos abrazamos en mitad de la calle mientras la gente nos veía y, con toda seguridad, nos tomaba por locos. ¿Quieres que te cuente el día que encontré a mi madre en la cocina preparando la merienda para dos niños en lugar de para uno y cómo cayó al suelo encogida al darse cuenta de su error? Si eso es lo que quieres, tengo mucho que contar, pero estoy cansado...

Raquel anota un par de cosas en su libreta y yo dejo que mi cuerpo resbale en el sillón como un jersey abandonado. Es tal el agotamiento que invade mi cuerpo y mi mente que no me veo capaz de ponerme en pie. Siento un nudo en la garganta y me cuesta tragar. Respiro con cierta dificultad como si hubiera subido varios tramos de escaleras a pie o hubiera perseguido a un autobús en la calle. Miro mi pantalón y descubro varias manchas en las perneras. Gotitas que adornan mi ropa y que me devuelven a la cruda realidad y me muestran como un ser débil que deja a su alma llorar a las primeras de

cambio. Los hombres no lloran... Una mentira burda que tan solo unos pocos estúpidos a medio desarrollar pueden llegar a creer.

—Tienes claro que tu madre sufrió mucho más que tú, aunque, por alguna razón que no acabo de comprender, le echaste la culpa de todo y se la sigues echando.

—Eso no es...

Guardo silencio de nuevo e intento saborear cada una de mis palabras antes de pronunciarlas para comprobar la amargura de los vocablos que saboreo como un gin tónico pero que no me provoca el mismo placer.

—Puede ser. Supongo que pensé que ella podría haber evitado la muerte de mi hermano, aunque...

—¿Y cómo crees que podría haberlo hecho? ¿Dejándose maltratar por tu padre manteniendo la boca cerrada? ¿Tu madre denunció a tu padre por malos tratos?

Niego con la cabeza y la realidad más oscura se ilumina ante mí como un faro en mitad de la tormenta más terrible. Casi treinta años culpando a mi madre de todo lo ocurrido y de no haber hecho lo posible para evitarlo y ahora me doy cuenta de que ella hizo todo lo que podía para protegernos. Se cayó y aguantó cada uno de los golpes con el estoicismo de una madre que tan solo piensa en sus hijos. Mi madre podría haber denunciado a mi padre, aunque tenía miedo, aunque no por ella sino por nosotros. Ella no podía haber hecho más y yo la traicioné. Traicioné la memoria de mi memoria de mi hermano con el egoísmo propio de la adolescencia, de quien no ve más allá de sus narices porque no quiere hacerlo y porque ve más sencillo culpar de todo a quien no tiene culpa que deshonrar la memoria de un maltratador y un cobarde que prefirió quitarse de en medio antes de enfrentarse a sus peores fantasmas. Mi padre nos arrebató a Santi para después desaparecer sin importarle cómo podríamos sentirnos y la vida que dejaba a sus espaldas. Mi madre siguió luchando a mi lado, aunque, en ocasiones, no supiera cómo hacerlo, aunque yo me marché en cuanto pude y la abandoné con sus recuerdos y con su dolor. El único que podía ayudarla a superarlo era yo y la fallé. Y después de todos estos años aparezco a su lado y ella tan solo me abraza como si el tiempo no hubiera pasado o como si siempre hubiera estado allí para ella. Fui tan cobarde como mi padre.

—Fui tan cobarde como mi padre.

Mi pensamiento me abandona con tal facilidad que me siento liberado y

veo un rayo de esperanza en los ojos de Raquel. Al escuchar mi frase lapidaria sonrío ligeramente y me anima a continuar hablando.

—Abandoné a mi madre y ahora me doy cuenta de que no fue culpa suya. Ella no pudo luchar con su dolor, pero, a pesar de ello, siempre estuvo ahí. Me consoló cuando lo necesitaba, no faltó una fiesta de cumpleaños o unas navidades, aunque por la noche yo la escuchara llorar en su habitación. Fue lo suficientemente dura para no mostrarme los regalos que cada año compraba para Santi, pero que escondía en lo más hondo de su armario. Yo lo sabía, aunque nunca quise hablarlo con ella. Lo fue todo para mí y yo la abandoné.

¡Joder! Los hombres no lloran... Las lágrimas me abandonan como un riachuelo de montaña y mi cuerpo se convierte en una masa convulsa. Necesito un abrazo y veo que Raquel se levanta y se acerca a mí, aunque su profesionalidad tan solo le permite tenderme la caja de pañuelos de papel que acepto como la mejor muestra de cariño.

—De verdad, creo que es un buen comienzo.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Ya sabes que tu madre no fue la culpable de lo que le ocurrió a tu hermano. Ahora solo queda que descubras que tú tampoco tuviste la culpa.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—Ve a verla, aunque no como un hijo atormentado sino como un hijo. Tan solo eso...

—Lo pintas muy fácil.

—No he dicho que lo sea, pero tienes una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué?

—De perdonarla y de perdonarte.

Raquel vuelve a su lugar tras el instante efímero de empatía con la caja de pañuelos y vuelve a garabatear en su cuaderno. Veo que mira su reloj de pulsera y yo hago lo mismo para comprobar que la hora ha terminado y que debemos despedirnos. Sin que ella me lo diga, me levanto del sillón con cierto alivio, aunque también con la sensación de soltar un cabo que me une a tierra firme y que impide que las olas me arrastren mar adentro. Ni tan siquiera me despido porque no creo que sea necesario. Las palabras absurdas e innecesarias han quedado relegadas a un rincón de nuestra relación y los dos sabemos que serían un estorbo más que una ayuda.

Salgo del despacho de Raquel con la sensación del trabajo bien hecho o, como poco, de la labor cumplida. Necesitaba contar lo ocurrido la tarde en

que perdimos a Santi y nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. No sé si puedo llamar liberación a lo que siento en mi interior, aunque creo que es bastante parecido a lo que debe de sentir un reo cuando lo despojan de unas cadenas que lleva arrastrando casi treinta años. Nada más salir a la vía pública mando un mensaje a Rubén con el que quedo, una vez más, en la cafetería frente a la redacción. Tardo poco más de veinte minutos en llegar y supongo que él me ve desde las ventanas del edificio porque aparece unos minutos después. En cuanto se sienta frente a mí lo bombardeo sin remisión.

—Tienes que acompañarme a ver a mi madre.

Rubén abre la boca supongo que para protestar, aunque la cierra de nuevo antes de decir algo inapropiado o doloroso. Se pone de nuevo en pie y mira al fondo de la calle con gesto interesante. Parece el capitán de un navío que mira a lontananza con la esperanza de ver un buque salvador en la distancia. Se mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros.

—Voy contigo, aunque con una condición.

—¿Qué condición?

—Quiero ir con Roberto y necesito que me ayudes a convencer a Diana.

La petición de mi amigo me deja de piedra. Por un momento había pensado en que su único deseo era el de viajar con alguna nueva amiguita, aunque lo de querer llevar a su hijo en un viaje en tren y coche de alquiler hasta un páramo perdido en la campiña catalana no es lo más propio en Rubén. Yo, evidentemente, ni me lo pienso. Me parece fantástico que Rubén se preste a acompañarme, que quiera llevar a su hijo y que cuente conmigo para esta aventura. Lo único que no me parece tan maravilloso es lo de convencer a Diana, aunque, para mi sorpresa, Rubén la llama por teléfono y le cuenta el plan. La conversación se desarrolla por los cauces de la normalidad y ella no tarda en bajar la guardia y aceptar. El rostro alegre y esperanzado de Rubén muta en una máscara triste y agónica que no soy capaz de interpretar. En cuanto cuelga el teléfono me mira y mueve la cabeza de lado a lado apesadumbrado.

—¿Qué ocurre? ¿No ha aceptado?

—¡Qué va! Al contrario. Ha sido demasiado rápida.

—¿Y eso es malo?

—No sé. Me da la sensación de que se alegra con todo esto. Para mí que está con otro.

—¿Y qué pasa si está con otro?

Veo el gesto de Rubén y la realidad explota delante de mí como un bombazo. El hombre frío, calculador y mujeriego se sentía traicionado por una mujer a la que él ya había dado de lado. Supongo que, para otro, sería lo más similar al perro del hortelano, pero yo conozco muy bien a mi amigo y sé que hay algo más. Que no es algo tan sencillo como un vulgar ataque de celos.

—Me cuesta pensar en ello. No quiero imaginármela en los brazos de otro.

—Pero, tú ya has estado con otras mujeres.

Baja la cabeza y vuelve a moverla de un lado a otro. Parece un triste perrillo en el salpicadero de un coche y hace que me conmueva hasta el punto de ponerle una mano en el hombro e intentar consolarlo. Él suspira con fuerza.

—Todavía la quiero y la echo mucho de menos. Me he dado cuenta de lo tonto que fui.

Por un leve instante me veo tentado de animarlo y decirle que no tiene razón y que actuó con la frialdad propia de quién ve que su relación ha terminado y necesita desplegar sus alas para volar lejos de allí antes que quebrar lo que ya, de por sí, está roto, aunque yo no soy así y no puedo regalarle los oídos. Mi amigo tiene razón y no hay que quitársela. Se comportó como un crío grande y egoísta que vio fuera de su matrimonio una buena cantidad de caramelitos, a cual más jugoso, y con los que pudo disfrutar durante una buena temporada del frescor propio de las jóvenes de veintiochos años y poco propensas al compromiso. Rubén dio de lado a su mujer y a su hijo y se dejó llevar por una vida fácil y mezquina mientras ella se veía obligada a luchar por sacar adelante a un niño que necesitaba mucha más atención de la que su madre era capaz de entregar. Rubén la dejó en la estacada cuando más lo necesitaba y ahora no podía permitirse el lujo de recriminarle que no deseara verlo ni en pintura. No sé si el acercamiento a Roberto es algo puro o una herramienta para intentar conquistar de nuevo a su exmujer, pero, pase lo que pase, me alegro por su hijo; un chaval de ocho años que no tiene culpa de nada y que lo único que necesita es que lo quieran e intenten comprenderlo. Su vida se mueve a una velocidad muy por encima de la de cualquier persona, aunque, con el tiempo, uno aprende que no hay que intentar bajar su ritmo, sino que debes correr un poco más para acercarte a él, para ponerte a su ritmo. Y si no puedes hacerlo, no lo detengas, tan solo déjalo correr y ya te acercaras a él cuando decida que ha llegado el momento.

Creo que eso es lo que yo ya he aprendido y lo que Rubén tiene que entender. Supongo que un fin de semana completo junto a Roberto puede suponer un ejercicio salvaje de acercamiento paternofilial más próximo a un curso acelerado de cómo tratar con un niño con TDAH que de un simple viaje de aventura.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo único que me apetece es pasar tiempo con mi hijo y conocerlo un poco mejor, pero...

—¿Pero?

—Yo creo que Diana se alegra de que me lleva a Roberto para poder meter a un tío en su cama y retozar con él todo el fin de semana.

—¡Qué sensible eres! ¿Y no puede ser que, simplemente, se alegre por ver cómo has cambiado?

Rubén medita un instante mi teoría y yo me regodeo en ella como si fuera una hipótesis sacada de lo más hondo de mi cerebro y con ella pudiera llegar a salvar al mundo, aunque mi amigo sacude la cabeza y me da una palmada en el hombro.

—Ni de coña. Seguro que está con otro. No me lo puedo creer.

—Lo dice el tipo que la dejó plantada en una reunión del colegio de Roberto porque había pasado media noche de sexo salvaje con una azafata.

—No fue sexo salvaje.

—Te recuerdo que cambiar el cristal de la terraza te costó casi ochocientos euros.

Rubén sonrío al recordar lo ocurrido aquella noche y se encoge de hombros. No sé si mi teoría lo ha hecho reflexionar, pero parece algo más animado y, cuando se pone en pie para ir a recoger a su hijo, yo pienso en mi madre y en lo que voy a decirle cuando la tenga delante. Pero no hay nada que aparezca como por arte de magia y mi mente es un lienzo en blanco sin un plan preestablecido. Quizá sea eso lo que necesite para sentirme más tranquilo. La sensación de que mi corazón es quién tiene que tomar cartas en el asunto y coger las riendas de la situación no hace que me sienta más tranquilo, aunque, por lo menos, logra que las pulsaciones no se disparen en pos de una buena arritmia. Resoplo un par de veces antes de ponerme en pie. Siento que mis piernas fallan, pero ahora no puedo echarme atrás y mucho menos cuando Rubén ha aceptado acompañarme e incluso él mismo ha dado un paso de gigante que ambos tenemos que agradecer. Quizá la labor de mi

psicóloga se está convirtiendo en algo extensivo y yo me haya convertido en una ficha de dominó presta para empujar a la siguiente y formar un bonito mosaico de colores. Sea lo que sea, lo haré cueste lo que cueste.

Diario - 13 de mayo

El traqueteo me acompaña y abotarga mis sentidos, aunque estas palabras salen de lo más hondo de mi corazón y ni el sueño más profundo podría evaporarlas. Rubén duerme como un bendito frente a mí y Roberto no deja de moverse de un lado a otro como un torbellino. Todo le llama la atención y sé que con ello molesta a los demás pasajeros que intentan abstraerse del mundo que les rodea bien con algún que otro libro o con los auriculares uniéndolos a sus teléfonos móviles. Roberto se ha sentado un instante a mi lado, ha echado un rápido vistazo a mi cuaderno y se ha vuelto a poner de pie para acercarse a una niña de pelo rubio que, al lado de su madre, coloreaba el dibujo de un dragón que, con evidente destreza, había plasmado en una hoja de papel. Creo que esos son los minutos de mayor tranquilidad de Roberto desde el momento en el que el tren se ha puesto en marcha. Parecía absorto en el movimiento del lápiz que, con rapidez, recorría el papel dando un toque de color a una criatura mágica salida de la imaginación de una niña de una edad parecida a la de Roberto. No me lo podía creer. La madre de la niña sacó un paquete de galletas y le dio dos a su hija y otras dos a Roberto que las devoró en un visto y no visto. Nosotros dos somos un completo desastre. Ni tan siquiera hemos pensado en las necesidades de un crío de ocho años que es bastante probable que en algún momento del viaje tenga hambre y sed. Un desastre como padres mientras recibo un curso acelerado de cómo hay que hacer las cosas por parte de una desconocida que de un bolso mágico extrajo dos pequeños tetrabriks de zumo que entregó a cada uno de los niños. Una vez más, Roberto absorbió el suyo de un solo trago y no le dio la vuelta de milagro. Sin dar ni tan siquiera las gracias, regresó a mi lado y ahora permanece sentado con relativa tranquilidad mientras yo intento centrarme en lo que estoy escribiendo que más que un diario de pensamientos parece un libro de cómo viajar con un niño hiperactivo en diez lecciones. Roberto no deja de mirar a uno y otro lado mientras su padre duerme como un niño pequeño y yo intento que mis miedos y temores queden plasmados en una simple hoja de papel. Para mi sorpresa, mi mente lo único que hace es fijarse en Roberto, en su comportamiento y en sus necesidades como si con ello

intentara paliar una culpa que me reconcome por dentro cuando tan solo deseo pasar unos minutos con un chaval de ocho años que me hace sentir vivo como nunca lo he estado. No me molesta en absoluto que no pare quieto ni un instante porque logra con ello que mi cerebro no se permita el lujo de recrearse en recuerdos dolorosos o cavilaciones de mal augurio. La rapidez de movimientos y reacciones de Roberto te mantienen en vilo y ahora me doy cuenta de que nos dejamos arrastrar por nuestro dolor sobre todo debido a que tenemos demasiado tiempo para abandonarnos a él sin preocuparnos del mundo que nos rodea. Estoy convencido de que el hijo de Rubén va a ser un adulto feliz porque su mente se va a ver obligada a funcionar al ritmo de su cuerpo sin permitirse el lujo de pararse en elucubraciones baratas sin sentido. Recuerdo cuando era un adolescente feliz y tan solo vivía por y para jugar en la playa con mi amigo sin importar que lloviera, hiciera frío o fuera de noche. Tan solo nosotros dos con nuestras aventuras y desventuras y con el tiempo a nuestro favor. Todo cambio el día que dejé que mi cabeza tomara las riendas de mi vida y me convirtiera en un tipo cerebral con la insufrible costumbre de cuestionarlo todo. Echo de menos la época en la que todo valía y solo necesitabas un bocadillo en la mochila para disfrutar de una tarde estival digna del mejor libro de Los cinco. Nosotros vivíamos nuestras propias aventuras día sí y otro también y éramos felices. ¿En qué nos hemos convertido? Somos adultos responsables, aburridos y cínicos con más traumas de los que un ser humano es capaz de soportar y siento envidia por un crío de ocho años que cree que lo más importante en esta vida es encontrar el ritmo adecuado para ser feliz. Un ritmo que yo no fui capaz de hallar y que perdí en el asfalto junto a un charco de sangre.

¡No! No voy a dejar que mis recuerdos vuelvan a tomar el poder de mi alma. Soy mucho más que un baúl de recuerdos húmedo y desgastado. Soy mucho más.

Veinte

Dejo el cuaderno en el asiento y veo que Roberto lo mira con mucha curiosidad. Me gustaría enseñárselo, aunque es tan personal que no creo que un niño de ocho años tenga que pasar por la ardua tarea de leer los pensamientos y desvaríos de un alma atormentada. Por más que intento distraerlo con diferentes juegos de atención, él tan solo observa el cuaderno sin tan siquiera pestañear. Tomo aire con fuerza y le acerco el bloc que él agarra con firmeza, pero con una delicadeza que no me esperaba. Comienza a pasar las páginas una a una, pero sin detenerse en lo que he escrito hasta que llega a la primera página en blanco y se detiene. No sé lo que quiere, aunque su mirada anhelante parece la de un cervatillo en mitad de un claro sin saber a dónde ir. Lo observo de reojo y compruebo que su vista se dirige hacia el bolígrafo con el que jugueteo sin pensar. Se lo tiendo, él lo sujeta y sonrío. De repente, como si hubieran accionado un mecanismo, se inclina sobre el cuaderno, posa la punta del bolígrafo en el papel y comienza a moverlo compulsivamente. Su cuerpo tapa el cuaderno y tengo que esperar un breve descanso para ver lo que está haciendo. Mi boca se abre de par en par y, sin saber bien por qué, mi corazón comienza a galopar en mi pecho. Sin tan siquiera levantar la vista para copiar el modelo original, tarda poco más de cinco minutos en esbozar el mismo dragón que la niña había dibujado, aunque, en unos pocos minutos más, lo mejora y lo convierte en una verdadera obra de arte en la que el animal mitológico ataca con sus fauces abiertas a un hombre, vestido de armadura, que intenta atravesar el cuerpo del dragón con una espada de hoja brillante. No es que sea un buen dibujo para un niño de ocho años, sino que se trata de una obra de arte propia de un gran dibujante de mucha más edad. No tengo ni idea de si sus padres saben que su hijo es un auténtico superdotado, pero, en cuanto Rubén abre uno de sus ojos y veo su cara de sorpresa, compruebo que mi mejor amigo no tenía ni idea.

—Es... es... —balbucea con los ojos llenos de orgullo—. ¡Qué pasada!

—Ya veo que no tenías ni idea.

—Y creo que su madre tampoco.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque un psicólogo con el que hablamos hace tiempo nos dijo que no era bueno que Roberto dibujara y no se lo permitimos.

—¿Y eso por qué?

—Dijo no sé qué gilipolleces sobre no permitir que su imaginación lo apartara del mundo real.

—Papá, has dicho un taco.

Roberto deja el bolígrafo sobre el cuaderno y mira a su padre con gesto de reproche. Rubén levanta las manos para pedir perdón, aunque no puede apartar su vista del dibujo del dragón.

—Rubén, ¿te gusta dibujar?

—Sí, pero mamá no me deja y en el colegio me castigan sentado en un rincón en clase de plástica.

Miro a Rubén con el corazón encogido y veo que él aprieta los dientes y la rabia comienza a inundar todo su ser. Nos conocemos muy bien como para no saber cuándo el otro está enfadado. Lo que ya no tengo tan claro si el objetivo de su ira es el psicólogo que les lavó el cerebro, los educadores que no han sabido ver más allá de su propia incompetencia o él mismo que, como padre, no ha entendido las necesidades de su hijo.

—Cuando volvamos a Madrid vamos a hablar con tu madre. Si te gusta dibujar, lo vas a hacer. Te lo prometo.

Roberto asiente conforme pero no demuestra mucha más emoción de la justamente necesaria y de la que dedica a cualquier actividad que le guste antes de perder el interés por ella. Rubén ve el gesto apático de su hijo y confirmo que ha pensado lo mismo que yo. Para un niño hiperactivo es complicado centrarse en una única actividad más tiempo del necesario, pero, para nuestra sorpresa, pasa la página del cuaderno y vuelve a posar la punta del bolígrafo en el papel. Poco a poco va apareciendo una recreación casi perfecta de un castillo construido con unas sábanas y pinzas de la ropa junto al que dibuja a un adulto con el pelo oscuro y la nariz con el tabique ligeramente desviado. Junto a ese personaje plasma a un crío de pelo rubio y mirada inteligente que observa con cariño un erizo de peluche que sostiene en una de sus manos. Miro de reojo a Rubén y compruebo que ha entendido que esas dos personas somos Roberto y yo pero que él no entra en la imaginación de su propio hijo. Una lágrima brilla en uno de sus párpados, pero, como si leyera su mente, Roberto vuelve a posar el bolígrafo en el papel y, al lado de la figura que lo representa, esboza con trazos firmes un nuevo ser casi tan alto

como yo, de pelo rubio como el suyo y al que dibuja sonriendo y con una mano sujetando la del niño que le queda libre y con la que no sujeta al erizo de peluche. Rubén saca un pañuelo de papel del bolsillo de su pantalón y se suena de una forma ruidosa. Lo miro y sonrío al verlo feliz y al comprobar que su hijo tiene una mente privilegiada y que se confirma mi teoría. El único problema que tiene Roberto es que su mundo funciona a una velocidad distinta al de nuestro mundo pero que su mente es un auténtico prodigio.

—Es... espectacular.

—Creo que tienes a un genio en casa.

Rubén asiente extasiado, pero no tarda en variar su gesto a otro más duro y frío. Supongo que hablarle de «su casa» le habrá resultado doloroso teniendo en cuenta que ese concepto ya no existe en su vida. Sabe que un fin de semana tan solo es un caramelo que disfrutar pero que cada minuto va perdiendo sabor hasta que desaparece en su totalidad y, cuando no le quede otra que despedirse de su hijo, volverá a su vida insulsa y vacía en la que se estaba engañando. Decido no comentar nada en voz alta porque temo que debe de ser bastante duro pensar en ello como para necesitar regodearse en la desgracia. Sonrío a mi vez y acaricio el cabello de Roberto que al instante mueve la cabeza para rehuir el contacto. Tanto Rubén como yo, poco a poco, vamos conociendo a Roberto y vamos aprendiendo cómo actuar con él. Para mí es de lo más normal, aunque para mi amigo no tiene que ser plato de buen gusto darte cuenta de que no conoces a tu propio hijo y que tienes que aprender a convivir con él.

Casi en silencio llegamos a la estación de Sants en Barcelona y Roberto, con mucha solemnidad, se acerca a la niña, le entrega el dibujo del dragón y le da un beso en la mejilla. Vuelve a nosotros con una sonrisa de satisfacción en los labios y, al pasar al lado de su padre, le da un codazo en la cadera.

—Creo que ha salido a su padre —comento al ver el gesto cómplice de Roberto.

—Espero que sea más inteligente que yo.

—En lo que a mujeres se refiere seguro que lo es.

Vemos que Roberto, tras el gesto con la niña, recoge el dibujo de nosotros tres junto al castillo de sábanas y camina satisfecho hacia la salida sin tan siquiera volver la vista atrás. Antes de bajar del tren le da la mano a su padre y él vuelve a sonreír como si le hubiera tocado la lotería, aunque supongo que esto es mucho mejor. Descubrir que tienes un hijo de ocho años al que no has

sabido comprender y que puede ofrecerte un mundo entero con tan solo una mirada no tiene precio y supongo que a Rubén le ha tocado entenderlo. Cada vez echo más de menos a Santi, pero ya no sé si es un sentimiento positivo o negativo. No deseo ser autodestructivo, pero tampoco puedo evitar que la imagen de mi hermano pequeño aparezca unida a la de Roberto. Ahora no me acuerdo de quién dijo que nuestros recuerdos son nuestra riqueza, pero supongo que no tenía ni idea, cuando inventó esa frase, de lo hondo que podía calar en el corazón de las personas con ella. La riqueza de mi alma no deja de ser el rostro de mi hermano cuando saltaba sobre mi cama para despertarme. Cada mañana hago un esfuerzo tremendo para recordarlo, aunque tengo la sensación de que he olvidado su imagen y ello me impide respirar, aunque, a lo largo del día, sin venir a cuento, miro a un niño jugando en el parque y veo en él a Santiago como si lo tuviera delante de mí. Es como el mejor de los tesoros y es cuando me doy cuenta de que aquel hombre tenía razón y los recuerdos son nuestra propia riqueza y valen mucho más que todo el oro del mundo.

Con todos esos pensamientos en la cabeza salimos de la estación en un flamante vehículo que Rubén alquiló desde Madrid y que estaba aparcado en la puerta esperando nuestra llegada. Recorremos la carretera de la costa en absoluto silencio y yo miro de tanto en tanto a Roberto que lo observa todo con tal avidez que parece que se vaya a comer el cristal.

—Tío Pau, ¿puedo bajar la ventanilla? —me pregunta como si leyera mi mente.

Miro a Rubén esperando su beneplácito o su negativa y él se encoge de hombros como si una pregunta tan sencilla como aquella lo superara. Aun así, me niego a responder a esa pregunta y le cedo la responsabilidad a quien la tiene. Mi amigo carraspea y, desde donde me encuentro, puedo escuchar el sonido de su cerebro cavilando.

—Pues, supongo que no hay problema. Estamos de viaje de aventuras, ¿no? Pero no saques los brazos.

Me mira de reojo y yo también me encojo de hombros. Los dos somos novatos en esto y supongo que la paternidad se basa en tomar decisiones con el riesgo de equivocarte, pero con la intención de hacer siempre lo mejor para tu hijo. A la mente me vienen todas las decisiones que mi madre tomó con los ojos llorosos cuando mi hermano Santi desapareció de nuestras vidas. Tuvo que dejarlo todo atrás y abandonar sus propios recuerdos para brindarme la

posibilidad de ser feliz lejos de todo aquello, en un lugar al que yo no quería acudir y escondido del mundo que ya conocía y que me recordaba a mi hermano. Para mí, aquella decisión de mi madre significó un gesto cobarde con el que romper con los pocos lazos que nos unían a la memoria de mi hermano. ¡Qué equivocado estaba y cuánto he tardado en darme cuenta! Mi madre tan solo quería avanzar hacia delante con pasos dubitativos, pero con la intención de no dejarse arrastrar por todos esos recuerdos. Aún veo la imagen de mi madre, apoyada en una farola y con la vista fija en el parque donde jugábamos cada tarde. De vez en cuando se le olvidaba hacer la compra y regresaba a casa con la bolsa vacía y la mirada perdida y, nada más entrar por la puerta, se dejaba caer en una de las sillas de la cocina sin poder articular palabra. Yo me asomaba con sigilo, aunque no me atrevía a romper ese momento en el que yo sabía que el alma de mi madre se unía por un instante a la de mi hermano. Yo quería participar en ese ritual, aunque supongo que el dolor de cada uno es tan independiente que sería un error intentar inmiscuirse en los recuerdos de otro. Mi madre sufrió lo indecible mientras yo la culpaba de cada una de las decisiones que tomaba como un auténtico muerto viviente y dejándose llevar por los impulsos o, en ocasiones, por lo que las pocas personas que nos visitaban de vez en cuando opinaban sin saber que no debían abrir la boca y que debían dejarnos con nuestro penar.

—Tío Pau, ¿cómo es la abuelita?

Despierto de mi malsana ensoñación y la pregunta de Roberto me anima a esbozar una sonrisa. Hasta unas horas antes él no sabía que tenía una abuelita porque ni tan siquiera comparten lazos sanguíneos, pero, para Rubén, mi madre es como si fuera la suya así que... Abro la boca para explicarle a Roberto cómo es la abuelita, pero me doy cuenta de que no sé qué decir y comienzo a balbucear.

—Es una mujer... pues... no sé. Es como todas... no sé...

—Es impresionante y te va a encantar —explica mi amigo al comprobar mi apuro—. Cuando éramos pequeños nos preparaba unos bocadillos con nata y cola cao que eran la caña. Nos gustaban mucho.

—¿También al tío Santi?

Ahora el que comienza a balbucear es Rubén y yo no puedo evitar sonreír. Me sorprende al descubrir que no me molesta que Roberto pregunte por mi hermano y mucho menos que lo llame «tío». Me siento más próximo a Santi

de lo que lo he estado en los últimos años y decido que es un buen momento para hablar de él como si todavía estuviera entre nosotros. Sin lágrimas. Sin dolor.

—A él le gustaban más las galletas con mermelada.

—Anda, igual que a mí.

—La abuelita le preparaba cada tarde un montón de galletas María y él las iba mojando en la leche mientras les iba poniendo nombre.

Roberto frunce el ceño.

—¿Le ponía nombre a las galletas?

—Sí. Y después se las comía.

—¿El tío Santi era divertido?

—Mucho.

No todo es tan sencillo como uno se imagina. Espero la siguiente pregunta de Roberto con un nudo en la garganta, pero él parece desviar su atención hacia el mar que a esa hora del día brilla como si fuera de cristal. Suelto el aire que llevo dentro y Rubén me palmea la pierna con cariño.

—¿Estás bien?

—Sí. Pensaba que iba a ser más fácil hablar de Santi, aunque no lo ha sido. Aun así, me ha gustado.

Rubén asiente y vuelve a fijar su vista en la carretera con las dos manos en el volante. Debo reconocer que, en ocasiones como esta, hablar con un niño con TDAH te da la oportunidad de ser tú mismo y dejarte llevar. Sabes que la charla no se va a convertir en un interrogatorio porque un sinfín de objetos pueden llamar su atención en cualquier momento como ha ocurrido con el mar. El brillo hipnótico de la superficie marina ha logrado atrapar a Roberto en sus redes permitiéndome un respiro para tomar aire de nuevo por si la conversación vuelve por los mismos cauces. Pero no es así y llegamos al pueblo donde pasé los últimos años de mi adolescencia sin que las palabras medien entre nosotros. El paseo marítimo sigue tranquilo y vacío y, cuando voy a darle las indicaciones pertinentes a Rubén, veo que él recuerda perfectamente el camino por lo que me incrusto un poco más en mi asiento y disfruto de los últimos segundos de tranquilidad antes de encontrarme de nuevo con mi madre.

Unos minutos después, el vehículo enfila la carretera de tierra rodeada de vides y, tras dejar atrás la fuente de piedra, Rubén se detiene frente a la casa de paredes en otra vida blancas. Mi madre no tarda en salir al escuchar el

motor del vehículo y Roberto abre la puerta a toda velocidad y se lanza a por mi madre a la que abraza con fuerza como si la conociera de toda la vida. Benditos los niños y bendita la inocencia de esos primeros años en los que nada importa si lo que se hace, se hace de corazón. Pasada esa época feliz dejamos que nuestro cerebro tome las riendas de nuestra vida y tenga la potestad de decidir lo que está bien y lo que está mal sin importar lo que el corazón pueda llegar a sentir. Abandonamos una vida de fantasía y aventuras para adentrarnos en otra en la que la falsedad y la hipocresía están tan a flor de piel que llegan a convivir con nosotros como si siempre hubieran estado allí y fuera de lo más normal sentirlos como una prolongación de nuestro ser. Yo no sabía cómo romper el hielo con mi madre y un niño de ocho años tan solo ha necesitado lanzarse a sus brazos para ganarse su corazón para siempre. El rostro sonriente de mi madre muta a una máscara de preocupación al verme bajar del coche.

—¿Es... tu hijo? —me pregunta con voz temblorosa.

—Es mío.

Mi madre vuelve la cabeza hacia el conductor del vehículo y veo que sus ojos se convierten en una rendija por la que intenta absorber la suficiente información que le permita ubicar a ese hombre de más de cuarenta años que ahora la mira con una sonrisa inmensa en los labios.

—¿Rubén?

Mi amigo, al ver los ojos llorosos de mi madre, se acerca a ella y la abraza de la misma forma que su hijo la había abrazado unos segundos antes. Yo los miro y siento cierta envidia al comprender que la relación de mi mejor amigo con mi propia madre es mejor que la mía. Supongo que es razonable. Yo abandoné a mi madre cuando ella más me necesitaba y mi amigo tan solo desapareció dejando tras de sí un bonito recuerdo y poco más. Las expectativas que uno crea en su caminar lo persiguen allá donde vaya y lo prejuzgan sin importar el cómo, el porqué o el cuándo. Hoy es el día en el que tengo que enfrentarme a mis propios recuerdos y a los fantasmas que me han acompañado durante todos estos años. Siento la necesidad de subirme de nuevo al coche y escapar de allí pero mi amigo parece leerme la mente porque, en cuanto se separa de mi madre, saca el mando a distancia del bolsillo y cierra el coche. Me acerco a mi madre y le doy un beso que ella acepta con medida alegría, aunque un atisbo de sonrisa se refleja en su rostro.

—Voy a hacer unas tortillas de patatas. ¿Me ayudas, jovencito?

—No sé si será buena idea —advierte Rubén con cierta intranquilidad—. Roberto es un poco... nervioso.

—Tú también lo eras a su edad.

—Bueno, él es un poco más...

—¿Quieres que te recuerde el día que intentaste afeitarte al gato de la vecina? ¿O prefieres que hablemos de cuando te encontró la patrullera en alta mar subido en un neumático de goma?

Mi amigo agacha la cabeza e intenta no sonreír al recordar aquellas anécdotas que para nosotros eran aventuras dignas de las mejores novelas pero que para los adultos tan solo se convertían en travesuras típicas de los niños. Quizá sea eso lo que ocurre con Roberto y su vida alocada a alta velocidad tan solo sea para él una aventura que lo acompaña cada minuto del día y que lo obliga a seguir un ritmo frenético que para nosotros se convierte en un déficit de atención. Cada vez soy más consciente de la limitación de los adultos que no sabemos ver más allá de nuestras propias narices y que nos dejamos anclar a la rueda del hámster de la que no somos capaces de salir para correr en cualquier dirección solo guiados por una ráfaga de viento o por el aullido de un lobo en el horizonte. Qué sencillo sería si la vida se contemplara desde los ojos de un niño. Esos pensamientos me devuelven la mirada anhelante de Santi y la tristeza inunda mi ser como una presa con el portón recién abierto. Ver a Rubén ayudando a su hijo a pelar patatas me hace ver lo solo que estoy y cuánto echo de menos a mi hermano. Sé que, de haber estado vivo, él haría su vida y yo la mía, pero siempre tendría la sensación de poder contar con su presencia, con su voz, con su mirada. Salgo de la cocina con el alma encogida y me detengo en el vestíbulo donde las fotografías han convertido el hogar que fue mío y de mi madre en un homenaje a una familia rota y desvencijada. En algunas imágenes veo a una mujer joven y bonita que sonrío al objetivo y se muestra feliz. Unas pocas muestran a mi hermano posando como el mejor de los modelos y en otras soy yo el que enseña una mirada traviesa al objetivo. En un par de ellas los dos estamos haciendo el bruto en la calle e incluso hay una imagen perdida en un rincón donde Rubén y yo nos abrazamos como los mejores amigos que éramos y que seguimos siendo. En esta exposición tan solo echo en falta la imagen de una persona que se encargó de destruir nuestras vidas. Mi padre, o la ausencia de él, me trae un único recuerdo que hace que se me salten las lágrimas. La tarde que Santi murió y él solo fue capaz de dar la media vuelta para, una vez más, huir

de sus problemas sin saber que dejaba tras de sí a su hijo muerto. Un hijo de puta sin corazón que se lanzó a la bebida y destruyó el alma de mi madre a golpes mientras su rostro se convertía en el sparring de su propio fracaso.

—No sé lo que estás pensando, aunque no es nada bueno.

Me doy la vuelta al escuchar la voz de mi madre y ella se coge a mi brazo, se inclina sobre mí y suspira con la vista fija en las fotografías.

—Recuerdos, mamá. Solo recuerdos.

—Pero que no te dejan vivir.

Me separo de ella con dulzura y me dirijo hacia la puerta de la casa. Siento que me asfixio en su interior y necesito salir de allí. Me arrepiento de mi visita, pero ya no hay nada que pueda hacer y es la hora de agarrar al toro por los cuernos. Me doy la vuelta y miro a mi madre.

—Mamá, siento mucho haberme ido.

—Hiciste lo que tenías que hacer. No pidas perdón por ello.

—Pero, te dejé sola.

Mi madre extiende uno de sus brazos hacia la pared que separa el vestíbulo de la escalera y acaricia una de las imágenes allí expuestas en la que mi hermano mira al objetivo subido en una pequeña bicicleta con ruedines.

—No he estado sola. Mis recuerdos me han acompañado.

—Yo no puedo... No estoy preparado.

Salgo de la vivienda sin tener muy claro el significado de mis palabras y sin saber si voy a volver. ¿No estoy preparado? Quizá no lo esté para enfrentarme a todos esos fantasmas o, sencillamente, no lo está para encontrarme conmigo mismo y para darme un bofetón y gritarme que ya está bien, que hay que vivir porque cada minuto que uno se arrastra por el fango es un minuto perdido que nunca regresa. Mi hermano me lo hubiera recordado a pesar de tener tan solo ocho años. Absorbía la vida como si le fuera su propia existencia en ello y ahora veo la misma necesidad en Roberto. ¿No estoy preparado? Quizá ya sea demasiado tarde.

Comienzo a caminar por el sendero de tierra hasta dejar la fuente atrás. Al final de la carretera giro a la derecha y no tardo en llegar al paseo marítimo donde me detengo para contemplar el mar. Las olas golpean con fuerza el malecón y me veo una vez más sobre ellas transportado a alta mar, muy lejos de allí.

—Yo también soñaba con desaparecer.

Me giro al escuchar la voz dulce y embriagadora y mis labios se curvan en

una sonrisa en cuanto veo a la joven que cuida de mi madre parada en mitad del paseo marítimo con las manos en los bolsillos del chándal. Sé que la estética en el vestir no es lo suyo y, aun así, la veo preciosa. El pelo oscuro ondeando al viento y la camiseta contorneando una figura perfecta. Tan solo un pero se refleja en su rostro y es que muestra a una joven demasiado... joven.

—Buenos días.

—¿Has venido a ver a tu madre?

—Sí, aunque necesitaba tomar el aire.

—Supongo que no resulta fácil volver a este lugar.

Miro a la joven de ojos claros con cierta acritud porque vuelve a permitirse el lujo de opinar sobre un tema que no le concierne por mucho que cuide de mi madre. Mi pasado es tan solo mío y nada ni nadie tiene derecho a inmiscuirse. Ella parece leerme la mente y sonrío.

—Yo también tuve una infancia jodida.

—No creo que igual que la mía.

—Seguro que no, pero a ti no te violaron cuando tenías tan solo diez años ni te vendieron para conseguir dinero suficiente para un último pico.

Esta vez ni tan siquiera me planteo abrir la boca para replicar porque no hay nada que pueda añadir sin la sensación de haberla «cagado» una vez más. Mi infancia fue dura y triste, pero acabo de descubrir que no era exclusividad mía. Me acerco a la joven de pelo negro y le tiendo la mano.

—Soy Pau.

Ella, ni corta ni perezosa, me aparta la mano, me agarra por los dos brazos en un gesto posesivo que me gusta y me da un par de besos.

—Yo soy Montse. Voy a ver a tu madre para ayudarla con la comida.

—¿No tienes marido o novio o algo así?

Me observa de reojo con un brillo especial en la mirada y me percato de que quizá ha sido una pregunta demasiado personal y con un cariz que podría dar a entender ciertas cosas en las que no quiero ni pensar.

—Me refiero a que vienes a la hora de comer y no... o sea... que no hay marido para cocinarle o no... no sé. Tampoco soy machista y él puede preparar su comida. No digo que tú tengas que... No me malinterpretes...

—No tengo ni novio ni marido. Ya puedes relajarte.

Resoplo un par de veces y me arrepiento de haber servido de mono de feria ante una joven preciosa que se mantiene seria y que camina con

parsimonia a mi lado. No sé por qué me he puesto nervioso de repente. Tan solo era una pregunta y no tenía que balbucear como un crío pequeño ante la niña que le gusta. ¿Me gusta? Es indudable que es muy bonita, aunque es muy joven y yo no estoy preparado para... ¿No lo estoy?

—¿En qué piensas? Tienes el ceño fruncido. A tu madre le pasa lo mismo cuando algo le preocupa.

—Son cosas mías.

—Bueno, todos tenemos cosas nuestras en las que pensar.

Comienzo a caminar por el paseo marítimo y veo que ella duda un instante antes de ponerse a mi altura y comenzar a jugar con el borde de su camiseta.

—La última vez que estuviste no quise juzgarte —comenta, de repente, con la cabeza gacha.

—Pero lo hiciste. No es fácil mantener el contacto con mi madre. Son demasiados... recuerdos.

—Te entiendo, pero no hay que huir de lo que nos pertenece por derecho propio. —La miro y sé que vuelvo a fruncir el ceño porque ella sonrío al ver ese gesto—. Soy trabajadora social y mi ilusión era trabajar en el pueblo en el que crecí aunque no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—Porque parece que nadie quiere a una chica a la que violaron siendo una niña y que se crio en las calles. Nadie se fía de mí. Tan solo tu madre lo hizo y me acogió como a una hija.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella?

—Casi cuatro años. Ni tan siquiera había acabado mis estudios.

Todas mis alarmas se encienden a la vez al escuchar la última frase y comienzo a sentir un nerviosismo extraño que no me resulta desconocido pero con el que no estoy familiarizado.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —Montse se encoge de hombros y se ruboriza ligeramente ante mi pregunta—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

Incluso más joven de lo que yo me imaginaba. Por alguna razón que se escapa a mi entendimiento me molesta su respuesta como si hubiera esperado escuchar otra bien distinta y acorde a unas necesidades que ni tan siquiera creo mías.

—¿Puedo yo hacerte una pregunta personal?

Me lo temía. Es el momento en el que ella me pregunta por mi edad y todo

se vuelve gélido entre los dos y la distancia generacional se vuelve insalvable y los dos tenemos la sensación de levantar una barrera entre nosotros.

—¿Qué tal se llevan los cuarenta y dos años?

Me vuelvo hacia ella y la miro con el ceño fruncido. Se echa a reír y, para mi sorpresa, me da un golpe en el hombro y echa a correr por el desierto paseo marítimo. Yo la observo y no sé cómo reaccionar. A mi mente llega con claridad la imagen de una niña de catorce años corriendo por aquel mismo lugar con sus trenzas ondeando al viento y su vestido mecido por el mismo Levante. Me veo como el Pau de quince años y no lo pienso dos veces. Echo a correr con la intención de perseguir a la joven de pelo negro, pero sin saber el porqué, aunque con el cómo y el cuándo por bandera me permito tomarme la licencia de volver a ser ese adolescente díscolo y rebelde. Esa sensación tan solo dura los metros que tardo en darme cuenta de que ya no tengo quince años y de que ella es una joven con veinticinco primaveras a sus espaldas y con la vitalidad que a mí me abandonó hace mucho. Me dejo caer en un banco de piedra y ella regresa a mi lado unos segundos después. Se sienta junto a mí, aunque sin guardar una distancia oportuna. Apoya su brazo en el mío y se inclina ligeramente sobre mi cuerpo. Podría decir que me molesta, pero es todo lo contrario.

—¿Sabes una cosa? Le debo mucho a tu madre.

—¿Sabes una cosa? Yo también.

La miro de reojo y ella levanta la cabeza y me observa con sus enormes ojos azules en los que creo caer como si de un pozo profundo se tratara. Miro sus labios carnosos y deseo besarla, pero sus pupilas me muestran un brillo joven y cargado de energía. No tarda en ponerse en pie y echar a correr de nuevo.

—¡Vamos cuarentón! ¡Que no se diga!

Eso sí que no me lo esperaba. Me pongo en pie e intento acumular todas mis fuerzas en mis piernas para perseguir a la joven de pelo zaino. Llegamos casi al mismo tiempo al final de paseo marítimo donde torcemos a la derecha para recorrer a toda velocidad la última calle asfaltada antes de enfrentarnos al camino de tierra. Hago un último esfuerzo y, al llegar a la altura de la fuente, acelero un poco más y adelanto a Montse que se detiene junto al monumento de ladrillo y mármol. Yo freno en seco y regreso junto a ella que, sin pensárselo dos veces, se arrodilla frente al caño y mete su cabeza debajo del chorro de agua fría. Yo hago lo mismo que ella, aunque, al ponerme en

pie, siento que mis piernas se me doblan y la vista se nubla ligeramente pero no me impide ver el pelo chorreante de Montse y la camiseta pegada a su cuerpo marcando cada una de sus curvas.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupada.

—Sí. No estoy muy acostumbrado a correr al aire libre. Es distinto que el gimnasio.

—¡Ah! Eres uno de esos pijos de ciudad que hacen spinning y esas cosas.

—No, listilla, yo hago elíptica.

Montse me mira con curiosidad y después observa la casa de mi madre. Vuelve a dirigirme su vista hacia mí antes de recorrer los pocos pasos que nos separan. Yo permanezco impasible apoyado en la piedra de la fuente y sin imaginarme lo que está a punto de suceder y que va a voltear mi espesa y azarosa existencia.

—Siempre he pensado que eras un capullo por no venir a ver a tu madre.

—¿Y sigues pensándolo?

—Pues sí. Creo que eres un capullo cuarentón muy atractivo.

La joven de pelo negro se inclina sobre mí y posa sus labios carnosos en los míos. Siento sus pechos rozar mis brazos cruzados y no puedo evitar excitarme, aunque sé que hay mucho más en todo aquello. Montse se separa de mí, me mira, se pone colorada y echa a correr de nuevo hacia la casa. Esta vez no me veo con fuerzas para perseguirla y mucho menos después de lo sucedido. Me ha besado. Una joven preciosa y muy deseable de veinticinco años me ha besado. Lo más extraño de todo es que, a pesar de la excitación, no he deseado tan solo acostarme con ella. No puedo verla como una muesca más en el revólver, aunque solo hay una cosa que puedo hacer si no quiero sufrir por un amor inalcanzable e irreal. Como siempre, la distancia será una aliada perfecta.

Diario - 13 de mayo

Me ha besado y no he sido capaz de reaccionar Ni tan siquiera me ha mirado cuando he entrado en la cocina y me he plantado frente a ella. Lo peor de todo es que Rubén, por sistema, ha comenzado a tontear con ella y eso me ha hecho sentir incómodo con mi mejor amigo. No pensaba que los celos podían llegar a inmiscuirse entre nosotros y mucho menos por una joven que no significa nada para ninguno de los dos. ¿Realmente no significa nada? No soy capaz de jugarle la mano izquierda y mucho menos la derecha cuando Montse ha logrado desequilibrarme de tal manera que ahora me encuentro solo, sobre las rocas de la playa, con la única compañía de un cuaderno, un bolígrafo y mis pensamientos. Las olas van y vienen y, por primera vez en mucho tiempo, no deseo perderme en ellas, aunque el miedo comienza a atenazar mi corazón. Miedo a sentir lo que nunca he sentido, miedo a unir mi vida con la de una joven que no conozco y que podría llegar a voltear mi existencia de tal manera que me volvería un ser irreconocible, miedo a lo desconocido cuando nunca he sido capaz de enamorarme.

Tiene veinticinco años y ha sufrido lo que nadie es capaz de imaginar, aunque, a pesar de ello, es alegre y vital y eso me desconcierta. No entiendo cómo alguien que ha vivido una infancia como la suya puede ser feliz. Quizá ahí reside el verdadero secreto para que la felicidad inunde tu vida y no en un libro escrito por y para personas con una necesidad imperiosa de dar un vuelco a su insulsa existencia. ¿Las pequeñas cosas? Pudiera ser, aunque estas líneas reflejan un hondo deseo de encontrar una respuesta que, hoy en día, esa joven no es capaz de entregarme en la tan ansiada bandeja de plata. Pequeñas cosas que logran hacernos felices cuando las grandes se acomodan a nuestro lado y nos proporcionan efímeros instantes de un placer mundano y que no puede competir con el simple aroma de una flor o el recuerdo de un instante feliz junto a un buen amigo. Echo de menos la juventud que viví junto a Rubén y eso me obliga a plantearme unas pocas cuestiones que no tardan en embotar mi cerebro. ¿Se puede recuperar una infancia perdida? ¿Sería capaz de perdonar a un adolescente egoísta que dio de lado a su propia madre? ¿Podría volver a esconderme en el cuerpo del joven que soñaba con

navegar mar adentro y perderse en la profundidad del Mediterráneo?

Ahora estoy confundido y no puedo ver más allá de lo que mi corazón me pide a gritos pero que mi cerebro no quiere escuchar. No quiero lanzarme a los brazos de una joven de veinticinco años a la que puedo hacer infeliz con mi desdicha. Ninguno de los dos lo merece y, aunque me pese, el regreso a Madrid pondrá punto final a un capítulo de mi vida bonito, pero sin sentido. Mañana mismo daré por terminado mi particular regreso al pasado. Me he prometido a mí mismo llamar más a menudo a mi madre, aunque ya nada me retiene junto a ella y mi solitaria y triste realidad retornará junto a mí y se convertirá en mi segunda piel. Ni tan siquiera este cuaderno tiene sentido cuando acabo de decidir poner punto final a la relación paciente y terapeuta que no me ha servido para mucho. Es cierto, logré contarle a una desconocida lo que le ocurrió a mi hermano, aunque poco más pueda servir en la milagrosa recuperación de un alma errante perdida en el mundo de las sombras. Una vez más, necesito perderme en las olas...

Veintiuno

Los gritos de Roberto lo preceden y no tarda en aparecer en la playa donde comienza a correr de un lado a otro persiguiendo a las gaviotas, lanzando piedras al agua y gritando mucho más que las propias aves. La tranquilidad que había buscado en ese refugio se esfuma de un plumazo y no me queda otra que cerrar el cuaderno, guardar el bolígrafo en el interior de la espiral que une las hojas y ponerme en pie para esperar a mi sobrino postizo que enseguida echa a correr hacia las rocas en cuanto me ve.

—¡Tío Pau!

No tardo en rodar sobre la arena como un croqueta y Roberto se ríe como lo que es, un niño de ocho años, al ver que no rehúyo el combate y que comienzo a moverme de un lado a otro como una culebrilla. Él intenta lanzarse sobre mí, pero hago todo lo posible para frenarlo. Cuando veo que comienza a fruncir el ceño me hago el despistado y le dejo aplastarme sobre la arena. Poco tiempo después escucho un grito mucho más grave que el de Roberto y un cuerpo cae sobre nosotros dos como un fardo. Mi sobrino, lejos de protestar ante la llegada en tromba de su padre, se revuelve e intenta repeler el ataque, pero tiene tanta suerte como yo y los tres terminamos rodando en la playa hasta que sentimos algo de humedad en nuestra piel y una de las olas se estrella contra nosotros.

—¡La madre que...!

Nos ponemos en pie de un salto y los tres nos observamos. No tardamos en echarnos a reír al ver nuestro patético y húmedo aspecto. Roberto no se detiene en tontería y echa a correr tras una gaviota que, en lugar de levantar el vuelo, parece decidida a jugar con su nuevo amigo. Rubén y yo nos quedamos contemplando al niño y nos damos cuenta de que es feliz con mucho menos de lo que necesitamos los adultos. Como si me leyera la mente, mi amigo suspira.

—Qué envidia me da. Lo que daría por volver a aquellos años. ¿Te acuerdas?

—Como para olvidarlos. —Yo también suspiro—. Lo echo de menos.

—Ahora todo es más aburrido. Parece que no puedes divertirte si no es

con mujeres o alcohol.

Me vuelvo como si tuviera un resorte en la cintura al escuchar a mi amigo y lo veo pensativo. Su gesto no concuerda con ninguno de los que ya conozco en su extenso repertorio y sé que algo va mal.

—¿Qué te ocurre?

—Me ocurre que he tirado mi vida a la basura. Tengo un hijo maravilloso y una esposa a la que he menospreciado.

—Exesposa.

Rubén me mira de reojo y gruñe como hacía de niño cuando algo no le gustaba y necesitaba hacerse notar. Ahora no es necesario llegar a ese extremo, aunque me encanta escuchar un sonido familiar que llevaba décadas sin oír.

—En serio. Estoy cansado de ligues de una noche y de tontear con cualquier mujer con la que me encuentro.

—Eso lo dice el que acaba de comportarse como un animal en celo con una joven de veinticinco años.

—¿Quién? ¿Tu novia?

Creo que el gesto de desconcierto terminamos compartiéndolo. Ni él esperaba mi acusación ni yo esperaba su declaración vacía de intenciones. Nos echamos a reír y nos abrazamos como lo que fuimos, como lo que somos. Roberto no tarda en regresar corriendo al vernos de esa guisa.

—Papa, ¿puedo comer un helado?

—Claro. Y dos.

Roberto echa a correr hacia las gaviotas y yo me separo de Rubén y lo miro con el ceño fruncido.

—No sé si no te has dado cuenta, aunque no tenemos helados.

—Me he dado cuenta de que es muy sencillo ser padre. Tan solo se trata de salir airoso del paso y ya está.

—Yo creo que hay mucho más.

—¿A qué te refieres?

—A que puedes entregarte a alguien sin necesitar esperar nada a cambio. Tiene que ser una sensación especial. —Medito un instante mi diatriba que creo repleta de intenciones—. Cuando somos adultos todo se hace con un fin. El altruismo no existe, pero cuando tienes un hijo la vida se vuelve desinteresada. Creo que por eso fallan las parejas.

—¿Por darlo todo por un hijo?

—Por no mantener algo para la persona que comparte su vida contigo.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos. Sé que la conversación ha llegado a un punto en el que no hay que añadir nada más porque todo está dicho, porque hemos caminado hombro con hombro durante una vida entera y nosotros mismos llegamos a entregarlo todo sin pedir nada a cambio. Fuimos como una pequeña familia unida por el dolor y por la promesa de una vida mejor. Y aún seguimos siéndolo.

—Oye, ¿dónde está Roberto?

—¡Joder!

Echamos a correr al mismo tiempo hacia el lugar donde lo vimos por última vez, aunque tan solo encontramos las gaviotas que perseguía Roberto, las cuales continúan en el mismo lugar y nos observan con curiosidad. Rubén, con el rostro desencajado, se lleva las manos a la boca para gritar el nombre de su hijo, pero, en cuanto lo ve en la lejanía, suelta todo el aire que retenía en los pulmones y camina con tranquilidad hacia él dispuesto a echarle una buena bronca. Roberto camina tranquilo por el paseo marítimo y lleva algo en una de sus manos que, de tanto en tanto, acerca a su boca. Cuando está a pocos pasos de donde nos hallamos, nos tiende su tesoro con la generosidad de un niño de ocho años.

—¿Queréis helado?

Confirmando que Rubén se encuentra confuso y que no sabe cómo reaccionar. Por una parte, su hijo ha desaparecido sin pedir permiso y sin avisar, aunque, por otra parte, había pedido permiso para comer un helado sin imaginar que podía llegar a conseguirlo tan fácilmente.

—Papá, tienes que pagarle el helado al señor de la tienda de la esquina. Me ha mirado raro, se ha puesto a llorar y me ha llamado Rubén.

Ambos sonreímos sin poder creer lo que estamos pensando y con el recuerdo de un hombre de pelo oscuro y bigote negro con el que pasábamos las horas muertas en una pequeña tienda de pueblo donde bien podía vender una barra de pan o un destornillador. Rubén me mira de reojo y yo le guiño el ojo y asiento con la cabeza. Con Roberto de la mano nos ponemos en marcha. Tan solo debemos cruzar el paseo marítimo, recorrer un par de calles y llegar a una pequeña plaza donde todas las casas permanecen cerradas a cal y canto menos una de ellas, situada delante de una espesa arboleda que le da un aspecto rústico y acogedor.

—Sigue igual que siempre.

Vuelvo a asentir con la cabeza. Cruzamos la plaza y entramos en la pequeña tienda donde un hombre nos espera tras una barra de madera muy desgastada y con infinidad de marcas en su superficie. Un sinfín de objetos decoran las paredes de la tiendecita y los recuerdos estallan en mi cabeza como una bomba de relojería. Horas y hora pasadas en el interior de la pequeña tiendecita donde Albert, el dueño, disfrutaba las horas muertas charlando con nosotros mientras su mujer, Mercedes, nos regalaba alguna que otra chuchería siempre a espaldas de su marido, al que tildaba de la cofradía del puño prieto, por su tacañería. Pero Albert tenía una forma de generosidad muy especial que aún continúa como reflejo en los ojos de un anciano de pelo blanco y bigote cano que nos sonrío como si no hubieran pasado más de treinta años.

—No me he vuelto loco. Ya sabía yo que ese niño era la viva imagen de Rubén. Y Pau no podía estar lejos.

El anciano sale de detrás del mostrador y se lanza a nuestros brazos ante la atenta y divertida mirada de Roberto que saborea su helado ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor. Tan solo necesita un helado y saber que el ritmo de su mundo sigue siendo el mismo para percibir ese equilibrio que yo tanto echo de menos y que perdí en una infancia lejana y triste. Me dejo abrazar por Albert y respiro el aroma a tabaco y loción para después del afeitado que me arrastra a los años en los que correteaba junto a Rubén por aquellas calles y nos deteníamos en aquel mismo lugar para reponer fuerzas tras alguna batalla con piratas imaginarios o algún escarceo inocente en aras de buscar el amor de alguna compañera de colegio.

—Cuánto me alegro de veros —comenta el anciano con lágrimas en los ojos.

—No has cambiado nada, Albert.

—Sigues igual de mentiroso, Pau.

Asomo mi cabeza por encima del hombro del anciano para observar a través de la puerta que une la tiendecita con la vivienda, pero no veo ningún movimiento ni percibo sonido alguno que llegue de la trastienda. Me temo lo peor y la mirada de Albert confirma mis sospechas.

—Murió el invierno pasado —comenta entre sollozos mezcla de tristeza y alegría—. Era una mujer muy fuerte pero no pudo con una pulmonía. Hace mucho frío en esta tienda.

—Lo sentimos mucho. —Rubén no puede evitar expresar en voz alta

aunque entrecortada lo que ambos pensamos—. Mercedes era una gran mujer.

—Sí que lo era, pero con muy mal genio. ¿Os acordáis de cuando os persiguió con la escoba? No me acuerdo por lo que fue.

—Rompimos dos botijos de un pelotazo.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Un accidente fruto de la energía adolescente que costó una buena carrera para no recibir un escobazo y la apatía de mi madre que se veía incapaz de castigarme o, simplemente, de elevar un poco la voz para hacerse respetar. La recuerdo como una mujer frágil e inconsistente que no quería enfrentarse con su hijo. Y ahora sé por qué. Han pasado más de treinta años y ahora descubro por qué era incapaz de castigarme. Tan solo quería compensar el daño recibido y no se veía con fuerzas para comportarse como una madre. Discusiones en las que mi padre acababa levantándole la mano a mi madre, alguna bofetada de vez en cuando y la tarde en la que a punto estuve de recibir un severo castigo por parte de mi progenitor. Mi madre. Mi pobre madre que poco pudo hacer...

—¿Y qué hacéis en el pueblo?

—Pau ha venido a ver a su madre y nosotros lo hemos acompañado.

—Tu hijo es igualito a ti. ¿Y su madre?

—Estamos divorciados.

Albert mueve la cabeza de lado a lado y el pensamiento que recorre su cerebro se hace tan tangible que mi amigo y yo lo vislumbramos como si estuviéramos contemplándolo en una película. La severidad con la que se puede juzgar una relación ajena se ve disculpada tras la pérdida del amor de tu vida. Albert piensa, con toda seguridad, que se hubiera cambiado sin dudar por Rubén con tal de recibir una segunda oportunidad de ser feliz con la persona amada. Mi amigo parece percibir la misma sensación porque me mira de reojo y frunce los labios como hace siempre que se percata de algo que podía ser distinto.

—Por cierto, Albert, tengo que pagarte el helado de Roberto.

—Invita la casa. ¿Y tú, Pau, estás casado?

—No.

—¿Novia?

—No.

—No sé cómo lo llamáis ahora. ¿Compañera, pareja...?

Me echo a reír ante la insistencia de Albert que no es capaz de comprender

que con más de cuarenta años sea incapaz de seguir soltero y sin compromiso. No me veo con fuerzas para explicarle lo que ocurre con mi vida amorosa al igual que hago con mi terapeuta, pero él no parece necesitarlo porque se encoge de hombros y nos tiende un par de latas de refresco que tanto Rubén como yo tomamos de buena gana.

—Tu madre es una mujer fuerte, aunque está un poco sola. Si no fuera por Montse...

—¿Qué sabes de ella?

—Es buena chica, pero no tuvo suerte en su infancia. Nadie la contrata como cuidadora, aunque ella es feliz con tu madre. Compra el pan cada mañana antes de ir a su casa y me cuenta cosas de vosotros, de las fotografías que ella tiene en su casa... Deberías venir más a menudo. Los ancianos necesitamos a los nuestros.

Muevo la cabeza de lado a lado, pero no porque esté molesto por el comentario de Albert sino porque soy consciente de la veracidad de sus palabras y de la labor que Montse lleva a cabo con mi madre. Todo ello me hace sentir aún más culpable de lo que ya soy. Estoy comenzando a agobiarme y mi amigo no es el único en notarlos. Albert, una vez más y a pesar del paso de los años, recuerda mis anhelos adolescentes.

—Hiciste lo que tenías que hacer, pero ahora está en tu mano solucionarlo.

—¿A qué te refieres?

—Huiste del pueblo porque necesitabas escapar de tus fantasmas, pero ahora puedes encontrarte con ellos y hacer las paces.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es. Venid conmigo.

Albert sale de la tienda y los tres lo seguimos. Roberto continúa comiendo su helado y nosotros agarramos las latas de refrescos para seguir al anciano que se adentra en el bosquecito que enmarca la casa solariega. Ascendemos por un sendero que me resulta familiar y, al llegar a un pequeño claro, nos encontramos con un paisaje majestuoso que llevaba grabado en mi memoria aunque que había quedado relegado al olvido. Entre las ramas de los árboles se puede contemplar el mar en toda su plenitud. El sol comienza a declinar a nuestras espaldas y le confiere al Mediterráneo un aspecto especial y mágico que regresa a mí y me conmueve el alma.

—¿Recordáis esto?

Alberto, lejos de romper con la solemnidad del momento, separa unas

ramas secas que ocultan un objeto y nos muestra lo que parece un pequeño bote de madera a medio construir. Unas pocas tablas acompañan la embarcación y demuestran que el constructor dejó el trabajo sin finalizar, pero sí se preocupó de ponerle nombre a la barca con pintura negra y pulso tembloroso. Los ojos se me inundan de lágrimas en cuanto veo lo escrito en la madera.

—Tío Pau, ¿qué es eso?

—Es una barca que comenzamos a construir tu padre y yo hace muchos años.

—¿Y por qué se llama como el tío Santi?

—Porque queríamos viajar con él y cruzar el mar.

—¿Y no lo hicisteis?

Niego con la cabeza incapaz de continuar con la conversación y me doy cuenta de la juventud perdida, de los años que no disfruté junto a mi madre por la necesidad de volar del nido y alejarme de allí. Me veo incapaz de regresar junto a ella para decirle que siento mucho lo que ocurrió, que no quise dejarla sola aunque que necesitaba alejarme de todos mis recuerdos. Una vez más, me veo como un cobarde huyendo de sus peores temores.

—Vámonos, Rubén.

Le doy un cariñoso abrazo a Albert y le prometo volver algún día verlo. Promesa efímera e hipócrita que no me veo capaz de cumplir pero que abandona mis labios con la facilidad de la mayoría de las mentiras que vamos pronunciando a lo largo de nuestra vida. Camino deprisa y escucho los pasos de Rubén tras de mí. No necesito saber que Roberto viene con nosotros porque me adelanta varias veces antes de llegar al paseo marítimo para volver a detenerse en una pauta cíclica que se repite una y otra vez al ritmo de un crío de ocho años que no puede ni necesita ir más despacio para ser feliz.

—Mira, tío Pau, una gaviota.

Un inocente comentario que me devuelve a la vida y me obliga a detenerme. Rubén hace lo propio a mi lado, pero no comenta nada. Desde que éramos niños se ha comportado de la misma manera y creo que lo quiero más por eso, por saber escuchar, por esperar el tiempo suficiente sin apremiarme, por entenderme. Miro a lo lejos y suspiro.

—No puedo seguir con esto. Es demasiado para mí.

—Creo que te estás obligando a acercarte a tu madre como si esto fuera un sprint y no lo es.

Me vuelvo hacia él y lo veo serio y responsable. Tal y como no es y eso me hace pensar. Quizá nosotros no seamos de una forma preconcebida, sino que nos dejamos arrastrar por aquello que nos rodea y por las personas que son capaces de manipularnos para lograr lo que precisan. Albert me ha mostrado una vez el camino de la sencillez al llevarme junto a la barca que los dos construimos pensando en mi hermano Santi y en rendirle un pequeño tributo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que voy a intentar volver con Diana. Ese es nuestro problema, hermano, le damos demasiadas vueltas a las cosas y, cuando queremos algo, nos lanzamos a por ello con todas nuestras fuerzas.

—¿Y eso es malo?

—No lo es, pero no siempre tiene que ser así. Me he planteado reconquistar a Diana por mí y por Roberto, aunque sé que llevara su tiempo y tengo que mentalizarme. La sonrisa que me dedicó el otro día es el primer grano de arena del castillo. Ahora te toca a ti comenzar con tu castillo, pero grano a grano.

Por tonto que parezca, respiro aliviado al descubrir que mi amigo no había puesto su punto de mira sobre la joven que cuida de mi madre. Rubén me deja con mis pensamientos y corre tras su hijo que, al verlo dirigirse hacia él, acelera el paso y termina corriendo de la misma forma. En cuanto los dos se encuentran en mitad de la playa, caen sobre la arena y ruedan en una batalla sin cuartel cargada de amor y risas. Los observo con envidia, pero con una sonrisa en los labios. Sé que debo alejarme de mi madre, aunque ahora tengo algo claro y es que no voy a rendirme. El ejemplo de mi mejor amigo acompañado de sus sabias palabras me muestra el camino a seguir. Un camino plagado de espinas que debo recorrer con mucho cuidado y que comienza junto a una fuente de piedra, al lado de un camino y enmarcado por una buena cantidad de vides en las que los pimpollos comienzan a explotar con fuerza. La primavera llega con tal fuerza que logra que la vida sea la protagonista de todo lo que nos rodea. Me siento como esas vides con ganas de mostrar su fruto, pero gracias a las raíces que las sujetan a la tierra donde nacieron. Necesito reencontrarme con mis raíces.

Diario - 14 de mayo

De nuevo en el AVE de vuelta a Madrid sumido en mis pensamientos y con la compañía de mi mejor amigo y de su hijo de ocho años. ¿Quién se iba a imaginar que un chaval como Roberto podía poner mi mundo patas arriba? Me siento triste y, en parte, un cobarde que ha tenido la oportunidad de redimirse pero que ha optado por la solución más fácil que siempre es la huida. Podría haberme enfrentado a mi madre, aunque... ¡Un momento! ¿Por qué enfrentarme a mi madre? Quizá sea eso lo que ha intentado transmitirme Montse y yo no he sabido entenderla. Y quizá no he querido hacerlo. Buscar la confrontación con mi madre es una simple excusa para sentirme mejor, para poder darme cuenta de que yo no tuve la culpa de lo ocurrido, de que yo tan solo tenía catorce años y no supe qué hacer para detener lo que se nos venía encima. Ellos eran los adultos al igual que yo lo soy ahora y es injusto entregarle a un niño una responsabilidad que no le corresponde. Un crío tan solo debe de preocuparse en ser un niño y poco más, pero a mí no me dejaron serlo. Discusiones y peleas hay en todas las familias, pero a mí me tocó sufrir la parte más oscura de las confrontaciones familiares. Una violencia de género que se desató con el pequeño impulso del alcohol y que acabó con la vida de dos personas y con las ilusiones de otras tantas. Los que nos quedamos aquí sufrimos lo indecible y mucho más al saber que el tiempo y los recuerdos iban levantando un muro inmenso entre nosotros que impedía acercarnos para sentir el amor que una madre y un hijo están obligados a entregarse. Nosotros nos fuimos aislando de nuestros sentimientos hasta el punto de no poder expresar el dolor que nos atenazaba por dentro y que nos reconcomía el alma de la forma más cruel.

Supongo que mi madre debió de sentir algo parecido porque desapareció como mujer y anuló el único vínculo que nos unía. Quizá con ello pensó que no podría hacerme el mismo daño que a mi hermano Santi, pero no supo nunca que, al distanciarse de mí, estaba condenando lo único que nos mantenía unidos y que, poco a poco, fue diluyéndose como un azucarillo en un vaso de leche. Me marché de allí sin mirar atrás y con el convencimiento de que no abandonaba nada a mis espaldas. Qué equivocado estaba y qué

frágil es la mente de un adolescente recién llegado a al mundo de los adultos. Creemos dominar el mundo y nos sabemos los más fuertes aunque la fragilidad que aún portamos en nuestro interior aparece cuando menos la necesitamos para recordarnos que los nuestros siguen ahí para apoyarnos o para ayudarnos. Pero los míos no existían o eso es lo que yo creía en mi inocencia.

Mirando al mar tenía claro que mi mente me pertenecía y que era el único salvavidas al que agarrarme en caso de naufragio. La imagen de mi terapeuta, sentada tras su elegante mesa, había dejado de molestarme para convertirse en parte de mí. De un yo que parecía dar bandazos de un lado a otro y que encontraba una tabla a la que agarrarse en un océano que amenaza con enviarme al oscuro fondo marino del que nunca podría regresar. Raquel se había convertido en esa balsa y, a pesar de mis ideas algo descabelladas respecto a mis visitas a su consulta, necesitaba soltar todo ese lastre que amenazaba con arrastrarme al lecho de esa masa informe de agua que deseaba convertirme en parte de ella. Pero yo sabía nadar entre mis problemas y esa desesperación me permitía mantenerme a flote a pesar de sentirme cada vez más pesado. Necesito contarle a alguien lo que nunca había explicado. Deseo hablar con Raquel y explicarle cómo se siente un niño cuando pasa del miedo más atroz al dolor de sentir la vida de tu propio padre esfumarse entre tus brazos. Soltar ese lastre. Tan solo eso.

Veintidós

Rubén me había acompañado como cada tarde desde el instituto y hablaba sin parar. Quizá pensara que con ello no me dejaba jugar con mis propios pensamientos, aquellos con los que me auto flagelaba y me erigía como culpable de la muerte de mi hermano. Nunca hablábamos de él porque nada podíamos decir. Tan solo se había ido y había dejado un vacío inmenso en mi interior que no era capaz de llenarlo con nada ni con nadie. Me arrepentía de cada una de las voces dirigidas a Santi y de los pescozones con los que pretendía marcar un territorio que de por sí me pertenecía y que él no intentaba arrebatarme. Pero yo no lo comprendí o no supe verlo. Santiago solo quería pasar el mayor tiempo posible a mi lado porque me quería y, en cierta manera, me idolatraba como siempre se idolatra a un hermano mayor. Yo le pagué con indiferencia y cierta desidia.

Comencé a darme cuenta de ello la primera tarde que, como un autómatas, me senté en uno de los poyetes de ladrillo existentes en el patio del colegio y apoyé los codos en las rodillas con la vista fija en todos esos críos que abandonaban el colegio y se lanzaban a los brazos de sus padres que los esperaban con ilusión en el rostro y los brazos abiertos. No fui consciente de la realidad que se cernía a mi alrededor hasta que Fermín, el conserje, me dirigió una mirada triste desde la puerta antes de cerrarla en mis narices. No había abrazo para mí ni el consuelo de los ojos de un crío de ocho años mirándome con devoción. Por más que esperara en aquel lugar, mi hermano Santi no iba a atravesar el patio para lanzarse a mis brazos a pesar de que repetí esa misma operación durante varios días seguidos hasta que una semana después cerré los ojos con fuerza al salir del instituto y me obligué a caminar en dirección contraria al edificio contiguo que ocupaban los más pequeños. Aquel día, Rubén me siguió en la distancia sin atreverse a inmiscuirse en mi dolor, aunque sin abandonarme. Lo vi al llegar al parque donde me senté en uno de los columpios y lo invité con la mirada a acompañarme. Él se acomodó en el columpio al que normalmente se subía Santi con cierto esfuerzo y desde allí me miró como si me pidiera perdón por ocupar el lugar de mi hermano, aunque yo ya sabía que ese rincón de mi alma

siempre estaría copado por el recuerdo de Santi. Mi mejor amigo tan solo estuvo allí, a mi lado, sin pronunciar palabra, hasta que yo decidí ponerme en pie y regresar a mi casa donde pude hallar la soledad cruel de un piso vacío. Mi madre ocupaba las tardes en dar largos paseos por la playa y en acercarse, como una beata más, a Nuestra Señora de la Mar donde ella decía que la Virgen le servía de consuelo y que podía purgar sus penas. No logré entenderlo y con el tiempo mucho menos. Me volví ateo o agnóstico o cualquier cosa que me permitiera enfadarme con alguien y culpar a un ente superior en lugar de arrastrar la culpa como un reo arrastra sus cadenas. Pero no fue suficiente y mi madre se fue refugiando cada vez más en un mundo religioso que le permitía aceptar las palizas que cada poco recibía como pago por años de dedicación a un hombre que no supo ver más allá de su propio ego. Mi padre se enfadaba sobremanera cada vez que, sin avisar, aparecía en casa y se encontraba con un hijo de catorce años que lo miraba con desprecio mientras el que lo veneraba ya no estaba entre nosotros y su propia esposa prefería refugiarse entre desconocidos y expiar sus culpas con rezos y grupos de oración.

Pero eso no la libraba de lo que la esperaba de tanto en tanto al regresar a su hogar. Recuerdo como si fuera ayer la tarde en que mi madre llegó de la iglesia y entró en el salón de su propia casa con una sonrisa serena en el rostro que se esfumó en cuanto se encontró con la mirada cruel de mi padre que, sentado en el sofá, daba cuenta de un buen vaso de *whisky* que, evidentemente, no era el primero de la jornada.

—¿Ahora sonríes, zorra? ¿Después de matar a tu propio hijo?

Mi madre no tuvo tiempo de protegerse. Creo que ni tan siquiera vio venir la primera patada que impactó en su estómago. Desde el pasillo pude ver a mi propia madre encogerse en el suelo con los ojos desencajados y los míos se anegaron de lágrimas. Con la vista empañada observé cómo el vaso de *whisky* se elevaba a cámara lenta y descendía sobre la cabeza de mi madre que cayó en la alfombra con los ojos cerrados y un hilo de sangre recorriendo su suave mejilla.

— No mereces seguir viviendo.

El pie mi padre se levantó una vez más para descargar el golpe de gracia, pero no pude resistirlo y algo en mi interior explotó y salió a flor de piel como un cartucho de dinamita. Salté sobre él y comencé a golpearlo con la inocencia de un crío que cree poder erigirse como defensor de los oprimidos,

pero tan solo era eso: un crío. Mi padre se revolvió como un gran oso y me lanzó contra el televisor que reventó en mi espalda. Sin tan siquiera mirar atrás, abandonó nuestra casa y se marchó. Unos segundos después apareció en nuestro salón una de nuestras vecinas que, al ver la escena dantesca, llamó a una ambulancia que no tardó más de unos minutos en llegar. Los enfermeros aparecieron como ángeles llegados del propio cielo en el que mi madre creía a pies juntillas, aunque acompañados de dos agentes de policía que, con sus preguntas, me devolvieron a la realidad. El resultado de todo aquello fue que yo pasé tres noches en casa de Rubén y mi madre ni tan siquiera denunció a mi padre. Hoy en día no sé si fue por miedo o por un amor mal entendido. No quiero saberlo.

Pero lo peor estaba aún por llegar. Pocos días después, tras nuestra charla sentados en los columpios del parque en la que Rubén decidió tomar las riendas de la conversación como siempre solía hacer para que, como he comentado antes, mi mente no se dejara arrastrar por los recuerdos, se marchó y me dejó allí sumido en mis pensamientos, aquellos que se recogían en un rincón de mi alma en presencia de mi mejor amigo pero que retornaban en cuanto la soledad volvía a hacer acto de presencia.

No había vuelto a ver a mi padre desde que le diera la última paliza a mi madre y no lo echaba de menos. Todo lo contrario. Me sentía aliviado, aunque, cada vez que escuchaba al ascensor detenerse en nuestra planta, aguantaba la respiración y esperaba con ansia el ruido de una puerta vecina abrirse lo que significaba un alivio para mí. Aquel día ni tan siquiera tuve que subir a mi casa para darme de bruces con un monstruo de carne y hueso. Mi padre esperaba junto al portal y, al verme, se acercó a los columpios con grandes zancadas, me arrancó de la pequeña atracción con un tirón de mi brazo y me miró con los ojos inyectados en sangre. Apenas se tenía en pie y balbuceaba como un niño pequeño. Estaba borracho y yo comencé a temblar. Sus pastosas palabras me revelaron la cruda realidad.

—¿Dónde está tu madre?

—No lo sé.

—Seguro que está en la iglesia con todos esos meapilas.

—¡Te digo que no lo sé!

Ni tan siquiera fui consciente de haber levantado la voz o de revolverme en el brazo de mi padre al que le propiné un buen codazo. Lo único que quería era huir de allí y escapar del cruel monstruo que siempre había sido o

en el que se había convertido. Los recuerdos de mi padre que se agolpaban en mi mente eran bien difusos y los escasos de buen talante aparecían emborronados por un sinfín en los que sus intenciones eran de todo menos paternas. Sin mirar atrás, eché a correr y me refugié en el portal donde me detuve para tomar aire antes de volar sobre las escaleras con el único deseo de poder refugiarme en mi hogar. Abrí con la llave que mi madre me había entregado con solemnidad al comienzo de curso y me dejé caer en el sofá con el corazón latiendo a mil por hora.

Me levanté con cierto esfuerzo y apreté el botón del pequeño televisor en blanco y negro que nuestra vecina nos había prestado tras el incidente en el que mi espalda había impactado en nuestro aparato de televisión. Los dibujos que tanto gustaban a Santi aparecieron ante mis ojos e impactaron en mis retinas como el puñetazo de un boxeador. No tardé en sentir cómo mis ojos se humedecían, pero esta sensación desapareció en el momento en el que escuché unas llaves en la cerradura de nuestro piso y la puerta se abrió para mostrarme, en el zaguán, al monstruo que me había dado la vida y que parecía dispuesto a arrebatármela. Me levanté de un salto del sofá con la idea de esconderme en mi habitación, aunque mi padre fue más rápido y me alcanzó antes de que yo pudiera poner un pie en el pasillo. Me zarandeó por los aires un par de veces y pude sentir cómo mis hombros luchaban por mantener mis brazos unidos al cuerpo. Me dejó caer y, durante un breve instante, el mundo se desvaneció a mi alrededor, aunque la cruda y espantosa realidad no tardó en regresar. Abrí los ojos para ver a mi padre abrir la puerta de la habitación que durante años había compartido con mi madre aunque que ahora se hallaba vacía. Gruñó con furia, regreso a mi lado, me agarró del cuello de la camisa y me puso en pie. Frente a él, pude oler al acre pero dulzón aroma del *whisky* barato que tan bien conocía y que, últimamente, parecía acompañarlo allá donde fuera como una fragancia mezcla de testosterona y fracaso.

—Te lo pregunto por última vez. ¿Dónde está tu madre?

—No... no lo sé.

El agarre me retorció el cuello de la camisa hasta el punto de apretar mi laringe con fuerza. Tuve que hacer un esfuerzo importante para no desmayarme en sus manos y después fui consciente de que hubiera sido lo mejor.

—Esa zorra me ha arruinado la vida. Todos tenéis la culpa. Nadie sabe lo

difícil que ha sido mi vida.

Si se hubiera callado... Si tan solo se hubiera dedicado a golpearme... Pero tuvo que eludir su responsabilidad. Lo que más me dolió no fue que insultara a mi madre o que nos echara la culpa a los demás de lo ocurrido. ¡No! Lo que más me dolió es que se erigiera como una víctima y no como el verdugo en el que se había convertido. No pude soportarlo y ese fue el detonante.

—¿¡Lo difícil que ha sido tu vida!? ¡Y una mierda! Por tu culpa murió Santi. ¡Eres un asesino!

Los ojos se le inyectaron en sangre al escuchar mi acusación y echó la cabeza atrás con la indudable intención de reventarme la nariz de un cabezazo. No necesitaba ser un experto en peleas callejeras para saber que mi padre sí lo era. Cerré los ojos e intenté imaginar lo que mi madre sentía cada vez que él levantaba el puño sobre ella pero nada ocurrió. Mi padre me lanzó con rabia contra la pared del fondo del pasillo y mis pulmones parecieron cerrarse durante unos segundos que se me hicieron eternos y en los que creí morir.

Mi padre comenzó a gritar como un perro rabioso y a golpear las paredes y las puertas con todo su cuerpo. Parecía haberse vuelto loco y temí por mi propia vida. Reventó la puerta del dormitorio de mi madre de un puñetazo e hizo lo mismo con la mía, aunque de un fuerte puntapié. Entró en el cuarto que había compartido con Santi y se quedó allí parado como una estatua de sal en mitad del desierto. La vista fija en un punto que yo no era capaz de identificar. Desapareció durante unos instantes de mi ángulo de visión y tuve la intención de salir corriendo de allí, pero él no tardó en regresar al pasillo con un bulto inconfundible de color rosa entre las manos. Era un peluche con la forma de un erizo. Un simple peluche. El peluche de Santi.

—Yo no... Él era...

Mi padre comenzó a balbucear como un niño pequeño y, cuando levantó la vista, su rostro había mutado a una máscara de paz y serenidad que yo llevaba años sin contemplar. Incluso parecía sonreír con la vista fija en el peluche. Levantó la cabeza y me miró como si me viera por primera vez antes de volver a bajar la vista en dirección al muñeco. Con aire decidido pasó por mi lado y recorrió el pasillo en dirección al salón donde, tras dirigir una breve mirada hacia donde yo estaba, dejó caer el peluche en el suelo y desapareció de nuevo de mi ángulo de visión. El silencio reinó de repente en mi casa, pero

no tardó en ser roto por los gritos que se elevaban desde la vía pública. Gritos desesperados de terror que se clavaron en lo más hondo de mi ser como una saeta de fuego. Me puse en pie con cierta dificultad y, paso a paso, me fui aproximando al salón donde esperaba ver a mi padre sentado en el sofá con un vaso de *whisky* entre las manos. Pero no había nadie. Tan solo la puerta de la terraza abierta y el visillo de color blanco mecido por la ligera brisa marina que entraba desde el balcón. Pasé por encima del peluche de Santi y me acerqué a la puerta de la terraza sin atreverme a salir a la calle, desde donde llegaban los gritos desesperados y las llamadas de auxilio. Sin ser consciente de mis movimientos, puse mis manos en la fría barandilla y mi corazón se congeló al sentir el metal en mis extremidades, aunque, por encima de todo, al ver el cuerpo de mi padre desmadejado como un muñeco de trapo y con la cabeza descansando sobre el asfalto en el mismo lugar donde Santi había sido atropellado unos días antes. ¡Qué cruel ironía del destino! Un charco de sangre se iba formando alrededor del cuerpo de mi progenitor y, desde donde me encontraba a tres pisos de distancia, supe a ciencia cierta que mi padre había muerto.

Ese destino irremediabilmente juguetón se alió con la desgracia para que mi madre regresara de su paseo vespertino en ese mismo instante. Ni tan siquiera un grito salió de su garganta. Se mantuvo en pie cerca de donde el cuerpo de mi padre descansaba, aunque no tardó en elevar la cabeza hacia donde yo me encontraba. Al cruzar su mirada con la mía supe que algo se había roto entre nosotros. Entró en el portal y nos encontramos en el salón. Echó un rápido vistazo a su alrededor y sé que la sangre se le heló en las venas porque su rostro se volvió del color de la cera.

Varios agentes de policía no tardaron en personarse en nuestro domicilio y me acibillaron a preguntas. Ni siquiera tuvieron la decencia de pensar en mí como en el hijo de la víctima. En ese momento no me percaté, pero, con el paso de los años, comencé a ser consciente de que, para ellos, no era más que un testigo o, con toda probabilidad, un sospechoso. Las miradas suspicaces de los agentes pasaron sobre mí como un soplo de aire viciado, aunque yo no podía ser consciente de lo que significaba para ellos encontrarse en mitad de un campo de batalla, frente a un adolescente de catorce años que podía haber lanzado a su padre por la terraza. Absurdo pero cierto. De lo que sí que fui consciente y se me clavó en el alma como una garrapata fue cómo me miraba mi madre mientras los policías me repetían las mismas preguntas una y otra

vez con la intención de encontrar un hilo suelto del que tirar. No pudieron encontrar nada extraño en un chaval que no tenía nada que esconder, pero aquella mirada de mi madre fue peor que la más cruel de las posibles condenas. Cuando, pasadas un par de horas, al fin nos quedamos solos, ella fue capaz de comentar la posibilidad de que su hijo de catorce años se preparara un simple sándwich para cenar antes de encerrarse en su habitación. Ni un beso de buenas noches ni un hasta mañana. En la soledad de mi cuarto me sentí más abandonado que nunca. Dormí abrazado al erizo de peluche de Santi y, durante la noche, escuché los sollozos de mi madre que venían del otro lado del pasillo. En ese momento, la fragilidad de la adolescencia no me permitía comprender por qué lloraba mi madre. Para mi inocente cabecita, ella se había liberado de la presencia del monstruo que la hacía infeliz y que la maltrataba, pero la realidad era bien distinta. En una semana había pasado de ser una madre maltratada con un marido desequilibrado, pero con dos hijos que eran parte de su ser a una mujer mancillada y marcada para siempre que había sufrido el suicidio de su marido y la fatal pérdida de su hijo pequeño. Aún quedaba yo en su vida, pero, al parecer, no era suficiente motivo como para desear seguir viviendo. Me sentí repudiado por ella y, cada día que pasaba encerrada entre las cuatro paredes de su habitación, yo me veía como un hijo no deseado al que se le había culpado de todo lo ocurrido. Yo no tenía nada que ver, aunque mi madre logró que me sintiera como un apestado. Debía haber comprendido que ella no me culpaba de nada, que toda la culpa la sentía recaer sobre su frágil espalda pero que le daba vergüenza mostrarse ante mí como esa mujer en la que se había convertido y que sabía que me había fallado. Pero ninguno de los dos fuimos capaces de hablarlo, de expresar todos esos sentimientos, nuestros miedos y desilusiones. Tan solo nos dejamos llevar por el dolor y el silencio nos rodeó como una espesa niebla que no nos dejaba ver más allá de nuestras narices.

Mi hermano había muerto, mi padre se había suicidado y mi madre había decidido respetar mi dolor cuando lo que yo necesitaba era un abrazo o un beso. Tan solo eso y poco más que ella no fue capaz de entregarme porque eso implicaba un gesto de amor y mi pobre madre había perdido todo el que le quedaba en el negro asfalto frente a nuestro portal. No había amor que compartir, aunque yo no lo sabía.

Unas semanas después abandonamos Barcelona e intentamos dejar atrás todos esos recuerdos que se pegaron a nuestro corazón como una lapa a una

roca. Cambié unas olas por otras, aunque seguí perdido en el vaivén del Mediterráneo que, de tanto en tanto, soñaba con recorrer. Rubén me siguió al destierro no como un perrito faldero sino como un amigo que supo comprenderme y que me dio el amor que no fue capaz de entregarme mi propia madre. Cada pocos días tomaba un tren que lo acercaba a nuestro pueblo y pasábamos las horas sentados en las rocas de la playa recordando nuestros juegos de adolescentes que, sin darnos cuenta, habían desaparecido de nuestras vidas. Nos obligaron a madurar demasiado pronto y con ello llegaron las ganas de volar, de abandonar el nido y alejarnos de todos esos tristes recuerdos. Mi madre, en su penar, no fue capaz de imaginarse que su hijo, la única persona que la unía a la vida, solo pensaba en abandonarla. Y no tardó en ocurrir.

Veintitrés

Raquel levanta de nuevo la vista del cuaderno y me observa de una forma peculiar. Su mirada refleja comprensión, pero también una ligera tristeza. Aunque sé que es del todo imposible, diría que empatiza conmigo o con mi historia de una forma especial. Me encojo en el sillón algo incómodo y dirijo mi vista hacia la ventana para evitar cruzarme con los ojos oscuros de mi terapeuta.

—Hay algo que no entiendo —suelta de repente con un ligero carraspeo—. Me dijiste nada más entrar que no querías continuar con la terapia, pero, tras contarme todo esto...

—Si lo que quieres saber es si he cambiado de opinión, ni yo mismo lo sé.

Ambos nos miramos y el hielo que se había levantado entre nosotros se derrite a la misma velocidad a la que se había formado pero la distancia entre psicóloga y paciente no se desvanece de cualquier forma.

—Me cuesta creer que no derramaras ni una lágrima por tu padre.

—¿Acaso se lo merecía?

—Supongo que no.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Raquel baja la cabeza un instante en un gesto muy estudiado con el que me imagino que pretende ganar tiempo para rumiar una respuesta coherente, que no deje en entredicho el lugar que ocupa pero que tampoco exceda los límites que ambos nos hemos impuesto.

—Si puedo contestarla, lo haré.

—¿Crees que tengo un verdadero problema?

—¡Vaya! Creía que me ibas a meter en un aprieto con una pregunta personal.

—¿Lo hubieras preferido?

—Para nada.

Raquel sacude la cabeza de una forma exagerada y con ello compruebo que no miente y que la frontera de la comodidad y estabilidad entre terapeuta y paciente se encuentra allá donde comienza la vida personal del primero. Supongo que es razonable una transacción emocional en una única dirección.

—¿Entonces?

—Verás, no es cuestión de poner etiquetas a lo que te ocurre. Lo de que sea un problema o no depende de tus expectativas. Si lo que quieres es formar una familia estable y equilibrada en un breve espacio de tiempo, tienes un verdadero problema.

—Eso no me anima.

—Pero, si lo que quieres es avanzar día a día con la idea de volver a confiar en tus sentimientos...

La miro con la respiración contenida y esperando la continuación de una frase con más suspense que la mejor de las películas de Hitchcock. Todas mis ilusiones y expectativas unidas a unas pocas palabras de una mujer a la que conocí hace unos pocos días aunque que sabe más de mi vida que mucha de las personas que comparten mi existencia.

—...es otro cantar. Tienes todas las de ganar, pero debes comenzar por el principio. Ya has reconocido que tienes un problema y sabemos que está relacionado con los maltratos de tu padre hacia tu madre. Cada vez tengo más claro que tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—Miedo de no poder tener una relación estable. Miedo de repetir en ti lo que vivieron tus padres, pero, sobre todo, miedo a convertirte en un reflejo de un hombre maltratador que destruyó tu adolescencia.

—Eso me convierte en un auténtico cobarde.

—No te confundas. Te convierte en un hombre razonable que no quiere repetir los errores de sus propios padres. A mí no me pareces un cobarde sino todo lo contrario. Hay que ser valiente para llegar hasta donde tú has llegado.

Tengo que reconocer que estoy a un tris de saltar de júbilo por el despacho al escuchar las frases de aliento de mi terapeuta, aunque la realidad me golpea poco tiempo después y me baja a mamporros del pedestal de autoestima en el que Raquel me había subido. Ella me observa con curiosidad y yo no tardo en sonreír con cinismo.

—He estado a punto de tragármelo. La parte en la que la psicóloga adula a su paciente para que continúe con la terapia no tiene precio.

—¿Eso es lo que crees?

—Eso es lo que me acabas de demostrar.

—La parte en la que el paciente critica a la psicóloga para huir de la terapia tampoco tiene precio.

Touché. Tocado y hundido. No esperaba una respuesta tan franca y directa por parte de Raquel a la que imaginaba pidiéndome disculpas por su exceso de celo o por haber intentado tomarme el pelo con su insistencia. Una vez más me creo más listo que los demás y me caigo con todo el equipo. Sonrío de nuevo con cierto cinismo, le pago la sesión y salgo del despacho sin tan siquiera despedirme de ella. Una vez estoy en el vestíbulo me fijo en las personas que esperan sentadas el turno para volver su vida del revés. Ya he coincidido con algunos de ellos, pero llama mi atención un joven que no puede detener el movimiento de sus manos y me acuerdo de Roberto, de cómo ha entrado en mi vida tras ocho años sin saber de él y en cómo me ha demostrado que el problema no está siempre donde creemos sino donde los demás lo colocan. Yo sé dónde se encuentra el mío, pero también fue impuesto como le pasa al hijo de mi amigo. Su vida se mueve a un ritmo distinto de la de los demás, aunque no por ello él está equivocado. Quizá los que lo rodeamos no sepamos adecuarnos a sus movimientos al igual que este chico de la consulta parece mostrar una necesidad imperiosa de echar a volar. Puede ser que mi problema no sea yo mismo sino lo que los demás han impuesto en mí. Esos miedos, desesperanzas y los largos años de soledad que parecieron cernirse a mi alrededor hasta el punto de enroscarse alrededor de mi cuello e impedirme respirar.

No me lo pienso dos veces. Doy media vuelta, regreso al despacho de Raquel y me quedo en la puerta esperando a que ella levante la cabeza para entregarme mi veredicto, pero ella no lo hace.

—¿Te apunto para el jueves? —me pregunta sin tan siquiera verme. Hago una prueba y asiento con la cabeza—. Entonces, nos vemos en dos días.

Ni me lo explico ni lo intento. Salgo de su despacho, atravieso el vestíbulo con diligencia y salgo a la calle donde hincho mi pecho en busca de un aire puro y fresco que no logro encontrar. Por alguna extraña razón, a mi mente llega la imagen de una pequeña playa en un pueblo aún más pequeño y la sensación de la brisa acariciando mi rostro y refrescándome el alma me hace volar muy lejos de allí. Tanto que, por un instante, me veo a seiscientos kilómetros de la capital y me siento liberado. Camino con calma hacia el centro de Madrid y me detengo en una plaza donde unos pocos adolescentes corren de un lado para otro bajo unos chorros de agua que salen de toberas del suelo y ascienden como cañones para volver a caer sobre ellos.

El calor primaveral ha caído en la capital como una losa y siento cómo mi

cuerpo se debilita a cada paso hasta el punto de necesitar un breve descanso en un banco de madera del parque. Con la vista fija en los críos, me veo en la playa de la Barceloneta jugando a piratas con Santi y con Rubén. Mi hermano me busca desesperadamente mientras mi mejor amigo lo ve sufrir como si de verdad hubiera desaparecido y no me encontrara arrodillado detrás de unas rocas. El rostro de Santi es un poema, aunque, cuando unos segundos después me ve salir de mi escondite, su cara se ilumina y corre hacia mí con los brazos abiertos. Nunca me había parado a pensar en lo que aquello podía llegar a significar para él y en lo que nunca significó para mí. Los recuerdos continúan llegando a mi cerebro sin permiso, pero con la idea de anidar allí y formar una película inconexa, pero con tal carga emocional que, sin darme cuenta, me encuentro llorando en plena calle.

Veinticinco años han pasado desde que guardara todos los juguetes de Santi en una caja y la cerrara sin tan siquiera despedirme del peluche con forma de erizo que terminó encima de todo hasta el momento en el que Roberto volvió a abrirla profanando lo que yo creía perdido en el olvido. No me molestó. Tan solo trajo a mí un sinfín de sensaciones dispares y una realidad paralela que me golpeó el rostro de tal forma que me hizo despertar de mi cruel ensoñación. Vuelvo al día a día en el que me hallo y me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano antes de ponerme de nuevo en pie y comenzar a caminar sin rumbo fijo y dando tumbos como un borracho. Llego hasta un puente de metal que discurre sobre una calle y transitado por una marea de personas que a aquella hora de la tarde regresan al centro de la capital desde sus trabajos donde abandonan sus ilusiones y las pocas energías que deberían dedicar a los suyos, a esos niños que solo demandan un poco de atención, algún salto sobre el sofá o una pelea en broma en la alfombra del salón. Todo aquello que yo no he podido disfrutar y de lo que perdí el efímero rastro el día que Santi decidió seguirme en el parque y perdió su vida sobre el asfalto barcelonés. Quizá yo no tenga la oportunidad, pero he visto ese sentimiento en los ojos de quien menos me lo esperaba. Una oportunidad. Solo una oportunidad para ser feliz, para reencontrarse como padre, para disfrutar de una familia que le fue servida en bandeja de plata aunque que no supo conservar.

Detengo a un taxi con cierto nerviosismo que se refleja en mi mano temblorosa alzada al aire, me subo a él y, tras dar la dirección de mi destino, me abandono en el asiento de atrás del vehículo con una sonrisa estúpida en

el rostro y la sensación de agotamiento mental y físico que últimamente parece haberse adherido a mí como una segunda piel. Las calles se van desvaneciendo a mi paso y el color gris comienza a coparlo todo. Quizá todos esos hombres difusos que son como los que tan bien reflejó Michael Ende en su novela Momo donde esos caballeros de gris perseguían los sueños de las personas y los cambiaban por algo tan efímero como el tiempo. Tiempo que nos sobra a raudales pero que acaba con los sentimientos y con el amor. Segundos dedicados a cosas superfluas, minutos perdidos en el transporte público, horas tiradas a la basura en puestos de trabajo donde un superior rastroso y egocéntrico decidirá sobre tu futuro sin importarle nada más que las cuentas de resultados y los beneficios que se repartirá con los demás hombres de gris. ¡Qué inteligente fue Ende cuando supo ver más allá de la realidad que nos atormenta! No tenemos tiempo que dedicar al amor de nuestra vida o a los hijos que lo significan todo para nosotros porque hipotecamos esos segundos en luchar por el maldito dinero. Quizá no sea tarde para mi mejor amigo.

Me bajo del vehículo en una zona residencial en las afueras y miro a mi alrededor antes de encaminarme a cumplir mi misión. Unos pocos niños juegan en un parque cercano bajo la atenta mirada de sus padres, sentados en la terraza de una cafetería cercana. Supongo que esa es la verdadera imagen de la felicidad y no un montón de billetes pudriéndose en una cuenta corriente o un vehículo último modelo cubierto de polvo en el garaje por miedo a verlo arañado. La felicidad es algo más y cada vez lo tengo más claro. Ya es tarde para mí, pero no para Rubén. Atravieso el cuidado jardín del chalé más cercano y aprieto el timbre del que fue el hogar de mi mejor amigo y donde su exmujer Diana comparte cada rincón de lo que fue un lugar feliz con un niño hiperactivo que en unos días me ha robado el corazón. No tengo un plan predefinido. Tan solo la idea en mente de hablar con la madre del chico y pedirle una segunda oportunidad para mi mejor amigo. Escucho unos pasos al otro lado de la puerta, aguanto la respiración y, en cuanto la puerta comienza a abrirse, el discurso no ensayado escapa de mis labios.

—Te echa de menos y sabe que se ha comportado como un estúpido...

La persona que me abre la puerta es el último ser vivo que esperaba encontrarme en el chalé que compartió mi mejor amigo con la que era, por aquel entonces, su mujer y el amor de su vida. El hombre que me mira desde el zaguán con la sonrisa en los labios y los ojos chispeantes de felicidad

abrazo a un niño que me observa desde el vestíbulo y que, en cuanto me ve, suelta un chillido y se lanza a por mí.

—¡Tío Pau! ¿Cuándo vamos a volver a jugar a los castillos de sábanas?

—Cuando tú quieras, Roberto.

El niño suelta un grito de júbilo y, como viene siendo normal en él, sale corriendo hacia el interior de la vivienda sin un destino predefinido aunque que pensara sobre la marcha. Me quedo en la puerta con una sonrisa estúpida en los labios y hago ademán de marcharme, pero Rubén cierra la puerta a sus espaldas y sale al jardín conmigo.

—Venía a hablar con Diana, aunque veo que te has adelantado.

—Tío, no puedo vivir sin ella y sin mi hijo. Solo con pensar en estar separados... No sé. Es duro.

—Me lo imagino.

—Me he pedido unos días en la revista para pasarlos con ellos.

—¿Y cómo se lo ha tomado ella?

—¡Buf! Al principio, no muy bien. Ha comenzado a gritar y esas cosas, pero yo me he dado la vuelta y me he ido a jugar con Roberto.

—Eso no sé si es ser valiente o estar loco.

Rubén se encoge de hombros y me abraza como llevaba años sin hacer. Creo que la última vez que tuvo una muestra de cariño tan fuerte como aquella fue el día que murió Santi. Por suerte para los dos, ahora todo es distinto y un atisbo de esperanza se cierne sobre dos hombres abandonados a su suerte y embarrancados en la playa del amor.

—Tío, quiere que me quede a cenar y me ha dicho que luego veremos.

—Eso es una gran noticia. Me alegro mucho por vosotros.

—Lo sé. —Me doy la vuelta y me alejo del jardín—. ¡Oye, te quedas a cenar!

—Tres son multitud. En este caso, cuatro.

Antes de cruzar la calle lo veo regresar al chalé y cerrar la puerta detrás de él. Suspiro, pero no sé si es de felicidad por mi amigo o de tristeza porque me siento solo y, de alguna forma egoísta, lo pierdo un poco. Echo de menos hablar con mi terapeuta o, como poco, escribir en mi diario cómo me siento. Veo a los niños en el parque, la puerta cerrada del chalé de Rubén y algunos padres que charlan en la terraza de la cafetería o leen el periódico y es en este preciso instante cuando una idea, algo descabellada, explota en el interior de mi cerebro. Ahora me arrepiento de no haberme comportado como un buen

periodista que no sale a la calle sin una libreta y un bolígrafo, pero mi gozo no se hunde en un pozo al ver a lo lejos una papelería en un pequeño centro comercial. No tardo en regresar al parque con un cuaderno y un bolígrafo Bic con el que vaciar mi alma en algo bien distinto a un diario de penas, desdichas y desgracias.

Me siento frente a una de tantas mesas libres de la cafetería y esaunque pacientemente la llegada del camarero al que le pido un café con leche en vaso con dos sobrecillos de azúcar. Enciendo un cigarrillo mientras ordeno mis ideas, pero el pitillo acaba consumiéndose en el cenicero en cuanto la punta del bolígrafo acaricia el papel cuadriculado. El título aparece como por arte de magia y ya no puedo dejar de escribir durante un buen rato mientras el cigarrillo se consume y el café se enfría. Me tomo un pequeño respiro para observar de nuevo la puerta del chalé de mi mejor amigo al que le han dado una segunda oportunidad para ser feliz. Podría haber sido un buen título. «Otra oportunidad para ser feliz». Quizá eso es lo que yo mismo hubiera necesitado para que el título de la novela de mi vida se hubiera acercado al que acaba de aparecer en mi mente. Pero no es así. Mi vida viene refrendada por un titular mucho más concluyente y de una dureza extrema que yo mismo he soportado con estoicismo. Ese título refleja una disparidad que me atormenta pero que ahora permite un ligero rayo de sol entre las nubes negras bajo las que he vivido todos estos años. Detengo la escritura y vuelvo atrás para leer esas pocas palabras y saborear su significado con la tristeza con la que se ven adornadas, pero sin regodearse en su significado.

—Las otras víctimas del dolor.

Sacudo la cabeza al ver llegar las imágenes duras y lastimosas de mi juventud, pero ahora me veo con las armas suficientes como para luchar con la sensación de desasosiego que siempre permitía que me inundara por dentro. Nunca será lo mismo y ahora lo sé.

Diario - 16 de mayo

Por alguna extraña razón que no llego a comprender, tuve que dejar de escribir cuando el primero de los niños abandonó el parque y se reunió con su madre que lo esperaba con un bollo de mantequilla en una mano y una toallita húmeda en la otra. Me sentía como un voyeur que no debería encontrarse allí mientras escribía sobre mis sentimientos, mis recuerdos y el deseo de un fin mejor para toda mi vida. Yo no era el protagonista de lo que acababa de escribir, pero me sentía lo suficientemente cerca como para sentirme identificado y reflejado en esas palabras. Pero la inocencia de aquel niño me devolvió a la realidad y me convirtió, en un santiamén, en un alguien que mancillara con sus palabras la nívea existencia de aquella criatura.

Ahora, en el refugio que supone mi hogar, me abandono al sofá que fue catedral de sábanas y termino por abandonarme a la escritura convulsa en la que los pies y la cabeza tienen el mismo sentido que los signos de puntuación que tan solo significan una traba en el lenguaje escrito que nos permite pensar en aquello que queremos expresar aunque que necesita el filtro del tiempo para madurar. Una vez más, el maldito tiempo que todo lo corrompe hasta el punto de no permitarnos ser nosotros mismos. En este cuaderno puedo dejar que el tiempo se desvanezca o que se detenga y me espere en el empedrado regular de las cuadrículas hasta que la tinta del bolígrafo (no es tinta de gel de color verde) se transforme en figuras inconexas para formar palabras y crear frases y sentimientos. No existe el tiempo cuando uno no necesita sentirse evaluado y ese es un hándicap con el que debemos aprender a vivir. Precisamos de la aprobación de los demás para ser felices y eso nos convierte en títeres; marionetas sin hilos tan solo movidas por el viento y sin ningún fin, sin una meta por la que luchar o un destino al que aproximarse. Eso es lo que somos sin la libertad de unas pocas líneas en las que expresar lo que somos y hacia dónde nos encaminamos.

Raquel fue lo suficientemente inteligente como para ver mucho más allá de mis palabras y para darse cuenta de que el tiempo me estaba estrangulando y necesitaba de una vía de escape para volver a ser yo. El pasado regresaba a mí a cada instante, el presente tan solo reflejaba la llegada a mí de los

hombres de gris y el futuro, sencillamente, no existía para un alma perdida en las olas y sin una barca a la que aferrarse.

No sé si la decisión está tomada o no, pero se ha formado de tal forma en el interior de mi cerebro que no puedo obviarla. Tampoco deseo hacerlo porque sé que ese es el único destino recurrente, aunque el camino sea una senda plagada de espinos de color blanco. El miedo atenaza mi alma, aunque no mi espíritu y es este el que mueve el bolígrafo de tinta azul sobre el papel de mi diario creando todas esas figuras que parecen olvidadas en el interior de mi mente, aunque yo sé que siempre han estado esperando la llegada no del ser cobarde y egoísta que abandonó a quien más quería sino la del hombre maduro que ha luchado por sobreponerse con la fuerza de un titán y la determinación de un caballero andante.

Lo sé. Aunque el deseo de huir una vez más esté siempre presente, creo haber hallado en mi interior la fuerza necesaria para enfrentarme a los miedos que me llevan atenazando desde que perdiera mi juventud en la lúgubre oscuridad de mi hogar roto. No fue culpa de mi madre y ahora lo sé, pero tampoco yo tenía la madurez suficiente como para repartir las culpas de forma justa y equitativa. Tan solo me erigí como el juez supremo, el testigo clave y el frío verdugo. Tres por el precio de uno y la justicia divina fue servida en bandeja de plata. Ahora sé que la verdadera víctima de lo que ocurrió fue mi madre. Tuvo que soportar las palizas sistemáticas de aquel que le había jurado amor eterno, la pérdida de un hijo de ocho años que se fue sin poder ni tan siquiera despedirse y del que sí pudo hacerlo, pero prefirió huir como un cobarde. Lo perdió todo y se sumió en sus recuerdos mientras yo me regodeaba en ellos. Ha llegado el momento de regresar al lugar que me corresponde y que nunca debí abandonar. El tiempo, en esta ocasión, no pertenece a los hombres de gris, sino que se convierte en mi mejor aliado, en aquel que puede devolverme lo que nunca logré ser.

Veinticuatro

El termómetro de la estación marca treinta y dos grados y dudo antes de salir a la calle donde un sol abrasador amenaza con arrasarlo todo. Pocos viandantes junto a la estación de Sants cuando pongo un pie en la calle y levanto la mano para pedir un taxi que no se detiene. Miro a mi alrededor y diviso a la izquierda una parada de taxis donde varios conductores me miran con cara de pocos amigos.

—Perdón, no los había visto.

A pesar de mi disculpa, el primero de los taxistas, palillo entre los labios y mirada perdida, me invita a subir al Mercedes de color blanco. Yo me rebullo en el asiento de atrás y espero la consabida conversación con el conductor que, por suerte para mí, no se produce. Es evidente el enfado del conductor al pensar en mí saltándome la idiosincrasia y la jerarquizante hegemonía de un gremio venido a menos donde una parada de taxis y el orden que ello conlleva se convierte en un principio fundamental de la tontería humana.

Disfruto del silencio y eso me permite saborear la ciudad que me vio nacer, donde pasé los primeros y más felices años de mi vida y donde lo perdí todo en una sola tarde. Ahora, no me importa. El sol brilla alto y se refleja en las fachadas de los edificios que parecen sonreír a mi paso. Una amalgama de cromatismo que baña mis retinas y me devuelve a la Barcelona de los años ochenta y a un mundo adolescente mucho más lento que el que ahora contemplan mis ojos y donde, para un crío como yo, pasar todo el tiempo en las calles era tan solo eso: tiempo ganado a los hombres de gris y recuerdos que perduran en mi interior como un caleidoscopio de sentimientos.

Me encuentro sentado en el asiento de atrás de un taxi sin ninguna prisa y con el deseo de demorar mi viaje lo más posible. La sensación es extraña y me siento lejos del mundo que hemos creado donde el vértigo lo domina todo desde su atalaya de poder y donde el que más disfruta es aquel que es capaz de manejar su ritmo por encima de todo. Y no me refiero a una vida más tranquila como la que yo añoro u otra más movida como la de Roberto donde todo lo que lo rodea parece desplazarse a un par de marchas más rápido. No es eso. Es tan solo sentir que el mundo permanece parado bajo tus pies y que

eres tú el que se mueve por deseo y no porque la inercia te invite a hacerlo. Por primera vez en mucho tiempo siento que me muevo a la velocidad que me apetece y con la que me siento a gusto.

Hay bastante tráfico y tardamos algo más de cuarenta minutos en llegar a mi destino. Le doy una buena propina al taxista, aunque no por mi supuesta metedura de pata sino por el hecho de no haber tenido que soportar una conversación banal y sin sentido. El hombre del palillo en los dientes, por su parte, tan solo agarra los billetes con una de sus zarpas de oso, gruñe a modo de supuesto agradecimiento y me invita a descender de su carroza con un claro movimiento de la cabeza. Una vez que el taxi desaparece calle abajo, me doy la vuelta y observo el paisaje que tengo ante mis ojos. Tan solo llegan a mi cerebro unos pocos recuerdos inconexos, pero con la suficiente claridad como para transportarme a un pasado ocurrido veintiocho años antes y al último paseo que di junto a mi hermano.

Por alguna extraña razón, la temperatura de Montjuic parece subir unos pocos grados y siento que me falta el aire, que no puedo respirar. Me dejo caer en un banco de madera situado junto a uno de los vetustos edificios de piedra que adornan la entrada principal del Cementerio Nuevo. Toda la tranquilidad que me había acompañado en mi paseo desde la estación de Sants se esfuma como por arte de magia y vuelvo a darme de bruces con el hombre cobarde y atenazado que no sabe ver más allá de sus narices y que se ve superado por sus miedos y recuerdos del triste pasado.

Me pongo en pie de nuevo, pero con cierto esfuerzo y me interno en el Cementerio de Montjuic. Una vez en la calle Santa Eulalia miro a uno y otro lado e intento recordar. La glorieta ovalada que saluda a los recién llegados me parece tan distinta que temo ser incapaz de encontrar el lugar al que deseo llegar. Los árboles han crecido de tal manera en veintiocho años que no me veo con la capacidad de orientarme hasta que me encuentro con un hombre vestido con unos pantalones y una camisa de color azul marino y un escudo en la pechera donde reza el nombre del cementerio. Calculo que debe rondar la edad de jubilación por lo que presumo pueda ser de gran ayuda.

—Perdone.

—Dígame.

—Estoy buscando una zona de nichos donde enterraron a mi hermano.

El hombre de azul marino mira a uno y otro lado antes de curvar los labios.

—Hay varios sectores con nichos. ¿Cuánto tiempo hace...? Usted ya sabe.

—Murió hace veintiocho años.

El empleado cierra los ojos y aprieta el tabique nasal con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha en un claro ejemplo de Pensador de Rodin.

—Creo que son los más cercanos a la entrada. Hay como cinco o seis construcciones. No tiene perdida.

Tras darle las gracias me pongo en marcha en dirección hacia el lugar señalado e intento disfrutar del bonito paseo entre lápidas de mármol y mausoleos del mismo material. Las estatuas de ángeles con las manos juntas por delante del pecho y la testa elevada hacia el cielo son tan numerosas que comienzan a ser claustrofóbicas para alguien cuya relación con lo divino queda en una ínfima memoria residual de las visitas dominicales a la iglesia junto a mi madre.

Al rodear uno de los mausoleos me detengo en seco tras darme de bruces con el primero de los edificios de teja árabe anaranjada donde la serie de nichos y sus respectivas flores copan la fachada de la construcción como si de una colmena se tratara. De nuevo volteo la cabeza de lado a lado e intento recordar. Mi madre gimoteando junto a mí, Rubén a mi lado sin atreverse casi ni a respirar y un par de vecinos acompañando nuestro dolor con sus comentarios en voz baja. Ni tan siquiera una plañidera que se vaciara de lágrimas en compensación por la sequía de mi alma. Abro de nuevo los ojos y me veo a pocos metros de allí junto a las únicas dos personas que seguían a mi lado a pesar de lo ocurrido. Lo recuerdo. Me encuentro a tan solo unos pocos pasos del lugar donde Santi fue abandonado a la suerte del sueño eterno, pero no me veo con fuerzas para completar mi misión. Me siento sobre una lápida y doy un fuerte golpe en el mármol.

—Mierda, mierda, mierda.

Aunque supongo que no es lo más apropiado en un lugar sagrado, la única palabra que en este momento soy capaz de balbucear abandona mis labios y me devuelve a la cruda realidad, a la verdad absoluta que me muestra lo que no he sido capaz de vislumbrar antes de este ridículo e inútil viaje en busca de mis recuerdos. Me incorporo, aunque vuelvo a dejarme caer sobre la lápida con los ojos anegados en lágrimas y la rabia copando cada rincón de mi ser. La cobardía de la que tanto presumo ahora, que soy capaz de identificarla, aparece una vez más y me devuelve a los años de mis planes de fuga en busca de un lugar mejor lejos de mi madre. La fotografía compuesta

en mi mente de la mujer menuda que me dio la vida aparece ante mis ojos con tal claridad que me veo tentado de acercar la mano para acariciar un rostro que tan solo es un recuerdo. La veo serena y feliz mucho antes de que el hombre de su vida decidiera romper con lo único que los mantenía unidos. Una mujer que se entregó en cuerpo y alma a sus hijos a los que amó mucho más allá de la vida y, sobre todo, de la muerte. Ahora me doy cuenta del verdadero sentido de este viaje al interior de mi pasado y una leve sonrisa adorna mi rostro mientras la suave brisa del Mediterráneo me susurra al oído unas pocas palabras con un significado especial para mí.

—Regresa a tu hogar.

Me vuelvo a toda velocidad, aunque sigo solo, sentado sobre la lápida de mármol y a tan solo unos pocos pasos del lugar de descanso eterno de mi hermano Santi. Musito una disculpa que se pierde entre los cipreses mientras son acunados por el viento y me pongo en pie para abandonar el lugar que ha logrado quebrar mi alma y derrumbar las murallas de mi corazón. Regreso al exterior del cementerio, pero no hay ningún taxi con el que regresar a la ciudad. Al fondo veo aparecer un autobús de línea y no me lo pienso dos veces. No tardo mucho tiempo en estar de nuevo en el centro de la urbe donde ahora sí que puedo encontrar un taxi, pero recuerdo mi última experiencia y cambio de opinión. Comienzo a caminar por la Avinguda del Paral·lel hasta que encuentro lo que buscaba confiado en encontrarlo en una ciudad tan turística como Barcelona.

Media hora más tarde puedo disfrutar de la brisa, sentado en un todo terreno recorriendo la costa en dirección a mi nuevo destino, al lugar del que decidí huir pero que ahora me atrae como la miel a las moscas. Mantengo un ojo puesto en la carretera mientras observo de reojo las barcas que se mecen en el mar y que brillan bajo el sol vespertino. Kilómetros que me acercan a mi destino y que me alejan de mis miedos y pesadillas, aquellas con las que ya me he familiarizado pero que desearía dejar atrás. Solo anhele una noche plácida sin las imágenes que bombardean mi subconsciente y que me recuerdan lo desgraciado que pude llegar a ser. Pesadillas vacías de sentimientos, pero impregnadas por un mensaje negativo y desesperanzador. Necesito volar.

Una hora me separaba de mi destino y ahora, que enfilo el camino de tierra bordeado de vides, me veo como un niño perdido en las olas de mis desgracias y buscando una barca a la que aferrarme. Detengo el todo terreno

junto a la fuente de piedra y observo la pequeña casa que hace años mostraba orgullosa una fachada del color de la nieve aunque que ahora duerme el sueño de los justos tras años de amargura disfrazada. Me bajo del todoterreno y expando mi vista por los campos de vides oscuras y secas. Tiempos atrás, los agricultores de la zona se turnaban para faenar las tierras, recoger la uva y pisarla a cambio de un simple jornal, una comida que llevarse a la boca o un jergón sobre el que pasar la suave noche mediterránea aunque el tiempo pasa y, hoy en día, las vides crecen desmadejadas sin nadie que pode sus sarmientos y la tierra se muestra seca y agrietada. Como si me transportara seis siglos atrás, me veo cultivando el campo de vides y creando una Malvasía digna de la región en la que crecí. Absorto estoy en mis pensamientos y no escucho unos pasos a mi espalda hasta que los últimos guijarros del camino antes de llegar a la fuente crujen bajo el peso de una menuda mujer que me mira como si estuviera viendo un fantasma.

—Pau, ¿eres tú?

—Hola, mamá.

—Pensé que no ibas a volver.

—Ya lo sé. Yo también lo pensé.

Mi madre no me juzga ni se muestra rencorosa. Tan solo recorre los dos pasos que nos separan y me abraza con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer de nuevo de su lado. Mi cuerpo se tensa durante un instante, pero siento que mis pies, poco a poco, se van aferrando a la tierra que amé y en la que nos refugiamos tras la muerte de Santi y de mi padre. Mis brazos rodean el frágil y enjuto cuerpo de mi madre y ella suspira con fuerza antes de separarse de mí y mirarme con sus preciosos ojos azules que sé que en el pasado tuvieron que encandilar a más de un hombre.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, hijo?

—No lo sé, mamá. No tengo prisa.

—¿Tienes hambre?

Como lleva haciendo toda la vida, mi madre siempre relaciona un instante familiar con la comida y su pregunta me traslada en el tiempo hasta una tarde del mes de julio donde una magnífica tarta de chocolate intenta rivalizar con unas *lunets* como final dulce de una preciosa fiesta de cumpleaños. Tan solo Rubén y yo frente al mar en una fotografía que sé que reposa junto a la puerta del cuarto de los trastos bajo la escalera. Una imagen en el mausoleo familiar y dos adolescentes felices con quince velas sobre una tarta y un único deseo

en la mente: volar de allí y desaparecer en el horizonte. La artista, la fotógrafa que tomó la instantánea, sonreía sin saber que el deseo que revoloteaba sobre los dos críos no la incluía a ella. Planes de dos corsarios piratas que, a escondidas, construían una barca que los llevara allende de los mares, a la tierra de las ensaimadas o mucho más allá, a la tierra de los corsos de la que provenían sus personajes de ficción y a la que querían regresar.

Regreso del mundo de los recuerdos para asentir con la cabeza y, tras cerrar el coche con llave y dejarlo aparcado junto a la fuente, acompaño a mi madre al interior de la casa. Ella no se detiene y continúa hacia la cocina, pero yo, como si una fuerza mística pudiera conmigo y me arrastrara al Averno, me detengo en el mausoleo de los recuerdos y clavo la mirada en una fotografía particular, la única en la que Santi aparece con una sonrisa en los labios. Ahora me doy cuenta de que nunca sonreía para la cámara y eso me hace pensar si no intuiría lo que le iba a pasar. Quizá no quiso dejarnos una imagen feliz sabiendo que su infancia se vería cortada de raíz, pero esa imagen sonriente desarma todas mis defensas y derrumba mis barreras. Acaricio el rostro de mi hermano con uno de mis dedos y noto cómo mis ojos se humedecen al recordar lo que ocurrió aquel día y el porqué de la sonrisa de Santi.

No era un cumpleaños, pero sí una celebración, un día de vacaciones a punto de terminar y el sueño de unos chicos tras una noche agitada en la que escuchábamos pisadas en el salón y el agua del barreño desaparecía, como por arte de magia, para paliar la sed de tres camellos. Santi no podía dormirse pensando en lo que los Reyes Magos podrían traerle, pero yo, que ya conocía la verdad, dormitaba bajo las sabanas y la manta y rezaba porque mi hermano se durmiera y me dejara descansar tras un día de aventuras junto a Rubén. Yo no estaba de buen humor por la proximidad del fin de las vacaciones, aunque, a pesar de ellos, sentía un ligero hormigueo que recorría mi columna de abajo a arriba y que me mantenía despierto.

—Chacho, ¿han venido ya los Reyes?

—No. Y como no te duermas, seguro que pasan de largo.

Santi se dio la vuelta en la cama, se cubrió la cabeza con la manta y apretó con fuerza los ojos para intentar dormirse, pero los nervios podían con él y no tardó en volver a saltar sobre la cama. Y, por si ello fuera poco, cruzó la distancia que nos separaba y se abalanzó sobre mí. Lo empujé y se puso de rodillas sobre mis piernas mientras gruñía y me enseñaba los dientes. Yo

intenté enfadarme, pero no pude. Abrí el cajón de mi mesita de noche y saqué de él una cámara fotográfica desechable con la que fotografiaba cosas al bien tuntún.

—Como no te calmes, te disparo con el rayo de la muerte.

Santi intentó gruñir una vez más pero no aguantó la risa y comenzó a carcajearse frente a mí. Yo aproveché para lanzarle el peligroso rayo de la muerte que no era otra cosa que el flash de la cámara. Aquella fue la única fotografía en la que mi hermano salió sonriendo. Y, mientras ello ocurría, los torpes Reyes Magos hacían demasiado ruido en una habitación cercana. Yo intenté distraer a mi hermano para que no se diera cuenta de ello, pero el único que no se percató de lo que realmente ocurría era yo. En la habitación contigua a la nuestra, mi padre golpeaba a mi madre con el cinturón simplemente porque ella había sugerido la posibilidad de colocar una bandeja de polvorones en la terraza para sus majestades. Mi padre no necesitaba ninguna excusa para golpear a mi madre, aunque aquella noche tuvo la magnánima idea de golpear a mi madre en las costillas para no dejar una marca visible que podría haber enturbiado la preciosa noche de Reyes. Ella ni tan siquiera se quejó.

—Tu hermano era un niño muy feliz.

Regreso al presente y siento la humedad en mis mejillas y las manos de mi madre rodeando mi brazo. Los recuerdos han vuelto a traicionarme y la necesidad de salir huyendo del mausoleo vuelve a mí, pero, por extraño que pueda parecerme, logro controlar la angustia y dejo que mi madre me arrastre hasta la cocina donde me obliga a sentarme frente a la isla a pesar de que yo me ofrezco para ayudarla. No tengo ni idea de la hora que es, aunque mi estómago ruge con tal fuerza que, en cuanto veo el plato de escalibada sobre la mesa, me cuesta no saltar de alegría como mi hermano Santi. Mi madre se sirve una pequeña ración en otro plato y se sienta frente a mí después de servir un par de generosas raciones de vino tinto del lugar.

—Quizá prefieras vino blanco.

—Éste está bien, mamá.

—Tu padre prefería el vino blanco.

Agacho la cabeza al escuchar a mi madre, pero ella se inclina sobre la encimera y me obliga con el dedo índice a elevar la testa. Me sonrío y se encoge de hombros antes de llevarse la copa de vino a los labios.

—Aunque no hables de él, siempre será tu padre.

—Ya lo sé. Es algo con lo que he aprendido a vivir.

—Ese es el problema, Pau. Que no has aprendido a vivir con ello.

—¿Qué quieres decir?

Mi madre sacude la cabeza de lado y frunce los labios como si temiera transmitirme sus pensamientos o, lo que es peor, como si creyera que con ello podría desaparecer de nuevo de su lado. No está muy desencaminada pero la imagen sonriente de mi hermano me ancla a la silla y me obliga a continuar la conversación.

—Tú no eres él. Serías un gran padre.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Y si realmente soy como él? Aquel día deseé tirarlo por el balcón, aunque no lo hiciera.

Mi madre extiende su brazo y posa su mano sobre la mía. Aprieta con ligereza y siento un escalofrío recorrer todo mi ser. Llevaba años sin mantener una conversación como aquella con mi madre y, a pesar de la necesidad de escapar que vuelve a hacerse realidad frente a mí, deseo continuar hablando con ella.

—No eres como él. Una madre sabe cómo son sus hijos y tú tienes un corazón inmenso.

—No lo sé. —Agacho la cabeza y suspiro—. Me gustaría formar una familia, pero me da miedo.

—¿Crees que yo no tenía miedo cuando tú naciste? Era muy joven y tu padre no existía para mí. Tan solo llegaba a casa y... bueno, ya sabes.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro, hijo.

Tomo aire un par de veces y pregunto aquello que lleva revoloteando en mi cabeza desde que un día me senté en la terraza de mi casa y un aluvión de recuerdos llegaron a mi mente fruto del vino barato o de la mala compañía. Supe que necesitaba conocer la respuesta a una pregunta y que algún día tendría el valor para pronunciarla en voz alta delante de mi madre.

—Si papá te pegaba y no eras feliz con él, ¿por qué...?

—¿Por qué me quedé embarazada de tu hermano?

Asiento con cierto temor y mis mejillas se tiñen del color de la grana, aunque mi madre no parece amedrentarse ante la delicada cuestión. Pero, una vez más, mi madre sonrío y la felicidad que trasmite abraza mi corazón y lo rodea con todo el amor que se puede llegar a sentir.

—Quería que tuvieras un hermanito y yo deseaba tener otro hijo. Siempre

habéis sido una bendición para mí y sois lo mejor que me ha podido pasar en la vida.

Mi madre, aunque sonría, se echa a llorar en mitad de la cocina y yo, sin pensármelo dos veces, rodeo la encimera isla y la abrazo con fuerza por la espalda. Ella inclina la cabeza sobre mis manos y las besa un par de veces antes de apoyar su testa en mi antebrazo y suspirar. Siento sus lágrimas acariciar mi piel y me siento más cerca de ella de lo que jamás había estado. Mi madre se incorpora y yo vuelvo a mi lugar frente a la escalibada. Ella se yergue con apostura y enjuga las lágrimas con un pañuelo que extrae, como un prestidigitador, de la manga de su camisa. Me mira con cierto temor. Supongo que teme mi reacción tras sus lágrimas amargas y la veo convencida de mi nueva huida, pero mi intención es otra bien distinta.

—Después de comer me acercaré al coche. Tengo que subir la maleta a mi habitación.

El precioso rostro de mi madre se ilumina al escuchar mi anuncio y veo que sus temores se disipan como el aroma del buen vino que deja paso a un sabor intenso al paladar. Mi madre disfruta del momento y la veo sonreír como en mis recuerdos. Unas preciosas imágenes que lograron librarse de la quema de mi alma.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Como poco, unos días. Ya veremos.

Una vez más, sonrío y yo respondo de la misma manera. Siento que aquel no es mi lugar, pero la necesidad de escapar ha desaparecido. Solo necesito unos días para reencontrarme con mi pasado e intentar fumar la pipa de la paz. Una tregua necesaria con mis recuerdos y mis fantasmas.

Diario - 17 de mayo

Escribir este diario y plasmar en él todos y cada uno de mis pensamientos ha pasado de ser una tortura a una absoluta necesidad. Tan solo son unos minutos en los que logro evadirme del mundo, aunque para mí significan mucho más. Es la oportunidad de plasmar en un papel mis peores miedos y mis mayores anhelos, pero también es la ocasión que preciso para darme cuenta de un sinfín de cosas de las que no sería consciente si no dejara que mi alma hablara. Eso es lo que ocurre cuando el bolígrafo rasga el papel con un trazo firme y seguro. El cerebro deja paso a lo más profundo de mi alma y las ideas brotan en unas líneas negras y sinuosas que me pertenecen por derecho propio y a las que estoy ligado de por vida.

Pensamientos fructíferos ahora que me veo capaz de interpretarlos y no me dejo arrastrar por ellos al inframundo de la conciencia, allá donde los remordimientos plantan la semilla que logra crecer entre los cimientos de mi existencia. Pueden parecer palabras e ideas inconexas, pero para mí lo significan todo. Esos remordimientos formaron parte de mi ser durante más de veinticinco años sin saber que no deberían haber estado allí, que no hay razón de ser para sentirlos si la culpabilidad no los acompaña. Era un joven obstinado cuando abandoné a mi madre para vivir mi vida y tomé una decisión. Quizá no fuera la correcta, pero fue mía y no puedo arrepentirme por ello. Los fantasmas que me acompañaron durante todos esos años para recordarme que podría haber actuado de otra forma han intentado regresar, pero, por primera vez desde que me marchara sin mirar atrás, me veo con fuerzas para enfrentarme a ellos y colocarlos en el sitio que les corresponde. No olvidarme de ellos porque forman parte de mi ser, pero no dejar que me manipulen hasta el punto de huir de lo que más quiero.

Sí. Necesito y deseo formar una familia, pero el miedo a hacerlo y repetir lo que ya conozco me impide crecer como persona y cumplir todos y cada uno de mis sueños. Es cierto lo que me ha transmitido mi madre. Yo no soy mi padre y nunca lo seré por mucho que compartamos la misma carga genética. Sé que un hombre que es capaz de maltratar al amor de su vida tan solo es un desequilibrado que no distingue más allá de su propio ego. Yo no

soy como él y debo grabármelo a fuego para no perder el norte de mis necesidades.

Vuelvo a encontrarme en uno de los bancos de piedra del paseo marítimo con la vista viajando del papel al mar y de las olas a las líneas del cuaderno. No quiero perderme en mis ensoñaciones, aunque tampoco quiero dejarme arrastrar por la marea. He tomado una decisión y no deseo huir de ella por mucho que las olas me susurren palabras alabando a los delfines que cruzan el mar sin mirar atrás. Soy mucho más que un alma viajera y ha llegado el momento de demostrármelo, el momento de gritarle a los cuatro vientos que no tengo nada de lo que escapar y que puedo dejar que mis raíces, al fin, arraiguen en un lugar familiar y querido.

Sé que estoy sonriendo y, de alguna manera, me siento desconcertado. No esperaba que la felicidad por la decisión tomada me acompañara tan pronto. Quizá sea la justicia divina la que me hace sonreír. Una justicia que le debo a mi madre con la que quiero compartir el resto de mis días. No deseo reparar el daño infligido ni compensarla por años de abandono. Solo quiero que sepa que estaré junto a ella para dejar de ser un recuerdo y convertirme en la realidad que nunca llegué a ser. Pero no es el único tema que debo resolver. Quiero compartir mi vida con ella, pero lo que más deseo es darle una nueva familia y, sobre todo, que vuelva a verme feliz. Y eso me hace pensar en Montse y en lo que ella me....

Veinticinco

No puedo continuar escribiendo porque alguien, comportándose como un niño pequeño, me tapa los ojos desde atrás para que no pueda saber de quién se trata. Mi cuerpo, poco acostumbrado a este tipo de bromas, se tensa y el cuaderno a punto está de acabar en el suelo de paseo marítimo junto con mi bolígrafo de tinta negra.

—¿Quién soy?

Debo cambiar mi primera impresión sobre la marcha al escuchar la voz dulce y claramente femenina. No se trata de un niño pequeño sino de una cría que se comporta como lo que es, una joven rebelde y alocada. Me mantengo tenso y no hago nada por retirar sus manos. Ella las aparta muy despacio, se inclina sobre mi hombro y me da un beso tierno en la mejilla. Mi cuerpo vuelve a tensarse. Para mi sorpresa y desconcierto, Montse salta por encima del banco de piedra, agarra el cuaderno a toda prisa y lo comienza a leer. Como suele pasar en las circunstancias en las que uno desea que algo no ocurra para no caer en el mayor de los ridículos, aquello que temes ocurre pase lo que pase. Comienza a leer por el final.

—Quiero compartir mi vida con ella, pero lo que más deseo es darle una nueva familia y, sobre todo, que vuelva a verme feliz. —Se detiene durante un instante, me mira y sonrío, pero yo me mantengo serio y con el cuerpo duro y rígido como una piedra. Ni tan siquiera recuerdo lo último escrito porque me dejo llevar, pero tiene más contenido de lo que hubiera podido desear—. Y eso me hace pensar en Montse y en lo que ella me...

Me tiende el cuaderno, pero su sonrisa desaparece. Se da la vuelta y comienza a pasear de un lado a otro del paseo con evidente nerviosismo. Yo estaba convencido de que iba a tomarme el pelo por lo escrito en el cuaderno, aunque, por extraño que pueda parecerme, algo de lo allí reflejado le ha impactado de tal forma que parece fuera de sí. Varios paseos después, se detiene delante de mí, coloca sus manos en las caderas y me mira de tal forma que me veo incapaz de ponerme en pie.

—No sé. Desde que te besé no he podido dejar de pensar en ti, pero te fuiste y tenía la certeza de que te habías ido, sino para siempre, para mucho

tiempo. Pero ahora estás aquí y todo lo que he deseado estos días aparece ante mis ojos. Al leer esa última frase del cuaderno...

—Yo no... Lo escribo sin pensar. Tan solo dejo que mi mano comience a trazar líneas. Solo es eso.

—Para mí es mucho más. Es la ilusión, la esperanza y un rayo de sol en mi vida.

—No te entiendo.

—Esas dos frases... Quieres formar una familia y eso te hace pensar en mí.

Veo que sus ojos se humedecen y no puedo imaginarme otra cosa que hacerla feliz. La veo frente a mí y me siento dichoso por encontrarme ante una mujer preciosa que parece interesarse por mí. Su pelo negro ondea al viento y el vestido vaporoso del color azul de cielo se pega a su cuerpo y lo muestra como lo que es: una fruta joven y peligrosa. Debo abrirle los ojos y demostrarle que no soy ese príncipe azul con el que ella lleva soñando todos estos años. No me queda otra que contarle cómo soy en realidad para darle la oportunidad de salir huyendo para proteger a su corazón del daño que pueda causarle.

—Yo no soy como tú te imaginas. Ya sabes que tuve una infancia dura. No sé si podría hacerte feliz. Tú eres muy joven y yo...

—¿Tú qué?

—Tengo cuarenta y dos años y un equipaje peligroso sobre la espalda. No tengo mujer o hijos, pero el miedo a enamorarme es tal que no me veo capaz de hacerlo. El daño que un niño puede llegar a recibir puede llegar a ser tanto que lo condiciona para toda su vida. No es una excusa sino una realidad.

Yo mismo no quiero creer en mis palabras, pero algo en mi interior me hace empatizar con mi diagnóstico triste y desesperanzador con el que quiero alejar a Montse de mí. Quizá no sea justo escudarme en mi cruda adolescencia para protegerla del hombre que puedo llegar a ser, pero no encuentro otra forma de no hacerle daño. Ella me mira con los ojos vidriosos, pero, al escuchar mi explicación, su rostro se ilumina y la sonrisa vuelve a aparecer en sus labios. Me tiende la mano y yo me quedo mirándola sin entender.

—Ven conmigo. Tengo que enseñarte una cosa.

Me siento bien caminando a su lado, aunque, en cuanto suelta mi mano, la soledad se apodera durante un instante de todo mi ser. Es tal la felicidad que

puede llegar a experimentarse con la más pequeña de las sorpresas que, cuando la perdemos, nos sentimos abandonados y perdidos. Ella me mira de reojo y parece leerme los pensamientos porque, al ver mi gesto serio, se agarra de mi brazo y continúa caminando junto a mí sin importarle el qué dirán de las pocas personas con las que nos cruzamos en las calles del pueblo. Atravesamos la plaza de la fuente del caño roto donde me gustaba jugar cuando era un adolescente y pasamos junto a la piscina municipal que en mayo todavía se encuentra cerrada. Tomamos la callejuela que lleva al río, nada más dejar atrás la última vivienda, nos damos de bruces con un edificio que yo no conocía y que resultaba evidente que había sido construido en la última década. No era otra cosa que una edificación parecida a un colegio de ladrillo visto, barrotes en las ventanas y una valla alta que rodea tanto el edificio como las pistas deportivas existentes en la parte lateral de recinto. No hay nadie fuera y Montse me conduce al interior con decisión. Es evidente que está acostumbrada a visitar el lugar y se hace mucho más tangible cuando el conserje la saluda con familiaridad.

—Buenos días, Montse.

—Buenos días, Ramiro. Voy a enseñarle las instalaciones a un amigo.

—Perfecto. Si necesitas algo...

Ella se despide con un gesto de la mano y vuelve a tomarme la mano para guiarme por la maraña de pasillos. Varias puertas permanecen cerradas y puedo ver, a través de los ventanucos abiertos en ellas, a unos pocos chicos de varias edades que prestan atención mientras unas cuantas personas de la edad de Montse ejercen de profesores. Continuamos caminando hasta una de las últimas habitaciones que tiene la puerta abierta. Sin pedir permiso entramos y Montse saluda a una joven que observa lo que hacen unos pocos niños que parecen absortos en sus tareas sentados en pequeñas sillas de plástico alrededor de unas mesas de colores. La profesora es una joven de pelo rubio y corto y rostro sereno. Parece algo más mayor que Montse, pero bastante más joven que yo.

—Hola —nos saluda sin elevar la voz como si temiera despertar a los niños de un sueño reparador—. Están entretenidos con la plastilina. ¿Hoy no es tu día libre?

—Sí, aunque quería enseñarle a mi amigo Pau el centro de acogida.

Una niña pequeña de pelo negro y ojos oscuros levanta la cabeza, coge entre sus manitas una pequeña figura de color rosa y se acerca a nosotros con

una sonrisa preciosa en los labios. Le tiende la figura a Montse y ella la coge con mucho cuidado.

—Profe, es como esos erizos que salen por la tele.

Montse me muestra la figura y yo intento sonreír, pero sin lograrlo. No sé si la tristeza que acaba de derribar las defensas de mi castillo es por la niña, por el erizo que me recuerda al peluche de mi hermano Santi o por la sensación que ha recorrido todo mi ser al escuchar que me encuentro en un centro de acogida. Intento decir algo amable pero no hay nada que mi corazón pueda expresar. Para redondear mi sensación, un niño de unos cuatro años se acerca a mí con las manos extendidas y un objeto pequeño entre ellas. Miro de reojo a Montse y veo que ella asiente con la cabeza. Me arrodillo para ponerme a la altura del crío de pelo oscuro y mirada inteligente que espera mi movimiento con la impaciencia propia de los niños.

—Yo he hecho un *murciégalo*.

Tomo la figura de plastilina con el mismo cuidado que había puesto Montse en su gesto al coger el erizo de color rosa y le doy vueltas en mis manos. El parecido con el pequeño mamífero volador deja mucho que desear, pero el rostro a la expectativa del niño es otro cantar. No tenía ni idea de que para un pequeño de esa edad fuera tan importante la aprobación de un adulto y a la mente me viene la imagen de mi hermano Santi con un ramo de flores hecho de papel maché y pequeñas bolitas de colores de papel de seda. Quedaba tan solo una jornada para el día de la madre y él quería conocer la opinión de un chaval de catorce años, pero, por aquel entonces, yo no sabía que lo importante era el detalle y no el objeto en sí. Me reí del ramo de flores y él desapareció de la habitación con los hombros caídos y la mirada perdida. Al día siguiente, mi madre recibió el ramo como si fuera el mayor de los tesoros, pero el rostro contrito de mi hermano no cambió. Lo más cínico de todo es que yo le regalé un absurdo cenicero de escayola con forma de corazón a una persona que ni tan siquiera fumaba.

Ese recuerdo me taladra y llega a lo más hondo de mi corazón. Montse me mira y sé lo que está pensando, pero aquel adolescente desapareció hace mucho tiempo para dejar paso a un adulto que no se ha comportado como tal. Dejo que el crío se siente en una de mis piernas y comienzo a mover el murciélago hacia arriba y hacia abajo con mucho cuidado.

—Este bicho vuela de maravilla. Es igualito a los murciélagos que hay en el parque cerca de mi casa.

—¿Hay *murciégalos* cerca de tu casa? —pregunta el crío con avidez.

—Ya lo creo. Algunos son más grandes que el tuyo, aunque la mayoría son iguales —le miento.

—A mí no me dan miedo los *murciégalos*. ¿Y a ti?

—Un poco pero el tuyo me gusta.

El crío coge la figura de plastilina, descabalga de mi pierna y vuelve a la mesa donde sus amigos observan el animalito con creciente interés. Al parecer, el hecho de que un adulto se interese por lo creado por un niño puede lograr el efecto de darle más importancia a ese trabajo. De nuevo regresa a mí el ramo de flores de mi hermano y soy consciente de mi error al menospreciar su obra. Suspiro con fuerza y Montse, tras despedirse de la profesora, me arrastra fuera de clase y cierra la puerta a su espalda. Yo me quedo en el pasillo mirando por la pequeña ventana situada en la parte superior de la puerta desde donde puedo ver a la niña rubia que mira con orgullo su erizo rosa y al pequeño artista moviendo el murciélago de lado a lado con la felicidad de quien sabe que ha creado algo grande. Montse, una vez más, se introduce en mi cerebro, se acerca por detrás y toma una de mis manos. Apoya su barbilla en mi hombro y suspira.

—Algunos de estos niños son huérfanos, pero otros tan solo vienen unas horas para poder olvidar el drama que viven en sus casas.

—¿Esto no es como un orfanato?

—Para algunos críos sí. Elena, la niña del erizo, es huérfana. Perdió a sus padres en un accidente de coche cuando tan solo tenía dos años y no había familiares que se hicieran cargo de ella.

—¿Y el niño del murciélago? —pregunto con la vista fija en el crío del pelo oscuro y la mirada vivaz—. ¿También es huérfano?

—No, pero sus padres son alcohólicos y un juez ha decretado que pase la mayor parte del tiempo con nosotros. Lo malo es que por la tarde tiene que volver a su casa.

Frunzo el ceño sin terminar de entender dónde está el problema.

—¿Y eso es malo?

—Su madre bebe para olvidar que su padre es un maltratador violento. Ella ni tan siquiera es capaz de denunciarlo por miedo. Nosotros hemos intentado pedir la tutela del niño, pero nos ha sido denegada. Hemos logrado que pueda pasar la mayor parte del día aquí con los demás niños, pero cuando llega la tarde...

—Tiene que volver con sus padres. Eso sería lo natural.

—No cuando en el hospital tienes un historial de boxeador. El pobre crío tiene más huesos rotos en el cuerpo de lo que te puedes imaginar, aunque nunca hay testigos y sus padres siempre alegan que es un niño nervioso.

A mi mente llegar la imagen de Roberto, el hijo de mi mejor amigo, con un trastorno por déficit de atención diagnosticado y una hiperactividad evidente, pero sin ningún hueso roto. Me resulta evidente pensar que a ese pobre niño del murciélago sus padres lo maltratan, pero me resulta tan descabellada la idea que me veo incapaz de odiarlos. Tan solo puedo menear la cabeza de lado a lado y sentir que el mundo es injusto para los niños y que los problemas que los adultos no somos capaces de manejar los extrapolamos a nuestros hijos como si con ello pudiéramos evitarlos o, por lo menos, esconderlos. Pero no somos conscientes de que ellos no pueden cargar con el peso de nuestra propia mochila emocional y, al final, los convertimos en meros sparrings de nuestras desdichas. Figuras de carne y hueso con el único cometido de ser el objetivo principal de nuestras frustraciones. Eso es lo que fui yo y eso es lo que era mi hermano Santi.

Mis ojos se humedecen y la visión de esos chicos se vuelve borrosa. Solo soy capaz de sentir el contacto de Montse y ello hace que mi cuerpo comience a convulsionarse de una forma desconocida para mí. Me duele pensar en lo que mi madre sufrió bajo el yugo de mi padre. Me duele la idea de lo que tuvo que pasar por la cabeza de mi progenitor, con el pequeño peluche entre las manos, justo antes de lanzarse al vacío desde la terraza de mi casa. Me duele sentir que la muerte de mi hermano fue en vano y que se perdió toda una vida que debería haber disfrutado junto a los suyos. Pero también me duele recordar que yo fui una víctima más de los problemas de mis padres, que ellos me hicieron sentir como un obstáculo en su felicidad y no como el camino hacia una relación plena y fructífera. Me duele pensar en que, con toda seguridad, puedan ser más felices los críos del centro de acogida que han perdido a sus padres que los que se ven maltratados por ellos, aunque aún puedan sentirlos en este mundo. No es justo pensar en que pueda haber un daño colateral a la violencia de género, pero no me queda otra que asumirlo. Mi madre fue una víctima, pero yo lo fui también. Lo peor de todo es que yo no pude elegir. Yo no podía denunciar a mi padre ni pedir una orden de alejamiento. No tenía capacidad para arrastrar a mi hermano lejos del campo de batalla en el que se había convertido mi hogar. Pero también

soy consciente de que mi madre tampoco tenía esa capacidad y se veía anulada por un hombre cruel como mi padre.

—¿Estás bien?

La dulce voz de Montse sirve como una red con la que me atrapa y me devuelve a la superficie del agua que deseaba arrastrarme a lo más hondo del océano de mis desdichas. Me agarro a mi tabla de salvación con desespero y me dejo llevar hasta la orilla donde deseo sentir los rayos del sol.

—No —respondo con sinceridad—. Estoy jodido.

—Estos críos son felices a pesar de sus problemas.

—¿Y los que tienen que volver a sus casas como ese niño?

—Seguiremos luchando para conseguir su tutela. Por lo menos hay alguien preocupado por él e intentando darle una vida mejor.

Sonrío con cierta dificultad y Montse me arrastra fuera del centro de acogida donde me toma de la mano otra vez. Esta vez siento una conexión especial fuera de lo banalmente erótico y me veo junto a una mujer excepcional de tan solo veinticinco años pero que ha sabido darle el sentido a su vida que yo no he sido capaz de otorgarle a la mía. Me detengo y vuelvo la vista atrás para echarle un último vistazo a lo que supone para muchos niños un faro en plena tormenta. Compañía en momentos de soledad, palabras de consuelo tras amargas decepciones, un simple abrazo tras una discusión o una caricia de complicidad. Pero, por encima de todo, supone un futuro prometedor para la mayoría, la esperanza de un mundo mejor, de un lugar para ellos en la neblina de su infancia. Siento mi corazón latir con fuerza y con un interés renovado hacia una vida que yo ya viví y de la que no pude escapar aunque que ahora se me muestra como en cinemascopio con tal claridad que veo mucho más allá de los simples y duros recuerdos.

Volvemos a cruzar el pueblo en dirección al mar y Montse se encarga de guiar mis pasos hacia la casa de mi madre. Caminamos en silencio durante más de un cuarto de hora en los que mi mente no deja de viajar de la habitación que compartí con mi hermano al patio del colegio donde yo me encargaba de defenderlo y de allí a la playa en la que jugábamos a piratas con Rubén. Me doy cuenta de que mi hermano fue feliz y esa felicidad copa cada rincón de mi ser como si siempre hubiera estado en mi interior para mostrarme el camino a seguir. Una senda que perdí hace mucho tiempo, pero a la que he logrado regresar con la ayuda de unos pocos niños y, sobre todo, de una joven increíble y preciosa de veinticinco años.

Nos detenemos junto a la fuente de piedra. Yo me quedo observando la casa de mi madre y tomo una decisión sobre la marcha que parece sorprender gratamente a Montse.

—Tengo que ir a una ferretería a por pintura blanca. Me gustaría pintar la fachada.

—Hay unos cuantos botes en el garaje. Los compré hace tiempo, pero no los hemos usado.

Antes de que podamos buscar alguna traba a mi plan nos ponemos a la faena y no tardamos en agarrar un par de rodillos. Mientras Montse mueve el suyo arriba y abajo, no puedo dejar de observarla con cierto deleite. Tengo que reconocer que es una mujer fabulosa que es capaz de cuidar a personas mayores, trabajar en un centro de acogida y, aun así, mostrarse como una mujer feliz y plena. Me da cierta envidia cuando me detengo a mirar atrás y tan solo veo negro nubarrones que parecen haberme acompañado desde que tengo uso de razón sin dejarme disfrutar de la vida. Ese positivismo que ella muestra en todo lo que hace y que yo no he sabido encontrar, aunque, con toda seguridad, lo he tenido delante de mis narices. Mi madre aparece por la puerta del porche unos minutos después y se queda con la boca abierta al vernos pintar la casa codo con codo. Desaparece en el interior de la vivienda para reaparecer poco después con una bandeja en la que porta una jarra de limonada llena hasta la boca y dos vasos de cristal de buen tamaño. Veo que lo deja todo sobre una mesita de mimbre, nos mira con una sonrisa de satisfacción, suspira y vuelve al resguardarse en el interior de la casa.

—¿Te apetece un poco de limonada?

—Eso estaría bien.

Tanto Montse como yo dejamos los dos rodillos en una bandeja de plástico de donde tomamos la pintura y, tras limpiarnos las manos con un trapo mojado en disolvente, tomamos los vasos de cristal y yo me encargo de servir el líquido donde flotan unos pocos cubitos de hielo. Montse me mira a los ojos y eleva su vaso para que yo choque el mío con el suyo. Un ligero tintineo suena entre nosotros dos y, con los vasos junto a los labios, nos miramos y sonreímos. Un pequeño trago del refrescante zumo y ya estamos dispuestos para continuar con el trabajo. Cuando estoy a punto de agarrar el rodillo que me corresponde, Montse me detiene y me señala el rostro.

—Te has manchado la cara.

Hago ademán de buscar la mancha, pero lo único que ahora mismo no

deseo es disfrazarme de payaso para después tener que desollarme el rostro con un trapo empapado en disolvente. Ella me ve dudar y me sujeta la mano para que no me toque.

—Espera, yo te lo limpio. No sé si es pintura o limonada. Será mejor probar.

Antes de que pueda decir nada, la joven de pelo oscuro y ojos tan azules como el mar se inclina hacia mí y posa sus labios en los míos. Siento su lengua rozar uno de mis labios antes de emitir el mismo sonido de placer exhalado al probar la limonada. Se separa un instante de mis labios, aunque aprovecha para pegar su cuerpo al mío. Yo, con cuidado para no manchar su camiseta, la rodeo entre mis brazos y me dejo llevar.

—Creo que es limonada pero no lo tengo claro. Debería probar de nuevo.

No me hago de rogar. Ahora soy yo el que toma la iniciativa y busca sus labios ardientes. Mientras tanto y sin que nosotros nos demos cuenta, un visillo se mueve ligeramente en el interior de la vivienda y una mujer con el corazón henchido de gozo da gracias por el retorno del hijo pródigo y por el amor recién encontrado. Un amor que logro saborear y que no quiero dejar escapar a pesar de la diferencia de edad o la distancia. Una vida nueva espera para ser vivida y ahora sé que ha llegado el momento de posar los pies con fuerza en la senda que debo recorrer. Montse y yo nos separamos y, con una sonrisa en los labios, regresamos a nuestro trabajo como improvisados pintores. Mis ojos atraviesan el cristal de una de las ventanas y, desde donde estoy, puedo llegar a ver el mausoleo familiar. Mi hermano sonrío en aquella fotografía y yo le devuelvo el mismo gesto. Aunque lo echo de menos, sé que está conmigo y me ayuda a tomar cada una de mis decisiones. La sensación de volver a estar a su lado es tan fuerte que no puedo evitar que unas pocas lágrimas rebeldes resbalen por mis mejillas. Montse se percató de ello, se acerca a mí y, tras ver lo que estoy observando, me abraza y, en silencio, apoya su babilla en mi espalda y me da un beso en el cuello que me sabe a gloria. En este momento no hubiera necesitado nada más y ella parece leer mi mente como si de un libro abierto se tratara. Me rodea con sus brazos y nuestras manos se entrelazan. Por primera vez en muchos años, no me encuentro perdido y sé cuál es mi lugar en el mundo. Si esto es la felicidad, sé que no puedo dejarla escapar.

Diario - 20 de mayo

Todo es distinto. No puedo creer lo que puede llegar a cambiar la vida de una persona con tan solo una mirada o con pronunciar la palabra adecuada. No sé qué hubiera pasado si Montse no hubiera estado en casa de mi madre o si yo no hubiera hablado con ella en el paseo marítimo. Todo habría sido distinto de no llevarme al centro de acogida y quizá mi vida sería diferente si no hubiéramos decidido pintar la casa o si mi madre no hubiera aparecido con la limonada.

Lo único que tengo claro es que una mujer preciosa e inteligente de veinticinco años me ha acompañado a la estación de tren con una promesa de amor y otra de futuro que no puedo ni quiero obviar. La despedida ha sido triste pero también ha significado un antes y un después en mi vida. La sensación de no querer separarte de una persona y el vacío que he sentido con el primer paso que me alejaba de ella es tan fuerte que, a pocos kilómetros de mi punto de partida, ya estoy deseando regresar junto a ella.

Sé que mi vida va a cambiar de tal forma que me aterra pensarlo, aunque otra parte de mí, quizá la más aventurera o alocada, está deseando comenzar una nueva andadura sin esas amarras que me atan a mi pasado y sin el lastre que no me permite avanzar. Ahora soy como un tirachinas con una sujeción que me aleja de mi destino, aunque con la sensación de poder volar en el momento en el que logre soltar aquello que me retiene a una vida que no deseo vivir. Montse es todo lo que necesito y la proximidad de mi madre me aporta la fortaleza que voy a precisar para no dejar que las dudas inunden mi ser. Una segunda oportunidad de ser feliz junto a la mujer que me dio la vida y que luchó por mí, aunque yo no fui capaz de verlo.

Ahora mismo no sé si quiero formar una familia junto a Montse, aunque tengo que reconocerme a mí mismo que lo he pensado y que me he imaginado con un par de niños paseando por la playa y terminando de construir la barca que comenzamos Rubén y yo cuando tan solo éramos unos críos. En esa ensoñación no me veo junto a Montse, aunque presiento que puede estar cerca. Quizá mi futuro esté ligado a esa preciosa mujer o quizá no lo esté, pero lo más importante de todo es la existencia de un futuro cuando

unos días antes tan solo era capaz de vivir un presente oscuro y gris y el futuro no existía ni tenía sentido para mí. Ahora, existe un futuro y estoy deseando disfrutarlo.

Aquello que empecé a escribir en un parque frente a la casa de Rubén comienza a tener sentido y tal fuerza que necesito darlo a conocer. Nació como una simple terapia al igual que este cuaderno, pero siento que el mensaje que mis palabras esconden debe ir más allá de un simple ejercicio mental. Será el último acercamiento a mi antigua vida de la que estoy deseando escapar, aunque también va a significar un antes y un después en lo que soy, en la persona que llegué a ser y en la que me convertí tras años de rancios lloriqueos y búsqueda de una felicidad que me resultaba esquiva.

Ahora estoy sentado en una cómoda butaca del tren y la gente no me molesta. Todos aquellos seres que yo intuía felices y a los que, de alguna manera, odiaba por poseer algo que yo ni tan siquiera había podido llegar a intuir se han convertido en parte de mi vida y en fotografías que van llenando mi particular álbum de recuerdos, unos más importantes y otros que podrían quedar relegados en el olvido pero que ahí continúan, acompañándome en mi nuevo caminar.

Mi madre quedó feliz pero preocupada. Me vio marchar y se despidió de mí con una sonrisa tierna en los labios, pero vi en sus ojos el reflejo del temor, del miedo a perder de nuevo al que ella había llamado el hijo pródigo. Aunque le prometí que volvería para quedarme, me mostró con una sola mirada que no creía en mis palabras y que temía no volver a verme en otros cinco largos y tristes años. Lo único que logró animarla fue verme junto a Montse y las miradas que ambos nos regalábamos a cada instante. Entiendo la preocupación de mi madre y no puedo hacer nada para evitar que su mente forme una película exenta de positividad, pero yo debo continuar con el plan que he trazado en estos días, un plan no exento de cierta locura y, sobre todo, de un riesgo que quiero experimentar y con el que quiero aprender a vivir de nuevo.

No soy un hombre nuevo, tan solo soy un leve vestigio de aquel que se dejó arrastrar por los recuerdos y que no permitió que un rayo de luz entrara en su ser. Quizá puedan parecer palabras presuntuosas o cargadas de tal narcisismo que logre ruborizar a mi propio corazón con ellas, pero mi alma de escritor se rebulle en mi interior y pide un poco de libertad para poder plasmar en un papel no solo mis miedos o frustraciones sino cada idea

esperanzadora o alocada que pueda atravesar mi mente como una estrella fugaz. Ese escritor que vive en mí lleva varios días soñando con sentarse en la playa, con la espalda apoyada en una roca, una libreta en las rodillas y un simple bolígrafo de tinta negra en una de sus manos. No quiero gel verde ni creo necesitarlo. El libro que me arrastró a lo más oscuro de mi ser desea dormir el sueño de los justos en una estantería. Lo mío es la tinta negra para contar una preciosa historia de esperanza y sueños cumplidos. Un cuento no exento de tristeza y lucha, pero con un final feliz; con ese final feliz que estoy a punto de vivir y que ya parece formar parte de mí como si siempre hubiera estado ahí para recordarme que yo no tuve la culpa de lo que ocurrió y que un rayo de esperanza siempre brillaba en lo más alto, aunque yo no fuera capaz de verlo. Una luz de felicidad.

Veintiséis

No necesito ni un café ni un cruasán en el café situado frente a la editorial para sentirme periodista. La última visita fue más un desastre pedido a gritos que una cuenta pendiente. Me fui por la puerta de atrás tal y como llegué, pero con la impronta del fracaso a flor de piel y una sensación de vacío que llegó a formar parte de mí. Lo escribí en mi diario personal y me lo repito constantemente. No soy un hombre nuevo, tan solo alguien que ha aprendido en poco tiempo que los recuerdos no están ahí para lastrarnos sino para acompañarnos y crearnos como personas. Somos lo que hemos vivido y no lo que soñamos con vivir. La muerte de Santi me volvió un ser frágil aunque la de mi padre me sumió en una oscuridad que no fui capaz de alumbrar con un leve rayo de esperanza. He descubierto que mi madre no me dio de lado, que no se abandonó a la tristeza por la pérdida de mi hermano, sino que no supo cómo abandonar un luto que hizo suyo como si le perteneciera. Siempre estuvo ahí para mí, pero yo, como adolescente egoísta, siempre quería más. Una atención que demandaba pero que no podía recibir de una mujer mancillada por el hombre al que amaba y con el corazón roto por la tristeza. Ella, con el paso de los años, se muestra ante mis ojos como la persona más valiente que jamás haya conocido. Soportó humillación tras humillación solo por nosotros, por dos hijos a los que no quería privar de una figura paterna que no significaba nada. Se dejó golpear una y otra vez sin importarle las consecuencias y sin saber que con esa decisión estaba condenando su futuro y el de sus hijos. Decidió mal, pero decidió con el amor de una madre.

Ahora, con la espalda apoyada en una farola y la vista fija en la editorial, sé cuál es mi futuro o, como poco, el camino a seguir. La lucha no empieza en un objetivo sino en uno mismo y todas las imágenes que conforman el baúl de mis recuerdos me piden a gritos abandonarlo para crear una idea, una novela que ha comenzado a tomar forma en mi cabeza y por la que deseo dejarlo todo. Bueno, todo no. Tan solo lo que me ha estado lastrando año tras año y que me alejaba de mi verdadero objetivo: la felicidad.

Sonríó al ver aparecer por la acera a Amanda, la secretaria, y ella me devuelve la sonrisa, aunque no muestra el más mínimo interés por un hombre

al que ese gesto despectivo hubiera molestado tiempo atrás pero que ahora se encuentra muy por encima de ello. Cruzo la calle y entro en el edificio justo cuando las puertas del ascensor comienzan a abrirse. Ni tan siquiera tengo que acelerar mi paso para entrar en el elevador junto con la secretaria. Una vez las puertas se han cerrado, ella se da la vuelta y me mira con cierto interés.

—¿Vuelves al trabajo?

—No. Vengo a despedirme de vosotros.

Amanda frunce el ceño durante un leve instante, pero la sonrisa que normalmente acompaña su rostro vuelve a hacerse visible, aunque, esta vez, logro identificar un brillo en la mirada desconocido para mí.

—¿Has encontrado otro trabajo?

—Algo así.

—¿Mejor sueldo?

—Mejor vida.

No sé si realmente comienza a ronronear como un gatito o a mí me lo parece, pero la mirada de deseo que me dedica me recuerda a Montse y siento pena por la secretaria. Una mujer inconsistente y con la necesidad de sentirse deseada para crear a su alrededor un mundo ficticio y movido por los intereses. La pureza y sinceridad de la joven catalana es tan poderosa que se hace grande dentro de mí sin dejar hueco al más mínimo pensamiento dirigido a otra mujer. Es una sensación extraña pero mucho más placentera de lo que podía llegar a imaginar.

—¿Quieres que quedemos para tomar algo?

Su pregunta llega justo en el momento en el que se abren las puertas del ascensor. Desearía decirle que no tengo el más mínimo interés en quedar con ella. Me encantaría poder explicarle que las cosas no son así, que debe quererse mucho más y que no necesita moverse detrás del dinero, el poder o la fama. Desearía poder contarle lo que me ocurrió cuando era niño y el tiempo que he tardado en darme cuenta de que hay mucho más detrás de la vida anodina y vulgar que vivimos. Pero no lo hago.

—Cuídate, Amanda.

Salgo del ascensor sin mirar atrás y entro en la oficina a la que he acudido día tras día en los últimos años, aunque con una sensación especial en mi interior. No echo de menos pertenecer a este lugar y ahora me percato de la realidad, de lo que implica formar parte de una rueda de hámster de la que

eres incapaz de salir y en la que tan solo te preocupas del futuro más inmediato, de la siguiente vuelta de la absurda y esclavizante rueda. Me siento libre como nunca me he sentido y, en pleno Madrid, creo escuchar el rumor de las olas y sentir la brisa acariciar mi rostro. Todo mi ser me pide huir de aquí para encontrar mi lugar en el mundo, en mi mundo. Miro de reojo el que fue mi escritorio durante años y compruebo que todo sigue tal y como lo dejé. El caos que impera en el puesto de trabajo de Rubén no tiene nada que ver con el orden forzado del mío, orden que no tarda en desaparecer en cuanto saco una bolsa de plástico del bolsillo de mi pantalón y comienzo a meter en ella unas pocas cosas que rescato de los cajones. Ni me he molestado en traer la típica caja de cartón porque este gesto solo implica el desapego. No es más que una pantomima con la que doy a entender que me desprendo de un lugar al que no voy a volver jamás.

—¿Qué haces?

Me vuelvo al escuchar la voz de Adolfo, el que ha sido mi jefe durante estos años, y le sonrío con franqueza. Lo veo cansado y preocupado y me siento reflejado en él. Esa frente arrugada por los disgustos y la sensación de no haber conocido la felicidad que se esconde tras un simple paseo o una conversación frente al mar. No quiero verme así en el futuro y que la ambición que siempre me ha acompañado reviente como una piñata en una fiesta de críos, pero con la diferencia de no hallar junto a mis pies una pila de caramelos sino una serie de oportunidades que no quiero dejar escapar. Y la mejor de todas, la oportunidad de ser feliz.

—Me voy, Adolfo. —Meto la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta —. Aquí tienes la carta de renuncia.

—No seas estúpido. Vamos a hablarlo.

Sé que no tengo nada que hablar con él con relación al trabajo, pero lo sigo a su despacho y, una vez dentro, me siento en una butaca frente a su mesa, pero él, para mi sorpresa, no se sienta en el lugar que le corresponde sino a mi lado.

—¿Por qué quieres dejarnos? ¿No has hablado con la psicóloga?

—Precisamente por eso. Me ha ayudado a ver las cosas de otra forma.

—¿Tienes otra oferta de trabajo?

Sacudo la cabeza y sonrío. Tengo que reconocer que me divierte la situación. Unos días antes me vi frente a mi jefe como un ser desequilibrado y sin ilusiones y ahora, que me mi vida parece sumida en el caos, me siento

más feliz que nunca. Las paradojas de la vida que nos acompañan y a las que no solemos hacer caso a pesar de que nos indican con claridad el camino a seguir como balizas luminosas.

—No tengo ninguna oferta. He conocido a alguien y me vuelvo a mi tierra.

—¿Dejas el trabajo por una mujer?

—Dejo el trabajo por mí y porque merezco ser feliz. Gracias por todo, Adolfo.

—Ya sabes que, si renuncias, no puedo darte una indemnización ni los papeles del paro.

—Ya lo sé. No te preocupes.

Mi antiguo jefe menea la cabeza de lado a lado y se pone de nuevo en pie para comenzar a dar vueltas de un lado a otro de su despacho como le he visto hacer un sinfín de veces en estos últimos años. Esos paseos encerrado en su jaula de cristal y con los que desea mover las ideas en su cabeza sin entender que la rueda del hámster es demasiado pequeña para él. Unos segundos después vuelve a mi lado y me tiende la mano.

—Te ofrezco un aumento de sueldo. ¿De acuerdo?

Me pongo en pie para sentirme a su altura y estrecho mi mano en la suya. Compruebo que su mirada se relaja y juraría que le escucho emitir un leve suspiro de alivio, pero, como siempre decía Albert, la felicidad no dura mucho en la casa del pobre.

—Gracias, Adolfo. Necesito vivir mi nueva vida. Seguro que nos vemos.

Lo veo sacudir la cabeza de lado a lado y la sonrisa se convierte en una mueca efímera que no tarda en evaporarse. En lugar de un suspiro emite un leve gruñido que me resulta mucho más familiar y al que le tengo cierto cariño. Me golpea en el hombro de forma cariñosa antes de soltar mi mano.

—Si puedo echarte una mano en algo...

—Ahora que lo dices, sí.

Introduzco la mano en uno de los bolsillos de mi americana y extraigo de él un pequeño pendrive que le tiendo con cierta solemnidad. Él lo acepta sin rechistar, pero no tarda en fruncir el ceño.

—¿Qué hay aquí?

—Un buen artículo que sé que vas a publicar.

—Aunque lo publicara, ahora no perteneces a la revista y no puedo pagarte.

—Considérame como un colaborador más. No te vas a arrepentir.

Le guiño un ojo, le palmeo el hombro con familiaridad y salgo de su despacho con la sensación de haber dejado atrás una pesada carga. No solo por abandonar el trabajo que me tenía anclado a la pata de una mesa de oficina sino por la posibilidad de ver publicado un artículo que significa tanto para mí. Tengo tanta confianza en la información que contiene el pendrive que una ligera sensación de euforia se apodera de mí por lo que, cuando me despido de Amanda, no siento el más leve remordimiento por sus muestras de desprecio del pasado. La fortuna me sonrío y, por primera vez en años, me siento feliz.

Salgo del edificio, cruzo la calle y subo a mi todoterreno, un vehículo que compré como un capricho y que rara vez utilizo en la capital pero que ahora me va a acercar a mi verdadero destino. Miro por el espejo retrovisor y veo los bultos en la parte de atrás y me siento satisfecho con la decisión que he tomado. Solo me queda una última parada antes de poner rumbo hacia la brisa de levante y el rumor de las olas. Unos pocos minutos después detengo el vehículo frente a la casa de Rubén, aunque dudo un instante. La sensación de inmiscuirme en la vida feliz de mi mejor amigo pesa en mí como una losa de granito que, curiosamente, es retirada sin esfuerzo por un chico de ocho años que se asoma a la puerta de su casa y, al verme, echa a correr y, ni corto ni perezoso, se sube en el asiento de atrás del todoterreno.

—¿Nos vamos otra vez de viaje, tío Pau?

La puerta del chalé se abre de nuevo y aparece Diana que, al ver a su hijo subirse a un vehículo que rara vez ha visto, echa a correr, pero detiene su carrera al verme al volante del coche.

—No te había conocido.

—Ya me imagino. No creo que te dé tanto miedo que tu hijo esté conmigo.

—No seas tonto.

Diana sonrío y descubro en su rostro el rubor en las mejillas de una mujer feliz, de una persona que ha visto su vida resquebrajarse como un cristal pero que ha llegado a recomponerla antes del desastre total. Me alegro por ella y por Rubén pero, por encima de todo, me alegro por Roberto, por un chaval que no merece que su hogar se descomponga y se convierta en visitas alternas de una casa conocida a un apartamento de soltero o en una competición para ver quién es el mejor padre del mundo o el que tiene más capacidad para

darle todo lo desea sin importarle que lo que más necesita no es el último juego de la consola sino el amor existente en un hogar construido con los cimientos de la felicidad. Diana mira de reojo a su hijo, pero, al posar su vista en el asiento de atrás, una de sus cejas se eleva casi imperceptiblemente.

—¿Te vas de viaje?

—Más o menos. Vuelvo a casa.

La mujer de mi amigo sonrío al entender mis palabras y asiente. Ella ha vivido mi caída y me ha visto convertirme en lo que soy. Nunca pareció importarle que llegara a las tantas borracho a su casa y que durmiera en el sofá, aunque yo sé que no soportaba verme de esa guisa y mucho menos que me viera su hijo. Ahora parece feliz por mí y los dos compartimos ese sentimiento, aunque una duda flota entre nosotros.

—Voy a echar de menos a Rubén.

—Y él a ti. Ya lo sabes.

—Espero que no esté muy solo —comento con cierto tono burlón que logra que Diana se ruborice ligeramente.

—No te preocupes que no estará solo.

—Me alegra mucho oír eso. ¿No está en casa?

—No. Me ha dicho que se iba al gimnasio, aunque ayer escuché que hablaba con un educador de perros. Ya sabes cómo es.

Recuerdo uno de los libros que leí sobre el TDAH y el capítulo en el que hablaban de la importancia de las mascotas para la educación de los chicos con trastorno por déficit de atención y sonrío al comprobar que mi mejor amigo también leía los mismos libros.

—Despídeme de él.

—Lo haré.

Me vuelvo para despedirme de Roberto, pero él está más entretenido con mi equipaje que con la conversación que mantengo con su madre.

—Roberto, tengo que irme.

—Nos vamos de viaje otra vez.

—Esta vez me voy yo solo.

El niño me mira y sus ojos reflejan la tristeza de una separación que no esperaba. No puedo evitarlo y mis ojos se anegan de lágrimas al ver los suyos y sentirlo más cerca que nunca.

—Anda, me van aquí y dale un abrazo a tu tío Pau.

Roberto salta por encima del apoyabrazos y se lanza a mis brazos. Yo

aprieto con fuerza como si temiera no volver a verlo jamás, aunque sé que eso es imposible, que siempre lo tendré presente y que haré todo lo que esté en mi mano para disfrutar mi nueva vida con él. Suspiro con fuerza y lo retengo durante un breve instante más.

—Ahora tienes una casa en la playa para los veranos y las vacaciones.

El crío se separa de mí y se vuelve hacia su madre con una sonrisa en los labios propia de la felicidad que da un hogar estructurado y dos padres que te adoran. Siento una envidia sana por él y por el futuro que se presenta ante sus ojos.

—Mamá, ¿podemos ir a la playa a ver al tío Pau y a la abuela?

—Claro, cuando lleguen las vacaciones de verano iremos. Te lo prometo.

—Gracias, Diana.

Mis ojos vuelven a anegarse en lágrimas y a la que he considerado siempre como a mi cuñada le ocurre lo mismo que a mí. Ayuda a su hijo a bajarse del vehículo y me da un beso en la mejilla que me sabe a gloria.

—Sé que vas a ser muy feliz, Pau.

—Eso espero. Ojalá estéis ahí para compartirlo conmigo.

—Estaremos.

Me despido de ellos dos con la mano y doy marcha atrás para comenzar mi nueva vida, aunque todavía tengo una parada en mente. Antes de doblar en la primera esquina veo a Rubén caminar por la acera con una sonrisa adornando su rostro y un cachorro de pastor alemán trotando alegre a su lado. Por un instante pienso en continuar mi marcha, pero me detengo por imperativo de mi corazón.

—Pau, ¿qué haces aquí? —me pregunta mi amigo al verme.

—Venía a despedirme.

—¿Y eso? ¿Te vas de viaje?

—Me mudo a Barcelona.

Rubén comprende sin preguntar nada más. Asiente conforme, aunque sus ojos reflejan la misma tristeza que los míos. Siempre hemos vivido cerca desde que nos conocimos y la distancia refuerza nuestros sentimientos.

—Dale un beso a tu madre de mi parte.

—Lo haré. He quedado con Diana y con Roberto en que iréis en verano a vernos.

—Claro. Ahora que tenemos casa en la playa...

Sonrió al comprobar que la conexión que nos une es más fuerte cada día

que pasa, pero la emoción que me embarga por la aventura que se me muestra ante mis ojos se ve empañada por la tristeza que siento al separarme de mi mejor amigo, de mi hermano. Salgo del vehículo y los dos nos abrazamos con fuerza mientras el pequeño cachorro salta a nuestro alrededor sin entender.

—Nos vemos.

—Eso seguro. Y dale un beso a Montse.

Me guiña un ojo, subo a mi todoterreno y, sin volver la vista atrás, me alejo de mi amigo con la sensación de no haberme despedido de él sino de haber pospuesto un reencuentro que siempre nos acompañará. Sé que uno no se despide de sus seres queridos. Tan solo es un «hasta luego» y no un «adiós». Suspiro con fuerza y miro hacia el futuro. Hacia mi futuro.

Veintisiete

Aquella mañana nació ante nuestros ojos de forma similar a la de cualquier jornada de septiembre. Los turistas comenzaban a desfilar en dirección a los destinos rutinarios con los que debían enfrentarse tras el periodo vacacional, pero, para nosotros, iba más allá. La tristeza se apoderaba de nuestros cuerpos y comenzábamos a deambular de un lugar a otro sin importarnos ni el tiempo ni las obligaciones. Nos convertíamos en zombis al igual que le pasaba a la mayoría de la población del pueblo que parecía apagarse con la marcha de los turistas. Ante nuestros ojos aparecían días largos y sombríos en los que la bravura del mar se mezclaba con la niebla y la humedad que poco a poco se iban apoderando de nosotros.

Rubén y yo caminábamos de un lado a otro sin saber bien qué hacer. Acudir al instituto se convertía en una auténtica liberación y el regreso a la rutina paliaba la sensación de desasosiego que nos inundaba. Tan solo el plan que bullía en nuestras cabezas nos daba la suficiente energía como para no convertirnos en seres sin alma ni esperanza. Debajo de mi cama guardaba una mochila de buen tamaño con todo lo necesario para escapar de mi hogar y ese tesoro escondido lograba que no me sintiera como un adolescente más en un mundo ingrato en el que no deseaba vivir.

Mi madre seguía deambulando como un fantasma y tan solo parecía feliz cuando abandonaba nuestro hogar para trabajar como limpiadora en una casa cercana donde unos ancianos con dinero se permitían el lujo de mantener las pocas ilusiones que le quedaban. Yo no intentaba mostrarme como el hijo pródigo que había vuelto a casa tras unas largas vacaciones y también arrastraba mi tristeza de un lado al otro de un pueblo que se me había quedado pequeño y donde poco o nada me quedaba por disfrutar. Rubén era un chico feliz, pero se dejaba llevar por mi desgracia hasta el punto de hacerla suya. Con esa edad no fui consciente de estar conduciéndolo a una vida que no le había tocado vivir. Sus padres no tenían culpa de lo que a nosotros nos había ocurrido, pero Rubén se había convertido en un hermano para mí y con ello también adoptó mi dolor y el sufrimiento que campaba a sus anchas por mi hogar.

El día de la fuga no se hizo esperar. Tras la fiesta de cumpleaños en la que mi madre se empeñó en invitar a un par de vecinas de su edad y poco más, Rubén y yo nos retiramos a mi habitación para ultimar nuestro planes de evasión, La fiesta había resultado un completo fracaso y mi madre, lejos de sentirse feliz, se había refugiado en su habitación tras recoger los pocos cacharros que habían sido utilizados en una celebración cargada de amargura con la que yo atravesaba la mayoría de edad y me convertía en un ente con capacidad de decisión y eso no se hizo esperar. Las campanadas que marcaban las doce de la noche sonaron en el viejo carrillón situado en una esquina oscura del salón y dieron la orden para comenzar la aventura. Saqué la mochila de debajo de la cama y me la llevé al hombro con decisión. Del armario extraje una cazadora de color negro, aunque, al recordar el regalo de mi madre, suspiré con fuerza y lancé la cazadora al interior del mismo lugar del que provenía. De una bolsa que me había entregado mi madre unas horas antes tomé una cazadora vaquera que sabía que había podido pagar con el sudor de su frente y me la eché al hombro. Abandonamos la habitación sin mirar atrás y tan solo me permití un ligero atisbo de remordimiento al echar un rápido vistazo en la cocina y contemplar los cacharros que mi madre había utilizado para servir la comida en mi fiesta de cumpleaños. No pude darle las gracias por ese último y lastimoso esfuerzo y ese hecho quedó grabado a fuego en mi interior. Noté un regusto amargo en la garganta y maldije en voz baja por mi debilidad, por esa sensación de ahogo que se iba a apoderando de mí y que no me dejaba respirar. Aparté a Rubén de un empujón y salí a la calle para tomar aire con fuerza. Llené mis pulmones con el aire salado que provenía de la costa y me incliné hacia delante para relajar mi cuerpo. Mi mejor amigo se situó a mi lado y esperó.

—¿Estás mejor?

—Sí. Ya se me ha pasado. No sé. Era como si me ahogara.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Me incorporé, miré a mi amigo con una sonrisa en los labios y le palmeé el hombro antes de echar a correr en dirección a la fuente de piedra. Allí nos detuvimos y Rubén agarró una mochila escondida detrás de unos matorrales y donde había guardado sus escasas pertenencias.

—Tendrías que haberle dejado una nota a tu madre. Yo lo he hecho con mis padres.

Tuve la tentación de regresar a la casa para escribir una breve nota en la

que le explicaba a mi madre que me iba porque me sentía ahogado en el pueblo, porque necesitaba vivir una vida en la que los recuerdos no me visitaran nada más abrir los ojos, porque no era feliz en aquel lugar. Pero no lo hice porque sabía que, de haberlo hecho, lo que le escribiría en ella era que no me sentía feliz a su lado, que se había apagado como una estrella fugaz y que percibía que para ella era más importante el recuerdo del hijo que había perdido que la realidad del que aún estaba a su lado. Hubiera sido muy duro con ella, pero no le deseaba ningún mal por lo que negué con la cabeza, me di la vuelta y eché a correr con Rubén pisándome los talones y la luna bañando con su luz el recorrido de nuestra huida. Una luna que también acariciaba en aquel momento el rostro sereno de mi madre que nos observaba desde la ventana de su habitación con los ojos anegados en lágrimas. No lo supe hasta años después.

Mi madre estaba al tanto de nuestra fuga, pero fue incapaz de enfrentarse a mí, pero no por miedo sino porque sabía que yo estaba sufriendo y que necesitaba escapar de un lugar que me había convertido en un ser apagado y gris. Supe que ella estaba al tanto de todo cuando unas pocas horas después abrí la mochila en la estación de tren de Barcelona y encontré en el interior una bolsa de plástico llena de las rosquillas de azúcar de mi madre que tanto me gustaban. Y junto a ellas, un sobre blanco con cinco mil pesetas y un simple «te quiero» como remite. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas y Rubén, al ver las rosquillas, se sumó a mi dolor y, una vez más, lo hizo suyo. Una estampa idílica la nuestra en plena estación de tren, con una bolsa de dulces en las rodillas y llorando a moco tendido. En cuanto escuchamos por la megafonía la llamada que refería el comienzo de nuestro viaje, nos pusimos en pie y corrimos hasta el tren donde nos escondimos como dos fugitivos y dimos buena cuenta de un par de rosquillas que nos supieron a gloria bendita y al amor de mi madre.

El tren se puso en marcha con un fuerte chirrido y nuestra aventura, por primera vez, tomaba un cariz serio y respetable. Todos los planes elaborados hasta ese momento habían parecido más un juego que una realidad, pero ahora, en plena huida, todo se volvía mucho más serio de lo que parecía en el papel. A pesar del miedo que ambos sentíamos, la sensación de libertad fue tal que no tardamos en sonreír. Mi sonrisa tan solo se desvaneció durante unos segundos cuando el tren, en su recorrido, se aproximó a mi pueblo lo suficiente como para poder observar con melancolía la torre de la pequeña

iglesia. Me imaginé a mi madre inclinada en uno de los bancos rezando por el alma de mi hermano y los remordimientos volvieron a hacer acto de presencia.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Rubén al ver mi rostro serio y el objetivo de mi mirada.

—¿Crees que estará bien?

—Eso esaunque. Es una mujer fuerte.

Ya no había marcha atrás. Suspiré de nuevo con fuerza e intenté espantar los últimos fantasmas de mi pasado, pero con ello lo único que conseguí fue relegarlos al baúl de mis recuerdos. En aquel instante yo no sabía que mi huida solo servía para alejarme de mi madre y no del dolor que se había incrustado en lo más hondo de mi ser. Inocente de mí pensé que aquello era un antes y un después, pero en mi vida el pasado formaba parte de mí como una segunda piel y el futuro se escondía tras espesos y sombríos nubarrones. A fuerza de desventuras tuve que aprender a vivir el presente; un presente esperanzador pero que no tardó en convertirse en una lucha por sobrevivir, en una aventura juvenil dura que forjó mi carácter y me volvió un ser agrío e introvertido.

Veintiocho

—Hay algo que no me cuentas y eso me preocupa.

—Me voy.

—¿Te vas?

—¿A dónde?

—Con mi madre.

Raquel sonríe levemente antes de posar su bolígrafo de gel azul en el cuaderno de espiral, aunque no escribe. La veo tomarse su tiempo antes de alzar su vista hacia mí. Frunce el ceño una vez más y descubro en ella a una mujer bonita e interesante, aunque mi mente está junto a una joven de veinticinco años, pelo oscuro y ojos del color del mar.

—¿Es tu última visita?

—Sí.

—¿Y por qué me has contado lo de vuestra huida?

Me quedo pensativo e intento buscar en mi mente la respuesta perfecta, aquella que no traicione lo que siento por dentro y que dé la suficiente información para que mi terapeuta pueda cerrar esas páginas del cuaderno en las que se habla de mí y que me muestran como un ser débil y sociópata.

—Necesitaba... quería... Era el final de la historia.

—¿Eso crees? A mí me recuerda mucho más al comienzo de una historia que al final.

—No fue así. Rubén y yo buscamos un trabajo en un centro comercial para pagar una pensión y la comida y nos matriculamos en la facultad de periodismo. Nos licenciamos y comenzamos a trabajar en una revista. Los dos juntos. Siempre juntos.

—Muchos años resumidos en pocas palabras.

—Es que no hay mucho más.

—¿Alguna mujer importante? ¿Alguien que te marcara?

Mi mente se convirtió, durante unos pocos segundos, en una especie de sala de cine en la que algún duende con un trágico sentido del humor se había empeñado en proyectar una triste película en la que me veía como un ser patético y autodestructivo que utilizaba a las mujeres no como un objeto, pero

sin el convencimiento de poder comportarse de otra forma, de una forma mejor. No supe que con ello no condenaba a todas esas mujeres, sino que tan solo estaba condenando mi alma a transitar por el purgatorio sin más fin que vivir un día tras otro, pero con la agonía del reo que ve llegar el final de sus días en el cadalso. Nadie supo o quiso ganarse mi corazón quizá porque el premio no merecía tal esfuerzo. Cargar emocionalmente con alguien inestable como yo no se puede convertir en la recompensa por el esfuerzo de una mujer con la resistencia como para lograrlo. Relaciones de tan solo unos pocos meses que se iban al traste en cuanto la presión se elevaba y yo me veía arrinconado entre las cuerdas del cuadrilátero donde libraba las batallas con mi corazón. En cuanto una mujer lograba resquebrajar las murallas que había levantado con tanto esfuerzo y dedicación, me veía obligado a alejarme de ella para proteger esas defensas, pero, principalmente, para proteger mi alma de un dolor que no era tal, pero sin darle oportunidad para vivir una vida que se me mostraba como una aventura peligrosa y con un fin que presumía trágico. Triste devenir el mío.

Tras negar con la cabeza ante la última pregunta de Raquel, me dejo engullir por el sofá y mi rostro se torna triste y melancólico. No sé por qué, pero me dejo arrastrar, una vez más, por el dolor que me pertenece por derecho propio y que me veo incapaz de abandonar. Intento detener la película que se proyecta en mi mente, pero freno mi esfuerzo al ver con toda claridad la imagen de una joven alegre y vivaz que me mira con ternura y roza mis labios con los suyos. Vuelvo a incorporarme en el sillón y sonrío.

—Hay una mujer.

Raquel sonrío y asiente.

—¿De qué la conoces?

—Cuida de mi madre. Es muy joven. Tiene veinticinco años.

—¿Y eso es un problema?

—Hasta hace poco lo era, pero ahora no lo sé.

Raquel duda un instante y veo que lleva de nuevo la punta del bolígrafo al cuaderno, pero, una vez más, lo retira sin escribir nada en la superficie rugosa de papel. Eleva la vista y me mira con los ojos ligeramente entrecerrados, quizá sopesando la situación o sopesándome a mí como persona y no como paciente.

—Como es tu última visita, me voy a saltar las normas y te voy a contar algo personal. Mi marido tiene veinte años más que yo.

Abro la boca en cuanto escucho la información, pero no me atrevo a preguntar aquello que está a punto de abandonar mi boca. Raquel parece leer mi mente porque vuelve a sonreír y asiente.

—Hemos tenido nuestros problemas como todo el mundo, pero somos muy felices. La edad tan solo es un estado de ánimo.

—Eso no me ayuda. Teniendo en cuenta mi estado de ánimo, no tengo cuarenta y dos sino sesenta años.

—Has cambiado mucho, Pau. Ya no eres el hombre que me visitó hace unos días y eso es de admirar. Los pacientes tardan meses e incluso años en notar una leve mejoría en su comportamiento, pero tú te vas a vivir con tu madre dejándolo todo atrás. Es muy valiente.

—Aún no lo sé.

—No lo dudes. Lo es.

—¿Algún consejo?

Raquel me mira durante un breve lapso para después girar la cabeza hacia la ventana. Cuando vuelve a fijarse en mí, me encuentro ante una mujer inteligente y resolutiva que me ha ayudado a avanzar y a dejar atrás todos mis miedos.

—Has luchado por llegar hasta aquí y está claro que no eres el mismo. Tu infancia fue muy dura y has sufrido en tus carnes lo que ningún niño debería vivir. Los psicólogos tratamos con mucha más frecuencia de lo que nos gustaría a mujeres que han sido víctimas de sus parejas, pero rara vez tratamos a los niños que viven el día a día con ese maltrato, que ven a su madre apagarse mientras su padre o un desconocido convierte su vida en un infierno. Creo que nos hemos olvidado de que solo una persona sufre el maltrato, pero son más las que lo viven.

Las palabras de Raquel llegan a lo más hondo de mi ser y se clavan en mi alma como una saeta de fuego. «Las otras víctimas del dolor». Así titulé el artículo en el que he intentado plasmar todos y cada uno de mis sentimientos. Ese dolor que sufrió mi madre mientras mi padre la convertía en un despojo cobró más víctimas como un simple daño colateral. Mi hermano perdió su vida por ese maltrato y yo perdí mi infancia cuando lo único que pedía era ser un niño normal. Ahora sé que mi madre no tuvo la culpa, que no pudo hacer más de lo que hizo, aunque me queda el poso de haber visto cómo el amor de mi madre se esfumaba con el último aliento de vida de mi hermano. Mi padre tan solo se limitó a destrozarnos la vida para luego poner fin a la suya como

un cobarde, como un ser rastrero que rompió de un plumazo aquello que nunca debería haber creado. Mi hermano y yo fuimos las otras víctimas del dolor que mi padre le infringió a mi madre y daría mi vida porque eso no volviera a repetirse, porque ningún niño tuviera que vivir con la carga que me endosaron sin comerlo ni beberlo.

—¿Y ese consejo?

Raquel sonrío tras su discurso, se pone en pie y me tiende la mano con solemnidad, como un gesto de respeto entre una terapeuta y el paciente que le demuestra que ha aprendido la lección, que se ve capaz de volar solo.

—Que vivas tu vida y seas feliz. El pasado es lo que somos, el futuro lo que seremos, pero el presente es el único tiempo que realmente vivimos. Disfrútalo.

Asiento con la cabeza, echo un último vistazo a la pequeña habitación donde he dejado buena parte de mi dolor y me despido de la mujer que me ha acompañado en esta angosto camino que no me atrevía a recorrer por mí solo y que me ha conducido al lugar que me corresponde, junto a mi madre y a una mujer maravillosa que me ha mostrado en unos pocos días que puedo ser mejor persona de lo que soy y que, por encima de todo, puedo dejar atrás ese pasado que, como bien ha dicho Raquel, me ha creado pero en el que no quiero vivir. El presente es el único tiempo que realmente vivimos. Óscar Wilde dijo que el único encanto del pasado es ese, que es el pasado y eso es lo que Raquel me ha mostrado en todos estos días.

Salgo de la consulta con la sensación de haber dejado en aquel despacho una mochila cargada de rocas, aquella mochila que años atrás tan solo llevaba algo de ropa y una bolsa con rosquilla de azúcar poco a poco fue llenándose de pesadas rocas que no era capaz de abandonar en el camino y que llegaron a formar parte de mi ser. Hoy en día, la mochila queda perdida en el olvido y camino de mi todoterreno todo parece fluir a mi alrededor. El mundo parece girar a la misma velocidad a la que se mueve el de Roberto y logro entender lo atractivo que puede resultar que el ritmo de tu vida te obligue a no quedarte parado y, por encima de todo, te obligue a soltar cualquier lastre que te impida avanzar. Ahora soy capaz de comprender que el ritmo al que se mueve el mundo de Roberto no va a ser un impedimento, sino que lo va a convertir en una persona tan feliz como ya lo es ahora, con una vida intensa y repleta de emociones y un presente digno de vivir. Un presente sin mochila, sin piedras que cargar y tan solo con la caricia del amor de los suyos

acompañando su caminar como una ligera brisa.

Me subo al coche y abro una bolsa de patatas fritas y una coca cola. Mientras tomo un ligero aperitivo miro a las personas que pasean por la acera e intento averiguar por sus rostros si su mochila porta piedras o se ven acariciados por la brisa del amor. Muevo la cabeza de lado a lado al comprender que la mayoría de ellos soportan la carga o bien de su pasado o bien de su presente, pero sin dejarse acompañar por un leve atisbo de la felicidad que sé que ahora forma parte de la vida de mi mejor amigo. Rubén tiene la suerte de tener a su lado a una mujer fuerte y resolutiva como lo es Diana y a un hijo que puede lograr cualquier cosa que se proponga. Por suerte para él, Rubén ha decidido dejar su mochila bien atrás para permitirse el lujo de disfrutar de la brisa que significa compartir la vida con los tuyos. Dejé a mi madre atrás y la cambié por una mochila cargada de tristeza y resquemor, aunque ahora ha llegado el día de vivir el presente, de no dejarme arrastrar por el pasado y de no pensar en el futuro. Ha llegado el día, mi día.

Diario - 23 de mayo

Querido diario... Una forma especial de saludar o bien de despedirse. Unas pocas páginas en las que he podido volcar todas mis frustraciones y que solo han servido para eso, aunque para mí signifique mucho más. La sensación de despedirte de un buen amigo o de desprenderte de un ser querido... No deseo hacer ni una ni otra cosa. Tan solo necesito plasmar de vez en cuando aquello que puede llegar a desequilibrarme y percatarme de que no es de color de rosa todo aquello que me rodea, aunque mi vida haya cambiado de una forma radical.

Páginas tristes, pero con un punto y seguido esperanzador. Sentado frente al mar y con el rumor de las olas como banda sonora pongo imágenes mentales a mi presente intentando que el pasado sea tan solo eso: pasado. Un sinfín de decisiones tomadas sobre la marcha y que no he querido desmenuzar para no encontrar, más allá del encanto experimentado, un poso de desesperanza o el tan odiado desequilibrio. Planes de futuro, pero a tan corto plazo que da miedo para alguien que pretendía comerse el mundo a cucharadas y sin pararse a respirar. Un alto en el camino obligado para mirar el paisaje, aunque sin obviar una meta a punto de alcanzar, un destino que se alza ante mí como una montaña a subir, pero con la esperanza de coronar la cima y plantar en ella la bandera de mi alma, la insignia de un corazón roto en mil pedazos, aunque comienza a sanar.

Me hallaba perdido en las olas, mecido por ellas como un trozo de madera vieja que no es capaz de acariciar la cálida arena, pero tampoco puede navegar allende de los mares, a un lugar donde el pasado vuelva a ser tan solo eso. La idea de hacer crecer este diario hasta convertirlo en una historia pasional y trágica ha tomado tanta forma en mi interior que necesito sentarme frente al ordenador para comenzar una nueva andadura que ya tiene nombre en mi cabeza y que refleja todo aquello que durante años experimenté en mi interior y que no deseo que quede relegado al olvido.

Las otras víctimas del dolor entre las que me encuentro. Todos esos niños de los que nadie habla en las noticias y que se convierten, de la noche a la mañana, en el daño colateral de un amor mal entendido, de una posesión

rayana en lo enfermizo y que termina por destruir aquello que fue levantado con ilusión y con la visión de un futuro prometedor que se perdió entre las amenazas y los golpes. Infinidad de mujeres que son acosadas por seres sin alma y que no son capaces de defender aquello que más aman porque el miedo llega a atenazarlas de tal forma que no ven más allá de un amor injusto.

Mi madre fue una de ellas, una de tantas mujeres que ni tan siquiera encontró en su interior la fuerza necesaria como para denunciar a un hombre que mancillaba su cuerpo y su alma como si de un pelele se tratara. El miedo creó en ella un muñeco de trapo y, mientras mi hermano vivía en una ignorancia bendita, yo la veía consumirse día tras día sin ser capaz de tomar las riendas de una familia rota por el hombre que debía haberla sustentado y que prometió amor eterno a la mujer a la que decidió destrozar. Nunca supe si fueron los celos, el miedo a perderla o tan solo un patriarcado mal comprendido. Lo único que tuve claro es que él quebró el alma de mi madre y acabó con la vida de mi hermano... aunque no lo deseara.

Quizá algún día sea capaz de perdonarlo...

Veintinueve

No miro más allá de la verja porque las lágrimas han vuelto a aflorar en mis ojos. No lo entiendo. Años de dolor reprimido acaban por estallar en mi interior y me convierten en una plañidera, en un hombre débil con el pasado a flor de piel por mucho que desee tan solo pensar en el presente que he decidido vivir. Un viaje en coche desde Madrid con la mirada empañada pero el cerebro funcionando a toda velocidad. La idea de una novela, de una historia cargada de emoción, la historia de mi vida; de cómo un niño de tan solo catorce años vio truncarse su adolescencia hasta el punto de huir de la mujer que le había dado la vida y que lo amaba más que a sí misma.

A tan solo cien kilómetros de mi destino no he tenido más remedio que detenerme en un área de servicio, apretar el botón de la grabadora que siempre me acompaña y hablarle a la nada. Solo ha sido eso. Una larga diatriba en la que las ideas confusas han comenzado a entremezclarse con otras bien claras en las que sé que tengo que apoyarme para darle sentido a las primeras. Nunca he escrito una novela, pero tengo tanto en mi interior que sé que mis dedos pueden volar sobre el teclado sin importar si el tiempo se detiene a mi alrededor o continúa su camino hacia eso que llaman futuro y que para mí no significa nada más que mi destino, mi añorado destino.

Dos paradas obligadas antes de enfrentarme con mi verdadera historia y que me han llevado frente a una verja oxidada tras la que se halla mi presente, la mujer con la que deseo compartir el resto de mi vida y que me ha enseñado en unos pocos días que el prisma con el que todo se mira puede llegar a empañarse de tal manera que la visión se vuelve borrosa y no vemos más allá de nuestro propio dolor cuando otras muchas personas sufren lo mismo o más que el propietario del prisma. Un timbre suena con fuerza en el interior del edificio de ladrillo y las puertas se abren unos segundos después para dejar salir a un buen grupo de niños de diferentes edades que se desperdigaban por el patio. En unos pocos segundos se forman grupos improvisados, partidos de fútbol y carreras desbocadas.

Un niño llama poderosamente mi atención y mi vista se dirige hacia él sin poder evitarlo. Como si un imán atrajera mi atención. Es un crío de pocos

años, de pelo negro y ensortijado que abandona el edificio muy despacio, a un ritmo inusual para alguien como él y que me recuerda a Roberto y al mundo en el que vive. Este niño parece haber abandonado la energía que pude ver cuando me mostraba un murciélago de plastilina con la misma ilusión con la que cualquier adulto enseñaría orgulloso el mayor de los tesoros. Durante todo este tiempo no he podido olvidarme de él, pero lo recordaba como un niño alegre con la mirada ávida por aprender y por comerse la vida de un bocado, pero ahora... Ahora es tan solo un espectro de lo que era. Por si su mirada no mostrara bastante tristeza, al moverse veo que cojea ligeramente y todas mis alarmas se encienden y las lágrimas vuelven a aflorar.

Montse sale del edificio y me ve apoyado en la valla, con la cara metida entre los barrotes y las lágrimas resbalando por mis mejillas. Se acerca a mí y dirige la vista hacia el mismo lugar que yo. Al ver al niño, suspira.

—Ayer no tuvo su mejor tarde.

Despego la cara de la verja y miro a Montse con infinito amor, con todo ese sentimiento que ella me ha enseñado a experimentar, pero mi corazón roto pesa como una losa de granito. Mi sonrisa se desvanece a la misma velocidad a la que había aparecido.

—¿Qué le ocurrió?

—No lo sabemos, pero lo imaginamos. Tiene un buen golpe en la pierna, pero su madre ha comentado esta mañana que se ha caído de la cama.

No quiero saber nada más porque la rabia que creía olvidada ronda a mi alrededor y amenaza con devorarlo todo en su camino. Abro la puerta del centro de acogida y me acerco a Montse. Ella no se hace de rogar y se lanza a mis brazos donde parece refugiarse cuando el que necesita un lugar donde reposar soy yo. Con el primer beso entiendo que ese lugar es ella misma, que la paz y la tranquilidad que emana de su ser es un bálsamo para mis heridas y una buena dosis de ilusión para calmar mi ansiedad.

—¿Vienes de visita?

—No. Vengo para quedarme.

—Tu madre estará muy feliz.

—¿Y tú?

Montse no responde. Tan solo sonrío y se arrebujaba bajo mi brazo como un pajarillo en un día de tormenta. Aunque ella sabe que es mucho más fuerte que yo, me muestra que es capaz de explicar, con tan solo un gesto, el amor

que siente por mí y las ilusiones que parecen campar en su interior. Quizá sean ilusiones compartidas y ese es mi mayor deseo. El niño de pelo oscuro, al verme, cambia la dirección de su caminar y se acerca a mí, pero la cojera es tan evidente que, al ver cómo aprieta los dientes, mi alma se encoge. En cuanto llega a mi altura sonrío y vuelve a mostrar la mirada inteligente que me encandiló unos días antes.

—He hecho otro *murciégalo*.

Me arrodillo a su altura y tiendo la mano para recoger el pequeño objeto que muestra orgulloso. No es otra cosa que un pegote de color negro con otros dos trozos de plastilina informe. Dos pequeñas esquirlas aparecen pegadas en uno de los extremos y tengo que hacer un buen esfuerzo para imaginar que los dos trocitos de plastilina no son otra cosa sino dos colmillos.

—Es muy bonito.

—Éste no me ha quedado muy bien pero bueno... —explica con voz triste, pero con el criterio de un adulto.

—¿Te gustan mucho los murciélagos?

El crío asiente y vuelve a recoger la figura de plastilina con mucho cuidado. Yo, sin que él pueda verme, meto la mano en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta y le muestro a Montse un pequeño objeto de color negro. De alguna forma pido su conformidad, pero el brillo en su mirada me muestra que no ha sido una mala idea, que el recuerdo del niño me había conducido a comportarme como una persona normal y no como un ser atenazado por el dolor.

—¿Sabes una cosa? Tengo algo para ti.

El niño vuelve la cabeza hacia mí y sonrío con ilusión. Por un instante temo que lo defraude y que no sepa valorar el ínfimo detalle, pero la imagen de mi hermano feliz con tan solo un peluche entre los brazos me recuerda que los niños son seres inocentes y dulces que saben valorar en su justa medida lo que para nosotros tan solo sería un pequeño despojo. Abro mi mano y la tiendo delante de él. Para mi sorpresa, no lanza por los aires el murciélago de plastilina al ver uno de plástico y tan real que parece auténtico. Se lo entrega a Montse con solemnidad y la sensación del valor que el niño atribuye a su propia creación me muestra que me encuentro ante un ser con más integridad que sus propios progenitores.

—¡Qué pasada!

Le tiendo el murciélago, pero él no hace ademán de cogerlo. Miro a

Montse de reojo y veo que ella asiente con la cabeza y me invita a jugar con el niño. Sujeto la figura de plástico entre el dedo índice y el pulgar y comienzo a mover mi mano arriba y abajo mientras las alas del murciélago oscilan de una forma muy real. En un alarde de genialidad, acerco el animal al cuello del niño y amenazo con morderlo. El crío lanza un grito y retrocede un par de pasos. Algo se quiebra en mi interior y no puedo hacer otra cosa que musitar un «lo siento» al tiempo que intento ponerme de pie, pero mi movimiento se ve truncado por una figura de unos veinte kilos que se lanza sobre mí y me tira al suelo mientras intenta arrebatarme el murciélago. Al escuchar las carcajadas del crío, me relajo y comienzo a disfrutar de la pelea sin importarme que mi ropa pueda sufrir sobre la arena del patio del colegio. Otros dos niños, al escuchar los gritos del compañero de pelo negro, vienen corriendo y también se lanzan sobre mí. Tras unos segundos de pelea infantil logro ponerme en pie y veo a los tres niños alrededor del murciélago. Por un instante temo haber metido la pata con la idea de haber traído un único juguete, pero Montse vuelve a demostrarme que es una mujer especial y se adelanta a mis temores.

—Creo que es una buena idea que el murciélago sea la mascota de la clase. ¿Os parece?

Los tres niños levantan la mirada hacia Montse y, para mi sorpresa, asienten a la vez y comienzan a jugar con la pequeña figura de plástico sin importarles a quién pertenece. Respiro aliviado y la joven que tengo al lado suelta una carcajada que termina por relajarme.

—Es mucho más sencillo de lo que parece. Los niños son más justos que los adultos y también más inteligentes.

—Me encantaría poder ayudar en el centro.

Montse sonrío con picardía y mi corazón se encabrita como un potrillo salvaje.

—Ya lo he pensado. Por si volvías para quedarte, he hablado con la directora del centro. Hay una plaza vacante de profesor de Literatura para el curso que viene.

No sé qué decir. Mi ofrecimiento ha sido sincero y, por un instante, intento imaginarme como profesor de unos niños que han sufrido en su infancia tanto o más de lo que sufrí yo. También pienso en todos aquellos maestros que no supieron ver más allá de lo que los libros de texto enseñaban cuando la mente de un adolescente no se forma con datos, sino con amor.

—Me gustaría probar. No sé. Creo que... puede ser bonito.

—No te voy a mentir. Es bonito, pero también es duro.

—Eso lo tengo claro.

Miro a los tres críos que juegan con el murciélago y cómo el pequeño me señala y le comenta algo a sus compañeros de clase. Me siento observado y mi boca se curva en una mueca extraña que Montse vuelve a interpretar una vez más.

—Está orgulloso de que seas su amigo y está presumiendo.

—¿Tú crees?

—Lo conozco bien.

—Por cierto, ¿cómo se llama ese niño?

Montse abre la boca para contestar, pero vuelve a cerrarla. Se acerca a mí y me da un beso tierno en los labios. Un beso que me sabe a gloria y que llena mi corazón de dulzura. Me resulta injusto poder sentir tanto amor en un lugar donde los niños se refugian, pero no tardo en recordar que este no es un edificio donde el amor no pueda vivirse porque es amor puro. Es un lugar construido para entregar a los niños el mayor tesoro que no es otro que un presente digno de vivir y un futuro esperanzador.

—¿Ya has visto a tu madre?

—Todavía no.

—Pues ya estás tardando. A la hora de comer voy a veros.

Se despide con un nuevo beso y yo floto hasta el coche como si llevara alas en los pies. Abro el todoterreno y me subo a él feliz como llevaba tiempo sin sentirme. Una duda sin importancia revolotea en el interior de mi cabeza por lo que abro la ventanilla del copiloto y me inclino sobre el asiento.

—No me has dicho cómo se llama ese niño.

Tras su respuesta acompañada de una sonrisa tierna y sincera, me dejo caer en el asiento de mi coche y sonrío de la misma forma por la casualidad que más me parece un homenaje a la memoria de mi hermano. Con su nombre adherido a mi alma, me acerco al hogar que compartí con mi madre y del que hui dejándola sola y abandonada. Ella supo perdonarme. Ahora soy yo quién debe perdonarse a sí mismo y conozco el lugar donde puedo hallar ese perdón.

No tardo en llegar al camino de tierra rodeado de vides. Dejo la fuente a mi derecha y detengo el vehículo frente a la casita blanca, recién pintada, que brilla bajo el sol primaveral. Mi madre sale en cuanto escucha el vehículo y,

al verme, se detiene y espera mi llegada. A solo dos pasos de donde ella está, freno mi caminar, la miro con infinito amor y sonrío. Por primera vez en mucho tiempo la veo como esa mujer vivaz que fue capaz de criarnos y que se apagó en una sola noche como una vela titilante. Sé que el amor que ella siente por mí se ve recompensado y las lágrimas que aparecen en mis pupilas me demuestran que todo ese amor lo llevo a flor de piel.

—Vengo para quedarme —logro susurrar con un hilo de voz.

—¿Hasta cuándo? —me pregunta también en voz baja quizá con el temor a verme volar si eleva el tono.

—Para siempre, mamá. He venido para estar contigo.

Las lágrimas recorren sus mejillas al igual que las mías y abre sus brazos para acogerme como si siempre hubiera estado ahí para mí. Quizá haya sido así y yo fuera tan obtuso que la realidad se hubiera mantenido escondida en lo más oscuro de mi ser. No quiero pensar en ello y abrazo a mi madre con fuerza. Mi vista empañada se dirige hacia el interior de la vivienda y veo que las imágenes del vestíbulo han desaparecido.

—¿Qué ha pasado con las fotografías?

—Las quité. Sabía que te molestaban.

—No me molestaban, mamá. Tan solo... me traían recuerdos.

—Tenía la esperanza de que volvieras a mi lado y lo has hecho. Me da igual que las fotografías no estén ahí porque todas esas imágenes las llevo en mi corazón.

La miro con amor y le sonrío con la misma ternura que ella me muestra. Una vez más lucha por mí como sé que hizo durante años, aunque yo no fuera capaz de verlo. Siento los remordimientos intentando llamar a la puerta de mi alma, pero cierro a cal y canto y me refugio en el aroma a lavanda de mi madre y en el recuerdo de una vida mejor.

—Llenaremos esa pared con imágenes felices. Te lo prometo.

Y hago esa promesa con el convencimiento de que, en ese collage, que logro imaginar, también aparecerán las fotografías de mi hermano, todas aquellas imágenes que muestran a un niño feliz tal y como fue. Sonrío con una única idea en la cabeza que necesito llevar a la práctica.

—Mamá, ¿puedes acompañarme a un sitio?

Treinta

—Seguro que no quieres que entre contigo.

Miro hacia mis manos y niego con la cabeza. Un ramo de rosas se mueve en ellas y vibra ligeramente. No soy capaz de controlar el nerviosismo que recorre todo mi cuerpo por lo que alzo la vista e intento llenar mis pulmones con el aire puro de la montaña de Montjuic. Mi madre acaricia mi brazo y yo agradezco ese simple gesto con una sonrisa que también tiembla en mi rostro. No logro interpretar mis sentimientos encontrados, pero Montse, una vez más, se introduce en lo más recóndito de mi mente y expresa en palabras lo que yo no sé ni imaginar.

—Es algo que tienes que hacer. No lo pienses más. A él le hubiera gustado. Estoy segura.

Unas pocas semanas atrás, cuando mi vida no tenía sentido, le hubiera dicho que no se metiera en lo que no le importaba, pero el primero en romper esos tabúes prohibidos fue un niño de ocho años que, escudado en su inocencia, fue capaz de romper el lacre de una caja de juguetes para extraer de ella un preciado tesoro que no era otro objeto que un erizo de peluche. Roberto supo entender que tan solo era un juguete y no una reliquia prohibida. Las barreras que había ido levantando con el paso de los años y siempre alimentadas por el odio y el rencor comenzaron a resquebrajarse y terminaron por romperse al conocer a una joven de veinticinco años que había sufrido mucho más que yo pero que se permitía el lujo de ser feliz. Los escombros de esos muros los limpió un crío de corta edad de nombre Santiago que, con un murciélago en las manos, me mostró lo poco que se puede necesitar para sentirse vivo.

A pesar de la presencia de mi madre, le doy un beso tierno a Montse que sé que los dos agradecemos. La mujer que me trajo al mundo nos observa sin disimulo y sonrío abiertamente, supongo que al ver feliz a su hijo junto a una joven que se ganó su corazón mucho tiempo atrás. Me separo de Montse y abrazo a mi madre que se deja engullir entre mis brazos y suspira con fuerza.

—Tu hermano estaría orgulloso de ti —comenta con un hilo de voz.

—Lo echo mucho de menos, mamá.

—Yo también hijo, pero desde donde está, nos observa. Estoy segura.

Yo quiero pensar como mi madre, pero aún no soy capaz. También necesito creer en un sitio mejor donde Santi tan solo tiene que preocuparse de jugar con otros niños sin importar lo que ocurra a su alrededor. Un lugar limpio y puro donde las almas cándidas pueden descansar el sueño eterno lejos de maltratos y violencia. Miro hacia el cementerio y, tras acariciar el rostro de mi madre y compartir una última mirada cómplice con Montse, me adentro en el camposanto con el ramo de rosas en una de mis manos y el corazón latiendo a mil por hora.

Ya no necesito explicación alguna y vuelvo a recorrer la explanada repleta de lápidas de mármol tras subir por una escalinata que une la carretera inferior con la primera zona de enterramientos. Mi cuerpo, mucho más inteligente que mi cerebro, ralentiza cada uno de sus movimientos hasta casi detener mi caminar. Sé que no es cosa de mi mente porque la muy alocada está deseando llegar al sitio que ahora veo como un destino lejano que lleva esperándome veintiocho años. Me siento sobre una de las tumbas con el máximo respeto y acaricié las letras con la yema de los dedos. Observo a mi alrededor y cierro los ojos para recordar. De nuevo viene a mi memoria la imagen de mi madre llorando a moco tendido junto a dos vecinas que se prestaron a acompañarnos en tan duro trance mientras Rubén y yo solo éramos capaces de tragar saliva y escuchar la escueta letanía del reverendo de nuestra parroquia. Abro los ojos y veo a todo el grupo junto a una de las edificaciones con la techumbre de teja árabe y las paredes encaladas. Reconozco el lugar donde está enterrado Santi y ello hace que me estremezca y que mi corazón comience a galopar en mi pecho. No deseo posponer más tan ansiado momento por lo que me pongo en pie y comienzo a caminar en dirección a los niños. Al llegar a un estrecho pasillo donde se separan dos de aquellas edificaciones, mi mente viaja a toda velocidad por el tiempo hasta unos días después del entierro de mi hermano y las lágrimas aparecen en mis ojos y comienzan a resbalar por mis mejillas. Tengo que apoyarme en uno de los muros para no caer desplomado en mitad del cementerio, me inclino hacia delante y noto una arcada amenazante que logro reprimir. Durante unos segundos temo vomitar en el cementerio, pero logro soportar esa sensación. Me incorporo de nuevo, tomo aire con fuerza y lucho con mi cerebro para volver a caminar. Al atravesar el angosto pasillo doy la espalda a la serie de nichos donde recuerdo que está enterrado mi hermano y giro hacia la

izquierda. Tan solo son unos pocos pasos, pero para mí significan un mundo, la senda que no era capaz de recorrer pero que ya no entiendo como un camino prohibido sino como uno más de los lastres de mi mochila que debo ser capaz de soltar. Me detengo frente a una columna de nichos y me arrodillo ante una de ellas adornada con un jarrón vacío. Con mucho cuidado extraigo una de las rosas del ramo y la coloco en la pequeña vasija. Un poco más allá veo un cubo de plástico con un poco de agua de lluvia y, tras dejar el ramo de rosas sobre una de las tumbas a mi espalda, lleno el jarrón hasta la mitad. Dejo el cubo junto a un matorral y tomo de nuevo el ramo. Me acerco al nicho ahora adornado con una simple pero bonita flor roja e intento soltar el aire que retengo en los pulmones, pero no soy capaz de hacerlo. Un aluvión de imágenes me visita sin permiso y, aunque intento cerrar la tapa del baúl de mis recuerdos, no logro evadirme de esa cruel experiencia. Para mi sorpresa, las fotografías mentales que soy capaz de asimilar muestran a un hombre joven y sonriente que juega con sus hijos tirado en el suelo del salón de su casa mientras una mujer feliz y bonita los observa con la mirada henchida de amor. Comienzo a sollozar al recordar que no todo fue negro y que el blanco más níveo puede volverse del color de carbón cuando el odio y la violencia se convierten en un estilo de vida. Mi padre no fue un hombre malo por naturaleza pero equivocó su camino. Por suerte, ahora soy capaz de encontrar el mío.

—Te perdono —susurro antes de alejarme de la tumba de mi padre en dirección a la de mi hermano.

Cuando llego al lugar donde los restos de Santi reposan, me siento mucho más ligero y soy capaz de plantarme frente a él sin que el rencor cope mi ser. A pesar de las circunstancias y del dolor que me embarga, sonrío al ver grabado en la lápida el nombre de mi hermano. Repito la operación que acababa de hacer en la tumba de mi padre y el ramo de rosas comienza a brillar bajo el sol del mes de mayo al igual que las letras doradas que parecen darme la bienvenida.

—Hola, Santi. Siento mucho haber tardado tanto en venir.

Por un instante me imagino como un estúpido hablándole a la nada, pero, justo en el preciso instante en el que estoy a punto de abandonar, escucho unos pasos a mi derecha. Mi madre mira de reojo la tumba de mi padre y sonrío justo antes de que las primeras lágrimas aparezcan en sus ojos. Entiende que he sido capaz de perdonar a mi padre y eso parece ser

importante para ella. Las dos dudan al ver mi rostro descompuesto, pero yo asiento con la cabeza y las invito a acercarse a mi lado. Mi madre se agarra a mi brazo y Montse se sitúa a mi lado, pero guardando una distancia que yo no quiero entre los dos. Echo mi brazo hacia atrás y mi mano encuentra la de la joven que ha conquistado mi corazón y que, con tan solo un paso, se coloca a mi lado y me da la fuerza que necesito para comenzar a hablar.

—Te echo mucho de menos, hermano. Me acuerdo de ti cada día, pero quiero pensar que estás en un sitio mejor. Nosotros estamos bien. Ahora vivo con mamá y los dos somos muy felices. —Veo cómo ella sonríe con lágrimas en los ojos—. He conocido a Montse. Es una mujer maravillosa y me ha enseñado un lugar repleto de niños donde, con toda seguridad, tú serías feliz. —Trago saliva antes de continuar—. Si ves a papá, dile que lo he perdonado, que necesitaba perdonarlo. Volveré a verte. Te lo prometo. Pensé en traerte tu erizo de peluche, pero hay un niño al que seguro que tú se lo dejarías. Te quiero, Santi.

Agacho la cabeza y comienzo a sollozar al tiempo que la garganta empieza a doler con más fuerza de la que puedo soportar. Las palabras desaparecen de mi boca, pero sé que ya está todo dicho, que no necesito añadir nada más. Mi alma comienza a respirar al igual que mis pulmones y me siento como un hombre nuevo al que la vida le ha dado una segunda oportunidad para ser feliz. Ahora sé que deseo fundar una familia junto a Montse y que los niños griten y jueguen en nuestra casa con el amor por bandera. La miro de reojo y, una vez más, se introduce en mi mente.

—Podría irme a vivir a casa de tu madre. Así la cuidaría mejor y ella siempre estaría acompañada.

Me asusta pensar en esos poderes que parecen jugar con mis deseos a su antojo, pero allí, frente al descanso eterno de mi hermano, le declaro mi amor incondicional y me dejo llevar por las dos mujeres que copan mi corazón. Beso a mi madre con ternura y los tres nos alejamos de la tumba de mi hermano con la certeza de volver poco tiempo después. Y allí, con la montaña de Montjuic a mi espalda y el amor de mis seres queridos en la mochila, doy comienzo a mi nueva vida.

Epílogo

Sentado frente a una pequeña mesa de mimbre blanco y protegido del sol, intento fijar mi vista en la pantalla del ordenador portátil al tiempo que mi mente vuela lejos de allí, pero no tan lejos como para suponer un largo viaje sino un breve recorrido que me acerque a la mujer amada. Pretendía avanzar en la novela, pero mi cabeza me juega, una vez más, una mala pasada en cuanto me disperso de la historia que deseo plasmar en el papel, una dura pero esperanzadora historia de un niño que supo luchar e imponerse al peor de los castigos. No me atrevo a pensar en una historia autobiográfica, aunque a ciencia cierta sé que en ella se plasma mi verdadera realidad, aquella que me había llevado lejos de mi madre pero que me ha convertido en la persona que ahora soy, para bien o para mal.

Separo las manos del teclado y me recuesto en el sillón que llevo ocupando los últimos dos meses y que se ha convertido en mi refugio cuando Montse desaparece al final de camino, mi madre se reúne con unas pocas amigas para pasear por la playa y yo quedo a solas con mis pensamientos y con mi ordenador. En un cuaderno junto al teclado unas pocas frases con las que he intentado conformar el título perfecto para mi historia. Aunque, al recorrer la lista, intento con todas mis fuerzas tratar a los títulos por igual, los ojos siempre se detienen en uno de ellos con el que me identifico, tanto yo como mi historia. Espero con ansía la llegada de mi amada y la objetividad con la que trata cada tema que revolotea ante sus ojos para decidir, de una vez por todas, el futuro título de la novela.

Logro escribir unas cuantas líneas más pero el calor comienza a hacer mella en mi ánimo. Llevo más de tres horas escribiendo y la limonada caliente que mi madre había dispuesto fresca y con hielo antes de marcharse ya no calma mi sed. Me pongo en pie y me protejo del sol en el interior de la vivienda. Al entrar al vestíbulo recuerdo la promesa que le hice a mi madre cuando me mostró la pared desnuda que antes había sido el mausoleo de sus recuerdos. Había cumplido con mi palabra y algunas imágenes de mi hermano Santi se entremezclaban con fotos actuales en las que aparecía junto a mi madre en la playa o abrazando a Montse en el paseo marítimo mientras

ella intentaba separarse de mí y yo no podía dejar de reír. Siempre así. Con una felicidad recién hallada y que me resulta tan familiar que hoy en día no sé cómo superar el hecho de que le fui esquivo durante años, una época oscura de mi vida en la que me refugié en el trabajo sin importarme nada más.

Dejo atrás el baúl de los recuerdos en forma de exposición fotográfica y llego a la cocina donde intento obtener algo más de limonada. Mi mente logra derrotar a la frustración que supone no hallar más refresco en el interior de la nevera por lo que lleno una jarra de cristal con agua mineral y, tras echarle unos pocos cubitos de hielo, regreso al porche con el preciado tesoro líquido entre las manos. Vierto un poco de agua en el vaso que había utilizado para la limonada y me lo bebo de un trago. Repito la operación, pero esta vez no doy cuenta del agua, sino que dejo el vaso lleno junto al ordenador. Vuelvo a poner las manos sobre el teclado, tomo aire y me dispongo a activar la tecla creativa que ahora sé que existe en mi cerebro, pero el sonido de un motor anula cualquier posibilidad de conexión con mi novela. Un todoterreno de color gris plata y que conozco muy bien aparece por el camino de tierra y, tras detenerse un par de segundos junto a la fuente de piedra, continúa su marcha hasta parar a pocos pasos de donde me encuentro. Sin pensármelo dos veces me pongo en pie, bajo los escalones de un salto y, en cuanto se abre la puerta del conductor, me fundo en un abrazo con Rubén, con mi mejor amigo, con mi alma gemela, con mi hermano. Los dos suspiramos al mismo tiempo y no tardamos en pasar del abrazo sincero a las palmadas en la espalda mucho más masculinas. Más que verlo, presiento una figura que se mueve en el interior del vehículo y que salta sobre mí con los brazos abiertos.

—¡Tío Pau!

Roberto se mueve inquieto en mis brazos al tiempo que un pastor alemán también desciende del vehículo y comienza a dar saltos a nuestro alrededor. Dejo al niño en el suelo y los dos echan a correr por el campo sin el peligro que suponen los vehículos que pueden truncar la vida de un tierno infante en un santiamén. La tranquilidad que eso supone permite que podamos centrarnos en nosotros durante unos minutos. Rubén señala al cachorro que ha crecido considerablemente en los últimos meses.

—Ese es Rocky. Espero que no te moleste.

—Con ese nombre no puede molestarme. Me trae recuerdos.

Recuerdos de tardes de cine sentados en el sofá de casa con un bol de palomitas en las rodillas y las películas del conocido boxeador italiano en la

pantalla del televisor. Tardes tranquilas pero tristes en el fondo, cuando los recuerdos se agolpaban en mi cerebro y yo tan solo deseaba desprenderme de ellos para poder disfrutar de una vida plena junto a mi amigo y lejos de los fantasmas del pasado. Ahora todo aquello queda atrás y, al escuchar el nombre del cachorro, solo puedo centrarme en los posos dulces de aquellos días.

Diana desciende del todoterreno, lo rodea y, con la elegancia que siempre ha mostrado, se acerca a mí y me da un beso tierno en la mejilla.

—¿Cómo estás, Pau? —me pregunta tan directa como siempre.

—Estoy bien. Ahora mucho mejor —respondo con la educación que me caracteriza. La mirada sería y reprobadora de Diana me anima a ser mucho más sincero—. Estoy feliz. Montse trabaja todo el verano, pero me da igual. Vivimos aquí con mi madre y es genial.

—¿Vivís los tres aquí? ¿Y qué opina la dueña de la casa?

—Mi madre está encantada. Montse sigue cuidándola y, de alguna manera, también me cuida a mí.

—Tengo muchas ganas de conocerla. —Diana eleva una ceja y sé que necesita ver a mi amada para dar su visto bueno, aunque yo no lo necesite.

—Pues no vas a tardar mucho. Viene por allí con mi madre.

Los dos se dan la vuelta para mirar al fondo del camino donde dos mujeres caminan con parsimonia y charlando de sus cosas. Roberto no tarda en llegar a su altura y, tras darle un beso fugaz a mi madre, empuja a Montse y ella, tras darle a mi madre un sobre de papel marrón, echa a correr tras él mientras el cachorro se suma al juego y salta entre sus piernas. Llegan hasta la fuente de piedra y Roberto la rodea a la carrera, pero Montse es más lista y da la vuelta por el lado contrario, agarra al niño y lo arrastra hasta el caño. De reojo veo cómo Diana aguanta la respiración a mi lado, pero también siento cómo se relaja de nuevo al ver que mi novia tan solo salpica a Roberto con el agua que logra retener en la palma de su mano para, posteriormente, permitir que el niño haga lo propio. Poco tiempo después los dos se encuentran empapados pero felices y regresan junto a mi madre que los observa con mirada reprobadora. Para sorpresa de todos, Roberto se agarra a la mano de Montse y no la deja hasta llegar a la altura del todoterreno donde el niño se separa, abre la puerta del vehículo y regresa junto a ella con un peluche de un erizo en la mano. Veo cómo mi madre observa al pequeño muñeco y después me mira con los ojos brillantes y una sonrisa en el rostro que refleja tal

felicidad que no puedo evitar sentir un nudo en la garganta.

—Ella es Montse. —Señalo a mi chica y después hago lo propio con mis amigos—. A Rubén ya lo conoces y ella es Diana.

Montse le da un beso rápido a mi mejor amigo para acercarse lo antes posible a Diana. Como bien había supuesto, es tan inteligente que sabe que debe conquistar a la persona que ahora la mira con gesto difícil de identificar. Montse está muy por encima de todo eso y se mantiene en la naturalidad que tan bien maneja. Le da dos besos a Diana y después señala a Roberto.

—Tienes un hijo fantástico. Mañana me voy de excursión con los niños del centro de acogida. ¿Le dejas venir?

Es tan directa su pregunta que Diana balbucea antes de contestar. Sonrió, pero intento que ese gesto pase desapercibido.

—No sé si será buena idea. Roberto es...

—Se lo pasará genial. Vamos a la playa a jugar y después comeremos unos bocadillos de tortilla.

—¡Me encanta la tortilla! —exclama Roberto examinándolo todo a su alrededor, pero sin perder baza de lo que ocurre—. Mami, ¿puedo ir?

Para mi sorpresa, Diana mira a Rubén y este asiente conforme. Ella parece relajarse y, por fin, sonrío, aunque parece un poco tensa.

—No sé. No es que desconfíe, pero...

—No te preocupes. Te entiendo, pero puedes venir también. Podéis venir todos.

En cuanto nos damos cuenta de que la victoria de mi chica es evidente, nos relajamos y el ambiente vuelve a la temperatura normal. Sé que a Montse le da igual lo que Diana pueda llegar a pensar, pero tiene claro que son personas muy importantes para mí. Su espontaneidad es tal que no le importa mostrarse empapada de los pies a la cabeza ante ellos para después ofrecerse como monitora de su hijo con TDAH en una excursión junto a otros niños de un centro de acogida.

Mi madre saluda a Diana con cariño y se funde en un abrazo con Rubén, acaricia la cabeza de Roberto y desaparece en el interior de la vivienda para preparar más limonada. Le indico a mi amigo que puede subir a la habitación de invitados, pero prefiero dejarles un poco de intimidad. Mientras Roberto corre de acá para allá perseguido en todo momento por el pastor alemán, me dejo caer de nuevo en el sillón frente al ordenador y, tras asegurarme de haber guardado el documento de texto, lo apago y logró relajarme. Montse,

como es costumbre en ella, se sienta en mi regazo y me da un beso tierno en la punta de la nariz antes de posar la vista en el cuaderno que siempre descansa a mi lado.

—¿Qué es esa lista?

—Son posibles títulos para la novela.

—Me gusta este.

Señala con el dedo y yo sonrío con la sensación de haber entregado mi corazón a una mujer que, a pesar de la diferencia de edad, me supera en infinidad de momentos. Aquel, por suerte para mí, es uno de esos instantes en los que logramos tal equilibrio que percibo que el mundo ha comenzado a girar sobre el engranaje perfecto.

—Te gusta el mismo que a mí.

—Es que es perfecto. Suena muy bien y, por lo que me has contado, refleja muy bien lo que sentiste.

Vuelvo a detenerme en el listado de posibles títulos y comienzo a pronunciarlos entre dientes hasta que uno de ellos parece estallar en mis oídos y me demuestra que la perfección tan solo se encuentra en aquello que nos hace felices y que nos llena de tal forma que nos convierte en otras personas, seres con el alma henchida de gozo. El título perfecto resbala entre mis labios y se pierde con la brisa que proviene del mar.

—Perdido en las olas.

Montse vuelve a regalarme un beso en la punta de la nariz y se levanta para acudir a la cocina junto a mi madre, pero, al ver un sobre de color marrón sobre el balancín, lo toma y me lo entrega con solemnidad.

—¿Qué es esto?

—Me lo envió Rubén por correo. De haber sabido que venían lo podía haber traído él mismo.

No puedo esperar más. La curiosidad puede conmigo y abro el sobre con cuidado para no rasgar el interior que se presume del tamaño y flexibilidad de una revista. Mi tacto no se equivoca y, cuando inclino el sobre de color marrón en la mesa, resbala una revista que termina junto al teclado de mi ordenador. La tomo entre mis manos y observo con curiosidad el rostro de la joven protagonista de la portada de la revista donde he trabajado los últimos años. Miro la fecha del ejemplar y compruebo que aún no ha salido a los quioscos.

—¿Es el próximo número?

—Sí. Tiene buena pinta.

—¿Lo has leído?

—Solo un artículo.

Montse se inclina de nuevo sobre mí, me besa de nuevo pero esta vez en los labios antes de desaparecer del porche. Me quedo a solas con la revista y mis ojos viajan de la imagen de portada a cada uno de los títulos de los artículos que se pueden encontrar en el interior. Me detengo en uno de ellos y mi corazón comienza a latir a mil por hora.

—Las otras víctimas del dolor —leo en voz alta.

Mis dedos temblorosos recorren las páginas de la revista hasta llegar a las centrales donde se publican los mejores artículos. Lo primero que encuentro entre las hojas es un talón con mi nombre, un importe digno y la firma de mi antiguo jefe en él. Lo miro con cariño y lo dejo sobre la mesa. Mis ojos vuelan de un lado a otro de las páginas centrales y, en cuanto comienzo a leer mi propio artículo, sé que he logrado encontrar mi lugar, que nunca más estaré perdido. Levanto la vista y pienso en mi hermano y en todo lo que significó para mí. Él fue una de esas víctimas del dolor ajeno, del daño provocado por mi padre y que destrozó la vida de mi madre. Tantas y tantas víctimas del dolor que mueren en el olvido tras vivir una existencia gris. Sonrío con cierta tristeza al pensar que quizá, y tan solo quizá, mi artículo sirva para que nos demos cuenta de que el daño colateral de la violencia de género puede ser un niño destrozado o, mucho peor, muerto. Tanto mi hermano como yo fuimos víctimas del dolor de mi madre, pero ahora, al leer la revista, sé que todo sirvió para algo. De reojo veo en el otro extremo de la casa a mi madre exprimiendo limones y la veo feliz. En ese trayecto mis ojos se fijan en una de las fotografías de mi hermano Santi y, por primera vez en años, me siento feliz al contemplarlo. Al fin puedo gritar a los cuatro vientos que soy feliz mientras desciendo mi cabeza y leo el artículo que nació en mi corazón y escribí con el alma.

Las otras víctimas del dolor (Por Pau Giménez)

La violencia de género es la peste del siglo XXI. Miles de víctimas en todo el mundo y tan solo unos pocos luchando contra ello, contra los animales que provocan que todas esas mujeres pierdan el bien más preciado por un malentendido amor, por una posesión que en la mayoría de los casos se convierte en infernal, en una obsesión enfermiza que termina debilitando los pilares del mundo que tanto nos ha costado construir. Víctimas de patriarcados ancestrales que ni tan siquiera se han permitido pasar a mejor gloria por el simple hecho de no merecerla, de mostrarse como un sinsentido en el que las mujeres solo servían para eso, para ser mujeres y vivir como esclavas bajo el yugo, primero de sus padres y después de sus señores feudales o maridos.

Los tiempos pasan y prometen ser mejores que los ya vividos, aunque, en ocasiones, quedamos en el intento y permitimos que las manecillas del reloj no avancen, sino que retrocedan a aquellos tiempos crueles y retrógrados y la mujer vuelva a verse relegada a ser una triste marioneta en manos de su hombre, de aquel que solo debería tener como cometido el amarla incondicionalmente. Violencia de género que destruye personas pero que también desintegra familias de tal forma que pareciera que nunca hubieran existido.

Tantas y tantas ocasiones en las que, sentado frente a un televisor, la voz neutra del locutor anuncia un ejemplo más de tan odiada violencia donde la mujer ha hallado el descanso eterno y el hombre termina sus días en prisión; pero una frase lapidaria acaricia nuestros oídos y pasa de largo como si no hubiera sido pronunciada. «Los dos hijos de la pareja se encontraban durmiendo en la habitación contigua». Ni tan siquiera nos percatamos de ello, de esos dos seres de corta edad que van a despertar del plácido sueño de un infante para encontrar la cruda realidad de haber perdido aquello que los anclaba a este mundo, la fuerza que los mantenía felices y unidos.

De la noche a la mañana se ven solos y abandonados en un mundo en el que no han pedido vivir pero que ahora los mira de soslayo y los etiqueta

como daño colateral de una violencia de género, pero no como verdaderas víctimas. Y ellos también lo son. Niños que pierden su infancia y el amor de sus padres sin haber tenido derecho a opinar. No son ni más ni menos que aquellos que han decidido por su futuro. En un presente en el que la fortuna decida guiñarles un ojo, podrán apoyarse en una madre desmadejada que tendrá la fuerza suficiente como para levantarse cada mañana con la única idea de respirar. Cumpleaños olvidados, días de Reyes tan grisáceos como el tiempo que los acompaña y vacaciones de verano merecidas pero inexistentes. Una madre convertida en un fantasma por un hombre que decidió no mirar más allá de su ego y que se permitió el lujo de quebrar a mano alzada todas las ilusiones de su compañera y, en más ocasiones de las que se desearía recordar, algún que otro hueso y un millón de ilusiones.

Niños perdidos y olvidados, niños convertidos en marionetas por sus propios padres, niños que no pueden comprender lo que sucede a su alrededor pero que reciben un curso intensivo de madurez malsana. Son niños que se convertirán, en el mejor de los casos, en entes oscuros que se arrastrarán por el mundo como si no hubieran vivido la época más hermosa de nuestra existencia; la niñez. Ellos no pidieron nacer, no presentaron solicitud para elegir a sus padres. Nadie les preguntó y ahora les toca vivir lo que les ha sido asignado en una lotería cruel y despiadada. No son más de lo que aparentan ser, tan solo críos que desean una felicidad innata que les ha sido negada, juguetes en manos de adultos sin escrúpulos.

Ellos son el daño colateral de la violencia de género que destruye a la mujer y la convierte en una sombra de lo que pudo llegar a ser sin importar que los niños que quedan por el camino puedan llegar a necesitar el amor de esa madre como el respirar. Maldecimos al maltratador y sentimos lástima por la víctima, pero nadie se acuerde de esos pequeños que han visto cómo su madre se iba apagando tal si de una vela se tratara. Tres parámetros de una ecuación, pero uno de ellos olvidado. Esos niños no merecen nuestra lástima sino nuestro respeto porque crecen y se convierten en adultos sin el apoyo de los pilares fundamentales de la niñez: sus padres. Ellos, con un poco de suerte y esfuerzo, se convertirán en lo que quieran ser y podrán cumplir todos y cada uno de sus sueños, pero nunca volverán a ser niños y habrán perdido la única oportunidad que tuvieron para serlo.

En nuestra mano está luchar por mantener una sociedad en la que nadie tenga que esconderse, en la que la mujer no sienta miedo de la persona

amada, en la que los niños puedan vivir la infancia que se merecen. En nuestra mano está reconstruir aquello que hemos destruido sobre unos cimientos tambaleantes pero reforzados por la comprensión y la solidaridad de todos lo que hemos compartido ese dolor. En nuestra mano está no dejar que nuestros hijos se conviertan en aquellos niños que debieron huir a tierras lejanas en el trascurso de la guerra que dividió a las dos Españas tras convertirse en el daño colateral de un enfrentamiento entre adultos que ellos no deseaban vivir. No miremos hacia otro lado ante un problema que es de todos, que antes o después rozará nuestra existencia y nos convertirá en meros espectadores de una lacra que bien podíamos haber evitado de no haber desviado la mirada.

Yo fui uno de esos niños y no me avergüenza hablar de ello porque no fui el culpable de lo ocurrido. Años pensando en una acusación que yo mismo había vertido y tras la que me convertí en un despojo de lo que tenía que haber sido. Objetividad de un periodista reducido a la nada ante la verdad que el mundo debe conocer, ante el dolor que la violencia de género expande a su alrededor y el olor nauseabundo que desprende y que nos transporta a las cloacas del inframundo, al lugar más tétrico de nuestro entendimiento. No quiero ni necesito ser objetivo porque en la verdad hallamos la mejor de las objetividades, aquella que nace de lo más hondo de nuestro ser y que no puede ser manipulada por maltratadores sin escrúpulos o por responsables de nuestro bienestar que no se ven capaces de tomar las decisiones más acertadas pero que tampoco desean abandonar aquello que atesoran que no es otra cosa que un poder mal gestionado. A todos ellos, políticos, jueces, policías y demás protagonistas de esta cruel historia tan solo os recuerdo que no estáis libres de pecado y que algún día, no lo quiera el destino, os puede tocar a vosotros. Si ese aciago día llega, sé que haréis lo que ahora no os veis capaces por falta de ganas, medios o incentivos. Si ese día llega, vuestra vida cambiará de tal forma que no sabréis por dónde empezar a reconstruir vuestro castillo de naipes. Nunca será demasiado tarde.

Y, mientras ese día se va acercando poco a poco a nuestro presente, no tenemos que olvidar que en nuestra mano está luchar contra esta pandemia que parece extenderse a la velocidad de la luz. Miles de mujeres maltratadas cada día y cientos que pierden cada año su vida en manos de sus parejas, de aquellos hombres que tan solo tenían una misión en la vida: entregarle su amor incondicional.

Pero no olvidemos que la suerte no suele repartirse de forma equitativa entre todos los que la buscan, pero la mala suerte parece impregnar a quien simplemente la rozan con la punta de los dedos. Una mala suerte que cada día destruye las ilusiones de cientos de niños que se encuentran en un hogar destruido por la violencia y que solo se ven capaces de mirar a su alrededor sin comprender por qué su infancia ha desaparecido, sin poder entender el porqué de una miseria que no les correspondía sufrir.

Ellos son las otras víctimas del dolor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta es una novela especial para mí. Seis años de duro trabajo, de sufrimiento y de la

búsqueda de una verdad. Seis años en los que descubrí el verdadero amor al lado de mi mujer Ana. Seis años que han supuesto los mejores de mi vida y donde entendí que aquello que me enseñaron mis padres no era otra cosa que amor del bueno, del que todos soñamos recibir y que nos convierte en mejores personas.

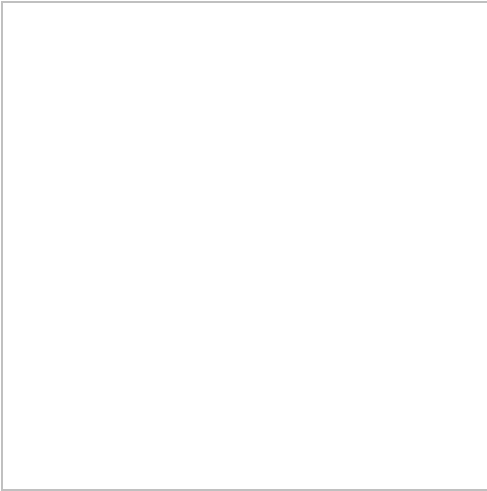
Quiero agradecer la confianza depositada en mí por parte de la editorial Group Edition

World y de mi editora Verónica Martínez. Es una muestra auténtica de profesionalidad y buen hacer.

Gracias a mi agente María Jesús Romero de MJR Agencia Literaria por luchar codo con codo conmigo por un sueño que ambos compartimos.

A mis amigos, a mis compañeros, a las lectoras y lectores que siempre me han apoyado y a todos los que, año tras año, creen en mí.

Pero, por encima de todo, quiero dar las gracias a mi familia sin los que esta aventura no habría tenido sentido. A mi hijo Martín que sigue alumbrando mi camino cada día y a mi mujer Ana, la persona más maravillosa que podría haber encontrado en esta vida y que me ha dado la oportunidad de amarla por encima de todas las cosas.



Javier Romero nació un 16 de julio de 1971. Su vocación como escritor fue tardía, pues despertó en 2008, cuando decidió escribir una historia sobre un joven romántico y soñador. Aunque este inicio descansa en algún cajón de su escritorio, su carrera ha ido creciendo desde entonces.

Conocido en el mundo de la Literatura Romántica por sus relatos cortos ha logrado abrirse un hueco importante en ese círculo gracias a sus novelas, en las que tanto el amor como el humor ocupan un espacio fundamental.

Influenciado por la emotiva pluma de Federico Moccia, Javier Romero es un escritor atrevido que unifica una sensibilidad fuera de lo común con una escritura ágil y depurada. Su visión idealizada del amor encaja con precisión en los textos románticos contemporáneos y con los personajes más actuales.

Además de sus numerosos y significativos relatos, Javier Romero es conocido por Estaré donde tú no estés y Ódiame y yo también te querré, ambas novelas publicadas en el 2014; Préstame tu amor, Mi amor en una bola de cristal y El ingrediente perfecto en el 2015. En el año 2016

autopublicó la novela juvenil Soñaré contigo al despertar con una gran acogida por parte del público. En la actualidad, pertenece a la Agencia Editorial MJR.